

# AVISPERO

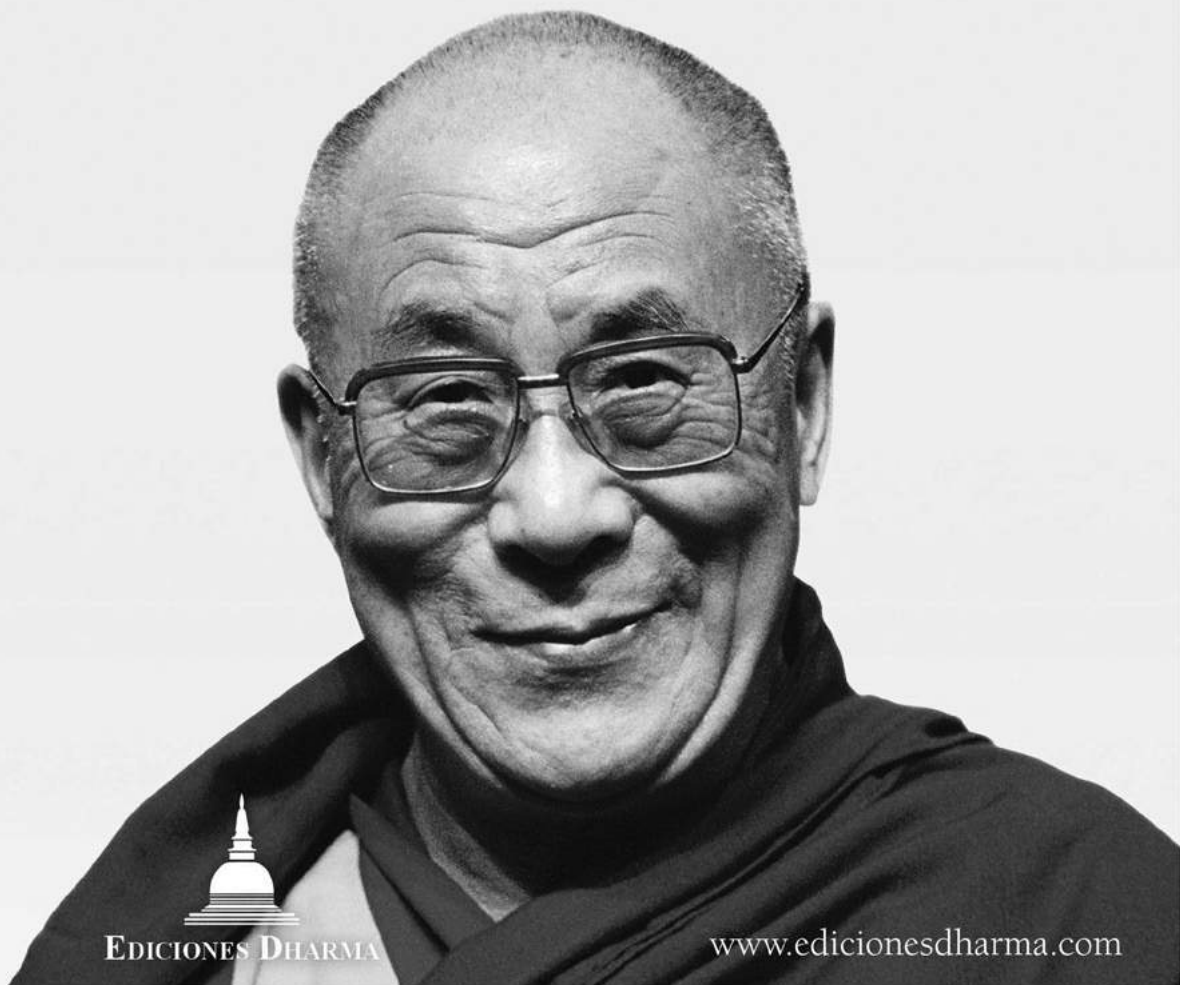
NÚMERO ONCE / AÑO 4



Su Santidad el Dalái Lama

# MÁS ALLÁ DE LA RELIGIÓN

*Ética para todo el mundo*



EDICIONES DHARMA

[www.edicionesdharma.com](http://www.edicionesdharma.com)



**AVISPERO**

11





PANAL  
LITERATURAS  
NACIONALES  
ESPAÑA



Un mapa de la novela española en el siglo XXI

JOSEP MARIA NADAL SUAU

15

Narrativa femenina española actual

BÁRBARA PÉREZ DE ESPINOSA BARRIO

21

Un panorama imposible de la  
poesía española del nuevo siglo

RAÚL QUINTO

27

El cuento español del siglo XXI

SERGI BELLVER

31

Antonio Muñoz Molina: la ética y la estética

MIGUEL BARRERO

37

Mario Cuenca Sandoval o la novela por llegar

SANTIAGO GARCÍA TIRADO

41

Notas preliminares sobre literatura  
española en Estados Unidos

ÁLVARO BAQUERO-PECINO

45

Valle-Inclán en tierra caliente

RAMÓN ROZAS

49

Memorias de un errante crepuscular

GUILLERMO DE LA MORA IRIGOYEN

53

La tierra del exiliado

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

61

Camilo José Cela, el riesgo perpetuo

ALFONSO FERNÁNDEZ BURGOS

65



# PANAL

LITERATURAS  
NACIONALES  
MÉXICO

71

Los narradores del norte

EDUARDO ANTONIO PARRA

75

De la utopía a la filosofía cósmica

HELENA BERISTAÍN

83

¿Hay alguien de ese lado?:

mexicanos que escriben desde Estados Unidos

ÚRSULA FUENTESBERAIN

87

El ensayo: una mirada filosófica

ERIKA SENTÍES

95

Mirada e intención en la crítica actual

LUIS BUGARINI

99

¿Quién es el mejor poeta de México?

ALEJANDRO BACA

105

El aforismo, descubrimiento y reactivación:  
acercamientos iniciales

HIRAM BARRIOS



# CELDILLA

## MISCELÁNEA



El exilio español:  
los naturalizados de la filosofía mexicana

GUILLERMO LARA VILLARREAL

117

Diálogo sobre la filosofía iberoamericana  
[Entrevista al filósofo Mauricio Beuchot]

SLAYMEN BONILLA

121

¿El ocaso de las Humanidades?  
[Entrevista al filósofo  
José María Filgueiras Nodar]

ALEJANDRO BETETA

135

Manuel de Diéguez, mitósofo  
J. M. LECUMBERRI

145

Aullido  
DIEGO EDUARDO MERINO LAZARÍN

149

El guerrero labrado y el monje traductor  
ANDRÉS COTA HIRIART

155

El desastre neoliberal  
HUMBERTO BEZARES ARANGO

161

No se trata de construir puentes,  
sino de cruzarlos  
PABLO RAPHAEL

167



## PICADERO

RESEÑAS

175

Vasos comunicantes

ALEJANDRO BETETA

179

La luz en la ciencia y en la espiritualidad

RAÚL FIERRO

## VESPIDAE

CREACIÓN LITERARIA

185

Incluso en primavera

LUCERO GARCÍA FLORES

187

Asomo a la vida

ÁNGEL ARISTARCO

191

Ngwi' le'n yanaban

ÁNGEL ARISTARCO

## ZUMBIDO

ACERCA DEL ILUSTRADOR

197

Ni en luz ni en sombra

ANGEL MORALES



**E**ste nuevo número de *Avispero* aspira a tender un puente entre México y España que atestigüe la impronta literaria y cultural de ambos países en su acervo común. Los materiales y el eco de la edición que dedicamos en su día a México nos motivaron a realizar el número que ahora presentamos.

Desde lo que la Historia convino en llamar el Descubrimiento de América y la Conquista de México, la realidad de estos dos complejos países de herencia milenaria ha sido un continuo rumor de truenos en la caja de Pandora. Antonello Gerbi, en su libro *La disputa del Nuevo Mundo*, diserta sobre las discusiones que entre los años 1759 y 1900 mantuvieron filósofos, naturalistas, geógrafos y teólogos occidentales acerca del Nuevo Mundo, muchas de ellas basadas en meros prejuicios y supersticiones. Es obvio que a la luz de un mundo desconocido, las opiniones caen en una ingenuidad delirante. En su ensayo “Los caníbales”, Michel de Montaigne incide en que las costumbres en cada rincón del planeta profieren la identidad del lugar. Así habla, irónico, de la antropofagia en el Nuevo Mundo: “Creo que hay más barbarie en comerse a un hombre vivo que en comérselo muerto”. Si algunos viajeros cósmicos, venidos de algún otro confín del universo, se toparan con la vida supuestamente inteligente del planeta Tierra, de buen seguro dudarían ante nuestra naturaleza y comportamiento. ¿Seríamos a sus ojos seres superiores, una raza inferior o sus iguales?



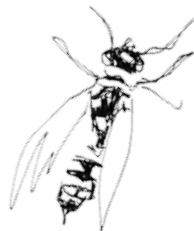
La diversidad no es más que la manifestación de identidades que persisten en el tiempo. Pero para perdurar deben adaptarse y cambiar, buscar una luz nueva que guíe su evolución. Tradición e innovación son, pues, la dinámica del impulso cultural; y tienen lugar en el arte, la literatura, la ciencia, la cultura y la religión. “Si la Conquista fue una borrachera imperial con la sangre del conquistado, el exilio fue un acto de amor que hizo de la dualidad conquistador-conquistado una nueva unidad armoniosa y plena. [...] Para México el exilio es el regreso del padre derrotado, pero concientizado; la sustitución del griterío arrogante y cavernario por el silencio agradecido y creativo”, escribe Leonardo da Jandra para hermanar los sentimientos actuales entre mexicanos y españoles. No hay pueblo que no haya sido conquistado y que no haya sometido a otros pueblos, en cualquier forma y no sólo por la guerra, como sucedía en Mesoamérica antes de la llegada de los españoles y como sucedió durante siglos en el Mediterráneo. Pero si nada permanece igual para subsistir, y si tenemos en cuenta el camino compartido, las generaciones de mestizaje y los destinos cruzados de millones de personas, afirmamos entonces que las conexiones entre México y España pueden y deben ser cada vez más sólidas y amistosas. El férreo rechazo que aún persiste en muchos mexicanos hacia España y los españoles viene de un resentimiento quizás antaño legítimo, hoy desfasado y en todo caso difícil de diluir, pero urge superarlo en las escuelas, la vida pública y la esfera cultural. Como recuerda Pablo Raphael en su artículo,

“a España le tiene sin cuidado haber sido conquistada por Roma. [...] Sin ninguna culpa la cultura española se siente heredera de la conquista de Roma y de Grecia y de la tradición judeocristiana y árabe. [...] No reconocer lo heredado por España sería cortarnos literalmente la lengua, la antesala de cualquier órgano vital. Cuando reclamamos los daños de la Historia, lo hacemos en español”. No sólo nos unen entonces la lengua y las costumbres entremezcladas, también los sueños contemporáneos de libertad, respeto, tolerancia y solidaridad.

En el *dossier* de este número españoles y mexicanos escriben sobre sus identidades literarias actuales y señalan lo que merece ser mencionado, rescatado o atendido. No pretendemos con ello armar un canon, sino una generosa propuesta de apertura e inclusión. Lo mismo cabe decir de los textos que componen la miscelánea. Tanto en México como en España, el papel de las Humanidades ha sido relegado por el empuje masivo de la cultura pop, pero sobre todo por la ineficiencia de los gobiernos a la hora de fomentar el pensamiento y la crítica; realidad que Ortega y Gasset retrató en *La rebelión de las masas*. Por eso hemos querido darle aquí un lugar privilegiado a la reflexión filosófica.

Cada número de *Avispero* viene ilustrado por un artista relevante, y en esta ocasión Iván Gardea, referencia ineludible del grabado mexicano y una mirada a contracorriente, realza con su obra la identidad de los textos.

LOS EDITORES





# DI REC TO RIO



WWW.AVISPERO.COM.MX  
avisperorevista@gmail.com

Leonardo da Jandra  
[COORDINADOR EDITORIAL]

Alejandro Beteta  
Sergi Bellver  
[EDICIÓN]

Raga García Arteaga  
[RELACIONES PÚBLICAS]

Iván Gardea  
[ILUSTRACIONES]

Daniel Hernández  
[DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN]

Leonardo da Jandra, Guillermo Fadanelli,  
Sergi Bellver, Raga García Arteaga, Alejandro Beteta,  
Humberto Bezares, Raúl Fierro, Angel Morales,  
Viridiana Choy, Enna Osorio, Elizabeth Arias,  
Pergentino José Ruiz, Alejandro Guzmán,  
Enrique Arnaud y Perla Muñoz  
[CONSEJO EDITORIAL]

Josep Maria Nadal Suau, Bárbara Pérez de Espinosa  
Barrio, Raúl Quinto, Miguel Barrero, Santiago García  
Tirado, Álvaro Baquero-Pecino, Ramón Rozas,  
Guillermo de la Mora Irigoyen, Antonio Rivero Taravillo,  
Alfonso Fernández Burgos, Eduardo Antonio Parra,  
Helena Beristáin, Úrsula Fuentesberain, Éricka Santies,  
Luis Bugarini, Alejandro Baca, Hiram Barrios,  
Guillermo Lara Villarreal, Slaymen Bonilla, J.M.  
Lecumberri, Diego Merino Hernández Lazarin,  
Andrés Cota Hiriart, Pablo Raphael,  
Lucero García y Ángel Aristarco  
[ESCRITORES INVITADOS]

AVISPERO, año 4, número 11, agosto de 2016, es una publicación editada por Lorena Clara García Arteaga Aguilar. Av. Revolución núm. 27, Las Flores, San Juan Bautista Guelache, C.P. 68236, avisperorevista@gmail.com. Reservas de derechos al Uso Exclusivo Núm. 04-2015-021709365500-102. ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido número 16199, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Docuprint Servicios Digitales de Antequera S.A. de C.V. Insurgentes 121 San Agustín de las Juntas C.P. 71238 Oaxaca. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional de Derechos de Autor.

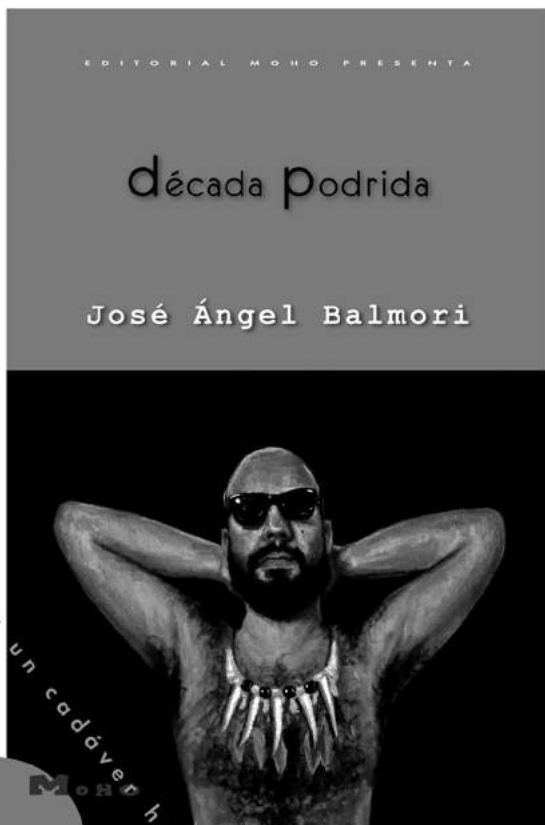


# 21 AÑOS: SALUD PARA LOS ENFERMOS, VIRUS PARA LA GENTE SANA

"Vive lento, muere viejo y deja un cadáver hediondo"

EDITORIAL

M O H O



DÉCADA PODRIDA, JOSÉ ÁNGEL BALMORI – QUISIERA SER JOHN FANTE, DANIEL HERRERA – DIOS ME PERSIGUE, RAFA SAAVEDRA – JET LAG, ARI VOLOVICH – SUDOR AÑEJO Y SARDINA, ENRIQUE BLANC – ASCÓPOLIS, JOSÉ ÁNGEL BALMORI – BARBARIE, CARLOS MARTÍNEZ RETERÍA – EL DÍA QUE LA VEA LA VOY A MATAR, GUILLERMO FADANELLI – TODAS LAS ARGENTINAS DE MI CALLE, RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO – CUMBIA Y DESAPARECER, KYZZA TERRAZAS – UN HOMBRECILLO EN MI CABEZA, JESÚS PACHECO – JAIKÚS MANIACOS, RUBÉN BONET – ABURRIDA EN BOUVERET, ALEJANDRA MALDONADO – JAMAICA 69, CONSTANZA ROJAS – LEJOS DEL NOISE, RAFA SAAVEDRA

# PANAL

LITERATURAS NACIONALES

---

ESPAÑA

---







JOSEP MARIA NADAL SUAU

# UN MAPA DE LA NOVELA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XXI

[LITERATURA]

La novela española del siglo XXI, probablemente, no ha dado aún obras maestras, esas “apariciones tangibles”, como las llamaba Cristóbal Serra; pero está viva y nos apela. Para explicar estos quince años, me centraré en un momento concreto, de enero de 2014 a hoy mismo, en parte porque es el tiempo en el que mi observación del terreno ha sido más minuciosa y sistemática. Obviamente, desbordaré ese marco cada vez que sea necesario.

Entre las *majors*, Anagrama, Seix Barral y Random House son hoy las editoriales que mejor representan la voluntad de dar alternativas a nombres poco conocidos para el gran público y hacerlos convivir con los Grandes Nombres Canónicos del mercado. Dos ejemplos: cuando escribo estas líneas, se anuncia el desembarco en Seix Barral de Juan Vico (1975) con

*Los bosques imantados*; en febrero, Pablo Rivero (1972) hacía su aparición en Anagrama con *Érase una vez el fin*. Ambos han llegado a esos sellos después de una trayectoria en otros, pequeños o muy pequeños; parte de ese tejido de editoriales que contribuyen a poner en circulación la obra de nuevos autores o a dar continuidad a otros que permanecen en un estado minoritario. Pienso en Salto de Página, que en estos dos años ha publicado a Juan Gómez Bárcena (1984), Aixa de la Cruz (1988), Nere Basabe (1978), Javier Moreno (1972) y Román Piña (1966), entre otros. En Sloper, que ha rescatado al arrabalero y gamberro Carlos Meneses (1969) y dio la alternativa a Carlos Maleno (1977) con *Mar de Irlanda* y *La rosa ilimitada*, dos estupendos textos que circulan entre Bolaño, Lynch y Houellebecq. O en Candaya, a quien debemos

*Fiebre*, de Matías Candeira (1984), el descubrimiento de Miguel Serrano (1977) y su magnífica *Autopsia* generacional, y Leonardo Cano (1977) y su igualmente generacional *La edad media*; a ambos les podemos sumar el debut de Manuel Astur (1980), *Quince días para acabar con el mundo*, editada por Principal de los Libros. A medio camino entre las pequeñas y las muy grandes, el fenómeno de las editoriales independientes condiciona el futuro de la narrativa española, con Periférica, Sexto Piso, Libros del Asteroide e Impedimenta como cabezas visibles, más volcadas en la traducción o el circuito latinoamericano, pero con buen radar para los autores españoles. Y también, en Lengua de Trapo (menos decisiva que hace una década), Páginas de Espuma, Xordica, Ediciones del Viento, Malpaso... Hemos dejado editoriales grandes, medianas y pequeñas sin citar; no es juicio sino accidente.

La Primera Fila Oficial de la narrativa española, ese catálogo de firmas con portada de suplemento garantizada, a menudo vinculadas a la Nueva Narrativa Española que apareció en los primeros años 80, ha dejado en los últimos tiempos bastantes libros sin interés y otros tantos valiosos, aunque en pocos casos realmente esenciales. En lo que llevamos de siglo XXI, la trayectoria de Javier Marías (1951) ha quedado marcada por el descomunal y admirable intento, aun no del todo logrado, que supuso su trilogía *Tu rostro mañana*. Le siguieron *Los enamoramientos*, que no es un libro afortunado, y *Así empieza lo malo*, de 2014, una novela que arranca como pieza de cámara, logrando unas páginas magistrales en los dominios de

La novela española del siglo XXI, probablemente, no ha dado aún obras maestras, esas “apariciones tangibles”, como las llamaba Cristóbal Serra; pero está viva y nos apela.



la intimidad, pero que luego pierde fuelle al abrir la panorámica para enjuiciar la Transición. Antonio Muñoz Molina (1956) abordaba con solvencia la historia del asesino de Martin Luther King en *Como una sombra que se va*, aunque el contrapunto de autoficción que introducía es menos reseñable. En *El impostor*, Javier Cercas (1962) ha insistido en su exploración de la frontera entre realidad y novelización, atendiendo a la biografía de Enric Marco, que se hizo pasar por superviviente del Holocausto sin serlo, al tiempo que se pregunta por la impostura del escritor y la carga de ficción del relato de la Transición. Como se ve, ese período se ha convertido en una constante del debate intelectual español.

Pero, entre estos Muy Consagrados, a quienes el siglo XXI les está sentando mejor es a dos autores contrapuestos. Enrique Vila-Matas (1948), duende Puck de las letras españolas, especialista en reunir vida y literatura, verdad y performance, teoría y narración, diversión e

inteligencia, juego y juego. En la última década y media, Vila-Matas ha viajado de la francofilia a la anglofilia con absoluta naturalidad, y en los dos últimos años ha entregado *Kassel no invita a la lógica* y *Marienbad eléctrico*, confirmando que no hace falta lo novelesco para escribir novela, y que el territorio aparentemente elitista y abstracto del arte contemporáneo es compatible con una mirada narrativa tan lúcida como lúdica. Por su parte, el fallecido Rafael Chirbes (1949-2015) ha quedado como ejemplo de realismo crítico y cronista oficial de la especulación y la corrupción del a menudo rebautizado “Régimen del 78”. La etiqueta es cierta, como atestiguan *La gran marcha*, *Crematorio* y *En la orilla*; pero esos mismos libros demuestran también que su escritura desborda esa etiqueta, por inteligencia, por sutileza analítica y por modernidad bien enraizada. Por eso es tan oportuno y elegante que su última novela, publicada póstumamente, sea la breve y emocionante *París-Austerlitz*, en gran medida una historia de amor con la muerte como testigo.

En 2016 han coincidido varios espléndidos libros sobre Barcelona. Dos de ellos hablan de la ciudad en los años 70, escenario mítico del antifranquismo, la Transición, la liberación sexual replicando al París del 68, las drogas o Bob Dylan. El mallorquín José Carlos Llop (1956) ha logrado uno de sus mejores libros con *Reyes de Alejandría*, de un fragmentarismo modianesco y arraigado en la memoria, con la música y la poesía como hilos vertebradores, y otras dos ciudades de contrapunto: la Palma natal y el París de la literatura. Llop ha acabado siendo un escritor tan francés como español,

más leído allá que aquí. Marcos Ordóñez (1957) es *El Crítico* Teatral del país y de *El País*, un memorialista excelente como ya demostró en *Un jardín abandonado por los pájaros*, y el año pasado entregó una novela biográfica llena de encanto, *Big time: la gran vida de Perico Vidal*, que recreaba la vida entre estrellas (Sinatra, Gardner, Monroe, Welles...) del protagonista. Su aproximación a la Barcelona setentera se titula *Juegos reunidos* y tiene un espíritu también fragmentario, pero más lúdico y popular que el llopiano: cine americano, barrios canallas *and other stuff*. Ambos libros, el de Ordóñez y el de Llop, suponen piezas memorables en la construcción del imaginario literario de una ciudad con mucho pedigrí al respecto. Antonio Soler (1956) también se encarga de Barcelona, pero desde una perspectiva histórica, en *Apóstoles y asesinos*, que recrea con nervio y rigor histórico la peripecia del *Noi del Sucre*, Salvador Seguí, figura esencial del primer tercio del siglo XX, ya saben, bombas, anarquía y cosmopolitismo portuario. Es un libro estupendo, muy bien acompañado por el regreso de Juan Miñana (1959) al género, *El cielo de los mentirosos*, que en cierto modo acaba donde la otra empieza, en este caso siguiendo los pasos de Pompeyo Gener, Peius, otro personaje histórico, filósofo y *bon vivant* tan enternecedor como delirante.

Y por así decirlo, hay autores de estéticas de riesgo. Andrés Ibáñez (1961) es un posmoderno, un lector de Pynchon y Murakami, pero también de Soseki, un devoto de Lynch y Patrick Harpur, un músico secreto, un prosista que escribe como un ilustrador que dibuja con línea clara, un mitólogo: su *Brilla, mar del Edén*

empieza como réplica a la serie *Lost* de Abrams, pero pronto es algo mucho más misterioso y sagrado, con referencias a Bolaño y digresiones yogui imparables. Enorme libro. Agustín Fernández Mallo (1967) estuvo en el centro de la discusión por su *Trilogía Nocilla*, fuente de un debate que tuvo gracia hasta que se agrió, como siempre en España. Probablemente el autor es más poeta o industria de ingenio que estricto narrador; y habrá quien piense que su concepto de literatura es tan limítrofe con otras disciplinas que a veces se desdibuja. Pero nadie debería negarle que sus libros están atravesados por ideas brillantes, fogonazos analógicos sorprendentes e imágenes casi iconográficas. *Limbo* es su mejor novela. Manuel Vilas (1962) se adscribe a una estética vilasiana, esto es: pop, descarada, autorreferencial, hecha de alternativas (in)verosímiles a la realidad, furiosa, feliz y triste. *Setecientos millones de rinocerontes* se plantea como un libro de autoayuda para afrontar el alcoholismo y el divorcio, y es otro paso en su retrato irreal-realista de España. Javier Calvo (1973) puede pasar simultáneamente por escritor gótico, decimonónico, posmo, pop, de culto, paródico... En todo caso, es un grande. Y es también el prosista más influyente de su generación en España, gracias a su tarea como traductor: David Foster Wallace, Ian Sinclair, Coetzee, Palahniuk... Su último título no es una novela sino un ensayo sobre ese otro oficio, *El fantasma en el libro*. Ricardo Menéndez Salmón (1971) puede dirigir con lucidez su ambiciosa mezcla de narración, metáfora, idea y estilo exacerbado en cada frase, y entonces logra una bellísima aproximación a la infancia

de Jesús en *Niños en el tiempo*; pero esa misma ambición puede descarrilar, y en ese caso obtenemos una engolada distopía: *El Sistema*. Juan Francisco Ferré (1962), pynchoniano de guardia, contrapone brutalidad satírica a brutalidad sistémica en *El Rey del juego*, videojuego sociopolítico en el que el realismo hispánico deriva en pesadilla ballardiana muerta de risa. Y ahora, una ocurrencia-piruetas para encajar otro nombre totalmente exótico en el contexto de este párrafo: puede que no haya estética más arriesgada, o al menos más independiente y alejada de modas, que la de Jenn Díaz (1988), mirándose de modo explícito en el espejo realista de Ana María Matute y Carmen Martín Gaité para facturar una sutil novela “clásica” de posguerra conducida por un personaje femenino logradísimo: *Es un decir*. Díaz acaba de publicar una nueva novela: *Madre e hija*.

También hay una corriente, compuesta por autores de propuestas ni homogéneas ni asimilables con simplismo, de narrativa política o politizada, o políticamente comprometida o explícita... Disculpen si me limito a insinuar el debate que merece una categoría tan discutible. Su gran dama es Belén Gopegui (1963), que publicó *El comité de la noche* en 2014, *thriller* con la industria farmacéutica al fondo; que obtenía sus mejores páginas al tratar de definir la literatura y su operatividad sobre lo real: “Si el poder de una historia tiende a ser ínfimo, lo cierto es que también resulta incontrolable”. Marta Sanz (1967) lleva una década consolidando un discurso coherente y propio (léase el ensayo *No tan incendiario*), hasta que *Farándula*, Premio Herralde, se convirtió en la Novela Que

Había Que Leer de 2015: obra sólida, inteligente, en la que el mundo del teatro y de la interpretación da pie a preguntas pertinentes sobre el compromiso político y las nuevas formas de consumo cultural. Dando un salto generacional, vienen a continuación Isaac Rosa (1974); Pablo Gutiérrez (1978), cuyo *Los libros repentinos* se acerca a la periferia de la ciudad para descubrir en ella el corazón de los regímenes políticos que han forjado la segunda mitad del siglo XX español; o Elvira Navarro (1978), que con *La trabajadora* propone una aproximación precisa y valiente al precariado, en conexión con la enfermedad mental como punto de vista. Retrato desconcertante de Madrid y sus barrios, viaje nocturno con monstruo acechante al fondo, *La trabajadora* es una novela entre realista y cerebral, de escritura densa, notable. No sé si la literatura perturbadora de Sara Mesa (1976) encaja del todo en este “grupo”, pero ya que su constitución como tal es mera convención pasajera para estructurar este repaso urgente, me permitiré incluirla. Con *Cicatriz*, Mesa escribió una de las mejores novelas españolas de 2015, una historia de amor obsesivo e incómodo entre una chica que responde a los parámetros medios y un chico que vive de robar en las grandes superficies y se empeña en encarnar la pura improductividad. En 2016 apareció su libro de relatos *Mala letra*. Y cierro con Carlos Pardo (1975), estupendo poeta, inteligencia de primer orden, cuyos *Vida de Pablo* y *El viaje a pie de Johann Sebastian* exploran desde una perspectiva, digamos que autoficticia temas como la clase media, la familia, la identidad política y estética o la condición de creador. Son dos

libros importantes, en los que lo político pesa como pesa el dandismo; si bien el dandismo es político, supongo.

Ahora quiero vincular insólitamente tres libros distantes entre sí, los tres entre lo mejor del período que he acotado. El fotógrafo Paco Gómez (1971) se ha arrancado en estos últimos años con un proyecto apasionante por muchas razones: es autoeditado, utiliza lo fotográfico como parte esencial de lo que se cuenta, y se hace preguntas desconcertantes. Una de ellas parecía ser el motor de su primer libro, el hipnótico *Los Modlin*: ¿qué podemos contar quienes venimos de una familia sin nada que contar? La respuesta fue obsesionarse casi paranoicamente con una familia excéntrica, esos Modlin del título, a quienes descubre por casualidad, cuando encuentra sus excéntricas fotografías personales en un cubo de la basura. El proyecto



El corsé convencional  
y bastante tonto de la  
literatura de género  
reclama no ser tenido  
en cuenta, pero en estas  
páginas nos servirá para  
citar algunos autores y  
libros organizándolos en  
torno a fórmulas fáciles.

continúa ese año con *Proyecto K.*, recién salido del horno, que persigue los hipotéticos pasos de Franz Kafka en un viaje a Madrid. En todo caso, por lo obsesivo, *Los Modlin* podría darse la mano con *Los hemisferios*, de Mario Cuenca Sandoval (1975), novelaza delilliana que no es perfecta por poco, llena de cine y vampirismo, porque el cine es vampirismo, que también le da vueltas a la paranoia, a lo que se añade una idea dúctil y extraña de realidad, entre lo onírico y la teoría de cuerdas. Y por la pregunta en torno a la familia, Gómez puede hermanarse a *Los extraños*, del ibicenco Vicente Valero (1963), que reúne las biografías de cuatro miembros de su familia que constituyen rarezas, exilios, externalidades al gran relato institucional de un linaje anclado en una isla. Su prosa es de una delicadeza que no excluye el período extenso, una civilizada indagación en la memoria propia y colectiva. Los extraños es, en fin, un eco que contribuye a restituir algunas ausencias.

El corsé convencional y bastante tonto de la literatura de género reclama no ser tenido en cuenta, pero en estas páginas nos servirá para citar algunos autores y libros organizándolos en torno a fórmulas fáciles. Así, la literatura de terror tiene a la estupenda Pilar Pedraza (1951), referencia indiscutible también en el campo del ensayo, que con su reciente *Lobas de Tesalia* plantea un viaje daimónico y hechicero a la antigua Roma; la negra, a Carlos Zanón (1966) y su Barcelona periférica, sucia, visitable en *Yo fui Johnny Thunders*; el notable Justo Navarro (1953) encaja todavía menos en el arquetipo de “autor de negra”, pero ha firmado otro gran ejemplo de literatura del género:

*Gran Granada*. Con la ciencia-ficción, el auge es claro: disponemos del acercamiento intelectualizado de Jorge Carrión (1976) a la distopía en tres novelas y una *nouvelle*, *Los muertos*, *Los huérfanos*, *Los turistas* y *Los difuntos*; *Los últimos*, de Juan Carlos Márquez (1967), que es un giro sobre el clásico relato postapocalíptico; y desde luego, el peculiar Colectivo Juan de Madre (1979) y su *New MYnd*, a vueltas con las identidades y las vidas múltiples. De CJdM también merece la pena recuperar el anterior: *El libro de los vivos*, novela que juega a ser un palimpsesto desconcertante. Su actual sello editor, Aristas Martínez, elabora un catálogo curiosísimo, en el caben el *new weird* de Tamara Romero y sus competidoras de lucha libre distópica en la divertidísima *¡Pérfidas!*, o el universo desinhibido, *pulp* y loco, de Laura Fernández (1981).

Y bien, la novela española del siglo XXI ofrece más nombres y más libros, algunos buenos y otros nada. Ocurre que no todos se publicaron en el período propuesto, también que no todos cabían en este breve espacio. Sobre todo, ocurre que uno siempre es ignorante y no ha leído todos los libros. Pero con un mapa así, al menos queda claro que la orografía es variada.

---

► JOSEP MARIA NADAL SUAÚ: Palma, 1980. Crítico literario y Doctor en Literatura Contemporánea, colabora regularmente con el suplemento *El Cultural* del diario *El Mundo*.



BÁRBARA PÉREZ DE ESPINOSA BARRIO

# NARRATIVA FEMENINA ESPAÑOLA ACTUAL

[LITERATURA]

La narrativa femenina española no sólo sufre una lucha dentro de sus propias filas, sino que, además, debe afrontar la influencia creciente de una nueva generación de escritoras desde el otro lado del océano. Los medios patrios se deshacen en elogios ante autoras como Samanta Schweblin o Selva Almada. Muchos echan en falta un mayor riesgo por parte de las españolas en su uso del lenguaje y de la temática. Pero, aun así, hay voces que merecerían hacer el viaje inverso.

La novela social y la autoficción parecen haber monopolizado la temática de la narrativa reciente en España. La crisis económica que desclasó y condenó de por vida a demasiados urgíó a los escritores a dar su particular versión de los hechos. La literatura no puede desconocer esa realidad, pero, como es lógico,

pocas de estas novelas sobrevivirán. Después de la muerte de Carmen Martín Gaité y Ana María Matute fue imposible encontrar dignas herederas a ninguna de ellas a pesar de los esfuerzos, muchas veces temerarios, de la prensa. Hoy en día las decanas de nuestra narrativa parecen estar más centradas en complacer a lectores poco exigentes. La experimentación y la profundidad han sido desterradas de sus carreras literarias.

Francisco Umbral vio en Belén Gopegui (1963) el mayor talento de su generación. Tras un comienzo prometedor con *La escala de los mapas*, Gopegui se sumergió poco a poco en la literatura reivindicativa. Pero esta temática, lejos de enriquecer sus tramas, ha limitado su estilo y sus novelas posteriores. Aunque todavía se le reivindica como figura de primera fila,



con cada libro va perdiendo más seguidores. Y surge, de nuevo, el eterno debate sobre la necesaria separación de política y narrativa.

El lento declive de Gopegui ha ido acompañado del ascenso de Marta Sanz (1967), a quien



las aprendices de escritoras deberían observar al empezar a trazar su carrera literaria. A pesar de que muchos quisieron englobarla dentro de la Generación Kronen, la X española, Sanz sobrevivió a la lenta desaparición de escritores que tomaron a la juventud española como protagonista. Una juventud que parecía haber dejado de lado la heroína de sus hermanos mayores para lanzarse en brazos del *grunge* y de la industria química. Sanz no sólo retrató a una generación, sino que también recreó en *Daniela Astor y la caja negra* la Transición española y momentos claves de la recién estrenada democracia, como era el “destape”, un fenómeno por el que, tras años de oscurantismo católico, se reivindicaba la libertad a través del cuerpo femenino. La fama creciente de Sanz ha hecho que se reediten varias de sus obras en los últimos años. *El frío*, su primera novela, que deslumbró por su voz narradora y por la inquietante descripción de una enfermedad mental, fue recuperada en 2012. La autora se mueve con igual soltura en el ensayo, la poesía, la novela y el relato. Tras una primera versión de *Lección de anatomía* en 2007, Sanz revisó esta suerte de autobiografía en la que invita al lector, de mano de la primera persona, a visitar sus recuerdos, las mujeres importantes de su vida y hasta su propio cuerpo. Una mezcla de realidad y ficción, porque todos nosotros rediseñamos nuestras vidas dependiendo del interlocutor.

El escaso prestigio de los premios literarios engaña cada vez menos a los lectores que ven cómo las editoriales que organizan este tipo de galardones eligen a los afortunados dentro de

sus catálogos. Pero en el 2015 Jorge Herralde parece haberse redimido premiando a Marta Sanz, que ya no necesita de reconocimiento alguno. En *Farándula*, Sanz, más allá de analizar el mundo del espectáculo, realiza una vez más un gran despliegue de estilo. Controla su prosa, cambia mil veces de registro y con ello apabulla al lector, en el buen sentido, ya poco acostumbrado a una escritura de estas características. Sanz elabora una trama con distintas lecturas: sociales, personales, gremiales. Cae por ello también rendida ante esa obligatoria lectura de la sociedad, anquilosada pero al mismo tiempo tan cambiante.

En su propia editorial encuentra Sanz, tal vez, a su relevo natural. Sara Mesa (1976) se dio a conocer con *Cuatro por cuatro*, obra por la que fue elegida finalista del Premio Herralde en 2012. Destacaba de su estructura la división en dos partes diferenciadas: una de ellas protagonizada por narradores en alternancia asimétrica, y otra compuesta por distintas entradas de diarios. El año pasado Mesa recibió el aplauso unánime de la crítica por *Cicatriz*. En esta obra con trazas de modernidad, Sara Mesa recupera dos ingredientes muy arraigados en la literatura: la novela epistolar, esta vez en un mundo 2.0, y el mito de Pigmalión. En una época de falta de originalidad, en la que los elogios han sido sustituidos por los *retweets*, Sara Mesa toma a dos inquietantes personajes para retratar la soledad, el declive de la pareja y la doble vida virtual. Mesa se lo juega todo a dos protagonistas, que arrastran al lector por esta distinta y convincente novela. Acierta al alejarse de la corriente mayoritaria



La narrativa femenina española no sólo sufre una lucha dentro de sus propias filas, sino que, además, debe afrontar la influencia creciente de una nueva generación de escritoras desde el otro lado del océano.

de la literatura española contemporánea al desprenderse de lo social para sumergirse en lo individual, consecuencia directa del aislamiento propiciado por la salvaje globalización y el uso desmedido de la tecnología. Mesa prácticamente redondea esta novela que la hace destacar sobre sus contemporáneas. Su prosa certera, cuidada, con pasajes que merecen una relectura y un final bastante logrado, reafirman su paso hacia la verdadera literatura. *Cicatriz* es una muy interesante novela, pero es, sobre todo, la confirmación de una expectativa. A principios de este 2016 Anagrama, poco dada a este tipo de apuestas, publicó su libro de relatos *Mala letra*. Una necesaria incursión en un género que sufre muchas veces el desprecio de los lectores, deslumbrados por el esplendor de la novela.

Una de las mejores escritoras (españolas) de relatos es sin duda Marina Perezagua

(1978), quien destacó con *Leche*, un volumen que remueve tripas y conciencias ya que entiende la literatura como algo que ha de ponernos a prueba. *Yoro*, su novela publicada a finales de 2015, incide en la condición destructiva de la humanidad y en una trama desgarradora y profundamente global con Japón, África y Nueva York como telón de fondo.

Otra de las autoras que más pone a prueba su propia literatura y que ha incursionado también con éxito en el relato, es Pilar Adón (1971), a la que se le relaciona siempre con el cuento, entendido en su sentido más clásico. Adón realmente ofrece escenarios perturbadores que destierran la indiferencia. En su última novela, *Las efímeras*, toma a dos hermanas, Dora y Violeta, que viven cerca de

una extraña comunidad a principios del siglo XX. La inquietante atmósfera produce todo tipo de tensiones y en ella hay una fuerte presencia de la naturaleza, desossegante y casi humanizada. Tal y como dice el escritor y crítico Carlos Pardo, “*Las efímeras* es una novela ajena a las modas literarias”.

A pesar de la aparente corriente única que parece gobernar la literatura patria, se encuentran textos que desafían esas reglas de estilo imperantes. Sònia Hernández (1976), elegida

en 2010 para la Generación Granta de narradores en español, publicó el pasado año la novela breve *Los Pissimboni*, protagonizada por una insólita familia ermitaña que desde la distancia y la leyenda parece aterrorizar a todo un pueblo. La oscuridad y el mal, al igual que en *Las efímeras*, de Pilar Adón, forman la columna vertebral de esta novela, que destaca por un estilo cuidado y una trama que, aun envolvente, podría haber sido reforzada. A pesar de ello, el

lector se sumerge en un mundo nuevo, del que, una vez que ha salido, no sabe bien si fue pesadilla o sueño.

Otra de las voces más interesantes del panorama intelectual, que bebe de influencias centroeuropeas y estadounidenses, es Rebeca García Nieto (1978). En su reciente novela, *Eric*, ahonda en los estigmas del



Es difícil y temerario  
hablar de una literatura  
femenina española  
cuando son grandes las  
diferencias, temporales  
y estilísticas, que las  
separan a todas ellas.

pasado, en la culpa histórica del viejo continente y las paranoias de la Gran América. El retrato casi radiográfico de los personajes destaca especialmente en este libro, homenaje a la figura de Kafka. En este 2016 García Nieto publica su primer volumen de relatos: *Las siete vidas del cangrejo*.

Cada cierto tiempo el mundo literario pide, al igual que el resto de los mortales, la elaboración de listas. *Páginas amarillas*, antología publicada por Lengua de Trapo, reunía en los

años 90 a las voces más llamativas de esa década. Salto de Página y Lengua de Trapo publicaron en 2013 dos antologías sobre nuevos escritores nacidos después de 1980, *Bajo Treinta* y *Última temporada*. Con ellas intentaron encontrar un nuevo estilo: rabioso y deslumbrante; propio de una generación que jura luchar contra un sistema que los ha dejado desvalidos. A pesar de hacer sonadas apuestas, ninguna de las autoras seleccionadas ha dado todavía el gran paso.

Gabriela Ybarra (1983), a mi juicio, la mejor autora nacida después de 1980, fue descubierta el año pasado. La escritora Elvira Navarro fue la editora invitada de Caballo de Troya, tras la salida de Constantino Bértolo. Su más firme apuesta fue *El comensal*, de Ybarra, quien hacía uso de la autoficción para narrar dos dolorosos episodios de su pasado. Los periódicos tradicionales, siempre en busca de titulares efectistas, encontraban una superficial relación entre Milena Busquets, autora de *También esto pasará*, un nefasto *best seller*, y Gabriela Ybarra. Comparar la serena y contenida profundidad de Ybarra con la novela histérica de Busquets es una maniobra, como poco, temeraria. No hay hermandades obligatorias dentro de la literatura del duelo. En su primer libro, Gabriela Ybarra enlaza el secuestro y asesinato a manos de ETA de su abuelo, Javier de Ybarra, y la muerte de su madre. Cómo recrear un dolor del que no fue testigo, cómo contar la enfermedad de su madre y todo lo que vivió junto a ella en ese período. Ybarra sale airosa de ambos objetivos y logra dotar de una delicada unión a estas dos historias. Convince su estilo directo, observador, que da importancia al más mínimo detalle.

Unas esposas, un vestido negro que guarda el olor de una madre muerta demasiado joven o la inmensidad de un piso vacío en medio de la impersonal Manhattan. Es en ese terreno en el que brilla especialmente este libro. Ybarra prescinde de la lágrima fácil; narra el despertar a la realidad de la vida: el primer encuentro con la muerte. El lector le acompaña en esa transición, en la recreación de ese tiempo en el que cambiaron todas sus coordenadas. *El comensal* funciona, además, por su falta de pretensiones. Encontramos a una escritora que huye de los disfraces y que así como expone la historia de su familia, descubre también sus propias flaquezas. Un muy buen primer libro que no sólo habla de dolorosas separaciones, sino también de reencuentros, con uno mismo y con los que sobrevivieron.

Es difícil y temerario hablar de una literatura femenina española cuando son grandes las diferencias, temporales y estilísticas, que las separan a todas ellas. Pero las autoras mencionadas, que no provocan ruido de manera artificial, son las voces más sólidas de nuestra narrativa y merecen, si no lo han hecho ya, cruzar al otro lado del Atlántico.

---

► BÁRBARA PÉREZ DE ESPINOSA BARRIO: Madrid, 1980. Abogada y editora, es licenciada en Derecho y Máster en Edición por la Universidad Complutense y Máster en Derecho LL.M. por la Universidad de Harvard. Colabora habitualmente con la revista *Quimera* y el portal *Libros, Instrucciones de uso*.





RAÚL QUINTO

# UN PANORAMA IMPOSIBLE DE LA POESÍA ESPAÑOLA DEL NUEVO SIGLO

[LITERATURA]

**M**e han encargado un cometido peligroso y cercano a lo imposible: sintetizar el panorama de la poesía española del siglo XXI. Así que comienzo admitiendo mi fracaso y avisando que mi intención es evitar que este artículo se convierta en un desfile de nombres y citas, pues entiendo que algo así no sirve para mucho. Se trata de resumir quince años de creación poética en un país nervioso como España, y eso significa equivocarse siempre y exponerse a la ira, que entre poetas es una cualidad abundante, de los que nombras por lo que dices y de los que no por ignorarlos; y a la sospecha, porque no trato de ser objetivo: un crítico no debe, y depende de filtros a base de gustos y afectos personales. Así que ahí queda dicho: esto no pretende ser ni riguroso ni verdadero,

acaso unos apuntes incompletos y de urgencia. Algo para abrir boca y muy manchado por mi propio paladar.

Y desde esa urgencia voy a hacer un acercamiento, con cierto deje materialista, a este período, apostando por dos acontecimientos que habrían determinado la escritura y repercusión de la poesía española durante lo que llevamos de siglo XXI: la normalización del uso de Internet y el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008, con su antes y su después. Me explico. Los libros y los poetas formados a partir del año 2000 beben de la red de redes y asumen paulatinamente algunos de los códigos y marcos propios del nuevo medio, incorporándolos de manera natural a su escritura. Así la mirada fragmentaria y en profundidad hipertextual, la conexión instantánea y en red a contenidos y

personas de todo el mundo; lo que favorece el intercambio estético y la democratización de contenidos culturales antes vedados para la mayoría, y por tanto una difusión y recepción mucho más libre de los corsés institucionales y comerciales. Todo esto acaba estallando en pluralidad y atomizando las escrituras, quedando lejos aquellas ansiedades de escuela tan relacionadas con el peso tradicional de la academia en el control de los contenidos. Hay también, y por la misma razón, un mayor cosmopolitismo en las referencias, rompiendo con esa tendencia endogámica estilística que, salvo las lógicas excepciones, se venía arrastrando desde el franquismo; y aunque también hayamos asistido en los últimos tiempos a cierta reacción conservadora, a mi juicio, ha sido claramente desbordada. Como sea. Internet se filtra en la formación y en la mirada de los poetas del nuevo siglo como un lenguaje naturalizado y comienza a dar obras inconcebibles antes de este fenómeno. Me arriesgo y cito dos: *Puerto Rico digital* (2009), de Julia Piera, y *Caoscopia* (2012), de Yaiza Martínez.

Con esa progresiva pluralidad y descontrol poético está relacionado también el estallido de la burbuja inmobiliaria: la época de bonanza a crédito anterior y la crisis salvaje posterior. Tal vez el lector mexicano necesite un breve repaso de los hechos para entender el contexto y su incidencia. Vamos a ello. En 1997 se aprueba en España una nueva Ley del suelo que permite, a corto y medio plazo, la especulación sin límites en el mercado de la vivienda y la construcción, generando una burbuja que estallará diez años después con la onda expansiva de

la caída de Lehman Brothers. Durante la época del crecimiento de la burbuja, además de una sociedad sobreendeudada y felizmente ciega en el consumo y el desclasamiento —lo que explica el surgimiento de bastante poesía declaradamente pop a principios de siglo—, los ayuntamientos incrementan, y mucho, sus presupuestos por la venta de suelo público, y las diferentes administraciones regionales o provinciales disponen de mucha liquidez, que, entre otras cosas, invertirán en cultura. Desde algunos disparates megalómanos que hoy son arqueología del derroche, como la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia o la Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela, hasta la burbuja de los premios literarios. Ninguna diputación y ningún ayuntamiento sin su premio de poesía. Con su tufillo turbio, igual que en muchas de las actividades de la época de las vacas gordas que hoy se están destapando y que ya entonces eran *vox populi*.

Pero no es este un artículo sobre ética o responsabilidades de juzgado, así que volvamos al impacto en la escritura. La mayoría de las editoriales sobrevivían gracias a este tipo de edición subvencionada; la mayoría de los autores noveles entraban en dichas editoriales a través de estos premios, que conforme iban aumentando en cuantía se iban cerrando en una nómina de autores que compartían intereses estéticos, jurados y galardones. Había, pues, un marcado sesgo reproductivo y, por tanto, conservador, determinado no sólo por la mayoría de los grandes premios sino por la sucesión de antologías generacionales, con vocación de canon, que iban apuntalando estas

nuevas y viejas voces, en su mayoría asociadas a la estética o al área de influencia de la llamada poesía de la experiencia, cuyo representante más reputado es Luis García Montero. No obstante, fue tal la cantidad de premios durante esos años, que surgieron contrapoderes en forma de otros grupos que también se autorreproducían y, para qué negarlo, autores desgajados de esos bailes que encontraron una rendija por la que colarse. Como fuera, ese control de escuela fue barrido por el estallido de la burbuja, que se llevó por delante la mayoría de estos premios y alguna que otra editorial relevante, abriendo, eso sí, el mercado a experiencias editoriales más modestas pero más osadas. El filtro canónico se ha perdido en esta mutación por crisis y por necesidad.

El de ahora es otro mundo, aunque sigan perviviendo dinámicas del viejo mundo. De aquello permanecen, cada vez más obsoletas, etiquetas como “poesía de la experiencia”, “poesía del silencio o de la conciencia crítica”, y ni siquiera sus antiguos valedores las reivindican y las practican hoy. Permanecen también algunas de las islas lejanas de la corriente principal, como Juan Carlos Mestre o, sobre todo, Olvido

García Valdés. Y continúan creciendo los autores que en la primera fase se dieron a conocer mediante los premios o las antologías generacionales, como los vinculados al nuevo realismo de *Feroces* (1998), del que podemos destacar a Pablo García Casado; o a los que vienen de la ruptura interior de la “poesía de la experiencia”, como los definió Luis Antonio de Villena, y de los que se puede citar perfectamente a Carlos Pardo, el nuevo pop neonovísimo de la primera Elena Medel o el *afterpop* de Agustín Fernández Mallo y su militancia postmoderna, llegando hasta los intentos de relanzar el canon de la “poesía de la experiencia” ya a nivel hispanoamericano con la antología *Poesía ante la incertidumbre* (2011) y autoras como Raquel Lanseros. Si hay corrientes, tienen muy poca electricidad, e incluso los autores nombrados se levantan mayoritariamente sobre sus propios libros. Hay una pluralidad y un descontrol poético muy saludable, incluso con un curioso auge de ventas del género que va de autores cada vez más interesantes como Luna Miguel a productos menos literarios, pero muy eficaces, para el lector adolescente o poco especializado, como Marwan.

Los libros y los poetas formados a partir del año 2000 beben de la red de redes y asumen paulatinamente algunos de los códigos y marcos propios del nuevo medio, incorporándolos de manera natural a su escritura.





Paro aquí, que esto se va deslizando hacia el goteo de nombres. Así que pido disculpas a los ausentes y continúo por otro camino. Si fuera un lector mexicano querría que se recomendara algún libro para medirle el pulso por mí mismo a la poesía española del momento. Acabaré con eso y con una ristra final de nombres, porque, para qué engañarnos, es inevitable en estos casos. Empiezo con Juan Andrés García Román y *El fósforo astillado* (2008), quien, tras unos cuantos tanteos bebiendo de tradiciones románticas, deslumbró con esta obra escrita como un libreto de una ópera lisérgica, donde la imaginación desbordada, el fragmento y el humor se dan la mano en una suerte de nuevo surrealismo mágico. Algo así como lo sagrado riéndose de sí mismo, que continuaría con *La adoración* (2011). Lástima que de momento estos libros duerman el sueño de los descatalogados tras la quiebra del sello DVD. Otro autor necesario es Enrique Falcón y su poesía política y vanguardista, sobre todo reconocible en su extenso proyecto *La marcha de 150.000.000*, cerrado en 2009, donde se conjuga la imagen creacionista con la rotundidad de innumerables notas, a modo de hipertexto, sobre la realidad social y política de un mundo desgarrado por el capitalismo y el totalitarismo. Un canto a los desposeídos que se puede descargar gratuitamente, junto al resto de su obra, en la página [www.nodo50.org/mlrs/](http://www.nodo50.org/mlrs/). Podría hablar también de *Sistemas inestables* (2015), de Rubén Martín, pero al ser uno de mis mejores amigos el decoro me dice que mejor no ahondar, pese a que el libro lo merezca mucho. Mejor me detengo en Chantal Maillard, que explota con

varios libros de poemas y diarios cruzados en este nuevo siglo, sobre todo a partir de *Matar a Platón* (2004) y su constante cuestionamiento de la prisión del yo, transitando continuamente sobre el interrogante y las trampas que la mente le ofrece a la mente para estar en el mundo, con todo lo terrible de los acontecimientos que nos sacan y nos atan al tiempo. Una poesía extraña y necesaria. Como *Febrero* (2008), de Julia Castillo, compuesto por un único poema que tal vez sea el más logrado de este siglo. Bueno. Cuando uno comienza a hacer afirmaciones como esta, tiene que ir pensando en cerrar la boca. Así que de aquí hasta cerrar los diez mil caracteres que me cede la revista, me dedicaré a nombrar poetas que creo que merece la pena que busquen y lean. Hay más, pero no caben. Alberto Santamaría, Berta García Faet, Julio Mas Alcaraz, Julieta Valero, Óscar Curieses, David Leo, Ada Salas, Diego Doncel, Ernesto García López, Ana Gorría, Jorge Gimeno, Alejandro Céspedes, Manuel Vilas, Ada Salas, Marcos Canteli, Mariano Peyrou, Esther Ramón, David Refoyo, Sofía Castañón, Jorge Riechmann, Begoña Callejón, María Eloy García, Rafael Espejo, Lola Nieto, Andrés Navarro, David Eloy Rodríguez, Miriam Reyes, Ángel Cerviño, José Ramón Otero Roko. Y más, claro.

---

► RAÚL QUINTO: Cartagena, 1978. Es poeta, profesor y crítico literario. Ha publicado, entre otros, los libros de poemas *La flor de la tortura* (Renacimiento, 2008) y *Ruido blanco* (La Bella Varsovia, 2012). Su obra más reciente es la inclasificable *Yosotros* (Caballo de Troya, 2015). Blog: [raulquinto.blogspot.com](http://raulquinto.blogspot.com)

SERGI BELLVER

# EL CUENTO ESPAÑOL DEL SIGLO XXI

[LITERATURA]

Cuatro variables deberían definir la escritura de un artículo como éste: conocimiento, motivación, destinatario y contexto. Empezando por el final, ésta no es una publicación académica pero sí tiene voluntad de rigor y divulgación, de modo que no conviene tomar el asunto a la ligera. El destinatario natural de esta revista es el lector mexicano, aunque pueda leerse en varios formatos en América Latina y en España. Con eso en mente, la motivación de mi texto es la difusión de ciertas obras allá donde no llegan normalmente y, con humildad, pero sin modestia, tras casi una década dedicado al cuento en varias tareas y aunque sólo fuera por los centenares de libros de relatos leídos —y tantas lagunas, aún así—, creo que puedo compartir aquí mi conocimiento sobre el tema. Pensemos,

sin embargo, en una conversación distendida de lector a lector —de hecho, no muy distinta a las que tuve a menudo con otros colegas escritores y editores durante los seis meses que residí en México—, aunque falten ahora el mezcaval y ciertas maldades. Y a partir de ahí trataré de responder a una doble pregunta tan imaginaria como plausible y concreta desde el otro lado de la mesa: ¿qué se ha hecho últimamente en el cuento en España que valga de veras la pena y qué deberíamos leer aquí para saberlo?

Y mi primera consideración tiene que ver con una paradoja que señalo en cuanto me dejan: será que los libros flotan mal, porque resulta casi imposible que crucen el Atlántico, al menos en dirección a América Latina. Paseando por las librerías de la Ciudad de México, Guadalajara o Puebla, me resultaba

Los mejores libros de  
cuentos que se han  
publicado en España en  
lo que llevamos de este  
siglo apenas han tenido  
difusión en México y el  
resto de América Latina.



prácticamente imposible encontrar un solo libro de algún narrador español actual, salvo las cuatro vacas sagradas de siempre. Me cuentan que sucede lo mismo en Bogotá, Buenos Aires, Lima o Santiago de Chile. No hay, pues, verdadera circulación ni trasvase de propuestas entre las dos orillas de nuestro idioma, y la literatura en español permanece estabulada en cada taifa, salvo por los autores latinoamericanos que los grandes grupos editoriales españoles deciden premiar para intentar ampliar su mercado, o los que, gota a gota, calan en un tejido editorial independiente algo más permeable al intercambio literario. La situación se agrava en el campo del relato. En resumen: los mejores libros de cuentos que se han publicado en España en lo que llevamos de este siglo apenas han tenido difusión en México y el resto de América Latina.

El compadre golpea la mesa con el vaso desde el otro lado del idioma e insiste: ¿qué deberíamos leer pues? Tomo aire y le cuento una

pequeña historia, de dónde viene el asunto y cómo hemos llegado hasta aquí. El siglo xx dejó algunas vías abiertas en el cuento español, desde el legado de autores como Ignacio Aldecoa, Ana María Matute y muchos otros, hasta el trabajo de maestros que siguieron en la brecha al cambiar de centuria, como Medardo Fraile, Juan Eduardo Zúñiga, Cristina Fernández Cubas, Ramiro Pinilla o Javier Tomeo. La década de los 90 se despidió con los deslumbrantes inicios de carreras literarias ahora consolidadas. Pienso en Eloy Tizón y su proverbial *Velocidad de los jardines* (1992); en *El que apaga la luz* (1994), de Juan Bonilla; en *El aburrimiento*, Lester (1996), del genial Hipólito G. Navarro; en el bello *Frío de vivir* (1997), de Carlos Castán; o en los primeros libros de relatos de Quim Monzó, autor en catalán cuyas traducciones al castellano influyeron a varias hornadas de nuevos cuentistas. De todos modos, el cuento español comenzó el siglo xxi como había malvivido en el anterior, siendo el hermano pobre de la novela para editores, medios, crítica y público. Nada que ver con el respeto que se le tiene al género en América Latina o el mundo anglosajón, donde también, toca admitirlo, han surgido cuentistas de mayor talla y proyección universal. Tal vez por la efervescencia en su día de los *blogs* literarios españoles dedicados al cuento, que tuvo su punto álgido entre 2006 y 2009 —y entre los que destacó *El síndrome Chéjov* de Miguel Ángel Muñoz—, quizá por algunos premios literarios dedicados al género, como el Ribera del Duero o el Setenil, y desde luego por la aparición, el riesgo y la consolidación de varios sellos independientes que le

prestaron especial atención al relato breve en su catálogo, la sensación recurrente de “mala salud de hierro” fue poco a poco dando paso a la que hoy parece una situación más o menos saneada, como mínimo desde un punto de vista editorial: mejores o peores, lo cierto es que hoy se publican muchos libros de cuentos en España y ya no hay lugar para la queja solemne, salvo por el desdén mediático y la pobre recepción general de la crítica.

Ni siquiera en una panorámica tan breve y somera como la de este artículo, inevitablemente subjetivo, ni desde luego tampoco en esa conversación imaginaria de cantina con mi compadre, estaría justificado hablar del cuento español de este siglo sin mencionar

la labor de algunas de esas editoriales independientes. La más señera es, desde luego, Páginas de Espuma, volcada casi en exclusiva y de forma militante en el cuento. También Menoscuarto lleva a cabo una tarea sostenida y encomiable, y otros sellos como el prolífico Salto de Página, la rigurosa Pre-Textos, los cazatalentos de Tropo, la valiente Candaya o la incombustible Ediciones del Viento, entre otros, han publicado a algunos de los autores españoles que hoy en día son referencia ineludible en el cuento español. No sería justo, sin embargo, desdeñar aquí a los grandes sellos editoriales, pues entre su vorágine comercial también han apostado por excelentes cuentistas, como es el caso de Fernando Aramburu o



Hay al menos una  
decena de cuentistas  
españoles cuya obra va  
a permanecer viva en las  
siguientes décadas  
de este siglo.



la ya mencionada Cristina Fernández Cubas en Tusquets; Ignacio Martínez de Pisón o Adolfo García Ortega en Seix Barral; o Felipe Benítez Reyes y Pedro Zaraluki en Destino, por citar sólo unos pocos. Además de la sólida construcción de esos otros catálogos independientes en torno al cuento, merece la pena detenerse en dos antologías de ambición canónica aparecidas en 2010: *Pequeñas resistencias 5*, que Andrés Neuman elaboró para Páginas de Espuma, y *Siglo XXI*, a cargo de Fernando Valls y Gemma Pellicer en Menoscuarto. Uno quitaría y añadiría nombres aquí y allá, pero el lector latinoamericano que sienta curiosidad por el cuento español podría empezar a seguir el rastro de la presa por esas dos pistas. Y entre esas huellas se encuentra sin duda la aportación de muchos autores nacidos en América Latina pero que han armado su carrera editorial en España y, con ello, han construido también el cuento español: el propio Andrés Neuman, Clara Obligado, Eduardo Halfon o Fernando Iwasaki son sólo algunos ejemplos.

Mi compadre se impacienta, apura el mezcal invisible y me increpa: “ya, ya con la charla, pero, ¿qué libros?”, y me pide libros *chingones* que tendrían que cruzar el charco. Trato de organizar la lista de algún modo para que tenga pies y cabeza, pero también para que nadie corte la mía por olvidarme de demasiados títulos. De manera que, a grandes rasgos, pienso en tres posibles grupos: los narradores natos, los innovadores y los bichos raros. Es por esa voluntad de estilo por donde alcanzo a recordar algo entre tantos libros, y no por temas, escuelas ni paisajes. El gran cuentista José María Merino amonestó en cierta ocasión la “deslocalización” de las historias y los espacios en el cuento español, pero no me parece buena ni mala, sino sólo un síntoma más de nuestro tiempo y una decantación natural de décadas de lecturas cosmopolitas. Lo que en un cuento cuenta de veras es, en todo caso y para quien esto escribe, el fogonazo que ilumina un espacio secreto, el destilado de lo real en el alambique de la ficción o el trazado de una vía tangente. Innovadores, narradores puros o bichos raros, el cuento español es diverso, inclasificable e irregular, pero creo que hay al menos una decena de cuentistas españoles cuya obra va a permanecer viva en las siguientes décadas de este siglo, y en eso se resume todo al final en literatura: en lo que olvidamos pronto y lo que pervive de algún modo en cada acto íntimo de lectura.

Recomendaría a mi impaciente compadre y a cualquier lector latinoamericano que comenzara leyendo a Matute, Fraile, Tomeo, Zúñiga o Cubas, pero si pudiera facturar en una maleta

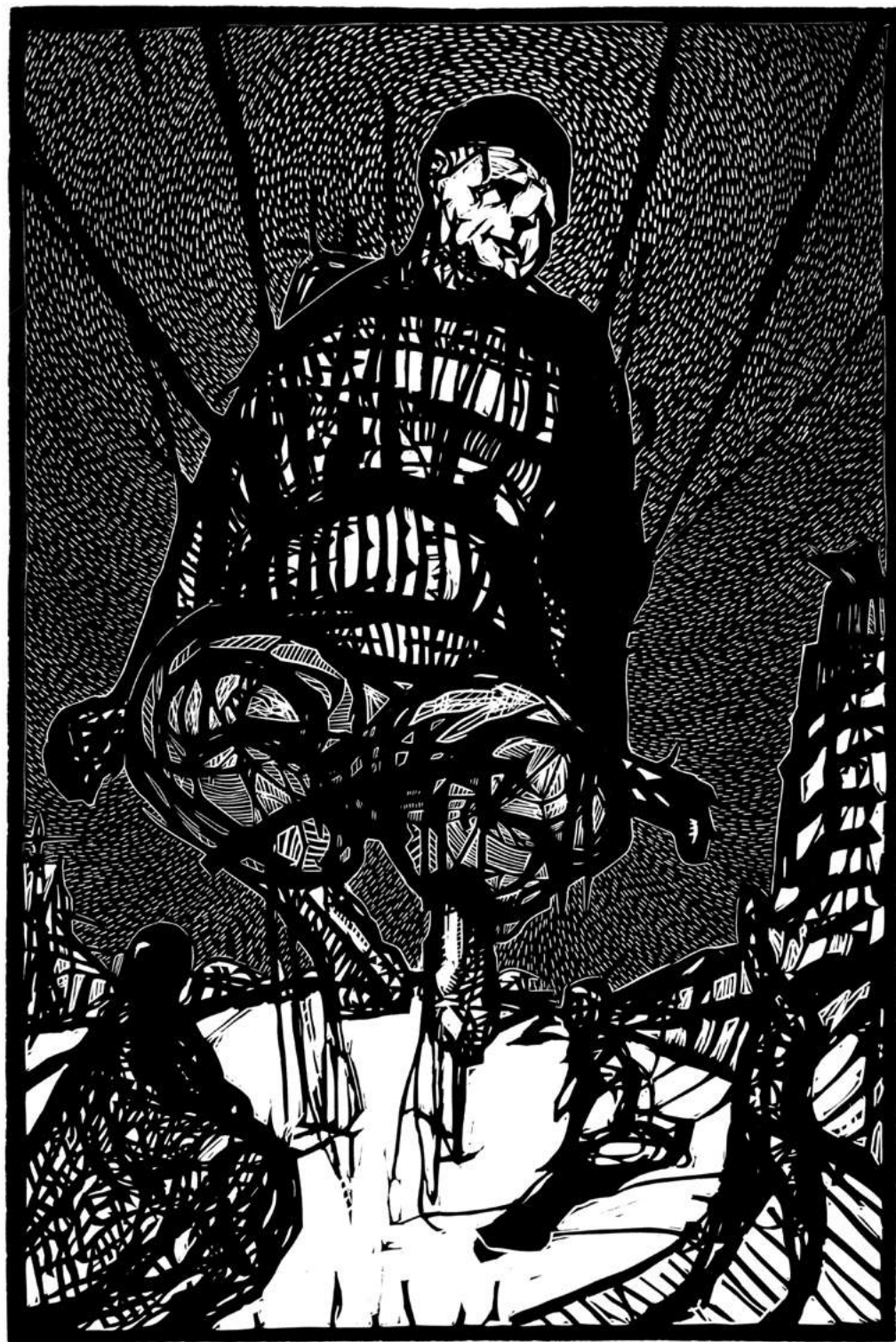
veinte kilos de libros para que se hiciera una idea atinada del cuento español del siglo XXI, empezaría sin dudarle por Hipólito G. Navarro, bicho raro y luminoso como *El pez volador* (2008). Si de luz hablamos, añadiría enseguida *Técnicas de iluminación* (2013), de Eloy Tizón, el libro de relatos —en— español más inspirado de los últimos años. Me arriesgaría en la aduana con la eterna búsqueda de Javier Sáez de Ibarra en *Mirar al agua* (2009) y el material inflamable de *La vida ausente* (2006), de Ángel Zapata. Para compensar, incluiría a tres narradores puros, como Gonzalo Calcedo, Jon Bilbao y Óscar Esquivias, pero dudaría qué título elegir de cada uno, aunque creo que me decidiría, respectivamente, por *La carga de la brigada ligera* (2004), *Como una historia de terror* (2008) y *Pampanitos verdes* (2010). En una esquina, bien protegidos, colocaría *Museo de la soledad* (2000), de Carlos Castán; *Los peces de la amargura* (2006), de Fernando Aramburu; *Leche* (2013), de Marina Perezagua; y *Ocho centímetros* (2015), de Nuria Barrios. Y en la otra, para combatir el dolor, pondría analgésicos del tipo *El camino de la oruga* (2003), de Javier Mije; *Llenad la Tierra* (2010), de Juan Carlos Márquez; *El mundo de los Cabezas Vacías* (2011), de Pedro Ugarte; *Una manada de ñus* (2013), de Juan Bonilla; *Mientras nieva sobre el mar* (2014), de Pablo Andrés Escapa; y *Hombres felices* (2016), de Felipe R. Navarro. No me dejaría unos cuantos libros brillantes sin los que cojearía la maleta, como *El hombre que inventó Manhattan* (2004), de Ray Loriga; *Bar de anarquistas* (2005), de José María Conget; *Gritar* (2007), de Ricardo Menéndez Salmón; *Estancos del Chiado* (2009), de Fernando Clemot; *No es*

*fácil ser verde* (2009), de Sara Mesa; *Antes de las jirafas* (2011), de Matías Candeira; *La piel de los extraños* (2012), de Ignacio Ferrando; y *El Claustro Rojo* (2014), de Juan Vico. Para romperle la cabeza a quien pretendiera requisarlos, cubriría el conjunto con *Alto voltaje* (2004), de Germán Sierra; *El malestar al alcance de todos* (2004), de Mercedes Cebrián; *Breve teoría del viaje y el desierto* (2011), de Cristian Crusat; y *Los ensimismados* (2011), de Paul Viejo. De contrabando irían algunas sustancias extrañas y adictivas como *El deseo de ser alguien en la vida* (2007), de Fernando Cañero; *Nosotros, todos nosotros* (2008), de Víctor García Antón; *Órbita* (2009), de Miguel Serrano Larraz; *Los monos insomnes* (2013), de José Óscar López; y *Extinciones* (2014), de Alfonso Fernández Burgos. Creo que la maleta ya reventaría a estas alturas, pero para que mi interlocutor imaginario no se quedara con las ganas buscaría hueco y le daría una oportunidad a alguno de los primeros libros de relatos de jóvenes como Aixa De la Cruz, Mariana Torres, Juan Gómez Bárcena, David Aliaga, Raquel Vázquez o Almudena Sánchez. Estoy seguro de que la compañía aérea me hará pagar por exceso de equipaje, y de que camino del aeropuerto olvidaré algún buen libro, como acabo de hacer ahora. Habrá sido el mezcal de mi compadre.

---

► SERGI BELLVER: Barcelona, 1971. Autor del libro de cuentos *Agua dura* (Ediciones del Viento & SubUrbano, 2013), ha coordinado varios libros colectivos de relatos, ha prologado obras de Kafka y Dostoievski y ha trabajado como editor, profesor de narrativa y crítico literario. Sitio web: [www.sergibellver.com](http://www.sergibellver.com)







MIGUEL BARRERO

# ANTONIO MUÑOZ MOLINA: LA ÉTICA Y LA ESTÉTICA

[LITERATURA]

“Cuéntame quién soy”. Es la frase que pronuncia el narrador de *El jinete polaco* en uno de los momentos álgidos de la novela, y acaso sea también la que mejor define el impulso que ha venido guiando la obra de Antonio Muñoz Molina (Úbeda, 1956) desde que se diera a conocer con *Beatus Ille* hasta hoy. Las referencias no son ociosas, porque, precisamente, en este 2016 el autor celebra una triple efeméride. Mientras él cumple sesenta años, los lectores conmemoramos que hace justo tres décadas arrancó su carrera literaria y que ha pasado un cuarto de siglo desde que alumbró la que muchos consideran su pieza maestra. En este tiempo la obra de Muñoz Molina ha adquirido una envergadura tal, que resulta muy difícil explicar la narrativa española posterior

a la muerte del dictador Francisco Franco sin tenerla muy en cuenta, del mismo modo que se hace imposible no advertir que, de todos los escritores surgidos en la Transición a la democracia, probablemente Muñoz Molina fue uno de los que con más ahínco y lucidez reflexionó acerca de la tradición en la que se inscribía, teniendo muy en cuenta los puntos de partida. Dicho de otro modo: su trayectoria no ha sido una sucesión de pasos balbuceantes que a partir de cierto momento adoptan una línea fija y definida. Por el contrario, da la impresión de que su obra marcó desde sus inicios el objetivo de explicar, explicarse y explicarnos. Él ha recordado a menudo cómo el conceder en sus tramas una importancia crucial a los recovecos de la Guerra Civil, le sirvió para que buena

parte de la crítica le calificara de anticuado en los comienzos de su carrera. No acertaron a ver que en ese remontarse al pasado reciente latía la inquietud que le llevó a revelarse en muy pocos años como un consumado hacedor de mundos. Las fechas a las que me refería al principio de este texto son la mejor prueba: si en *Beatus Ille* Antonio Muñoz Molina forjaba los primeros cimientos de su universo mítico de Mágina, en *El jinete polaco* este enclave ficticio, trasunto de su Úbeda natal, adquiría verdadera carta de naturaleza para erigirse, a su modo, en un personaje más, compendio de preocupaciones pasadas y obsesiones venideras.

Si aquella primera novela caló pronto entre los lectores, las posteriores no hicieron sino

refrendar esa comunión, probablemente porque en su obra se encadenaban diversos factores que convertían las suyas en unas narraciones valiosas y necesarias. Acaso el más importante, sobre todo en unos momentos en el que el país entero jugaba a redescubrirse o a inventarse partiendo de preceptos no siempre fidedignos; tenía que ver con la mirada hacia atrás dentro de la propia Historia, a la indagación libre de prejuicios en las mareas de un pasado reciente del que la narrativa española en boga por entonces procuraba huir por considerar que se trataba de un tema no superado —es posible que siga sin estarlo hasta el día de hoy—, pero sí en cierto modo inconveniente para sus aspiraciones de futuro. Tiene que ver, precisamente, con la búsqueda en el conflicto de 1936 y en sus devastadoras consecuencias de las razones que acertaran a explicar determinados signos que definían a la España de nuestra época. *Beatus Ille* planteaba, en ese sentido, no pocas preguntas incómodas en las que su autor iría reincidiendo a lo largo de los años, a medida que iba dando cuerpo a una trayectoria sobresaliente que pronto se mostró recorrida por una espina dorsal de la que salían meandros que, a su vez, acababan conformando nuevos asuntos fundamentales que resplandecerían en su justo momento. Así, puede casi leerse hoy *Beatus Ille* como un anticipo de lo que terminaría siendo *El jinete polaco*, para muchos, como digo, su obra maestra indiscutible, de la que partirían títulos sólo aparentemente secundarios como *Los misterios de Madrid*, *El viento de la luna* o *Plenilunio*. O, fundamentalmente, como el inicio de una



Su trayectoria no ha sido una sucesión de pasos balbuceantes que a partir de cierto momento adoptan una línea fija y definida. Por el contrario, da la impresión de que su obra marcó desde sus inicios el objetivo de explicar, explicarse y explicarnos.

voluntad que ha llevado a Muñoz Molina a trazar amplias y certeras cosmogonías en torno a los temas que le han venido obsesionando y que, de algún modo, se iban anticipando o encontraban ecos inesperados en otras novelas. Así, el interés por el espionaje durante los años de plomo del guerracivilismo y sus consecuencias que engendró *Beltenebros*, se tradujo unos pocos años más tarde en la monumental *Sefarad*, y de todo ello acabaría surgiendo *La noche de los tiempos*, un título que podría considerarse más que digno heredero de *La forja de un rebelde*, la indispensable narración con la que Arturo Barea explicó en qué había consistido la Guerra Civil. Del mismo modo, el descubrimiento de la capital portuguesa durante el proceso de documentación para *El invierno en Lisboa* se conjugaría con el estudio de los movimientos de reivindicación de los derechos civiles glosados y añorados en *Todo lo que era sólido* para formular una ecuación que arrojó el resultado de *Como la sombra que se va*, último ejemplo hasta la fecha de ese feliz empeño del autor en pergeñar páginas que le expliquen y que nos expliquen, en este caso persiguiendo el rastro del asesino de Martin Luther King.

Hay, con todo, un texto que a mi entender resulta crucial por lo que tiene de definitorio. Se trata de “Destierro y destiempo”, el discurso que pronunció con motivo de su ingreso en la Real Academia Española de la Lengua en 1996, y que concibió como una respuesta a otro parlamento, el que tendría que haber dado el escritor Max Aub al convertirse en miembro de esa misma institución si la Guerra Civil no le hubiera conducido al exilio. En su discurso,

En su obra se  
encadenaban diversos  
factores que convertían  
las suyas en unas  
narraciones valiosas  
y necesarias.



pergeñado cuando ya sabía que nunca podría leerlo, Aub se dirigió a una Academia ideal en la que figuraban prohombres como García Lorca o Antonio Machado, fatalmente desaparecidos en la realidad a resultas del conflicto. Al responderle, Muñoz Molina componía una sentida elegía a un pasado posible, pero troncado, a la vez que convertía éste en una base desde la que trazar un porvenir acogedor. Todo ello conjurando a esos honorables fantasmas del pasado para hermanarse con ellos y erigirlos en epítome y resumen de un país y una intelectualidad de los que él ha conseguido ser un más que digno descendiente: un escritor que aúna ética y estética para mirar hacia sí mismo y explicarnos quiénes somos.

► MIGUEL BARRERO: Oviedo, 1980. Periodista y escritor, colabora en diversos medios, ha publicado cinco novelas, un libro de viajes y ha ganado premios como el Prix International de Littérature de la Fondation Antonio Machado por *Camposanto en Collioure* (2015).



SANTIAGO GARCÍA TIRADO

# MARIO CUENCA SANDOVAL O LA NOVELA POR LLEGAR

[LITERATURA]

**C**oncedamos, por un momento, que la novela ha muerto. Las profecías al respecto, repetidas hasta la hartazón desde Julio Verne, se han cumplido por puro empecinamiento, y ya sabemos que mañana no habrá novedades en esa sección de las librerías. Sin embargo, el negocio sigue. Llegarán cajas que contendrán nuevos títulos y nuevos formatos, algo que —ya lo suponíamos— propondrá al lector un nuevo contrato, un marco y unos códigos diferentes a los conocidos. Dejemos en suspenso el asunto de la denominación, y simplemente experimentemos con lo que llega a nuestras manos. Podría perfectamente ser algo de Mario Cuenca Sandoval, uno de los autores más en forma en esto que en España se considera “nueva narrativa” y que podría servirnos para dilucidar el asunto de la novela *post mortem*.

Tras iniciarse en la poesía, en 2007 Mario Cuenca irrumpe en la novela con *Boxeo sobre hielo*, un título capaz de todo para una narración no menos impredecible. En ella, el narrador relata la historia desigual de sus padres, un boxeador llamado Larretxi, tipo duro pero con una vida intelectual nada despreciable, y Margot, una cantante de jazz en continuo estado de gracia en el Madrid del último franquismo. La novela se va construyendo a base de capítulos de extensión caprichosa, y sin complejos une avances argumentales con otras secciones de tipo divagatorio, aforístico o ensayístico. La narración se alimenta de formas narrativas ya creadas, del cine, de otras novelas y de la filosofía, y tiene como resultado algo que se desvía conscientemente de la imitación como fórmula convencional del arte de narrar. El contrato de lectura propone un dejarse llevar por cada

capítulo, reenfocar continuamente el texto sin la impaciencia de esperar ese placer pueril de sentir más pronto que tarde que todos los cabos quedan bien atados. Otros autores coinciden, por esas fechas, en propuestas con un aliento similar: Agustín Fernández Mallo da a luz *Nocilla dream* en 2006, con una narración fragmentaria que incluye abundante aparato científico, pero de todo punto efectiva; Robert Juan-Cantavella ha escrito *Proust Fiction* en 2005, donde revela el secreto de que Tarantino había sido plagiado por el francés, ¡a principios del siglo XX!; Eloy Fernández Porta acaba *Afterpop*, un ensayo sobre el arte de última hora llamado a ser la biblia fundacional del nuevo movimiento artístico; y otros como Manuel Vilas, Jorge Carrión o Germán Sierra coronan proyectos igualmente rompedores bajo el marchamo cada vez más controvertido de *novela*. Ninguno ha sido *best seller*, pero han dado lugar a lecturas gozosas entre lectores hastiados de un siglo denso de narrativa realista.

*El ladrón de morfina* (2010), partiendo de un planteamiento más extraño, resulta narrativamente más efectiva. Tres raros individuos

coincidirán en la guerra de Corea: uno es un granjero idiota de Vermont, el segundo un colombiano pelirrojo y espigado, y el último un oficial americano de apellido Caplan, obsesionado con dibujar tanques utilizando el código ASCII. La novela juega al desconcierto con el asunto de la autoría, presentándose como una traducción de la obra original escrita por un autor que bien podría ser cualquiera de los tres mencionados. Por momentos, la narración adquiere tintes de ensoñación, pese a que las bombas siguen cayendo, literalmente, y es preciso utilizar las dosis unipersonales de morfina que cada soldado americano lleva entre su impedimenta. La guerra es lo único indiscutible en la historia, parece decir el relato. A lo largo de la trama otras narraciones se van entrecruzando, aunque no operan como interferencias. El lector sospecha que completan la lectura, y reconstruye a golpe de intuición el cuadro que modifica cada una de estas narraciones. El resultado es inesperado, íntimamente satisfactorio. La fuerza poética que alcanzan muchas situaciones es tal que justificaría toda una obra literaria. En ese intento renovador



Mario Cuenca sabe, como pocos, crear situaciones de gran carga lírica. Inunda la trama de símbolos y referencias cruzadas que pueden detonar cargas de efectos impredecibles.

vuelven a coincidir varios autores por las mismas fechas: Jorge Carrión publica ese mismo año *Los muertos*, novela que recrea una serie de televisión con tintes políticos; Robert Juan-Cantavella aparece unos meses después con *Asesino cósmico*, literatura *pulp* y diversos géneros de por medio con un efecto desopilante; poco antes ha llegado a librerías *Intente usar otras palabras*, de Germán Sierra, con historia de desamor, ensayos diversos y, sembrando el fondo del diorama, el ya desde entonces omnipresente Google.

Cuando en 2014 aparece la última novela, hasta la fecha, de Mario Cuenca, *Los hemisferios*, los autores de la “nueva narrativa” española son ya conocidos extensamente en Europa y América. Jorge Carrión ha culminado su trilogía *Las horas*; Agustín Fernández Mallo publica *Limbo*; Eloy Fernández Porta ya es un referente necesario del pensamiento actual, y acumula premios por su obra ensayística; Robert Juan-Cantavella publica *Y el cielo era una bestia*; Manuel Vilas, *El luminoso regalo*. Todos trabajan ya para editoriales de prestigio. Y no dejan de aparecer propuestas de riesgo: Colectivo Juan de Madre, Óscar Gual y otros, a la par que se van consolidando editoriales independientes interesadas en obras que sólo de manera secundaria posibilitan una rentabilidad comercial: Salto de Página, Alpha Decay, Aristas Martínez, Galaxia Gutenberg, Periférica, etcétera. Las características ya apuntadas en Mario Cuenca se generalizan: rompen con la literatura testimonio —como pronosticaba Lyotard—; sus propuestas parten a su vez de otras propuestas artísticas —y no sólo

literarias—; se desligan del territorio propio para asumir una identidad pangeica; rompen con el modelo convencional de fábula a base de digresiones, tramas paralelas, cabos múltiples que pueden quedar sin atar. “La novela es un delirio en sí mismo”, dice Mario Cuenca que dice Lacan. Tratar aquí de concentrar el nivel de delirio que desatan las páginas de *Los hemisferios* es harto improbable. Para empezar, la narración se espeja y da como resultado la *Novela de Gabriel* y la *Novela de María Levi*, dos versiones de la misma historia aunque, de no ser por los “agujeros de gusano” que las recorren, sería imposible reconocer la una en la otra. Fascina. Experimenta estructuras innovadoras mientras recorre los diversos estadios del amor, la insania, la automutilación, el exceso, el conocimiento y el vacío. Mario Cuenca sabe, como pocos, crear situaciones de gran carga lírica. Inunda la trama de símbolos y referencias cruzadas que pueden detonar cargas de efectos impredecibles. Nunca deja de mano el ritmo del relato, por más que ensaye posibilidades narrativas. Es ambicioso, por encima de todo, y le sienta bien esa expansividad. Si algo necesita el arte para progresar es ambición. Lo otro no puede ser más que plagio. 

---

► SANTIAGO GARCÍA TIRADO: Linares, Jaén, 1967. Colaborador del programa Todos somos sospechosos de RNE3, ejerce la crítica literaria en las revistas *Quimera* y *Libriájula* y el portal *Blisstopic*. Sus obras más recientes son *La balada de Eleanora Aguirre*, novela ambientada en el México de los 60, y los relatos de *Todas las tardes café*.





ÁLVARO BAQUERO-PECINO

# NOTAS PRELIMINARES SOBRE LITERATURA ESPAÑOLA EN ESTADOS UNIDOS

[LITERATURA]

**L**a literatura en tiempos de Twitter suele dejar huellas, en ocasiones, difusas. Trazar un cuadro panorámico de la presencia de los escritores españoles en Estados Unidos es un proyecto que deviene en un esbozo deliberadamente incompleto y que merecería algo más que estas líneas. Siendo España una realidad compleja en lo cultural, en lo lingüístico y en lo político, conviene hacer una serie de salvedades. Este acercamiento se centra en una producción principalmente realizada desde Estados Unidos en castellano o español por autores españoles, si bien algunos de los que se mencionarán desarrollan sus obras también en otras lenguas como euskera, gallego, catalán o asturiano.

No es tarea fácil acotar la existencia de la literatura española en Estados Unidos, en un

espacio en el que la sombra de autores latinoamericanos de la importancia de Borges, García Márquez y Roberto Bolaño convive con libros de autoayuda, guías de viaje, manuales de yoga y traducciones de libros de Dan Brown. Ese espacio es algo más que simbólico. Con honrosas excepciones, una visita a una librería estadounidense del promedio suele corroborar la exótica amalgama de tendencias que acostumbran a englobarse bajo el rótulo “*Spanish*”. En esa sección, asimismo, suelen cohabitar autores españoles de corte muy diverso como Enrique Vila-Matas, Javier Marías, Carlos Ruiz Zafón y Arturo Pérez-Reverte, que tienen una repercusión global, pero que desarrollan su carrera principalmente desde España.

No obstante, existe una tradición de escritores españoles que llevaron a cabo buena parte

Si bien la oferta cultural en español en Nueva York es muy amplia y va más allá de las instituciones y las universidades, cabe señalar la importancia de las mismas a la hora de establecer una serie de espacios de circulación.



de su labor desde Estados Unidos. La nómina es extensa. Durante el siglo XX se podrían citar, entre otros, algunos casos notables como Juan Ramón Jiménez o Francisco Ayala. Las consecuencias derivadas de la Guerra Civil y la prolongación durante décadas de la dictadura franquista determinaron, en muchos casos, el exilio al otro lado del Atlántico. Si bien América Latina fue un destino recurrente, Estados Unidos también recibió a un buen número de intelectuales españoles, entre los que se encontraban muchos escritores. Posteriormente, hay que reseñar el caso de Ángel González, uno de los poetas más importantes de la denominada Generación del 50. Más recientemente, hay que mencionar a Antonio Muñoz Molina, que con una carrera literaria ya consolidada en España, ejerció como director del Instituto Cervantes en Nueva York y, en diferentes etapas, fue docente

en diversos programas académicos de la ciudad, y cuya producción incluye un libro como *Ventanas de Manhattan*.

En la actualidad, podría decirse que la presencia literaria española en Estados Unidos es amplia, pero su visibilidad es variable. Existe, por tanto, un heterogéneo grupo de escritores que desarrollan su labor creativa junto con su trabajo académico desde diversas partes de la geografía norteamericana. En Rochester, Francisco Plata; en Cincinnati, María Paz Moreno; en Iowa, Ana Merino y Martín López-Vega; en Nebraska, Pedro José Vizoso; en Providence, Berta García Faet; y en Philadelphia, Víctor Sierra Matute y, hasta no hace mucho, Mercedes Cebrián. La relación, a pesar de incompleta, puede dar una idea de la repartida presencia española, y la lectura de cada uno de estos autores muestra un panorama que abarca muy diversas temáticas y modos de entender la literatura.

Y, por supuesto, la Ciudad de Nueva York. Las calles que inspiraron obras de Federico García Lorca, Carmen Martín Gaité o José Hierro, entre otros muchos, siguen siendo una referencia fundamental. Al ya citado caso de Muñoz Molina se pueden añadir otros ejemplos de escritores afincados en ella. En esta nómina se pueden incluir casos tan diversos entre sí como el de Almudena Vidorreta Torres, ganadora de diversos premios y autora de poemarios como *Lengua de mapa* y *Días animales*; Marta López Luaces, traductora y poeta de amplia trayectoria, y cuya novela *Los traductores del viento*, tuvo una gran repercusión; y Txemi Parra, actor y guionista que recientemente publicó su primer

libro: *Los muertos no comen yogures*. Asimismo, hay que mencionar a Mar Gómez Glez, autora de *La edad ganada*, que ha desarrollado su carrera no solamente en Nueva York sino también en Los Ángeles, y cuyas piezas teatrales han sido estrenadas en España y en Estados Unidos tanto en español como en inglés. La dimensión performativa se entrecruza con la práctica literaria y, en esta línea, se pueden mencionar también los casos de Antonio César Morón, Cristina Colmena, Sara Gozalo y Begonya Plaza, que han desempeñado parte de su trabajo en Nueva York a la vez que en España.

Si bien la oferta cultural en español en Nueva York es muy amplia y va más allá de las instituciones y las universidades, cabe señalar la importancia de las mismas a la hora de establecer una serie de espacios de circulación. De esta manera, la sede del Instituto Cervantes de Nueva York aboga por un criterio que intenta aunar aspectos culturales que reflejen parte de la diversidad del mundo hispanohablante, incluyendo a un cierto número de escritores españoles que visitan la ciudad o que se establecen en ella de modo transitorio. Por su parte, asociados al programa de escritura creativa en español de NYU (New York University) y a su revista virtual (*Temporales*), aparecen, entre otros, los nombres de Javier Pérez, Nuria Mendoza, Alberto Carpio Jiménez, Marta del Pozo, José Luis Cantón Paterna o Marina Perezagua. Asimismo, y con epicentro en el Graduate Center de CUNY (The City University of New York), han surgido publicaciones como el *LL Journal*, que se define como “una publicación colectiva de las y los

estudiantes del Programa Doctoral de Lenguas y Literaturas Hispánicas y Luso-Brasileñas”, y que cuenta con una sección dedicada a escritura creativa; y *Los bárbaros*, un proyecto literario dirigido por el escritor peruano Ulises Gonzáles, que incluye no solamente una revista sino también televisión y radio, y en el que comparten páginas, lecturas, entrevistas y presentaciones de autores latinoamericanos y españoles, entre los que se puede nombrar a Sara Córdón, Gus Jiménez e Isabel Domínguez Seoane.

De estas notas preliminares se desprende el incesante diálogo entre tradiciones y disciplinas que trascienden el marco de lo nacional y la persistente mudanza de las prácticas literarias y sus canales de difusión. Más allá de banderas y pasaportes, la literatura escrita en español (o en castellano) en Estados Unidos existe, se mueve y, en ella, los escritores españoles van abriéndose su lugar. Un lugar que no es nuevo, pero que se redefine de modo constante.

---

► ÁLVARO BAQUERO-PECINO: España, 1978. Es narrador y ensayista. Fue integrante del consejo de redacción de la revista literaria *Letra Clara* y cofundador de la revista literaria *Arenas Blancas*. Es Doctor en Literatura y Estudios Culturales por Georgetown University y, actualmente, trabaja como profesor de español, literatura y cine en The City University of New York-College of Staten Island.



RAMÓN ROZAS

# VALLE-INCLÁN EN TIERRA CALIENTE

[LITERATURA]

"[...] Un tipo completamente extraño, cuya figura exótica llamaba la atención de las gentes. Llevaba un amplio sombrero mejicano, negra y sedosa melena, barba puntiaguda, lentes perfectamente acomodados en una nariz nacida para llevarlos [...]". Así describía su amigo Antonio Palomero el rastro de la figura de Valle-Inclán por las calles de Madrid, poco tiempo después de su llegada de México, un rastro que no se limita únicamente a su efigie, ya para siempre representativa de su persona, sino que alcanza a su propia escritura y pasión literaria, que nunca volvió a ser igual tras pasar por esa "tierra caliente", como él quiso titular en un libro que nunca fue, y a la que llegó por primera vez con veintiséis años, en 1892.

Es su propio nieto, en su recientemente publicado libro biográfico, *Ramón del Valle-Inclán. Genial, antiguo y moderno*, quien refleja cómo Ramón María del Valle-Inclán parte del Puerto de Marín hacia Veracruz en el buque Havre. Marín, a siete kilómetros de la capital de la provincia, Pontevedra, en la que el escritor residía y en la que experimentaba sus primeras aventuras literarias desde el periodismo, contempló su marcha, tras la que dejó para siempre orillado el articulismo. El paso por México, al que se dice que fue por el atractivo de esa equis en el nombre del país, quizá una *boutade* más de las muchas, demasiadas, que se generaron a lo largo de su vida, decidió el futuro del escritor, recalentado por un nuevo lenguaje, por una plasticidad expresiva que

le impactó de tal manera que fue el sustento para mucha de su escritura. Por lo menos durante los años siguientes a ese viaje, buena parte del cual fructificó en el que fue su primer libro, *Femeninas*, editado en Pontevedra en 1895, pero también en obras posteriores tan importantes en su carrera como las *Sonatas* o *Tirano Banderas*.

En los catorce meses que pasa en México trabaja en varios periódicos de Veracruz y el Distrito Federal, participa de algunos escándalos por su afición a los duelos y se trae una maleta llena de objetos que permanecerán a su lado durante toda su vida, recordándole el tiempo en el que por primera vez fue plenamente consciente de querer ser escritor. En la maleta Valle-Inclán se traía también el “modernismo”, la poesía de Salvador Díaz Mirón y las “Ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como alientos de mujeres ardientes”. Esa brisa caribeña poco tenía que ver con las brumas gallegas, con las temperaturas de las Rías Baixas y con la estética femenina de una sociedad como la gallega a finales del siglo XIX. El choque, tremendo, cristalizó el deseo de experimentación del escritor y el de forjar un territorio de fantasías, ergo, la literatura.

Tras desembalar el contenido de esa maleta, de nuevo en la Pontevedra de la que partió y con la escritura como único objetivo, Valle-Inclán pone en circulación su talento con la previsión de marchar a Madrid, pero para ello había que meter otro elemento en la maleta: un libro. Su primer libro. El mestizaje de aquel modernismo transoceánico y las lecturas realizadas en la rica y vanguardista biblioteca de los Hermanos

Muruáis, repleta de ejemplares del decadentismo europeo y unas pizcas de literatura erótica, tanto de libros como de revistas o fotografías que llegaban directamente de París, sirvieron de nutriente para esa colección de seis relatos que integraron *Femeninas*. “La condesa de Cela”, “Tula Varona”, “Octavia Santino”, “La niña Chole”, “La Generala” y “Rosarito” fueron esas narraciones. Algunas de ellas serán retocadas a lo largo de los años, corrigiendo así pequeños errores de juventud. Seis mujeres protagonizando esos seis relatos, que en algunos casos irán asomando en escritos siguientes del autor. Relatos de mujeres, pérdidas del amor, enamoramientos y pasiones, aires teñidos de Caribe, adjetivos refulgentes, ironías bajo palmeras, aventuras, colores y calores, sabores, miradas y sonrisas, volcanes a punto de la erupción, espumas cálidas, flores y corazones. Es, por lo tanto, un paisaje hecho palabra, que sobre todo emerge en “La niña Chole”, el más destacado de los seis relatos, con un indigenismo



En los catorce meses que pasa en México trabaja en varios periódicos de Veracruz y el Distrito Federal, participa de algunos escándalos por su afición a los duelos.



“México me abrió los ojos y me hizo poeta.  
Hasta entonces yo no sabía qué rumbo tomar”



que posiciona el relato perfectamente en las tierras aztecas.

Valle-Inclán y sus *Femeninas* harán que el Madrid cultural ponga el ojo en aquel señor de porte tan singular que comenzaba a sujetarse a su propia leyenda, entre lo estrafalario y lo valeroso, algo a lo que estos relatos de amores en escenarios salvajes no hacían más que contribuir, construyendo un personaje en función de su propia obra, una imbricación entre lo real y lo irreal, entre la vida y la escritura. El artista se hacía.

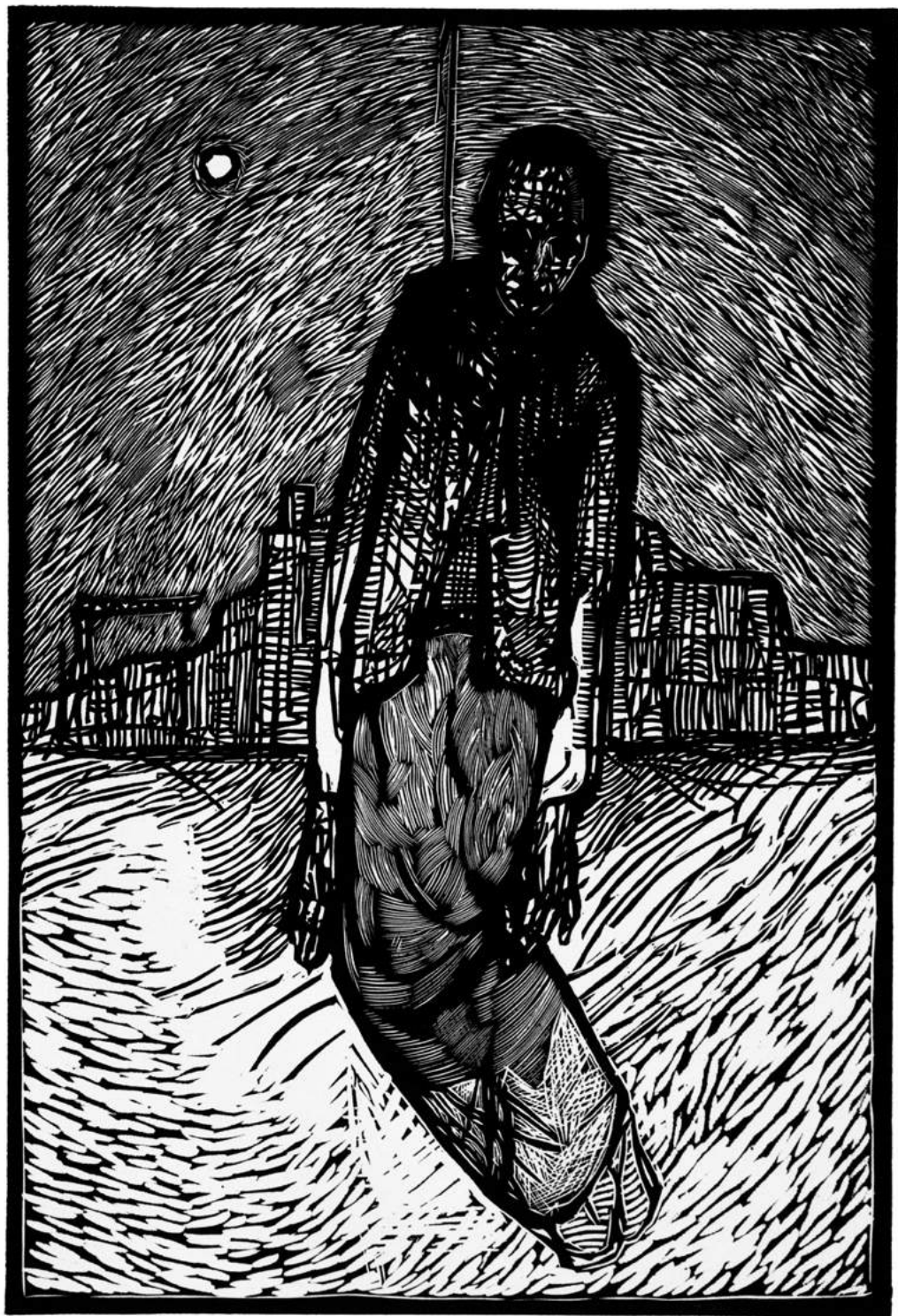
En 1905 comparte vivienda en Madrid con el pintor mexicano Zárraga, al cual le uniría una gran amistad. Las *Sonatas*, las *Comedias bárbaras* y *Luces de bohemia*, con su esperpento reflejado en los espejos cóncavos, colocan a Valle-Inclán como un escritor total, un dominador de la escritura brillante y ya plenamente considerado. México no se olvida de él y así es como en 1921 es invitado a través del embajador en Madrid, Alfonso Reyes, a participar como “huésped de honor de la República en las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana”. Ni Valle-Inclán es el mismo ni México tampoco. El dictador Porfirio Díaz es historia y el presidente Obregón poco tiene que ver con aquella política. Regresa Valle-Inclán, pero su vista

sigue en México y también su pluma, que le sirve para descerrajar una de sus mejores obras, la novela *Tirano Banderas*, crónica de un dictador tropical, subtitulada *Novela de tierra caliente* (tierra caliente, ¿les suena?) y ecosistema que posteriormente repetirían muchos de los mejores escritores latinoamericanos.

La mala salud comienza a golpear su cuerpo, pasando largos períodos de recuperación en los que gusta de taparse con un sarape. Un colorido que le abriga y confiere esa sensación de estar bajo una túnica sagrada, un manto que le retrotrae al principio de su vida literaria, la única importante, la que realmente comenzó cuando aquella brisa cálida del Golfo le anunció que iba a ser escritor: “México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces yo no sabía qué rumbo tomar”.

---

► RAMÓN ROZAS: Santiago de Compostela, 1971. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Santiago de Compostela, desde el año 2000 escribe sobre artes plásticas y literatura en *Diario de Pontevedra* y *El Progreso de Lugo*. Colabora como crítico literario en la revista *Librújula*.



GUILLERMO DE LA MORA IRIGOYEN

# MEMORIAS DE UN ERRANTE CREPUSCULAR

[LITERATURA]

El hombre, en general, es como un viajero del tren: todas las estaciones que ha pasado le parecen horribles; sin embargo, quiere seguir y pasa por nuevas estaciones; aunque tiene la sospecha de que serán tan desagradables como las otras. Le impulsa un instinto, no una reflexión.

*Memorias*, Pío Baroja

**E**n la literatura castellana se renueva con inquietante frecuencia la obsesión, más o menos consciente, por lo barroco. El desfile de frases subordinadas, las huestes de comas y un mosaico de imágenes suelen intercalarse a la narración como a un jardín le va creciendo maleza. Singulares son los autores de tradición hispánica que cultivan el estilo llano e irónico, de pocos y precisos adjetivos, así como de descripciones lacónicas de lugares y personajes. Uno de ellos es Pío Baroja y Nessi

(1872-1956), escritor vasco-español nacido en San Sebastián, autor de novelas como *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), *El árbol de la ciencia* (1911), *Zalacaín el aventurero* (1908), y muchas otras, así como de tres tomos de *Memorias*.

No creo que la tendencia estilística de Baroja deba tomarse como mera consecuencia de su formación científica, que la hubo, ni de la influencia de cierta literatura inglesa, sino como el resultado de una visión del mundo, de una estética que conlleva una ética implícita. Lector atento de Schopenhauer, con quien compartía la relegada formación de médico y a quien en parte emuló ensayísticamente en sus memorias, Baroja mantenía una gran admiración por la claridad de pensamiento y una elegancia alejada de la floritura y la retórica. También era un lector de Kant y de Nietzsche, tomando de uno

el rigor por el análisis intelectual, y del otro la intuición provocadora. En cuestiones de estilo mantenía como referencia la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, de Claudio Bernard, y *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer.

### SUCINTA GENEALOGÍA

Baroja es el tercer hijo de una familia perteneciente a la burguesía ilustrada de San Sebastián. Su padre, Serafín Baroja y Zornoza, siendo un culto y nómada ingeniero de minas, fue hijo a su vez del editor y periodista —también llamado— Pío Baroja.

El haber nacido junto al mar me gusta; me ha parecido siempre como un augurio de libertad y de cambio. Yo era el tercer hijo de la casa. Esto parece no tener importancia, pero siempre tiene alguna, porque la tercera decisión para hacer cualquier cosa siempre es una repetición, a veces aburrida.\*

Baroja veía a su padre como una suerte de bohemio dentro de la industria minera, que además de ejercer en ocasiones la literatura y el periodismo, buscaba siempre pretextos para cambiar de residencia: “Nunca tuvo sentido práctico; creía que eso de ganar dinero era una broma que no valía la pena”.\* De su madre, Carmen Nessi y Goni, guarda este recuerdo: “Había algo en su silueta de estampa italiana, y en su espíritu, algo de mujer educada en un ambiente protestante y puritano. Para ella, evidentemente, la vida era algo serio, lleno de deberes y poca alegría”.\*

Esta herencia materna, de cierto abolengo marinero, lo lleva a explorar el ambiente de *Shanti Andía*, en donde un cándido joven zarpa a los confines del mundo tras ser decepcionado por su primer amor. Una suerte de Barry Lyndon vascuence.

Tuvo dos hermanos mayores y una hermana menor. El primogénito, Darío, muere de tisis en su juventud, mientras que Ricardo, el segundo en edad, se convierte en pintor y escritor. Su hermana Carmen contraerá nupcias con su futuro editor Rafael Caro Raggio.

### LA UNIVERSIDAD DE LA MELANCOLÍA

Tras pasar su familia una temporada en Pamplona, su padre es nombrado ingeniero en jefe de minas de la ciudad de Vizcaya. Manda a su familia a Madrid bajo la tutela materna, en donde los varones se preparan para ingresar a la universidad. A pesar de ser Pío ya un lector de literatura y filosofía, con preferencia por Schopenhauer, Poe, Dostoievski, Tolstói, Ibsen y Nietzsche, toma el camino de la medicina para realizar sus estudios superiores. En Madrid será testigo de la inmigración empobrecida del campo a la ciudad, que se amontona en barrios populares. Más tarde se inspirará en estos tipos humanos para su trilogía *La lucha por la vida*: *La busca* (1904), *Mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Matriculado ya en la Escuela de Medicina de Madrid, tendrá agrias experiencias como alumno ante los médicos-profesores consagrados de esta universidad. La desilusión por el ambiente académico y científico de su época, aparejada con el decaimiento colonial del imperio español (perdiendo Cuba y Las Filipinas

En cuestiones de estilo mantenía como referencia la  
*Introducción al estudio de la medicina experimental*, de Claudio  
 Bernard, y *El mundo como voluntad y representación*,  
 de Schopenhauer.



ante los Estados Unidos en los últimos años del siglo xx), enmarca la atmósfera de su novela *El árbol de la ciencia*. La decadencia política, la precariedad científica y económica de España, se ven retratadas bajo un matiz schopenhaueriano; crítico de los pueblos y sus costumbres.

Tras recibirse —con cierta dificultad— como doctor con una tesis sobre el dolor, decide postular a una plaza de médico en Cestona, que le es concedida sin problema por falta de concurrencia. En menos de un año logra enemistarse con las personas influyentes del lugar, por lo que renuncia al puesto. Decide dedicarse a escribir.

Andrés Hurtado, el personaje principal de *El árbol de la ciencia*, encarna la decepción barojiana de su entorno vital, narrando la desangelada cotidianidad de un médico de provincias aquejado por la melancolía y la alopecia. En *Las inquietudes de Shanti Andía* puede encontrarse un rasgo escéptico, sobre todo en lo que atañe a las relaciones humanas y su perfecta incompreensión. Se asoma, sin embargo,

un hálito de galantería y caballerosidad como forma de hacer frente a los inevitables tropiezos mundanos. Se desprende en la narración una nostalgia aristocrática consciente de su pronta finitud, reemplazada inevitablemente por los dinámicos embates de la modernidad.

#### PANADERO BOHEMIO

En 1896 regresa a Madrid, en donde, junto con su hermano, intenta sacar adelante un negocio familiar: la panadería Viena Capellanes. La intención de ambos hermanos —tener un trabajo de medio tiempo para poder dedicarse a las artes— da escasos resultados. En cosa de un año deciden ceder el negocio para dedicarse de lleno a la escritura y a la pintura, respectivamente.

Yo, para fines de 1898, vi claramente que no podía hacer nada nuevo en aquella industria, ni mejorarla, sin darle otro carácter. La vida burguesa no me producía el menor entusiasmo... Había sido médico de pueblo, industrial, bolsista y aficionado a la

literatura. Había conocido bastante gente. El ir a América no me seducía. Llegar a tener dinero a los cincuenta años no valía la pena para mí. Quería ensayar la literatura. Yo comprendía que ensayar la literatura daría poco resultado pecuniario, pero mientras tanto podía vivir pobremente, pero con ilusión. Y me decidí a ello.\*

En esos años en Madrid se gestó la llamada Generación del 98, donde Azorín, Unamuno, Valle-Inclán y Vicente Blasco Ibáñez, entre otros, hacían de presentadores de la literatura española que mudaba de siglo. Baroja guarda en sus memorias una variedad de recuerdos e impresiones de estos personajes; es un observador —en ocasiones implacable— de sus contemporáneos. De Unamuno decía que era un monólogo andante, de Valle-Inclán, con quien tenía encuentros y desencuentros, que su literatura nunca llegó a interesarle, y de Blasco Ibáñez, el de representar a sus ojos “el hombre sin atributos”. Parece albergar por Azorín una consideración especial, calificándolo de sincero y empático, cosa rara, a los ojos de Baroja, en un escritor español. He aquí unos ejemplos:

Yo creo que Unamuno no hubiera dejado hablar por gusto a nadie. No escuchaba. Le hubiera explicado a Kant lo que debía ser la filosofía kantiana; a Riemann o Poincaré lo que era la matemática; a Planck su teoría de los quanta y a Einstein la de la relatividad; a Frobenius la etnografía del África y a Frazer los problemas del folklore.\*

Creía que las cosas eran de una simplicidad extraordinaria, y que de esta simplicidad nadie se había dado cuenta hasta que él la había advertido. Unamuno tenía salidas de aldeano de mala intención.\*

Unamuno era un hombre clásico de tertulia de Ateneo, como se dan muchos en España. También lo era Valle-Inclán y otros de menos importancia. A estos hombres se les da un crédito ilimitado y se les autoriza todo. Esto en el Ateneo de Madrid debía ser lo habitual. Ejercían un cacicazgo despótico.\*

Se dirá que no he visto en Blasco (Ibáñez) más que los lados malos. Son los que advertí en él como persona.\*

#### **EXPATRIADO, VIAJERO, MEMORIALISTA**

Durante la Guerra Civil Española, Baroja se exilia en Francia. Primero en París, ciudad en la que habría de pasar temporadas en distintos períodos de su vida, y luego en Bayona. A pesar de considerarse liberal, albergaba poca esperanza en la República Española. A sus ojos, se encontraba dirigida por un bando improvisado e incapaz de llevar acabo las funciones regulares de un Estado.

No creí en la posibilidad en España de una República tranquila, discreta. Es decir, no he creído que arraigaría, y menos si tomaba un carácter anticlerical y medio socialista. No consideraba esta idea mía como un mérito, ni como un descubrimiento, sino como una pequeña intuición individual,

consecuencia de vivir aislado y de ver los asuntos públicos con los ojos de la cara, como algo lejano a mí...\*

Cuando vino la República, lo natural y lo eficaz hubiera sido formar un gobierno fuerte, que hubiera preparado reformas relativamente modestas, y las hubiera realizado despacio y con orden. Pero los políticos y los oradores necesitaban el escenario para lucirse. Todos ansiaban que llegara el momento de brillar, de mostrar su arte de histrionismo, y enseguida se prepararon las cortes, y después una Constitución un poco utópica y pedantesca.\*

En París lleva al principio una vida desocupada, en donde intenta cortejar sin éxito a una dama rusa que comparte edificio con Henri Bergson. Se habitúa a la vida de los cafés capitalinos y es testigo de la masiva movilización de población francesa hacia el sur. Ante la inminente llegada de las tropas alemanas a la capital francesa en 1940, busca refugio en Bayona. “Por todas partes asomaban grupos de gente que dejaba sus casas, cargados con lo indispensable de sus ajuares, mirándose unos a otros de soslayo, con miradas recelosas, como si en toda persona que se les acercase creyeran descubrir a un espía”.

Le tienta la idea de ir a América vía Le Havre, pero abandona el proyecto a falta de boletos disponibles. Decide regresar a España, donde sondea su condición ante la dictadura franquista. Con la ayuda de un salvoconducto de García Morente (filósofo kantiano

convertido en clérigo, autor de las famosas, como sumamente soporíferas, *Lecciones preliminares de la filosofía*, de 1938) consigue volver sin problemas. Después de todo, ya era considerado Baroja desde 1935 miembro de la Real Academia Española.

#### **DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO**

Después de asistir a la reinauguración de la Academia Española en Salamanca en 1941, se dirige a Itzea, en el País Vasco. Allí tiene una propiedad familiar, que le sirve de plataforma para escribir sus memorias, que publica semanalmente en una revista madrileña. Éstas versan sobre los hechos relevantes de su biografía, intercalados con ensayos más o menos estructurados sobre temas como la intuición, las costumbres de los pueblos, reflexiones sobre la curiosa naturaleza humana y descripciones sobre personajes y eventos históricos que le interesan. Aquí se aprecia de nuevo el gran influjo de sus lecturas de Schopenhauer, pues aborda los temas con una estructura clara y simple, nunca lejos de la mueca irónica. Manifiesta una sorpresa con respecto al deseo ciego del hombre por perpetuar su existencia y la de su especie, a la mezquindad congénita que suele aparejar sus actos, así como a la intermitente belleza que siempre encuentra lugar en el extraño paraje de la vida.

Regresaría a Madrid años más tarde, donde podía vérselo en el Café Gijón, lugar mítico para la intelectualidad española desde finales del siglo XIX, y de eterno paseante en el Parque del Retiro. Francisco Umbral nos comparte una imagen sobre este personaje: “Paseaba con una



boina que no llegaba a chapela, una bufandilla, un abrigo viejo y unas botas. Por cierto que la derecha se le torcía hacia dentro, pues era uno de esos hombres de pisar un poco simiesco, que esconden levemente la punta de un pie”.

Murió en aquella ciudad en 1956, afectado por la arterioesclerosis. No se casó nunca ni tuvo descendencia. Un pesimista sensato al final del camino.

#### INFLUENCIAS, CONFLUENCIAS Y DETRACTORES

Si hablamos del legado estético y formal de Baroja en sus contemporáneos, encontraremos a Camilo José Cela como uno de ellos, quien incluso escribió *Recuerdo de don Pío Baroja* para realizar un análisis de la vida y obra del escritor. Califica allí al oriundo de San Sebastián como “escritor diáfano e inmediato, escéptico y tierno, humilde y decente, íntegro y burlón”. Incluso cuenta que cuando Cela buscó que Baroja le prologara su libro *La familia de Pascual Duarte*,



Murió en aquella ciudad  
en 1956, afectado por  
la arterioesclerosis.  
No se casó nunca  
ni tuvo descendencia.  
Un pesimista sensato al  
final del camino.

éste le contestó: “Si usted quiere ir a la cárcel, vaya solo; yo ya no tengo edad para que me lleven a la cárcel. Yo no le hago el prólogo porque no tengo ganas de ir a la cárcel, ni con usted ni solo”.

También tenía como gran admirador a Hemingway, quien sin duda se sentía inclinado a los aventureros que describía en *Zalacaín el aventurero*, o a la biografía del condotiero de su tío materno titulada *Biografía de un hombre de acción*. A ambos se les vio en su funeral, formaban parte del laico cortejo.

Detractores también los tenía, como el escritor cubano Alejo Carpentier y el periodista Francisco Umbral, que le reprochaban, sobre todo, la falta de cuidado que Baroja dejaba entrever de cuando en cuando en sus textos, improvisando funciones idiomáticas o cometiendo errores sintácticos.

Una opinión bastante equilibrada de la obra de Baroja también puede encontrarse en Ortega y Gasset, quien dedicó un ensayo largo a sus memorias en *El espectador*. Aquí se muestra una impresión rica, aunque ambivalente de la obra del vasco, pues comparte poco su estética pesimista y la tendencia al impropio; pero detecta una búsqueda de la veracidad espiritual del hombre, aunque el resultado no sea muy halagador. En su ensayo “Una primera vista sobre Baroja” (1909) plantea, por ejemplo:

Su obra es un tratado completo de la indignidad del hombre. Uno de los contadísimos escritores a quien Baroja admira es Nietzsche. ¿Por qué? ¡Es tan raro que Baroja admire!

Pues se debe a que Nietzsche ha descubierto “el ideal del superhombre”, que, en su opinión, es “el carnívoro voluptuoso errante por la vida”. Esto quisiera Baroja, y ya que no lo es, sino todo lo contrario, un asceta calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambula calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo, aspira a completarse construyendo personajes que se parezcan a su ambición.\*\*

En cuanto a la ética-estética de Baroja, señala: “La expresión de Baroja, privada de rotundidad y de deleite, lo mismo que su impresión de la vida, es la prosa ideal para que en ella fluya una de las más delicadas maneras de ser hombre: la sinceridad”.\*\*

#### POSTERIDAD O LO QUE SEA

Pensando en los trazos más actuales de la influencia de Baroja, me viene inmediatamente a la mente la obra de Jorge Ibargüengoitia. En ambos se encuentra la noción del hombre como un ente caprichoso y un tanto ridículo, que sin embargo colorea su haber con lo que tiene a la mano. Además, existe en ambos el gesto irónico que necesita pocos elementos para manifestarse, como si fuese inevitable revelarlo a las primeras de cambio. Puede que algo tenga que ver la región de origen, pues Ibargüengoitia es una suerte de vasco-guajuatense, hijo también de una alcurnia apagada en el bajío mexicano. El Negro de *Dos crímenes*, Aldebarán de *Estas ruinas que ves*, así como el General Arroyo de *Los relámpagos de agosto*, empatizan con los personajes tragicómicos dibujados por Baroja, pues nos comparten su

mirada picaresca de un mundo que oscila entre lo absurdo y lo ridículo. A pesar de no poseer una mención directa del guanajuatense sobre Pío Baroja, sospecho que la concordancia de ambos no es gratuita.

Otro personaje de la literatura contemporánea que se asemeja tanto estilística como filosóficamente a Baroja, es Enrique Vila-Matas. Esto lo intuyo, sobre todo, por la forma que tiene el catalán de acercarse al humor, que consiste en otorgar un hálito de extrañeza a todo lo que atañe a los actos, por no decir una estupidez continuada. A pesar de diferenciarse (Baroja describe al hombre con “poca sorpresa”, y Vila-Matas con una “renovada sorpresa”), ambos destilan extrañeza en el comportamiento humano; ajeno, perenne, de una visión ordenada y racional de las cosas. En ambos esta rareza se convierte en materia lúdica, y sobre todo, en un horizonte.

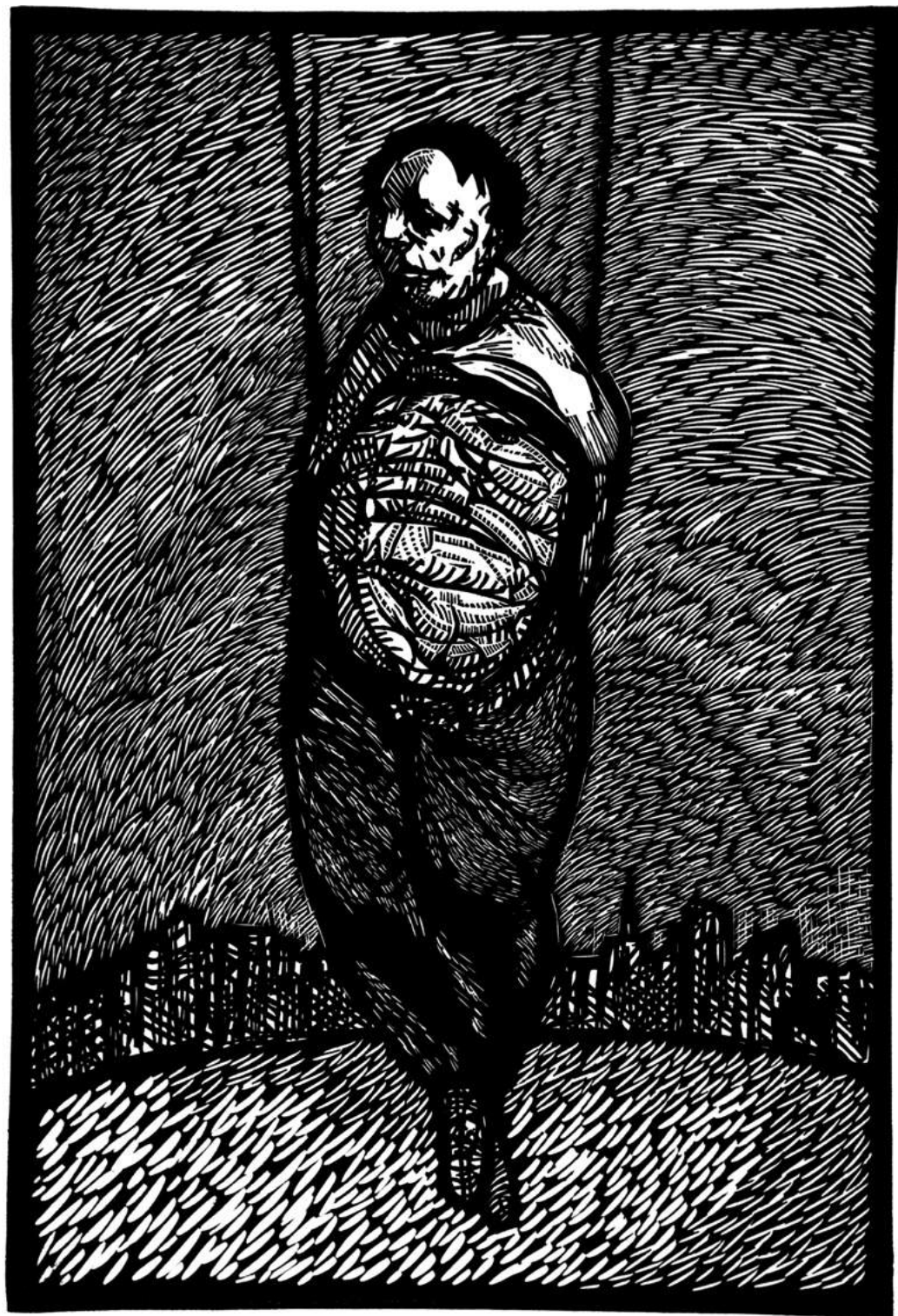
#### NOTAS

\* Citas extraídas de *Memorias: desde la última vuelta del camino*, Tusquets Editores, Barcelona, 2006.

\*\* Citas extraídas de “Confesiones” de *El espectador*, Revista de Occidente, Madrid, 1946.

---

► GUILLERMO DE LA MORA IRIGOYEN: Jalisco, 1989. Cursó estudios de Filosofía en la Universidad de Guadalajara y en La Sorbonne de París. Actualmente traduce literatura francófona y coordina la colección de traducciones de la editorial Moho.



ANTONIO RIVERO TARAVILLO

# LA TIERRA DEL EXILIADO

[LITERATURA]

Llueve en este momento sobre Sevilla. Con furia de agua retenida durante semanas, el chaparrón bate la ciudad y se ensaña con los paraguas que tienen el arrojo, como de cubos que cayeran del cielo, de transitarla. A unas cuantas cuerdas de donde escribo, la casa natal de Luis Cernuda muestra sobre su fachada un rótulo terrible: “En venta”. En otro lugar, en otra época, podría ser motivo de esperanza: la posibilidad de recuperar el edificio como sede de alguna fundación, de un espacio para la poesía y el recuerdo del poeta de *Ocnos*. Ojalá esta lluvia borre el cartel que ofrece el predio a un comprador seguramente insensible a quien habitó allí, como el olvido; ojalá una racha de viento se lleve para siempre la declaración

tácita de que la ciudad no ha sabido preservar la memoria de su hijo díscolo —culillo de mal asiento, como decimos en España y acaso se diga en México—, que fue a vivir y a morir a Coyoacán. Quizá estas nubes que descargan procedan, en lejano y caprichoso viaje, de Acapulco, donde Cernuda fue feliz junto al amor que testimonia “Poemas para un cuerpo”, allá en la playa de la Roqueta; quizá, por qué no, desde la Oaxaca que creo que no pisó pero que es —¡gracias!— donde se imprime esta revista.

También llovía en el sepelio del poeta, en el Panteón Jardín, donde el Desierto de los Leones. Uno de los pocos que asistió lo recuerda así, o yo recuerdo que lo recuerda así, que no tengo ahora al alcance

También, aunque no  
tenemos constancia de  
que se reencontraran,  
malvivía entre pulquerías  
y cantinas el amor de  
sus años madrileños, el  
misterioso y seductor  
Serafín Fernández Ferro,  
que está detrás de algunos  
de sus más intensos  
poemas de los  
años 30.



la reproducción de su artículo. Max Aub, compatriota de Cernuda en el nacimiento, y compatriota en el exilio mexicano, transmite una imagen descorazonadora, en la que el cortejo fúnebre apenas superó el de versos de un soneto. Al llegar la noticia a la tierra nativa —título cernudiano que repite uno de Hölderlin en la traducción del propio Cernuda—, Joaquín Romero Murube trazó un responso difícil, y Aquilino Duque dejó un dístico imposible de superar: “Hoy el suelo de México es más rico, / más pobre el cielo de Sevilla”.

Desde entonces, muchos escritores han dedicado textos a Cernuda: entre los mexicanos, pienso en poemas de Octavio Paz o Vicente Quirarte, y evocaciones en prosa, incluidas las de otro español del destierro, José de la Colina. Hay muchos motivos para tener presente al autor de *La Realidad y el Deseo*; el principal, más allá de razones biográficas, emana de la altísima calidad de su obra en verso, pero también prosística, ensayística —escrita en parte gracias al amparo de Alfonso Reyes, que le concedió becas de investigación—. Del impacto que México tuvo en Cernuda habla con la elocuencia de su bella prosa un libro que ahora es hermano, en rasgos e intención, de *Ocnos*: el tomito de *Variaciones sobre tema mexicano*, publicado en 1952, el año de su asentamiento en el país de acogida; es una declaración de amor.

Aquel año, Cernuda decidió dejar su puesto en una universidad de Massachusetts —nada menos que donde estudió Emily Dickinson un siglo justo antes de la llegada del sevillano al Nuevo Mundo— y se asentó en el país que había visitado en sucesivas vacaciones a partir de 1949. Ya no vivían allí exiliados de la primera hora, como José Bergamín o Juan Gil-Albert, y Ramón Gaya estaba a punto de regresar a Europa; pero sí habían echado raíces grandes amigos como Concha Méndez —en cuya casa habitó y falleció— y Manuel Altolaguirre, junto con otros con los que la relación se había enfriado, como Emilio Prados, y más españoles de la dispersión causada por la Guerra Civil, como José Moreno Villa. También, aunque

no tenemos constancia de que se reencontraran, malvivía entre pulquerías y cantinas el amor de sus años madrileños, el misterioso y seductor Serafín Fernández Ferro, que está detrás de algunos de sus más intensos poemas de los años 30.

Cuando preparaba el segundo tomo de la biografía de Cernuda, el dedicado a los años que pasó fuera de España —todos a partir de 1938 y hasta su muerte en 1963, en ese noviembre que nos retrotrae a un entierro deslucido al oeste de la Ciudad de México—, pasé un tiempo en los lugares que había recorrido mi paisano. No eran para mí sitios desconocidos: ya había estado en el país en un anterior viaje, pero antes de yo nacer ya había estado de algún modo, porque mis abuelos, que vivieron allí —aquí— durante la Revolución, habían tenido a mi madre en una casa de Chapultepec, cuya falsa memoria me acompaña en los genes. Una de las emociones más intensas que he tenido en mi vida fue la que me alcanzó uno de esos días de pesquisas en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, en la UNAM: la persona que había ido a buscar hasta su estantería cerrada al público un volumen de ejemplares encuadernados de *Excelsior* o *México en la Cultura*, pronunció en alta voz mi nombre para hacerme entrega de la referencia solicitada. Pero no me llamó por mi primer apellido, sino por el segundo. Oír en México, tantas décadas después, pronunciado con acento local el apellido de mi abuelo gachupín me hizo sentir, creo, algo parecido a lo que debió de experimentar Cernuda al pasear por calles que parecen trasladadas

desde su Andalucía, al oír por primera vez la lengua española tras años enteros de inglés, e inglés, e inglés, y sólo la lengua de Cervantes y de Rulfo, de Lorca y sor Juana Inés de la Cruz, pronunciada en aulas universitarias o en las conversaciones entristecidas de los que habían dejado su nación y, en casi todos los casos, la esperanza de volver a ella.

No le han faltado a Cernuda lectores y comentaristas en México, personas que lo trataron y han dejado testimonio de él. Con algunos pude hablar, con otros no; no llegué a hablar con José Emilio Pacheco, pero sí con Paloma Altolaquirre; no con Emmanuel Carballo, pero sí con Tomás Segovia; sí con James Valender, y sí —fugazmente— también con Octavio Paz. Pero las conversaciones más impagables fueron las mantenidas con alguien ajeno a la literatura, y que, siendo de carne y hueso, era a su vez, y sobre todo, protagonista y objeto de un puñado de poemas de Cernuda, que quizá no fuera de una orilla u otra del océano, sino de una tierra carnal y morena: “¿Mi tierra? / Mi tierra eres tú. // ¿Mi gente? / Mi gente eres tú. // El destierro y la muerte / Para mí están adonde / No estés tú.” 

---

► ANTONIO RIVERO TARAVILLO: Melilla, 1963. Es Premio Andaluz a la Traducción Literaria por sus versiones de Keats (2006), Premio Comillas por su biografía de Cernuda (2008) y Premio de Biografía Antonio Domínguez Ortiz por *Círculo. Ser y no ser de un poeta único* (2016). Su más reciente poemario es *El bosque sin regreso* (2016).







ALFONSO FERNÁNDEZ BURGOS

# CAMILO JOSÉ CELA, EL RIESGO PERPETUO

[LITERATURA]

Pero el arte posmoderno no sólo reproduce sino que anticipa la realidad y, en ese sentido, puede afirmarse que la crea (no sigue, sino que anticipa sistemas de pensamiento); en eso consistiría su “realismo”; en su capacidad de generar realidad.

Jaime Alejandro Rodríguez

Se cumplen cien años del nacimiento de uno de los escritores más intensos y arriesgados que ha dado la lengua española. Desde 1942, en que se publica *La familia de Pascual Duarte*, hasta la edición de *Madera de boj* en 1999, Cela vive la escritura como un riesgo y se mantiene siempre en un territorio de frontera, en una tierra de nadie a la que aporta el bagaje de lo conocido y el desafío de lo ignoto. La obra de Cela es, pues, un ejercicio de riesgo, de entusiasmo, de verdad, muy por encima de las modas, del contentar a los otros

y hasta de él mismo, porque una vez alcanzada una cima ya no tiene sentido entretenerse, sino atacar el pico siguiente, con sus amenazas o sinsabores. No hay más solución que utilizar la experiencia para entrar en la feracidad de los bosques. El escritor Cela vive su obra con un fervor sólo semejante a quien entra en una religión convencido de que es lo único que puede dar algo de sentido a una vida que parece no tenerlo. La vida y la escritura participan así de la misma intimidad.

En su obra autobiográfica *La rosa*, afirma tajantemente: “decidí ser escritor, sólo escritor”. La vida para los personajes de Camilo José Cela no es fácil. Diríamos que su metafísica guarda un luto riguroso, un pesimismo agrio que contaminará su modo displicente de decir. Pero es un pesimismo entusiasta, porque el universo celiano nos propone

la vida como experiencia. El único sentido que tiene la vida es vivirla y, a pesar de saber que es una lucha perdida, ganar un segundo a la muerte es una victoria en esta batalla. Ya sabemos que la guerra la ganará la muerte, el sentido está en ganarle todas las batallas que podamos. En esto Cela recuerda a Montaigne, y no puede hacerse sin un fervor entusiasta, sin miedo o tragándose el miedo, como le pasa a los toreros o a los tuberculosos. Porque Cela quiso ser torero y fue también tuberculoso.

A partir de su primera novela escribirá decenas más. “Una novela”, dice, “es aquel libro en cuya cubierta el autor pone *novela*”. Esta afirmación sólo se la podrá permitir él, porque de un texto a otro buscará el modo de reinventarse. Cela, después de publicar *Mrs. Cadwell habla con su hijo*, nos dice: “*Mrs. Cadwell* es la quinta novela que publico y la quinta técnica de novelar”. Y tras ésta, más, muchas más. Estamos pues ante un escritor que cada vez que llega a un puerto quema sus naves y comienza una nueva búsqueda, ya sea en la forma de decir, en la forma de contar o en lo contado.

Vivir y escribir suponen un riesgo. Quizá por eso, la novelística celiana no pueda verse sino como una transgresión continua; como la rebeldía abrupta que coloca los elementos literarios que hasta entonces eran considerados sagrados de una manera distinta. Una liturgia sacrilega, de cálices y objetos de culto que adquieren una nueva dimensión al ser profanados, dejados al mundo para que éste, de nuevo, los sacralice. No hay una mejor definición de vanguardia. Puede haber otros intentos pero están en éste.

Cela bebe, se atiborra de los caldos de la vid clásica. De la poesía en cuanto a la musicalidad de las palabras y de las emociones, de la mirada singular. Ningún otro escritor en español ha llegado a un dominio tan desmesurado del lenguaje. Se empapa de la prosa en cuanto a ejercicios de ritmo narrativo diverso, de esas estructuras ausentes o presentes, visibles o veladas. Luego, cuando todo ha sido digerido, es el momento de una disposición novedosa de los materiales, enriquecidos con la experiencia del escritor: es el momento del riesgo. Cela aborda la complicada reconstrucción de lo real con



Innovar es enfrentarse a lo muerto. Por eso Cela rompe esa corrección cuando históricamente eso resulta más difícil, cuando la retórica de sacristía y la poética de los púlpitos se ha hecho oficial en España.

elementos viejos, clásicos, y sobre solares nuevos construye “novedades”. Una simbiosis rabiosa entre lo rigurosamente clásico y lo estrictamente innovador. Es un acto creativo que aún en la nueva forma los conceptos aparentemente antitéticos de conservación y demolición.

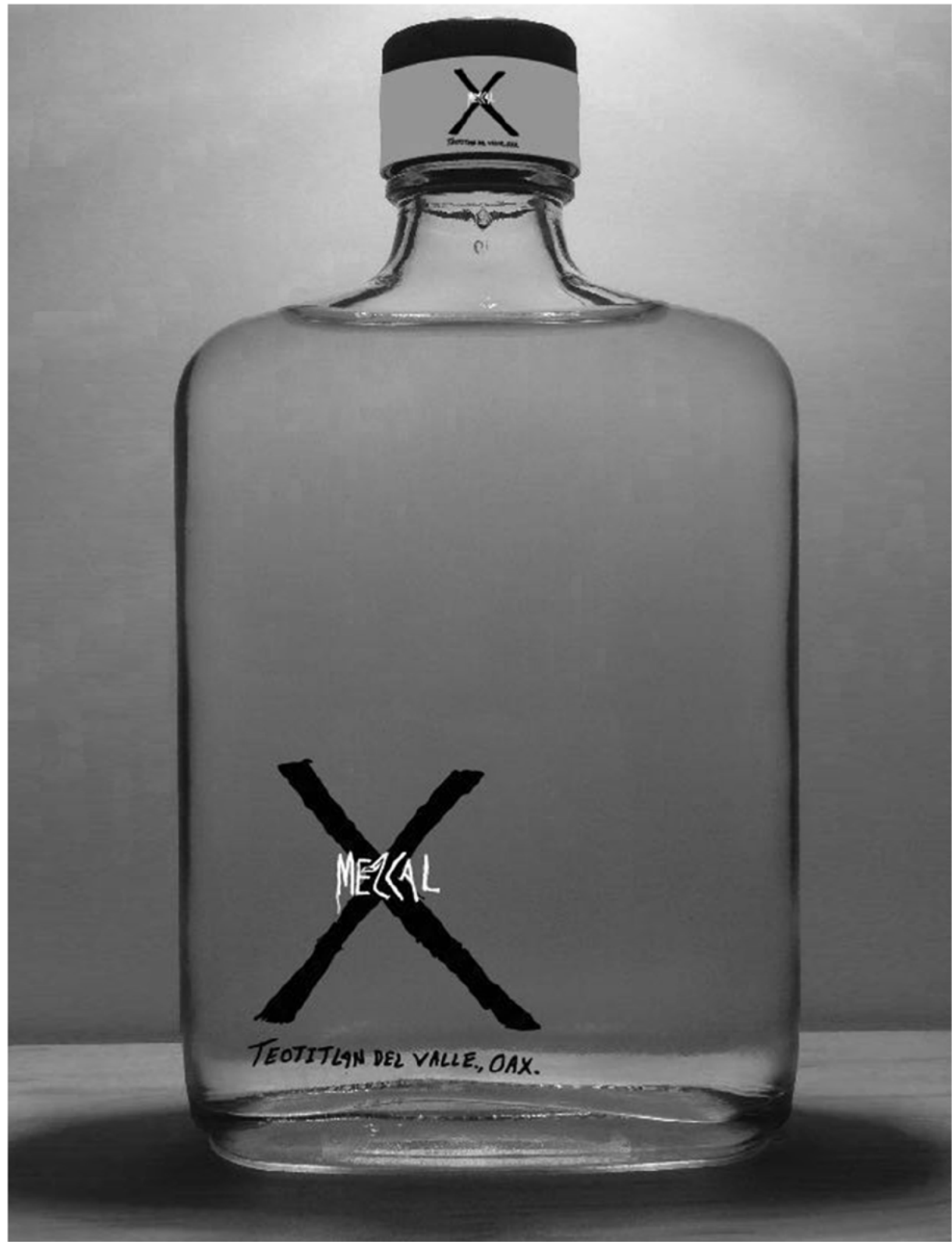
Los temas, los de siempre. La mirada, al borde de lo obsceno. Pero cuando hablamos de obscenidad no nos referimos a nada que abarque el campo semántico de lo sexual, sino a lo afectivo, al territorio vedado, al horizonte de *El desierto de los tártaros*, donde habita ese peligro intuido y temido por todos, pero que nadie enuncia y nadie afronta. Esto convierte el riesgo —como en la obra de Joyce— en un descubrimiento de ese territorio prohibido, en un discurso socialmente escorado, lleno de aristas. Son miradas de escritor, miradas oblicuas, a veces ingenuas, a veces demolidoras y rotundas. La voz y la mirada y la palabra que le sirven de soporte, que dan forma, no se pararán en contemplaciones. La voz es directa, bien afilada, cáustica y, cuando es necesario, corrosiva —“el estreñimiento tupe a las gordas y las atora cruelmente”, *El asesinato del perdedor*—. Una voz que está más allá de lo correcto, pero que también sabe llenarse de ternura cuando corresponde —“Cientos y cientos de bachilleres caen en el íntimo, en el sublime y delicadísimo vicio solitario”, *La colmena*—.

La corrección política es enemiga del arte, es el paso de la oca de sometidos. Innovar es enfrentarse a lo muerto. Por eso Cela rompe esa corrección cuando históricamente

eso resulta más difícil, cuando la retórica de sacristía y la poética de los pulpitos se ha hecho oficial en España. En los momentos más duros de la dictadura de Franco. Cuando la represión está en su máximo esplendor y todo se uniformiza a golpe de espada y agua bendita, Cela aparece con una obra escarpada y rotunda, alejada, enfrentada a la lectura oficial de la vida. Pero no se trata de una literatura de panfleto, sino del desafío revolucionario, que es la literatura con mayúsculas. Y esa obra adquiere su soplo divino y se encarna y es más vida que la vida misma. A la España que se canta imperial y gloriosa, Cela le pone estribillos en sus obras: la violencia, la humillación, la pobreza, el sexo, la miseria, el hambre y la injusticia. Y ya digo, sin panfleto: es la vida ausente y presente al mismo tiempo. Hay más vida en *La colmena* o en *Pabellón de reposo* que en las masas disciplinadas de los uniformes. También hay más muerte, es cierto. Pero, como dijo Montaigne, uno no se muere porque esté enfermo, sino porque está vivo. Cien años de su nacimiento y ninguno de su muerte, pues ya lo advirtió el propio Cela: la muerte es una claudicación.

---

► ALFONSO FERNÁNDEZ BURGOS: Jabugo, Huelva, 1954. Licenciado en Periodismo, ha publicado columnas literarias, las novelas *Al final de la mirada* y *Skins*, y los libros de relatos *Extinciones* y *Mujer con perro sobre fondo blanco*, entre otros títulos. Es profesor del Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid.





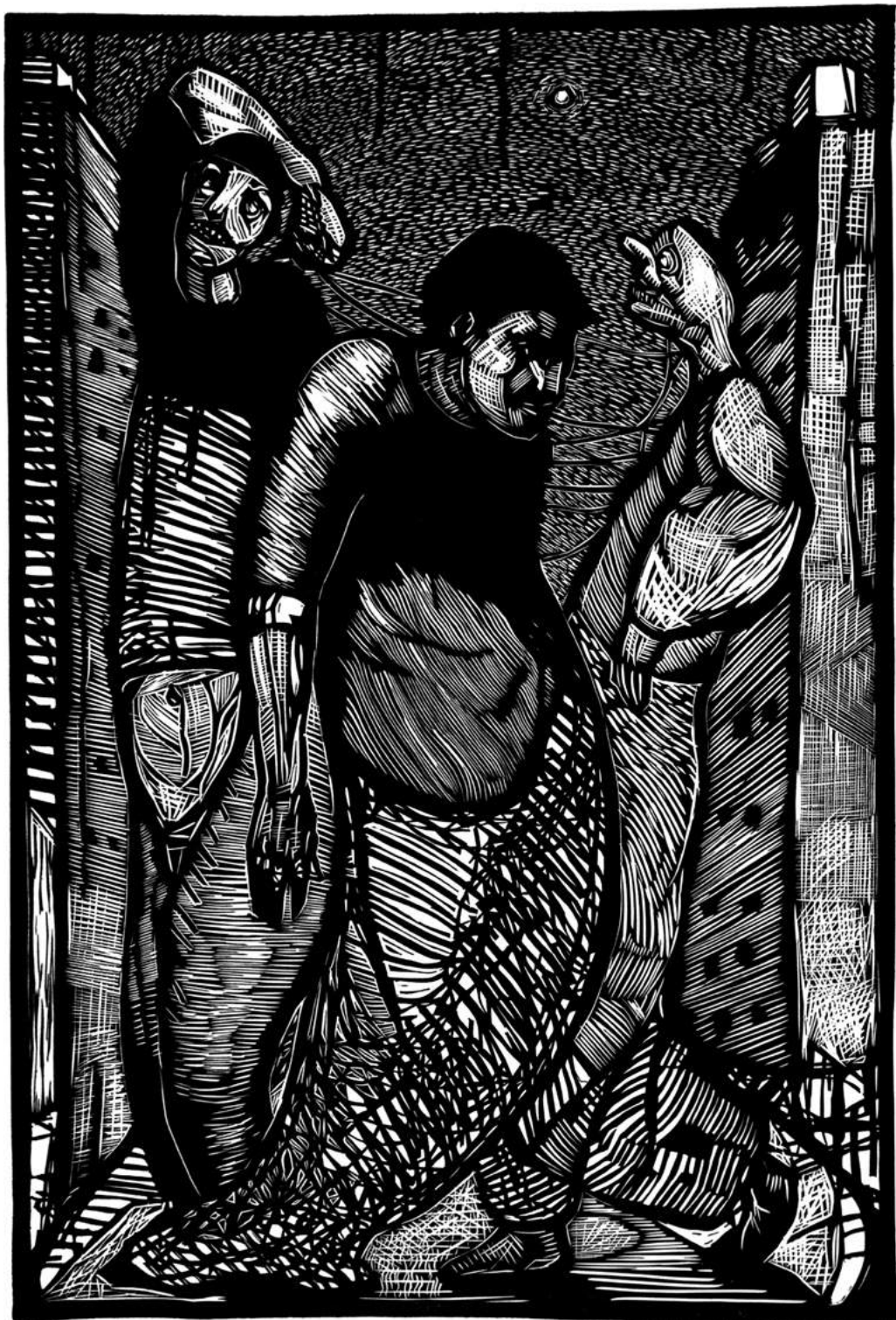
**PANAL**

LITERATURAS NACIONALES

---

MÉXICO

---



EDUARDO ANTONIO PARRA

# LOS NARRADORES DEL NORTE

[LITERATURA]

Aunque aún se discute si México y su literatura conforman un todo indivisible, desde hace por lo menos un siglo los narradores nortños han plasmado las diferencias de lenguaje, pensamiento, idiosincrasia, clima, paisaje y atmósfera que demuestran que este país es muchos países, y que cada uno de ellos cuenta con particularidades que los distinguen de los demás. Desde algunos miembros del Ateneo de la Juventud (Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y Julio Torri —que bien podrían ser considerados fundadores de la literatura mexicana contemporánea—) y los clásicos de la Revolución (como Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello), hay en la narrativa nortña un “aire de familia” que niega esa impresión, tan presente en la mente de ciertos críticos, de que la narrativa del norte publicada en los últimos

años surgió de la nada, en una suerte de “generación espontánea”, debido, entre otras cosas, a fenómenos como las oleadas migratorias hacia los Estados Unidos, la sobrepoblación en las ciudades fronterizas o la violencia originada por los cárteles del narcotráfico.

No, la narrativa del norte no es un movimiento reciente y su producción tampoco está ligada a ningún suceso específico. Desde hace mucho, los narradores formados en las regiones septentrionales del país —emigrados o no a la capital— se dieron a la tarea de escribir sobre sus obsesiones literarias particulares, sobre sus universos internos, sobre las experiencias que les iba dejando la vida, la mayor parte de las veces sin que les importara si tales temas tenían que ver con una realidad social específica o si descubrían con sus relatos geografías



Desde hace mucho, los narradores formados en las regiones septentrionales del país —emigrados o no a la capital— se dieron a la tarea de escribir sobre sus obsesiones literarias particulares, sobre sus universos internos, sobre las experiencias que les iba dejando la vida.



inéditas para la literatura mexicana. Y si la primera generación nació tan entera que su obra devino piedra angular de una tradición, las siguientes promociones ratificaron su entrega vocacional a la literatura contemplada como arte mayor. Autores como Ramón Rubín, José Revueltas, Edmundo Valadés, Abel Quezada —quien destacó, sobre todo, en la caricatura, pero es también un cuentista *sui generis*— e Inés Arredondo, fueron apareciendo en el panorama de las letras nacionales para elevar el oficio narrativo hasta su punto culminante, en lo que se refiere al dominio de las técnicas, calidad estilística y profundidad en las historias. Todos ellos conservaron la variedad

temática, de acuerdo con sus intereses personales, e incluso la ampliaron: combinaron hallazgos estructurales, estilísticos y estratégicos con argumentos donde lo social se mezcla con lo subjetivo, la realidad con lo onírico o lo fantástico, el oficio literario con la vida, lo urbano con lo rural, la experiencia individual con los acontecimientos masivos. Atentos a las transformaciones de su tiempo, centraron su atención en el interior del ser humano moderno sin soslayar los sucesos objetivos. Casi todos ellos, además, emigraron de su región de origen a la capital del país; pero incluso éstos llevaban grandes porciones del norte en la cabeza, como Daniel Sada, Federico Campbell y Víctor Hugo Rascón Banda, que, aunque no circunscribieron del todo su obra a una temática y a un lenguaje nortños, la mayor parte de su quehacer narrativo siempre estuvo permeado por ellos. Y entre los que se quedaron en casa, destacan, sobre todo, Jesús Gardea y Ricardo Elizondo Elizondo, quienes, junto con el mencionado Daniel Sada, conforman lo que en la década de los 80 fue conocido como el grupo de “narradores del desierto”.

Fue acaso en esta etapa cuando quedaron fijos algunos de los aspectos de la narrativa del norte, que ya estaban presentes desde los tiempos de Martín Luis Guzmán, pero en ese momento pasaron desapercibidos porque no se contaba con una perspectiva adecuada: el lenguaje, el espacio y la acción. La obra de los narradores del norte muestra, casi siempre, una preocupación por las palabras, tanto en lo que se refiere a captar los términos de uso popular, como a aprehender el ritmo y

la respiración del habla de los habitantes del norte. Otro aspecto es la presencia del paisaje —rural o urbano— y el clima. No podría ser de otra manera, ya que ambos, léxico y hábitat, constituyen el pensamiento y el modo de ser nortños: la idiosincrasia. Y el último elemento es la acción: en la narrativa del norte predominan el movimiento y la tensión dramática que se desenvuelve en espacios abiertos, por encima de la reflexión o las escenas desarrolladas en ámbitos cerrados.

Estos aspectos fueron asimilados por quienes se dieron a conocer en la década de los 90, que añadieron a los ya citados un cuarto elemento fundamental en sus obras: la presión de la cultura norteamericana, de sus usos y costumbres, de su idioma; sobre todo en las ciudades de la franja fronteriza. Y si bien, los más mencionados en este grupo son Élmér Mendoza, David Toscana, Luis Humberto Crosthwaite, Cristina Rivera Garza, Juan José Rodríguez y Julián Herbert; se trata de una promoción bastante fuerte, formada por muchos nombres más, que ha plasmado, ya de manera indeleble en el imaginario colectivo, la existencia de un norte mexicano diferente al resto del país, con hombres y mujeres que presentan ciertas particularidades diferentes respecto del resto de los mexicanos, con historias que sólo pueden ocurrir, digamos, en Tijuana, en Culiacán, en Monterrey, en Mazatlán, en el desierto, en la sierra o en esa zona ambigua donde se dan las fantasías oníricas o fantásticas. Con esta camada, que fue la última en darse a conocer en las postrimerías del siglo XX, aparecieron dos nuevos aspectos más que caracterizan a la

narrativa del norte en la actualidad: la experimentación constante (la búsqueda de nuevas formas de expresión, cuya principal impulsora es Cristina Rivera Garza) y la internacionalización de la obra de los autores, que poco a poco se ha ido vertiendo a distintas lenguas.

Por supuesto, como ocurre con cualquier literatura regional, nacional o idiomática, la narrativa del norte está en constante cambio, en evolución, y los escritores de la última promoción que pertenecen a ella —los que aparecieron en el cambio de milenio y se han dado a conocer de modo definitivo en el siglo XXI—, sin abandonar las bases establecidas por la tradición, continúan explorando caminos nuevos, abriendo nuevas rutas tanto temáticas como técnicas, acudiendo a géneros y subgéneros antes desdeñados por narradores y críticos —como la ciencia ficción y sus derivados—, con el fin de mantener en el centro del debate literario esa producción regional que cada vez conquista más espacios y llega a un número mayor de lectores.

---

► EDUARDO ANTONIO PARRA: León, Guanajuato, 1965. Es narrador. En el año 2000 obtuvo el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo con *Nadie los vio salir* (ERA, 2001). Su libro más reciente es *Desterrados* (UANL/ERA, 2013).



HELENA BERISTAÍN

# DE LA UTOPIA A LA FILOSOFÍA CÓSMICA

[LITERATURA]

Uno de los escritores más polémicos de la literatura mexicana actual es, sin duda, Leonardo da Jandra (Chiapas, 1951), un hombre puente, pues ha pasado la mitad de su vida en España y la otra mitad en México. Da Jandra es un literato que tiene un profundo conocimiento de la filosofía; ha hecho un método propio, el mismo que se puede leer en su controversial tesis de doctorado titulada *Totalidad, seudototalidad y parte* (1990; publicado con el seudónimo S.C. Chuco). Entre sus obras más destacadas podemos mencionar sus dos trilogías: *Entrecruzamientos* (1986, 88 y 90) y la trilogía de la costa: *Huatulqueños* (1991), *Samahua* (1997) y *La almadraba* (2008). Posee dos vertientes: la del ensayo filosófico y la de la narrativa. Entre los libros de filosofía y de

ensayo están: *La hispanidad: fiesta y rito* (2005), *La gramática del tiempo* (1994) y *Filosofía para desencantados* (2014). También ha escrito *Bajo un sol herido* (2001) y *Los caprichos de la piel* (1996). En la actualidad está realizando novelas de “filosofía ficción”, como él las denomina; esta tendencia se puede ver en su libro *Distopía* (2011), donde las ideas son el tema central de la narración.

Para tener una referencia de Da Jandra, cito lo que dice Guillermo Fadanelli en el prólogo de *Filosofía para desencantados*: “En México, Leonardo da Jandra no ha tenido los interlocutores que merece y su ánimo guerrero ha causado reticencia hacia su persona, y también reserva debido a los constantes cuestionamientos y duras críticas que hace al estado actual de

La cultura mexicana es  
una antes y otra después  
del exilio español que  
vino a vivir a estas tierras:  
surgieron universidades,  
centros de investigación y  
editoriales.



su sociedad”. Pues en una sociedad en donde se privilegia lo superfluo y lo meramente desechable, un pensamiento acucioso, como el de Da Jandra, puede pasar desapercibido para los lectores anodinos y rumiantes, pero no para los buscadores que aprecian lo original por encima de la imitación. Dice Fadanelli: “Pareciera que en México estamos acostumbrados a callar y a juzgar desde el anonimato, o cobijados por la sombra de poderes e instituciones: nos atemoriza la palabra si no va acompañada de buenas maneras, y ponderamos más la amabilidad que la sabiduría”. Quizás, al criticar de forma tan incisiva la manifestación cultural hoy en boga de lo políticamente correcto, Da Jandra haya concitado el rechazo de enemigos innecesarios. Pero como afirma Fadanelli: “Nada tan opuesto y extraño al temperamento de Da Jandra, para quien las ideas y la crítica se hallan por encima de cualquier prejuicio cortesano. Yo he sido su amigo durante muchos años y con él he aprendido que la conversación no se

da entre argumentos o entidades ficticias, y sí entre personas que han tenido vida, equivocaciones y carácter”.

También podemos rescatar lo que Enrique Vila-Matas señala en el prólogo de *La gramática del tiempo*: “Da Jandra, (es) uno de los más sorprendentes escritores que yo he encontrado en el magnífico panorama de las letras mexicanas actuales. [...] Al que un día vi llegar a Ciudad de México con el propósito de cazar y pescar a los malos escritores que se cruzaran en su camino”.

*Entrecruzamientos* es una obra referencial que debe leer todo mexicano para conocer España y todo español para conocer México. Esta trilogía cumple este año tres décadas de su primera edición, y sus ideales utópicos están más vivos que nunca.

Asistimos, en más de mil páginas, a la narración de nuestra identidad histórica: desde los orígenes de Occidente (Grecia) y los cimientos prehispánicos (Toltecáyotl) hasta nuestros días. Eugenio, el protagonista, harto de la vida académica regresa a México después de sus estudios en La Sorbonne, y encuentra en Playa Tortuga —en el corazón de la selva huatulquena de Oaxaca— a un singular personaje: don Ramón, que lo iniciará en el arte de la pesca, la caza y, sobre todo, en el arte del vivir haciendo énfasis en el método para llegar a la “realización plena”. Lo más insólito es que esta transmisión del conocimiento no sucede de la forma clásica maestro-discípulo, como en cientos de novelas; no, en ella un maestro transmite su conocimiento a una pareja: Eugenio y Raga.

Don Ramón, un español enraizado en suelo mexicano, hace de la búsqueda del conocimiento y de la autodeterminación la meta de su vida:

Desde que el hombre tomó conciencia de su ser histórico, la dinámica de su búsqueda vital se ha centrado en dos determinaciones: la primera es lograr la plena autodeterminación; y la segunda es conocer la relacionalidad de las partes con el todo. Varían los métodos y las concepciones sistemáticas, pero el fin de la búsqueda es el mismo, así se trate del sabio platónico, del superhombre nietzscheano o del hombre cósmico.

La consumación del método es el autocontrol: el llegar a tener una voluntad disciplinada para poder alcanzar plena autodeterminación de la vida, o como dirían los sabios nahuas: “tener tu vida en tu mano”. Pero adquirir un método en la vida no es tarea fácil, y mucho menos en el mundo en el que nos movemos cotidianamente. Lograr este método supone tener que domar la voluntad y encauzarla. Al principio cuesta enormidades, se sufre por no lograrlo plenamente; pero una vez que lo logras y haces del método y de la vida un todo armónico, como dice don Ramón en la novela, adquieres un dispositivo que controla de manera total tu actuar. Pero para alcanzar esta autodeterminación de la vida es necesario saber metódicamente quiénes somos y de dónde venimos, buscar nuestras raíces, aquello que nos hace actuar como actuamos; en pocas palabras, cuáles son nuestras determinaciones como españoles y mexicanos:

Escindido miticohistóricamente entre las imágenes de la madre protectora (Guadalupe-Tonantzin) y la madre violada (Malinche-Chingada), y las de un padre protector (Hidalgo) y un padre violador (Cortés), el ser del mexicano es ruptura y negación: sabe que ya perdió la pureza india, pero tampoco quiere ser español. Afirmándose en la negación, el mexicano se cierra con obstinación al futuro y busca en el incesante partir de cero el reencuentro mítico con sus orígenes.

Si bien, Samuel Ramos parte de la base de que en el ser del mexicano reside un complejo de inferioridad. ¿Cuál es la causa de este complejo que tiene como rasgos caracterológicos la desconfianza, la susceptibilidad y la agresividad? El desconocimiento del límite entre el querer y el poder. Para Ramos la superación de la autonegación esencial del mexicano sólo es posible con base en dos decisiones



Con su narrativa futurista,  
Da Jandra propone que  
la imaginación debe  
estar abriendo posibles  
derroteros de comprensión  
para salir del egocentrismo  
patológico global.

*Entrecruzamientos* es una obra referencial que debe leer todo mexicano para conocer España y todo español para conocer México.



fundamentales: una, que el mexicano practique con honradez y valentía, y auxiliado con las herramientas del psicoanálisis, el consejo socrático del “conócete a ti mismo”; y dos, que para la formación de una auténtica cultura mexicana, quizá el único camino es seguir aprendiendo de la cultura europea. Para Octavio Paz la disipación de los fantasmas que enmascaran el verdadero ser del mexicano sólo será posible si éste supera su ancestral miedo a ser y se enfrenta a sus fantasmas; esto es, que el mexicano se atreva a ser él mismo.

A pesar de que el mexicano posee un legado prehispánico —que debe florecer y dar lo mejor a la cultura mexicana—, el aspecto determinante de su ser, incluyendo tanto defectos como virtudes, es de raíz hispana. No hay duda de que el español de hoy ya no es perezoso y haragán, como decía Unamuno que era el de su tiempo. Ni el exceso de trajes, ni el considerar deshonesto todo oficio mecánico, ni los linajes, ni el no saber ni querer saber, son hoy lastres que aquejen a los españoles. El resentimiento histórico de la Generación del 98 perdió toda su creativa virulencia con la espantosa Guerra Civil Española. Y después del oscurecimiento

tradicionalista del franquismo se hizo impostergable la “europeización” de España.

Pero hay que enfatizar que la cultura mexicana es una antes y otra después del exilio español que vino a vivir a estas tierras: surgieron universidades, centros de investigación y editoriales. De no haber sido por el franquismo, España no habría expulsado a lo mejor de su intelectualidad a América, y más específicamente a México. Afirma el personaje Eugenio:

Si la Conquista fue una borrachera imperial con la sangre del conquistado, el exilio fue un acto de amor que hizo de la dualidad conquistador-conquistado una nueva unidad armoniosa y plena. Si la Conquista fue un triunfo de Tanatos sobre Eros, el exilio es la reivindicación de Eros sobre Tanatos. Si la Conquista fue autoritaria y racista, el exilio es igualitario y democrático. Ciertamente el costo histórico del exilio fue elevado, pero no lo había sido menos el del México conquistado. Para México el exilio es el regreso del padre derrotado, pero concientizado; la sustitución del griterío arrogante y cavernario por el silencio agradecido y creativo; es,



en definitiva, el mítico regreso de la stirpe quetzalcoáltica que viene a superar cuatro siglos de rencor.

Y Raga, el personaje femenino, afirma que el problema estriba en que muchos demagogos siguen aferrados a un nacionalismo rencoroso y no quieren que la herida cierre para seguir usufructuando de su poder y medrar del rencor en lugar de buscar lo que nos une. Es tiempo de que busquemos metas comunes no solamente como mexicanos y españoles, sino como seres humanos. Si en vez de académicos, empresarios y políticos que viajan de México a España y viceversa, existiera un verdadero intercambio entre la juventud tanto española como mexicana, si se conocieran más, entonces todo esto cambiaría, y España recibiría la impronta vital de Latinoamérica, que tanta falta le hace para no sucumbir ante la fría y deshumanizada tecnologización eurocéntrica.

La tesis realmente innovadora que se plantea en esta trilogía es la del papel determinante de la mujer en el contexto de la mexicanidad escindida: don Ramón está convencido de que es la mujer, la mujer inteligente y voluntarizada, más que el hombre abrumado y desencantado, el agente activo que va a consumir la plenitud solilunar de la existencia hispana:

Para una mujer resignada y doméstica, la sociedad machista es un infierno donde el sufrimiento y lo rutinario desplazan a la gozación y lo festivo. Pero para una mujer inteligente y atractiva la sociedad machista es una bendición: su poder es prácticamente

ilimitado. Sin embargo, en su empeño por alcanzar la plena autodeterminación (lo que supondría un revitalizante regreso al matriarcado), la mujer antisumisa se encuentra con un obstáculo que hace que la dinámica determinante se convierta en determinada: la falta de una voluntad disciplinada. Al carecer de una educación volitiva la mujer inteligente llega, pero no permanece; derroca, pero no aporta; promete, pero no cumple. La educación revolucionaria es un imperativo para toda mujer que pretenda autodeterminar su destino. Sin embargo, preocupada más por derrocar la imposición masculina que por su propia aportación, la mujer que revoluciona su existencia suele convertirse en una dinámica indetenible: su poder es su querer, y su querer no tiene límite. Para evitar sucumbir ante esta dinámica absolutizadora, que perpetúa el mal que pretendía erradicar, la mujer inteligente debe evitar que su voluntad se masculinice; esto es, tiene que lograr una autodeterminación equilibrada entre los extremos que delimitan su diversidad: la pulsión hegemónica y la coquetería, la sensualidad y el rigor crítico, la férrea disciplina y la tolerancia libertaria.

Leonardo y Agar, los protagonistas de la historia real que dio vida a esta vivencia utópica, fueron expulsados de su paraíso por oponerse a la privatización del Parque Nacional Huatulco, que ellos mismo ayudaron a fundar en 1998. La casa que construyeron fue derribada injustamente por el gobierno ecocida y desarrollista, y el legado de esa vivencia utópica quedó

registrado en la trilogía *Entrecruzamientos*. El libro *El juicio oral más injusto de la historia* (2014) lo escribió Da Jandra después de este suceso que estuvo a punto de acabar con sus vidas. En él reflexiona sobre el papel de la justicia y, sobre todo, el despotismo con que se ejerce el poder amparado por la legalidad en un mundo en decadencia: como le sucedió a Cristo hace dos mil años al ser condenado a muerte por la teocracia en turno. A pesar de ello, la consolidación de la utopía es incuestionable; puede cambiar el espacio-tiempo, pero siempre se seguirá anhelando; no es el fin de una búsqueda, pues mientras exista un pedazo de naturaleza plena e incontaminada, la utopía seguirá viva. Como dice Eugenio:

Mas ya no sería la utopía de Platón y Bacon, de Campanella y Moro, de Fourier y Owen, de Marx y Lenin, que sacrificaba la determinación de las partes en aras de un todo invivible, sino la utopía individual, la naturalización plena de lo humano y la humanización plena de lo natural. ¡La utopía como sublimación del individuo y no como aborregante masificación! Schopenhauer había dicho que la felicidad era imposible. Nietzsche había constatado que el guerrero del conocimiento tenía a Tanatos como sombra inseparable; Bakunin le había demostrado a Marx, antes de que la absolutización hegeliana se monstruificara en Lenin, que en el comunismo la autodeterminación de las partes era imposible. Ahora, a pesar de las amenazas ecodidas sobre Playa Tortuga, estaba convencido de que la utopía

era una realidad concreta, que cada quien tenía el imperativo categórico de luchar por encontrarle un lugar a su deseo, que no hacer siquiera el intento era condenarse a ser de por vida un amargado y un resentido. Teníamos que aprender a aceptar el fracaso, pero no sin antes partírnos la madre por lograr la realización utópica de nuestros más vivos deseos.

Como mencioné al principio, la figura de Da Jandra es la de un guerrero en perpetua lucha por buscar la verdad (“aunque sepamos que nunca la vamos a alcanzar”), la utopía y la vida plena a través de una ética que sustente los principios básicos de una existencia encaiminada hacia el cosmos. La publicación de sus *Diarios, 1999-2012* (2015) nos muestra el duro tránsito que sufrió esta pareja para superar las adversidades y la transformación radical de la razón frente al cosmos: “Definitivamente el ateísmo y el escepticismo son engendros filosóficos de mentes que han vivido de espaldas a las estrellas”, dice Da Jandra; o mejor aún: “Crear o no creer: en esta libertad radica la esencia del libre albedrío. Cuanto más cree el hombre, más se ata a Dios; cuanto menos cree, más se ata a sí mismo”.

A partir de su expulsión, Da Jandra se mudó a una montaña cerca de la ciudad de Oaxaca, y junto con su nueva vida encontró también un nuevo estilo, una forma diferente de narrar: lo que él llama “filosofía ficción”, como lo ejemplifica su novela *Distopía*. Pero en *Filosofía para desencantados*, asistimos a una visión alentadora sobre el hombre, el alma, el espíritu y Dios.



Da Jandra propone que sustituyamos la teoría de los contrarios (“hegeliano-marxiana”) por la de los complementarios: el paso decisivo hacia la cooperación, la solidaridad y la ética para cambiar el rumbo suicida del mundo actual. No apela a la violencia como cambio, sino a la tolerancia y la ética. Y arremete contra lo que él llama la “academocracia”, la “partidocracia”, la “sindicocracia”, las “teocracias” y las “plutocracias”, que parasitan y obstruyen lo verdaderamente importante: la creación de un mundo más amable, menos egoísta y más reflexivo: “Es el *intento* lo que vale la pena, el empujar con ánimo de rasgar de manera volitiva y permanente la membrana de ignorancia que nos humilla y culpabiliza”. Y la filosofía, como impulsora de este *intento*, “sólo puede asumirse como una sublimación permanente de preguntas y respuestas de cara a mejorar el ser para la vida (no para la muerte), un catalizador inagotable de nuevas experiencias que rebasan las pretensiones interpretativas del lenguaje”.

Con su narrativa futurista, Da Jandra propone que la imaginación debe estar abriendo posibles derroteros de comprensión para salir del egocentrismo patológico global. Salir del “yo” para mirar el “nosotros” es ya un paso al sociocentrismo, y éste tiene como meta el cosmocentrismo, vernos como parte de un todo armonioso:

La filosofía cosmocéntrica se regocija ante la posibilidad descubridora de la ciencia; y se autorrealiza al tender un puente clarificador entre la lógica del mundo material y los valores emanados del espíritu. El ser

humano, saludable y racional, anhela la armonía y rechaza la conflictividad. Cuando este anhelo no se cumple, surge la discordia que está en la raíz de toda maldad, y entonces es inviable la convivencia moral. Sólo aceptando la complementación sublimadora de la ciencia y la religión por medio de la filosofía, podrá el ser humano dejar atrás para siempre la conflictividad inherente a la autogratificación egocéntrica. Una vez asumida la conciencia moral ya no hay marcha atrás, y la luz sublimadora de la mente termina integrándonos a un cosmos fascinante e infinito.

Haciendo una breve síntesis de la vida y la obra de Leonardo da Jandra, podemos concluir que la lectura de *Entrecruzamientos*, *Filosofía para desencantados* y *La gramática del tiempo* es estimulante para no sucumbir ante libros con teorías unidireccionales, entrópicas y nihilistas que hoy se amontonan en las librerías.

---

► HELENA BERISTAIN: Ciudad de México, 1970. Estudió Filosofía en la UNAM. Además de varios artículos y ensayos, está por publicar su primer libro sobre la utopía en el contexto hispanoamericano.

ÚRSULA FUENTESBERAIN

# ¿HAY ALGUIEN DE ESE LADO?: MEXICANOS QUE ESCRIBEN DESDE ESTADOS UNIDOS

[LITERATURA]

“¿Por qué viniste acá, a los *Estates*?”, les pregunto al puñado de escritores que entrevisté para escribir este texto. “Para trabajar, para estudiar”, contestan. Pero también —como yo, que llevo tres años viviendo en Nueva York— para ver qué hay de este lado de la frontera, qué vida, qué gente, qué suelo. Cruzar por cruzar.

“Cruzar hasta quedarse”, escribe el poeta y traductor Román Luján, quien lleva doce años acá. De su poema “Racimos” tomé el título de esto que escribo; es un poema donde sólo hay preguntas: “¿Por qué usan guantes blancos para hojear los pasaportes?”, “¿Y en la cama, piensan en inglés o en español?”, “¿Si caigo en dos categorías me corresponde *other*? ¿Por

qué no existe *none* para estos casos?”. De la escritura de Luján, Tedi López-Mills dice que funciona “como un escudo para preservar su identidad. Una identidad ‘impura’”.

Al momento de cruzar dejas de ser sólo mexicano, se te asignan otras etiquetas (hispano, extranjero, ¿indocumentado?, *other*) y, si no te mueves, quedas atorado entre dos culturas. Por eso sigues yendo de ida y vuelta entre lo mexicano y lo gringo, *code switching*, hasta que te vuelves, como dice el escritor chicano Santiago Vaquera-Vásquez, un *unrepentant border crosser*.

Vaquera, a diferencia de la mayoría de los escritores chicanos, escribe en español; dice que es un acto de resistencia a la marginación.

Sin embargo, en un país como EE.UU, donde sólo el 3% de los libros publicados son traducciones, escribir en español ciertamente lo mantiene al margen del *mainstream*. Tal parece que esa es su estrategia: escribir desde los bordes, desde las fronteras, para que los que vivamos ahí nos encontremos en sus letras.

Cuando le pregunto por qué la escritura de los mexicanos que viven en EE.UU casi no dialoga con la de los chicanos, Vaquera responde que los chicanos —Sandra Cisneros o Juan Felipe Herrera, por ejemplo— escriben para “los U.S., para imaginar un *different colored U.S.*”, mientras que los mexicanos, “al pertenecer a una comunidad latinoamericana, su escritura va hacia el sur de la frontera”. Pero más allá de la brecha de comunicación, algunos críticos y escritores mexicanos exhiben un abierto desprecio hacia los chicanos (“esa desdichada cultura mezcla lo peor de México y lo peor de Estados Unidos”, escribió recientemente Christopher Domínguez Michael). “Nos ven como escritores ‘de rancho’”, afirma Vaquera, “nos ven como una especie de figura

grotesca, desarraigada y desdichada. Es una crítica que viene desde Octavio Paz”.

Pero el desarraigo no es particular a los escritores chicanos; cuando la editora y narradora Rose Mary Salum llegó a Houston hace dieciocho años, se dio cuenta de que si quería sobrevivir a la escisión que existía entre ella y Estados Unidos, tenía que construir sus propios puentes. Por eso fundó Literal, una editorial bilingüe que ha puesto al mundo hispano y al angloparlante a dialogar en la página. Literal se suma a proyectos con sede en Houston, como Arte Público Press y *Gulf Coast*, que desde los 70 y 80 han dado cabida a la literatura hispana.

Para los mexicanos que crecieron en la frontera, como la regiomontana Criseida Santos Guevara, México y Estados Unidos forman parte de un mismo territorio emocional. “Describir a Monterrey, implica mirar ‘al otro lado’”, asegura la autora de las novelas *La reinita pop no ha muerto* (Literal Publishing, 2014) y *Rhyme & Reason* (Tierra Adentro, 2008). Santos Guevara dice también que permitir que El Paso, la ciudad en la que estudia una maestría bilingüe en Escritura Creativa en UTEP, se cuele en su narrativa, es una forma de apropiarse de un espacio extranjero y de aceptar el vaivén entre un lado y otro de la frontera como parte de su esencia: una escritora con raíces móviles, inalámbricas.

El caso de Francisco Laguna-Correa es similar. Nació en la Ciudad de México y vivió en lugares tan disímiles como Playa del Carmen, Barcelona y Praga, de tal forma que cuando llegó a EE.UU para hacer un doctorado

“¿Por qué viniste acá, a los *Estates?*”, les pregunto al puñado de escritores que entrevisté para escribir este texto. “Para trabajar, para estudiar”, contestan.





en Estudios Culturales Hispánicos en la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill, ya tenía claro lo que la palabra “migrante” implica. “Me siento definitivamente mechicano (o nuevo chicano)”, responde Laguna-Correa cuando le pregunto acerca de su identidad, y me dice que haber crecido en Tepito lo predispuso a sentir más afinidad hacia proyectos contraculturales y lingüísticamente subversivos, como el del chicano Steven Alvarez, o incluso de escritores afro-descendientes

como los del guyanés Jerome Branche y la jamaicana Treviene Harris, que hacia las poéticas de autores radicados en México. *Afterlife*, novela inédita en inglés que Francisco presentó como su tesis de maestría en Escritura Creativa en la Universidad de Pittsburgh, aborda —de manera similar a sus libros anteriores, *Finales felices* y *Ria Brava*— el tema de la alienación social que padecen los migrantes hispanos indocumentados en EE.UU.

Es casi imposible cruzar la frontera sin politizarse, sin darse cuenta del complejo y problemático tejido que existe entre mexicanos y gringos. *Anti-Humboldt. Una lectura del Tratado de Libre Comercio de América del Norte*, de Hugo García Manríquez (Aldus-

Litmus Press, 2014), es un poemario que se apropia del texto tanto en inglés como en español del TLC, para evidenciar las injustas políticas económicas, sociales y culturales que este tratado instauró. “No hubiera podido concebir ni escribir este libro si no hubiera salido de México”, ha dicho García Manríquez, quien, igual que otros escritores mexicanos afincados en EE.UU, también se ha dado a conocer por su labor como traductor (entre sus traducciones destaca *Paterson*, de William Carlos Williams).



Es casi imposible cruzar la frontera sin politizarse, sin darse cuenta del complejo y problemático tejido que existe entre mexicanos y gringos.



“Iniciar un doctorado en Escritura Creativa en Español en los Estados Unidos de hoy —un país en que la retórica violenta del candidato republicano a la presidencia ha normalizado el discurso contra la inmigración y, especialmente, contra el español— es, en efecto, una postura a la vez estética, ética y política”, escribió Cristina Rivera Garza, flamante directora de este doctorado en la Universidad de Houston, el primero en su tipo y que empezará a recibir solicitudes para el siguiente año académico.

Entonces sí, claro que hay literatura en español de este lado de la frontera. Desde aquí escriben la propia Cristina Rivera Garza (*La imaginación pública*, Dirección General de Publicaciones, 2016), Yuri Herrera (*La transigración de los cuerpos*, Periférica, 2013), Marco Antonio Huerta (*Hay un jardín*, Tierra Adentro, 2008), Pepe Rojo (*Ruido gris*, CreateSpace, 2012), Dolores Dorantes (*Intervenir/Intervene*, Ugly Duckling, 2015), Mónica de la Torre (*The Happy End/All Welcome*, Ugly Duckling, 2016), Francisco González Crussí (*El rostro y el alma*, Debate, 2014), Manuel Iris (*Los disfraces del*

fuego, Atrasalante, 2012), María Lebedev (17 cuentos: *Historias para un taller de relato corto*, McNally Jackson Books, 2015), Marina Azahua (*Retrato involuntario*, Tusquets, 2014), Valeria Luiselli (*La historia de mis dientes*, Sexto Piso, 2014), Álvaro Enrigue (*Muerte súbita*, Anagrama, 2013), Heriberto Yépez (*El imperio de la neo-memoria*, Almadía, 2009) y tantísimos otros. A este mosaico plurifónico y difícil de agrupar bajo una misma etiqueta, se le suman las voces de todos los autores que han tenido que poner *Hispanic* en uno de esos formularios oficiales gringos, ya sea que hayan nacido en Guayaquil, Lima, Quito o Nueva Jersey.

---

► ÚRSULA FUENTESBERAIN: Celaya, 1982. Con el apoyo de la beca Fulbright hizo una maestría en Escritura en Sarah Lawrence College. *Esa membrana finísima* (Tierra Adentro, 2014) es su primer libro de cuentos. Ha publicado en ocho antologías de narrativa; las más recientes son *Emergencias: Cuentos mexicanos de jóvenes talentos* (Lectorum, 2015) y *Pide un deseo* (Tusquets, 2014).

ERIKA SENTÍES

# EL ENSAYO: UNA MIRADA FILOSÓFICA

[LITERATURA]

La persona a la que miramos, o que siente que la miramos, nos mira a nosotros de vuelta. Percibir el aura de un objeto que miramos significa dotarlo de la capacidad de mirarnos de regreso.

Walter Benjamin

Nuestra época, en cambio, se caracteriza por un enorme sentido antifilosófico. La mirada contemplativa es una facultad humana que difícilmente puede abrirse paso en una sociedad donde los individuos corren de un lado a otro, casi siempre con prisa y sin poner mucha atención en el entorno. La observación y la duda son actos de voluntad que están seriamente limitados por la espiral infinita de información, publicidad y deberes a los que estamos sometidos, y, paradójicamente, nunca antes ha sido tan importante cuestionar la realidad como ahora. Es por ello que el estudio de la filosofía en nuestro tiempo, realizado

desde la óptica del ensayo, recobra una importancia de primer orden.

El ensayo mexicano actual está abriendo nuevos horizontes de comprensión y de explicación del mundo. El uso del pensamiento, la pregunta y la reflexión filosófica en este campo, son ya una constante en algunos autores; lo cual cobra una fundamental importancia si tomamos en cuenta el contexto antifilosófico en el que se encuentra el mundo. Me parece, incluso, que ninguna otra época lo ha sido tanto; porque el principio fundamental de cualquier filosofía es la observación profunda de las cosas: mirar algo con cautela es necesario para llegar a un momento de reflexión o de duda. Demorar frente a la realidad es necesario para comprenderla y explicarla; y también es un proceso que requiere concentración y tiempo: dos cosas que se están diluyendo en la vorágine informativa de alta velocidad en la

que vivimos. Justo ahora, que se ha catalogado a la sociedad de nuestro tiempo como un gran grupo de *homo-videns*, parece que ya no podemos ver nada con detenimiento, con la cautela que la mirada filosófica requiere. Sin embargo, aun en las épocas caracterizadas por la agudeza y la preocupación filosófica, no fueron muchos los individuos que lograron mejorar su vida y su entorno; pensemos en la ingenuidad —o desfachatez— de Platón al argumentar el ideal de una República justa al mismo tiempo que legitimaba la existencia de la esclavitud. En contraparte, Leucipo y Demócrito encontraron el átomo como un componente fundamental de la vida en una época donde las herramientas tecnológicas para estudiarlo estaban muy lejos. Esto podría hacernos suponer que si Platón hubiera observado su realidad con el rigor que lo hicieron estos filósofos de la naturaleza, tal vez no hubiera llegado a esas conclusiones sobre la justicia y el Estado. Contemplar la realidad con detenimiento y franqueza es un ejercicio filosófico que debe servir no sólo para comprender y explicar el mundo, sino también para transformarlo. El ejercicio filosófico al que me refiero, está encontrando una ventana de comprensión y explicación de nuestro mundo a través del ensayo, a través de esos autores que nos obligan a hacerlo. En un contexto donde vivimos la tragedia de las ideas —pues aún las más radicales se convierten en mercancía—, Vivian Abenshushan en *Escritos para desocupados* aconseja sabiamente de cara al panorama de la mercantilización humana: “debería ser la vida, pensé, simple, barata, ociosa, con tiempo

para ser uno mismo”.<sup>1</sup> Detrás de un cierto desparpajo y humor negro de esta autora, subyace a través de su mirada la verdad que queremos escuchar: “mate a su jefe: renuncie”.<sup>2</sup> A través de su narrativa, la mirada filosófica de Vivian tal vez sirva para reencontrarnos con nuestro mundo sin tanta amargura.

En este momento de la vida humana, el sistema económico demanda eficiencia y rapidez en la producción a gran escala de todo tipo de productos, muchos de ellos innecesarios y sin pensar cabalmente en el deterioro irreversible que se hace a la naturaleza. La producción masiva, sumada a una nula consciencia de los valores éticos y morales, nos está llevando a un despeñadero, donde parecería que uno sólo se puede salvar si es lo suficientemente cínico o ignorante como para no darle importancia a esa devastación que nos sitúa en el abismo de la soledad y el sin sentido. El sistema económico no está interesado en que los individuos reflexionen sobre lo que les pasa a ellos y a su mundo. La cantidad de distractores con los que contamos y la velocidad con la que se tiene que vivir son la ecuación perfecta para acabar con los ¿por qué? Sin embargo, la nueva orientación del ensayo mexicano se está acercando al bagaje fundamental del pensamiento transformador de la filosofía. A partir de esta narrativa se está recobrando la sabiduría primaria que ha sido sepultada por un edificio histórico-conceptual que suena vacío si no hay una ganancia existencial. La tradición hermenéutica y el lenguaje de la propia filosofía, la mantienen atada al ámbito academicista, y frente a esto, el ensayo contemporáneo está



El ensayo mexicano actual está abriendo nuevos horizontes de comprensión y de explicación del mundo. El uso del pensamiento, la pregunta y la reflexión filosófica en este campo son ya una constante en algunos autores.

trazando un camino de recuperación de ésta a través de su narrativa.

En *Árboles de largo invierno. Un ensayo sobre la humillación humana*, Luis Muñoz Oliveira pone frente a nosotros el vitral de una realidad que se confunde con la fantasía; nadie podría creer que tantas formas de vejación humana son reales y vivibles. Este ensayo sobre la humillación y sus diferentes formas de reproducción nos recuerda no sólo la crudeza del mundo en el que vivimos, sino también nos descubre el rostro de una humanidad que sobrevive a expensas de un modelo económico que permite y fomenta la desigualdad, la pobreza extrema, el racismo, la falta de educación y de oportunidades para una vida digna. Utilizando recursos como la crónica y el relato y recurriendo también a pasajes muy significativos de nuestra historia, este ensayo desmenuza una realidad donde el modo de producción capitalista, junto con otras formas de conquista y exterminio, se han convertido en un modo de vida que nos permite sentirnos cómodos en el epicentro de la infamia, haciéndonos, tal vez, tan infames como nuestro tiempo. En la búsqueda de la dignidad, tenemos que reconocer que Schopenhauer tenía razón al pensar que

el más grande error de la humanidad es creer que hemos venido a este mundo para ser felices:

El único error innato que albergamos es el de creer que hemos venido al mundo para ser felices. [...] Durante todo el tiempo que este error está adueñado de nosotros y, sobre todo, si viene a confirmarnos en él dogmas optimistas, el mundo nos parece lleno de contradicciones. Constantemente, lo mismo en las cosas grandes que en las pequeñas, experimentamos que el mundo y la vida no están hechos para consentir una existencia dichosa [...], de ahí que la fisonomía de los ancianos tenga con frecuencia el sello de [...] la decepción.<sup>3</sup>

De un modo paradójico, los pensadores más sombríos pueden ser también los más alentadores, y creo que, en este caso, Oliveira alienta a pensar en la dignidad como una especie de vacuna contra la humillación, que a su vez permite salir de ese paisaje invernal en el que vive nuestro corazón. Que la vida se ponga a la altura de nuestras expectativas, dependerá de nosotros y de la medida en que nuestras capacidades a nivel humano-colectivo permitan

recuperar la dignidad de un modo universal. En *La fragilidad del campamento. Un ensayo sobre la tolerancia*, Oliveira nos vuelve a colocar en el horror y la tremenda melancolía que nos puede despertar la consciencia de saber cómo es el mundo en el que vivimos, pero frente a esto, nos alienta a seguir buscando y tratando de construir la democracia verdadera y a usar la tolerancia como moneda de cambio universal en un mundo donde los relativismos intolerables se imponen con violencia. La explicación ágil y amable de este autor nos reconcilia con nosotros mismos, nos invita a ser conscientes del error posicional de niveles históricos y nos muestra la emergencia de un cambio que puede darse a través del ejercicio del pensamiento filosófico. Quizá la agilidad del ensayo, como forma narrativa, tiene un poder comunicativo que el texto filosófico en sí mismo no posee. En un momento como el actual, en el que la dinámica del sistema mundial difícilmente dejará que alguien tenga ideas profundas o reflexiones sobre sí mismo, un personaje de la novela de Guillermo Fadanelli, *El hombre nacido en Danzig*, se pregunta: “¿qué es más humano que desear escapar de lo humano?”. Nos sitúa así en la pregunta esencial de la filosofía humanista. Cuando a Tales se le ocurrió que el origen de todo era el agua, vivía en Mileto, una ciudad rodeada por el mar. La presencia de tanta agua podía ser la causa de sus conclusiones, pero también tuvo el tiempo y la mirada aguda y paciente de quien ve algo repetidas veces como si fuera la primera vez. Quizá, por la misma razón, Guillermo Fadanelli cree que el origen de todo está en las profundidades de la desolación y la sordidez

humana, pues finalmente es lo que nos rodea; como el mar de Mileto, en donde quiera que se ponga la vista es fácil verlo, pero, sobre todo, si vivimos en la periferia de nosotros mismos. En *En busca de un lugar habitable* dice: “El hombre jamás tomará distancia suficiente para observar el mundo sin estar involucrado”.<sup>4</sup>

La visión acertada y desoladora de Guillermo Fadanelli sobre la existencia humana, sobre lo que significa vivir en estos tiempos, nos deja irremediabilmente en la angustia del más puro existencialismo y el cuestionamiento filosófico, pero también nos lleva a una discusión interminable y al diálogo con nosotros mismos. Usar la narrativa y los personajes literarios para despertar en el lector el efecto que produce la filosofía en la mente humana, es una apuesta que está ganando una generación de escritores que son filósofos y filósofos que son escritores. Literatura y filosofía convergen de un modo muy natural y necesario en la pluma de algunos autores mexicanos contemporáneos, quienes, por cierto, han encontrado el mundo de la reflexión filosófica de diferentes modos: Guillermo Fadanelli por cuenta propia y Luis Muñoz Oliveira por la vía académica.

Sergio González Rodríguez ha sacudido nuestra forma de ver la realidad nacional con su mirada crítica, con su investigación periodística llevada al extremo de comprometer la propia vida. *Huesos en el desierto* es uno de esos ensayos que ha puesto en tela de juicio el contexto histórico de este país a través de la mirada filosófica que trata de comprender y explicar cómo y bajo qué figuras pueden convivir los inocentes con sus verdugos, y pone al

descubierto el horror frente a la indiferencia del mundo, de un mundo que no es exclusivo de los mexicanos. La anatomía del mal —recopilada mediante un trabajo periodístico, incuestionablemente filosófico— es otro de los aportes a la ensayística mexicana, que quizá esté abriendo una ruta donde convergen las ideas filosóficas más importantes de la condición humana. Así lo atestiguan los ensayos *El hombre sin cabeza* y *Campo de guerra* de Sergio González Rodríguez.

Leonardo da Jandra es otro escritor indispensable en la actualidad; él también ha intrincado su vida con su obra y su pensamiento, y este último lo ha llevado al extremo de compromisos vitales con lo que le rodea. En sus ensayos, de diferentes maneras y con análisis exhaustivos de muchos filósofos, nos recuerda claramente que ningún tipo de quehacer o teoría filosófica es realmente provechosa si no sirve para la vida y para enfrentar la banarrota de la condición humana en la que se está hundiendo el mundo.

En *La gramática del tiempo* Da Jandra nos permite entender sobre el presente, que las formas regresivas del quehacer y del pensamiento humano implican una imposición violenta de “los sentidos sobre la razón, del hacer sobre el memorizar y proyectar, del espectáculo sobre la historia y la filosofía. El culto al presente señala, por tanto, el triunfo efímero de la política sobre la utopía, de lo profano sobre lo sagrado, del es sobre el fue y será”;<sup>5</sup> y que por lo mismo nunca antes fue tan necesario sobreponernos al presente desde el presente mismo, desde el ahora para poder tomar

resoluciones que se inclinan a vislumbrar un objetivo común en el futuro.

Sus meditaciones se vuelven esenciales y reveladoras en este momento, en el que estamos tratando de recuperar la sabiduría como una forma de vida y no como un falso estandarte. Salir del egoísmo implica pensar en todos al mismo tiempo que se piensa en uno mismo, y sólo eso nos hará asumir una consciencia moral sin vueltas ni retornos. “Sólo aceptando la complementación sublimadora de la ciencia y la religión por medio de la filosofía, podrá el ser humano dejar atrás para siempre la conflictividad inherente a la autogratificación egocéntrica”,<sup>6</sup> dice en su ensayo *Filosofía para desencantados*.

El ensayo es una figura narrativa difícil de precisar. Es como un concepto inacabado, pues se dan muchas formas de entenderlo y de materializarlo; sin embargo, hay en él una estructura muy sólida y por mucho tiempo reproducida



La producción masiva,  
sumada a una nula consciencia  
de los valores éticos y morales,  
nos está llevando a un  
despeñadero, donde parecería  
que uno sólo se puede salvar si  
es lo suficientemente cínico o  
ignorante como para no darle  
importancia a esa devastación.



por los intelectuales de cada época. La idea y el objetivo que subyace en su estructura, siempre es la de explicar algo de la manera más clara y argumentada. El ensayo es una de las herramientas teóricas más importantes de nuestro tiempo por las cualidades esclarecedoras que ofrece. El ensayo en sí mismo tiene un poder comunicativo muy poderoso, y en estos tiempos —con

algunos autores como los ya mencionados en el texto y otros como Valeria Luiselli, Cristina Rivera Garza o Heriberto Yépez— está sirviendo para acercarnos a la filosofía, y con ello se podría estar abriendo una oportunidad para generar una evolución de la consciencia humana.

Puede ser que, a través del ensayo, estos tiempos encuentren o se formen una estructura,





una narrativa personal del mundo, donde pensamos comprendernos o creemos comprender lo que sucede alrededor. Quizá el ensayo sea como una embarcación que ayude a llegar a la otra orilla de la realidad y, claro, como en toda travesía, los horrores y colores del paisaje se presentarán como necesarios para tocar tierra otra vez.

Si para Luigi Amara la anatomía y la vello-sidad de una nariz pueden ser el tema de un ensayo que lleve a la reflexión profunda de la responsabilidad humana, valdría la pena también decir que todo en este mundo cabe dentro de un ensayo, siempre y cuando el tema esté permeado por la mirada filosófica. Eusebio Rubalcaba tiene mucha razón al sintetizar en *El arte de mentir* los temas indispensables para el ensayo:

[...] la amistad, las bondades y deslealtades del amor, la dureza de los recuerdos. El ego de los escritores, la cocina del taller literario, la tentación de juzgar la propia obra. El cinismo, el ensimismamiento, la frivolidad, el recato. Los perros, la soledad, la mentira, el conocimiento, la tristeza, el coleccionismo, los celos, la muerte, la música, la voz femenina. Pareciera que todo despierta la curiosidad y el entusiasmo del ensayista.<sup>7</sup>

Encontrar los puntos de conflicto, reconciliación y reflexión profunda de las cosas en los pequeños intervalos de tiempo, en los detalles azarosos, en lo cotidiano y en los actos conscientes, pequeños o grandes, que componen la vida humana, invariablemente nace

de mirar, cada vez de una forma distinta, a la misma realidad. Y eso mismo es lo que se da en la perspectiva del ensayo: que abre la puerta hacia cualquier lugar al que se quiera llegar.

Dicen que es más difícil hacer reír que llorar; en “El peatón inmóvil” de Luigi Amara el humor filosófico nos arranca la risa que no teníamos planeada. La risa que no es habitual, porque nace de mirar de una forma distinta a la misma realidad. Este escritor ha encontrado la manera de transformar el mundo de siempre, con la mirada que muy pocas veces usamos: la mirada filosófica.

#### NOTAS

1. Abenshushan, Vivian, *Escritos para desocupados*, México, sur+ediciones, 2013, p. 18.
2. Frase tomada por Vivian Abenshunshan de un estencil en una calle de Argentina.
3. Schopenhauer, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, España, Aguilar, 1927, p. 1190. Trad. Ovejero.
4. Fadanelli, Guillermo, *En busca de un lugar habitable*, México, 2009, Almadía, p. 60.
5. Da Jandra, Leonardo, *La gramática del tiempo*, México, Almadía, 2009, p. 183.
6. Da Jandra, Leonardo, *Filosofía para desencantados*, España, Atalanta, 2014, p. 125.
7. Rubalcaba, Eusebio, *El arte de mentir*, México, Almadía, 2013, p. 94.

► ERIKA SENTÍES: Ciudad de México, 1974. Estudió filosofía en la UNAM. Es profesora e investigadora de tiempo completo en la UACM en la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas, donde imparte diferentes asignaturas y los seminarios de “Filosofía, Cine y Literatura” y “Filosofía y Arte”. Su tema de investigación principal es la Logopatía, que estudia la relación de la filosofía con la literatura, el cine, la cultura y el arte.



LUIS BUGARINI

# MIRADA E INTENCIÓN EN LA CRÍTICA ACTUAL

[LITERATURA]

El panóptico es una manifestación de la obra de arte total.

*Libro de los pasajes*, Walter Benjamin

## I

El ejercicio reiterado del gusto deriva hacia la construcción de una mirada. El crítico observa y a partir de sus anotaciones logra sus textos. Este ir y venir entre objetos culturales determina su espectro de actuación. A mayor conocimiento, mayor sentido de orientación en el *maremágnum* de objetos creados. Esto no tiene relación con que efectúe ese andamiaje para fines sociales. La figura del crítico no debe ser entendida como la de un fiscal del analfabetismo. Su tarea es clarificarse a sí mismo, pero si esa labor resulta útil para alguien, qué mejor. El acumulado de sus lecturas es su carta de presentación. Los lectores que llegue

a recolectar estarán al tanto de que no puede escribir sobre algo con lo que no está familiarizado, o ignora por voluntad propia.

Según pasan los años, la mirada se cubre de filtros e imperfecciones. Una consecuencia natural del paso del tiempo. La mirada prístina de la infancia y adolescencia se consume ante el espectáculo triste de la realidad que será el escenario de los años siguientes. El crítico libra su primera batalla contra sus hábitos y manías. De ahí que la construcción de ese observatorio jamás termine. Cada día se pone una piedra en un sitio diferente. Lo contrario —esto es: la idea de llegada o de cruce de una meta— implica el reconocimiento de una derrota. Ahí radica la importancia de la lectura como fuente primigenia de conocimiento. El crítico, a diferencia de otros escritores, no puede dejar de leer: lo que

implica generar más contenidos. ¿Serían posibles los libros de Ernst Robert Curtius o Marcel Reich-Ranicki sin una exploración continuada del saber de su tiempo? ¿Se hubiera ajustado Walter Benjamin a un esquema rígido

de investigación secuencial con objetivos de corto plazo?

La mirada del crítico es personal e intransferible. No puede tener discípulos porque quien elija levantar la antorcha deberá construir una vereda propia, tomando como referente lo que exista, haya conocido o intuya que puede servir a su tarea intelectual. Los acólitos de capilla sólo ayudan a agitar las campanas, pero no proponen una forma distinta de impartir la misa. Los males propios de la vista aquejan al crítico: estrabismo, mácula, glaucoma, ceguera total y parcial. Aunque, a diferencia de estos malestares que atacan sin la voluntad de quien los padece, el crítico puede adoptar algunos de ellos para su labor de intérprete de su tiempo. No verá ciertos libros, por ejemplo, o les atribuirá más viveza a unos que a otros —sin más razón que su “criterio”. También ciertos libros lo harán llorar, lo mismo por sublimes que por lamentables. La aventura del crítico es diaria y no se suspende debido a la profusión incontenible de libros y otros productos culturales que brotan de manera interminable.

El crítico libra su primera  
batalla contra sus hábitos  
y manías. De ahí que  
la construcción de ese  
observatorio jamás termine.



Al ser un escritor en plena forma, el crítico no necesita más acreditación que su audacia para orientarse en grafosistemas desconocidos. Debe tener las aptitudes suficientes para salir a pasear sin temor a lo desconocido. Todo

lo que existe sólo puede reforzar su entendimiento del oficio literario, incluido el horror y otras manifestaciones lacerantes de la condición humana. Atestiguar extremos es una escuela irremplazable de lo que es posible descubrir bajo el velo de la corrección. Frecuentar sólo lo que se entiende o celebra, es una metodología sin fallas para apagar al crítico joven que logra sus primeros aciertos. Pero esta mirada no es distinta de la que aspira a lograr el poeta, narrador o dramaturgo. Implica posicionarse en una coordenada específica para mirar desde ahí la producción cultural. Esta toma de postura no se enlaza con la inmovilidad o con otra forma soterrada de sometimiento. No es difícil hallar críticos incapaces de saltar por encima de la cerca. Esa conformidad es más común hallarla en el crítico heroico, que una vez concluida la hazaña, se sienta en el trono y desde ahí nos obsequia su complacencia y beneplácito. Es el experto en el tema. El crítico hedónico, por su parte, jamás podría considerarse experto en un asunto, como no sea el de la curiosidad. Su falibilidad es indiscutida, por lo que sería incapaz de hablar desde el púlpito.

## II

¿Tenemos que coincidir con sus valores o intereses? No es necesario. Equivale a decir que debemos ser conservadores para leer a ciertos autores o radicales para explorar a otros. El matiz de los afectos no tiene relación con la capacidad de un libro para hacer aportaciones significativas a la cultura de su tiempo. Uno de los momentos más difíciles de un crítico es entender que un individuo que detesta en lo personal, que lo ha ofendido incluso, puede ser una figura central de la literatura. No habrá modo, por tanto, de lanzar dardos de odio para contenerlo. El silencio aún es una de las armas letales de la mala crítica. No hablar de los demás para sepultar algo que se desprecie. Las inflexiones de la historia colocarán cada objeto en su sitio. La tarea del crítico puede intentar una orientación en tal o cual sentido, sin embargo, no es oráculo ni ejerce una tiranía, por lo que todo lo que manifieste en tal o cual sentido es sólo una aproximación.

El recelo es un acto reservado para quienes son espectadores de la cultura y nunca para quienes participan en ella o la perfilan, incluso. La mezquindad actúa contra el crítico, pues limita su acceso a contenidos imprevistos que podrían alterar su visión del hecho literario. Esto nada tiene que ver con la ética del escritor. Orbita alrededor de su refundación necesaria. Todos los estímulos son valiosos para lograr un giro de contexto. La supuesta “congruencia” no aplica a quienes practican una actividad artística, ya que el mismo estímulo que ayer interactuó con una modalidad específica de articular las preocupaciones, luego parece un antecedente

remoto y desaliñado. El cambio continuo de la personalidad, además, impacta la tarea del escritor. Los eventos que atañen a todos —muerte de los padres, pérdida de un ser querido, accidentes particulares, dificultades para sobrevivir, falta de apoyos— influyen en la construcción de una obra. La vida del artista queda separada sólo parcialmente de aquella que experimenta el común de los individuos. Es una conversión que sucede en su cabeza e incide en la materialización de la obra.

El crítico eclosiona en una geografía determinada y los extrañamientos son naturales. Es un reacomodo que intranquiliza a quienes se imaginaban los únicos portadores del cetro. El crítico recién llegado se pregunta por el oficio y pone de manifiesto una coordenada que no se había visto. Es una huella digital. Aterrizan en conclusiones diferentes porque su alimentación ha sido distinta. El lance del crítico inicia con sus colegas de oficio, que lo miran con recelo. Es el cachorro que se acerca a la manada para ver si quedó algo de la caza. También puede ser un lobo estepario —son los menos— y emprender una vagancia por las planicies en busca de su manutención. Esto lo pone a la vista de otros depredadores y lo aleja de comodidades y beneficios. Cada uno habrá de determinar sus necesidades según sus habilidades; como la posibilidad de adaptarse a entornos poco favorables. El coraje no interesa para la valoración de la obra crítica. Los méritos del estoicismo se juzgan aparte, de haberlos.

Esa modalidad de construcción en soledad tiene beneficios —libertad, autonomía, independencia—, pero también podría ser la

sepultura del crítico. Utilizar referentes que nadie conoce, de valor cuestionable o debido sólo a razones emotivas, podría llevar al crítico a la incomunicación o a la pérdida de la credibilidad. Lo cual, por otro lado, tampoco debe de interesarle. La fidelidad a un proyecto debe ser su único objetivo, así sea que implique contradecirse tres veces al día. Las verdades incuestionables las escriben los próceres. No hay una manera de hacerse poeta o novelista y el camino del crítico es asimismo individual. Quien afirme lo contrario carece de la sensibilidad para procesar una forma de escritura personal que concluya incuestionable. El ruido de fondo termina por fundirse con los sonidos del entorno. O desaparece a fuerza de ignorarlo. Es tan natural que no debe inquietar a nadie.

### CODA

Es una suerte que el escenario mexicano de la crítica sea fructífero y múltiple, coloidal y asintomático; si bien, lo natural sería apuntar que faltan voces críticas y no hay apuestas de largo plazo. Lo que falta, eso sí, son interpretaciones atípicas del ejercicio crítico, el cual, comúnmente, se asimila al estudio de una literatura nacional. La tradición inglesa, francesa y alemana, toleran y atizan una forma de la crítica que es participación cultural de amplio espectro y no culto por la hiperespecialización, cosificante desde cualquier perspectiva. Un crítico de esta naturaleza se permite opiniones sobre asuntos que no son “estrictamente” de su “especialidad”, lo que sea que esto signifique. La academia fomenta esa especialización radicalizada debido a la función social de retorno de

las horas invertidas en la formación del crítico o del docente, por lo que hubo, hay y habrá, doctores expertos en Rulfo, Arreola, Torri y quien digan. Es una máquina que se engrasa y hace girar tornillos.

Un crítico personal de fuste tarda décadas en lograrse y no hay garantía de concretarlo. Monsiváis es el ejemplo más claro de un crítico de esta naturaleza: invasivo, personal, anómalo. Se le veía en el tianguis del Chopo y en una exposición de fotografías traídas de Dinamarca; en un concierto de Molotov y en la presentación de las obras completas de Octavio Paz; prologaba antologías canónicas e igualmente catálogos de exposiciones internacionales. Daba la impresión de que le faltaban manos para escribir, lo cual celebro. No encuentro en los más jóvenes o en mis contemporáneos este perfil de crítico, lo cual celebro. Leo con atención a Geney Beltrán Félix, Ignacio Sánchez Prado, Francisco Serratos, Sergio Téllez-Pon, Héctor Iván González o Marcos Daniel Aguilar, por mencionar algunos, cada uno en su ámbito respectivo de intereses, que no son pocos. Estos críticos están llamados a generar su mosaico personal de inquietudes para hacer un aporte significativo a la literatura, y no será menor.

---

► LUIS BUGARINI: Ciudad de México, 1978. Es crítico literario. Colaborador regular de distintos medios nacionales. Publicó recientemente *Hermenáutica* (Abismos, 2015).

ALEJANDRO BACA

# ¿QUIÉN ES EL MEJOR POETA DE MÉXICO?

[LITERATURA]

En 1938 el diario *El Nacional* lanzó una encuesta abierta al público con la más sencilla y complicada de las preguntas: “¿Quién es el mejor poeta de México?”. El proceso resultaba muy sencillo: bastaba con adquirir un ejemplar del diario, recortar una boleta que venía incluida y enviarla por correo a la editorial con el nombre de su poeta favorito. El experimento realizado por *El Nacional* se puede considerar positivo ya que, además de la amplia respuesta, muchos lectores, atentos y preocupados, enviaron cartas dirigidas al editor con el fin de remarcar su posición o generar diatribas con respecto a la encuesta. Incluso, una de las polémicas más sonadas fue la supuesta participación del poeta francés André Bretón, bajo el pseudónimo

de Guillermo Gutiérrez, menospreciando la labor surrealista en México.

El resultado señaló a Enrique González Rojo como el mejor poeta, y posteriormente a otros personajes reconocidos como Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Juan Tablada, Efraín Huerta, Salvador Novo, Alfonso Reyes y Maples Arce. La encuesta no tuvo un impacto relevante en la construcción del canon; sin embargo, demostró que la purga en la literatura es amplia y, en algunos casos, misteriosa. Muchos de los seleccionados, como Leopoldo Ramos, Gregorio de Gante, Francisco González de León y otros más, aunque se pueden encontrar compilados en alguna antología de la época y ocupar honorables posiciones dentro de la encuesta de *El Nacional*, desaparecieron de la escena literaria.



## Aunque puede resultar tiránico, la democracia no funciona al momento de sopesar a la poesía.



Hoy en día, tan sólo un puñado de autores fue capaz de sobrevivir al cronotopo, y continúan dentro de los anaqueles de las librerías.

La apuesta de *El Nacional* fue atrevida y se debe reconocer; sin embargo, no fue más que una anécdota graciosa sin ningún tipo de sustento teórico y carente de un resultado determinante. Aunque puede resultar tiránico, la democracia no funciona al momento de sopesar a la poesía. La razón de esto surge desde su interior ontológico; como señala el filósofo y profesor alemán Alexander Baumgarten: “la poesía es el resultado de un discurso sensible”. Pero, cuidado, ya que el discurso y las representaciones sensibles no son compatibles. Por un lado, el discurso es una piedra, firme e inmovible que sujeta todo al yugo de la razón y la lógica; y por otro, la representación sensible se eleva a través de las corrientes de lo inmarcescible. Por lo tanto, al momento de someter a la poesía al acto democrático, sin un sustento firme y ningún punto de comparación, puede dar como resultado algún poema, obra o personaje que, a la postre, yazca sepultado bajo las arenas del tiempo.

Para el público lector de la década de los 30 y de los 40, una convocatoria en un diario nacional bastaba para cubrir las necesidades que la época requería. Un público que, visto a la distancia y tomando en cuenta el número

de habitantes, puede resultar minúsculo hoy en día. O al menos eso es lo que podría pensarse; sin embargo, el 1 de enero del 2005 la revista *Letras libres* realizó nuevamente una encuesta buscando a los mejores diez poetas de México. A pesar de contar con la facilidad del internet, sólo hubo 283 votos (válidos), y la redacción editorial denunció varias celadas y algunos amagues por parte de los participantes. La lista definitiva arrojó a José Emilio Pacheco como el mejor poeta vivo (o al menos el más reconocido) en México, posteriormente a Eduardo Lizalde, Alí Chumacero, Gabriel Zaid, Rubén Bonifaz Nuño, David Huerta, Ramón Xirau, Francisco Hernández, Homero Aridjis y Coral Bracho (única representante femenina).

La diferencia entre la encuesta de 1938 y la de 2005 se puede analizar a partir del tipo de reconocimiento que un escritor era capaz de adquirir a principios del siglo xx y de la que es capaz en el siglo xxi. Pues en el siglo xx se daban a conocer gracias a las revistas literarias como *Taller* o *Vuelta*, y el impacto se veía reducido al público que tenía acceso a ellas. Después de 1968 nace la cultura institucional en México, y aparecen distintos tipos de galardones y reconocimientos; fenómeno que revoluciona la percepción del artista, pues, a diferencia de otras épocas, éste puede demostrar su categoría gracias a cartas-credenciales



—debidamente lacradas— que el Estado otorga. La encuesta de *Letras libres* parece arrojar un resultado mucho más sólido; sin embargo, esta solidez puede ser algo engañosa, ya que a diferencia de la época de los contemporáneos, podemos encontrar decenas de escritores

con múltiples reconocimientos que no fueron expuestos a un aparato crítico, sino a un aparato burocrático e institucional. La prueba se encuentra en personajes como Ernesto Carrión o Mario Santiago Papasquiaro, a quienes se les pretendió fulminar del mapa literario. Cosa

que no ocurrió con escritores como Manuel Maples Arce y otros integrantes del movimiento estridentista, a pesar de sostener una posición similar con respecto al medio cultural.

La asimilación de la intelectualidad mexicana en las instituciones gubernamentales y la domesticación del artista, generaron polémicas que constantemente inflaman el panorama cultural. La aparente facilidad que se requiere para inmiscuirse dentro del escenario literario ha generado una crítica partidista en la que la sobrevivencia del más fuerte no se basa en la calidad literaria, sino en un complejo sistema de *public relations* y otros vicios en los que no vale la pena internarse.



Afortunadamente, estos fenómenos no nublaron el quehacer poético en México, ya que a finales del siglo XX y principios del XXI, las propuestas estéticas cambiaron el curso radicalmente. La necesidad de abandonar la solemnidad y el notorio afrancesamiento se vio reflejado en poetas como Fabio Morábito, con *De lunes todo el año*; Jorge Fernández Granados, con *Principio de incertidumbre*; Jorge Esquinca, con *Descripción de un brillo azul cobalto*, y Tedi López Mills, con *Amigo del perro cojo*; y en algunos más jóvenes, como Alejandro Tarrab, con *La caída del búfalo sin nombre*, y A. E. Quintero, con *La telenovela de las cuatro no se detendrá porque alguien logró matarse*; quienes establecieron nuevas interrogantes con respecto a la posición del poeta ante el mundo, y, como si se tratase del renglón de una tesitura musical, descendieron (o se elevaron) para salir del enmarque y hacer uso de nuevos recursos, como la escritura en prosa, en diálogo y la escritura libre de artificios retóricos. El discurso se vio empapado por literaturas y apuestas de otras latitudes, de otros idiomas, y, principalmente, de otras clases sociales.

El impulso de las telecomunicaciones intervino de manera significativa, pues con la velocidad de la información potenciada, muchos autores que en otras décadas no habrían tenido la misma oportunidad de brillar, se apoderaron de los escenarios, como Inti García Santamaría, con *Nunca cambies*; Carla Xel-Ha López; Clio Mendoza, con *Anamnesis*, y David Meza, con *El sueño de Visnu*. Para esta nueva generación el quiebre del canon fue una transición más sencilla debido a la velocidad

Cuando hablamos de poesía, se debe tener en cuenta que no puede medirse, pesarse o cuantificarse; se debe implementar un ejercicio de reconocimiento que sea capaz de sopesarla y sublimarla, que sea capaz de separar las piedras preciosas del oropel.



que las redes sociales proporcionan, lo que les permitió mostrarse no sólo ante un mayor número de lectores nacionales, sino también traspasar las fronteras y acercarse a nuevos mercados, como el español o el sudamericano. Una muestra de esto fue la antología *Los reyes subterráneos. Veinte poetas jóvenes de México*, la cual recolectó voces juveniles de la República mexicana y se publicó en España en la editorial La Bella Varsovia (2015).

En fin, las encuestas realizadas por *El Nacional* y *Letras libres* no resultaron ser otra cosa que simples divertimentos sin ningún tipo de alcance significativo para la edificación de una tradición saludable. La democracia no sirve al momento de hablar de poesía, y los reconocimientos institucionales no son capaces de reflejar una realidad, o por lo menos, no en su totalidad. Nada que cause tanta desconfianza puede ser tomado en serio. Cuando hablamos de poesía, se debe tener en cuenta que no puede medirse, pesarse o cuantificarse; se debe implementar un ejercicio de

reconocimiento que sea capaz de sopesarla y sublimarla, que sea capaz de separar las piedras preciosas del oropel. Este ejercicio sólo se puede llevar a cabo por medio de una crítica voraz y concienzuda; más allá de la crítica de una revista importante o de algún grupo de poder académico o intelectual; una crítica total por parte de todos los lectores, escritores y estudiosos, que a fin de cuentas son los verdaderos participantes.

Y con respecto a la búsqueda del mejor poeta de México, siempre podrá ser recordado como la publicidad de una marca de cigarros o una cafetería francesa.

---

► ALEJANDRO BACA: Estado de México, 1990. Es poeta, editor y ensayista. Publicó el poemario *Apertura al cielo*. Es editor de la editorial Cuadrivio. @avieso\_





HIRAM BARRIOS

# EL AFORISMO, DESCUBRIMIENTO Y REACTIVACIÓN: ACERCAMIENTOS INICIALES<sup>1</sup>

[LITERATURA]

El aforismo es un género de minorías, poco conocido y muchas veces denostado. Carece de compendios de textos, diccionarios, acercamientos críticos o acervos bibliográficos. No es extraño que se le considere como tradición “secreta” o “fantasmal”; aunque difusa o vagamente señalada, ha estado presente al menos desde el siglo XIX. Necesaria es, entonces, la mirada en conjunto. Vincular obras o autores conocidos es el primer paso para esbozar un panorama. Ése es el objetivo de las siguientes líneas.

## DESCUBRIENDO AL AFORISMO

El siglo XIX en Hispanoamérica no fue prolífico en cuanto a la producción de textos aforísticos.

Los cubanos José de la Luz y Caballero (1800-1862) y José Martí (1853-1895), o los mexicanos Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) o Juan M. Balbontín (1807-1883), hacen una excepción, aunque de ellos sólo el último publicó en vida una obra dedicada al género: *98 máximas*, en 1878. El resto de las muestras circuló en diarios locales o permanecerá inédito y sólo se conocerá por rescates efectuados a lo largo del siglo XX, y aún en nuestros días. Aún hay, por supuesto, mucho que indagar, pero se puede postular que el aforismo no gozó de mucho prestigio ni de mucha difusión entre los lectores.

En la década de 1920 comienza a adquirir presencia. Los años que corren en la segunda mitad de esta década, registran un considerable

1. Estas notas forman parte del trabajo *Disparos al aire. Estudio y antología del aforismo hispanoamericano*, en preparación.

El aforismo es un género de minorías, poco conocido y muchas veces denostado.

Carece de compendios de textos, diccionarios, acercamientos críticos o acervos bibliográficos.



crecimiento en la publicación de textos aforísticos; sobre todo de autores vinculados a la vanguardia: Oliverio Gironde (Argentina, 1891-1967) los presenta con el nombre de “Membretes”, en *Calcomanías*, de 1925; Vicente Huidobro (Chile, 1893-1948) al año siguiente hará lo suyo en *Vientos contrarios*; asimismo José Antonio Ramos Sucre (Venezuela, 1890-1930) con su “Granizada”: una serie de “disparos al aire”, como él los definía, publicados entre 1925 y 1929. Los poetas mexicanos, afines en la revista *Contemporáneos*, dejaron —aunque escasas— muestras en la revista homónima. Experimentos de ocasión fueron los de Xavier Villaurrutia (1903-1950) en el número de noviembre de 1928; de Jaime Torres Bodet (1902-1974) en diciembre de ese mismo año; y de Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1948) en marzo de 1929.

En 1927 se asoma un *annus mirabilis* para la aforística hispanoamericana. En *Con el eslabón*, del cubano Enrique José Varona (1849-1933), y

en *Epigramas* del mexicano Carlos Díaz Dufoo II (1888-1932), la hibridez permite asignar a los textos lo mismo las propiedades del poema en prosa que las de la imagen, la viñeta, el microrrelato y, por supuesto, la aforística. Aquí yace el germen de la libertad de creación del aforismo.

Las aportaciones de la vanguardia suelen ser resignificaciones de hallazgos del pasado. Pese a sus intentos de “innovación”, asienta su residencia en las épocas pretéritas. “La búsqueda de un futuro —sentenció Octavio Paz— termina siempre con la conquista del pasado. Ese pasado no es menos nuevo que el futuro: es un pasado reinventado”. Sucede así con la poesía visual, la sonora o la performática. El encuentro con el aforismo se inserta en ese intento de renovación de las formas consideradas arcaicas o en desuso, que ofrecen, sin embargo, dimensiones estéticas por explorar.

El aforismo contemporáneo es parte de un pasado reinventado. Ya José Juan Tablada había propuesto algo aún más radical al adaptar el haikú a la lengua española. La brevedad, como un ideal estético, se anuncia ya con ese trasvase lírico y abre el camino para otras indagatorias; entre ellas, la del aforismo.

La práctica decimonónica, más cercana a la máxima clásica, privilegiaba las ideas conclusivas, lapidarias por su contundencia, que no dejan lugar a dudas sobre lo que se afirma. Aleccionamientos morales que fueran el estandarte de prohombres, próceres e ilustrados, como se observa en los ejemplos tomados de la pluma de José de la Luz y Caballero, filósofo y educador cubano:



La educación empieza en la cuna y termina  
en la tumba.

\*

Confesar la propia falta, la mayor de las  
grandezas.

Aunque no se puede soslayar el hecho de  
que en él se anuncia una libertad de vuelo  
que está ensayando con las posibilidades líri-  
cas del pensamiento (“Hay aforismos que sólo  
son motivos para pensar”, como él mismo  
escribió), el surgimiento de un nuevo mode-  
lo aforístico se anunciará durante los años  
20. Lejos de la arenga moral, los poetas de la  
generación vanguardista optan por las asocia-  
ciones inesperadas:

Marido y mujer: ¡cómplices!

José Antonio Ramos Sucre

\*

Los únicos brazos entre los cuales nos resig-  
naríamos a pasar la vida, son los brazos de  
las Venus que han perdido los brazos.

Oliverio Gironde

\*

Un hombre desnudo pesa más que vestido.

Vicente Huidobro

Comparaciones, contrastes, analogías, des-  
cripciones, declaraciones o imágenes con una  
aparente incongruencia que se explica a par-  
tir de vínculos inesperados pero presentes en  
el texto. La escuela de la greguería está más  
latente en Gironde o en Ramos Sucre, pero  
su influencia se dejará notar en esta tercia  
de autores.

Los apuntes de César Vallejo (1892-1938),  
incluidos en su libro póstumo *Contra el secreto  
profesional* (1973), irán por un camino seme-  
jante, quizá un poco más lejos:

Mi metro mide dos metros; mi kilo pesa  
una tonelada.

\*

Cuando leo, parece que me miro en un  
espejo.

La crítica ha llamado *pointe* a un efecto sor-  
presivo, ligado incluso a la epifanía, que se  
genera cuando el lector logra explicarse una  
aparente incongruencia del texto, siempre que  
éste permita las vinculaciones necesarias. Por  
supuesto, se puede lindar con el absurdo, como  
en ciertos proverbios surrealistas de Paul Éluard  
y Benjamin Péret, y perder con ello la “posibi-  
lidad de la revelación”:

Los elefantes son contagiosos

\*

Los grandes pájaros hacen las pequeñas  
persianas

\*

Aplastar dos adoquines con la misma mosca

El aforismo contemporáneo, alejado de la  
máxima decimonónica, deliberadamente deja  
vacíos de significado que pueden oscurecer el  
sentido o entorpecer la interpretación del mis-  
mo. Se les ha tildado, un poco peyorativamente,  
de “oraculares”, y se piensa en ellos como si se  
tratase de una adivinanza o un enigma que se  
debe resolver. Género apresurado: en ello su

gracia y su penitencia. Acorta el camino, anuncia la conclusión sin precaverse de ejemplos o evidencias para convalidar lo escrito. Literatura de atajos (*la lingua scoriata*, como se le ha llamado en la tierra de Dante) que transita entre lo dicho y el silencio; entre las implicaciones, evocaciones o sugerencias que cada lector asocia a partir de sus capacidades de inferencia, su bagaje cultural, su horizonte de expectativas y, necesariamente, de las pistas que cada texto condense para tal juego de inducciones y/o deducciones.

El filólogo alemán Werner Helmich ha llamado “aforismo poético” a una variedad de “textos brevísimos y frecuentemente elípticos que no representan juicios basados en conceptos abstractos, sino observaciones ‘poéticas’ obtenidas de impresiones espontáneas, de analogías, generalmente visuales”. Se trata, a decir de la investigadora Ulrike Schneider, de un “encuentro de la tradición aforística, por un lado, y de la evolución de la poesía moderna, por el otro”. Surgido de la fragmentación o, mejor dicho, de

la poética de la fragmentación; se trata de una modalidad que privilegia las enunciaciones poéticas, independientemente de su grado de veracidad, certeza o contundencia.

Se atisba como un fenómeno finisecular que encuentra sus antecedentes a finales del siglo XIX y lo largo del siglo XX. Marie-Paule Berranger ha mostrado la renovación vital que los surrealistas pergeñaron. Acaso Stefano Elefanti sea el pionero en investigar los orígenes y el desarrollo del aforismo poético en una tradición específica: la italiana. Elefanti anota que “el aforismo poético nace en los últimos años del ochocientos, principalmente en Francia, y a continuación se desarrolla, también en el resto de Europa, en los inicios del novecientos”. La observación del investigador italiano puede aplicarse, con sus respectivas apostillas, a la tradición hispanoamericana. En ambos continentes se atestigua un creciente interés por la literatura aforística, y las coincidencias en su evolución y desarrollo aún están por descubrirse y enlazarse.



“Expresión aforística”  
se le ha llamado a la  
prosa que condensa  
“frases citables” y que  
emulan la concisión  
del aforismo.

#### EL GÉNERO DE LOS PEREGRINOS. MEDIO SIGLO

En los escritores de la vanguardia yace el cruce entre el aforismo y la poesía, pero será en las décadas siguientes cuando aparezca en escena una nueva generación de aforistas encargados de redimensionar el género. La obra de Antonio Porchia (1885-1968) basta para anunciar el arribo de una nueva estética de la brevedad, que signará los caminos por donde transita aún la literatura aforística de Hispanoamérica, siempre menor, oculta, pero presente y en constante evolución.



## El aforismo contemporáneo es parte de un pasado reinventado.

En 1943, las *Voces* de Antonio Porchia marcarán el hito en la forma de entender esta escritura. Es sabido que Porchia rechazaba el término “aforismo” referido a su obra, y se debe al sentido normativo o dogmático que la palabra lastra por su práctica en el pasado, de tipo técnica, o sus usos moralistas; pero también, a que intuía que en sus escritos había algo que ya no encajaba del todo con el género de la antigüedad:

No hallé como quien ser, en ninguno. Y me quede, así: como ninguno.

\*

Quien ama a todos, ¿ama a alguien?

\*

Llevo mis manos vacías, por lo que hubo en mis manos.

Antonio Porchia

No hay aquí un enunciado apodíctico destinado a sancionar algún saber o consejo médica, política o moral, y cuyo carácter normativo ostente una autoridad irrevocable, como en la tradición hipocrática, en los escritos políticos de Tácito o en los moralistas dieciochescos; las “voces” son imágenes, descubrimientos, afirmaciones que se someten a juicio, donde la autoridad es lo primero que se pone en duda, a veces con ironía, a veces con escarnio. La

brevedad, la elipsis o la condensación caracterizan el “aforismo poético” enunciado por Helmich. Un encuentro entre la poesía contemporánea y la tradición aforística dará frutos en estas “voces” de Porchia.

Los años que conforman el medio siglo — entre 1940 y 1960 aproximadamente— serán decisivos, y más aún: fundacionales. Tiempos de diásporas y exilios. El aforismo, quizá por su naturaleza fronteriza, acoge la experiencia del destierro, de la tránsfuga. El escritor que, por distintos motivos, deja su patria, y muchas veces su lengua, ha encontrado en el aforismo el vehículo idóneo para expresarse. E. M. Cioran, Elias Canetti, Stanislaw Jerzy Lec —o el propio Porchia, aunque con notables salvedades—, ejemplifican esta característica de la aforística contemporánea; la *Exilaphoristik*: “Aforística del exilio”.

El exilio es necesario para comprender algunas tradiciones, como la mexicana. Refugiados españoles o centroamericanos, visitantes temporales o extranjeros avecinados en el país han fortalecido el cultivo del género. Los españoles José Bergamín (1895), José Gaos (1900-1969), Max Aub (1903-1972) y Álvaro de Albornoz y Salas (1905-1975) son, de hecho, los más activos en el lapso de medio siglo.

De la gracejada, herencia de la greguería, a las meditaciones estéticas o las asociaciones

líricas, la aforística que promulgan ofrece más de una apuesta provocativa:

Una obra acabada únicamente puede ser  
obra de un autor acabado.

José Gaos

\*

Dios, librepensador por antonomasia.

Max Aub

\*

La oscuridad está llena de luces apagadas.

Álvaro de Albornoz y Salas

Se suman, cercando el mismo lapso, el argentino Máximo Etchecopar (1912-2002), el guatemalteco Augusto Monterroso (1921-2003), la alemana Mariana Frenk-Westheim (1898-2004) y el ginebrino Sergio Golwarz (1906-1974). En *Lapidario. Antología del aforismo mexicano* (1869-2014), he dado cuenta de este fenómeno, que inicia en el siglo XIX con los aforismos de Maximiliano de Habsburgo (1832-1867), el emperador austriaco, y que sigue vigente en nuestros días. Uno de los aforistas más prolíficos de la actualidad es de origen ruso: Mijail Malishev.

Los que llegaron a suelo americano, durante el siglo XX, serán en buena medida los

renovadores del género; ya en el siglo XXI, son los que se van de su patria quienes prometen continuar con las indagatorias. Sucede así con los argentinos Jorge Carrol (1933), Miguel Ángel Menassa (1940) y Andrés Neuman (1977); el chileno Alejandro Jodorowsky (1929); el cubano León Molina (1959); y el peruano Luis Yslas Prado (1972). “El aforismo —dice un aforismo— es el género de los peregrinos”, y resulta sugerente aventurar que entre el peregrinaje y la literatura aforística hay más de un nexo digno de estudiarse.

#### REATIVACIÓN: EL NUEVO SIGLO

La normalización del aforismo es finisecular; deviene en los años de entresiglos. José Ramón González registra un “nuevo auge” de la aforística en España a partir de los años 80, y que se acrecienta en el tercer milenio: entre 2000 y 2012, apunta el investigador, “han llegado a las librerías un total de ochenta y ocho colecciones de textos breves de inclinación aforística”. Números semejantes obtuve en México con la elaboración del *Lapidario. Antología del aforismo mexicano* (1869-2014). Las antologías de Fabrizio Caramagna muestran similitudes en las tradiciones de Serbia y de Rumania. La creación



El exilio es necesario para comprender algunas tradiciones, como la mexicana. Refugiados españoles o centroamericanos, visitantes temporales o extranjeros avecinados en el país han fortalecido el cultivo del género.



Esta actividad minoritaria, que paulatinamente engrosa los catálogos, ahora, más que nunca, ostenta cofradías de practicantes en ambos lados del continente. Los autores nacidos en las décadas de 1950 y 1960 llevan la delantera.



de asociaciones destinada al estudio del aforismo (en Serbia desde los años 80, en Italia desde 2011), los premios nacionales o internacionales, las antologías recientes y el renovado interés por publicar o traducir a los aforistas, así lo convalidan.

Un centenar de libros, aparecidos en más de una década, puede ser una cifra muy próxima a las tradiciones ya mencionadas. La cantidad no deja de ser nimia; pero la práctica del aforismo no sólo se circunscribe a los libros de “inclinación aforística”, es decir, a aquéllos dedicados exclusiva o preferentemente al aforismo, abarca también aquellas exploraciones del ensayo, el poema en prosa o el microrrelato en los que incidentalmente se cruza el aforismo. La hibridez es su norma y no es difícil hallarlo en otros discursos, como nota, apunte, fragmento, pensamiento, reflexión, o bautizado al arbitrio del autor: “voces”, “píldoras”, “escolios”, “annaforismos”, “afuerismos” o un gran etcétera.

“Expresión aforística” se le ha llamado a la prosa que condesa “frases citables” y que emulan la concisión del aforismo. Este estilo, a veces discontinuo y fractal, suele ser aprovechado para la realización de recortes con los que un tercero presenta “aforismos” de autores tan variados y dispares como Shakespeare, Sor Juana Inés de la Cruz, Goethe, Tolstói, Erich Fromm...

Juan Varo Zafra reflexiona al respecto:

La fuerza de la cita procede de su descontextualización, de la pérdida de su carácter de testimonio de un determinado momento y de su inclusión en un contexto nuevo, en un nuevo horizonte [...]. El aforismo, por el contrario, nace sin ese contexto previo de la cita, sin horizonte temporal o espacial perdido, porque en su anterioridad no encontramos el texto sino el vacío al que remite [...].

La fascinación del recorte lejos de iluminar la situación del aforismo, la intrinca. Aquí es visto como un hallazgo que podría encontrarse en cualquier otro discurso, no como un género autónomo. Los estudios de Marco Aurelio Ángel-Lara son ejemplares en cuanto que revelan los problemas epistemológicos de una búsqueda que parte de este postulado para la elaboración, por ejemplo, de un compendio de textos, como las consagradas antologías *The Farber Book of Aphorisms* (1964) de W. H. Auden y L. Kronenberger, y *The Oxford Book of Aphorisms* (1983) de John Gross, en las que mezclan indistintamente aforismos y extractos de muy variados géneros.

Esta actividad minoritaria, que paulatinamente engrosa los catálogos, ahora, más que nunca, ostenta cofradías de practicantes en ambos lados del continente. Los autores nacidos en las décadas de 1950 y 1960 llevan la delantera. Puede sopesarse en la pluma de los españoles Manuel Neila (1950), Ramón Éder (1952), Fernando Menéndez (1953), Carlos Marzal (1961), Mario Pérez Antolín (1964) y Lorenzo Oliván (1968); y en la de los mexicanos Raúl Aceves (1951), Leonardo da Jandra (1951), Francisco León González (1954), Felipe Vázquez (1966), Armando González Torres (1964) y Benjamín Barajas (1966). El panorama estaría incompleto sin el boliviano Carlos Saavedra Weise (1945), el costarricense Francisco Rodríguez Barrientos (1956) y el argentino Alejandro Lanús (1971), cuyas aforísticas se han traducido al inglés y al italiano.

Sean estas notas una invitación a leerlos.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Ángel-Lara, Marco Aurelio.

(2011) "Aphorisms: Problems of 'Empirically Based Research'", *Orbis Litterarum*, 66: 3.

(2015) "Aphorism with an Opening (an Closure) Effect". *Pensamiento y Cultura*. 18: 1.

Barrios, Hiram.

(2015) *Lapidario. Antología del aforismo mexicano (1869-2014)*, Toluca: Secretaría de Educación Pública del Gobierno del Estado de México-Fondo Editorial del Estado de México.

Braga, José Luiz.

(2014) "Um Conhecimento Aforístico". *Questões Transversais. Revista de Epistemologias da Comunicação*. Nos. 2 y 3.

Berranger, Marie Paule.

(1988) *Dépassement de l'aphorisme*. Paris: José Corti.

Caramagna, Fabrizio (comp.).

(2012) *Afocalypse. Antologia dell'aforisma serbo contemporaneo*. Torino: Genesi Editrice. (Collana Aforisticamente)

(2013) *Antologia dell'aforisma romeno contemporaneo*. Torino: Genesi Editrice. (Collana Aforisticamente)

Elefanti, Stefano.

(2013) *Origine e sviluppo dell'aforisma poetico nel novecento italiano*. Novi Ligure: Edizione Joker.

Fricke, Harald y Müller, Ralph.

(2000) "La pointe nell'aforisma". *Configurazioni dell'aforisma Ricerca sulla scrittura aforistica diretta da Corrado Rosso*. Vol. I. A cura di Giulia Cantarutti. Bologna: CLUEB.

González, José Ramón (comp.).

(2013) *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología [1980-2012]*. Gijón: Trea.

Helmich, Werner.

(2006) "La aforisma como genere letterario". *La brevità felice. Contributi alla teoria e alla historia dell'aforisma*. A cura di Mario Andrea Rioni. Venezia: Marsilio Editori.

Schneider, Ulrike.

(2000) "L'aforisme poétique au vingtième siècle en France et la relation poétique et éthique". *Configurazioni dell'aforisma Ricerca sulla scrittura aforistica diretta da Corrado Rosso*. Vol. III. A cura di Carminella Biondi, Carla Pellandra e Elena Pessini. Bologna: CLUEB.

Varo Zafra, Juan.

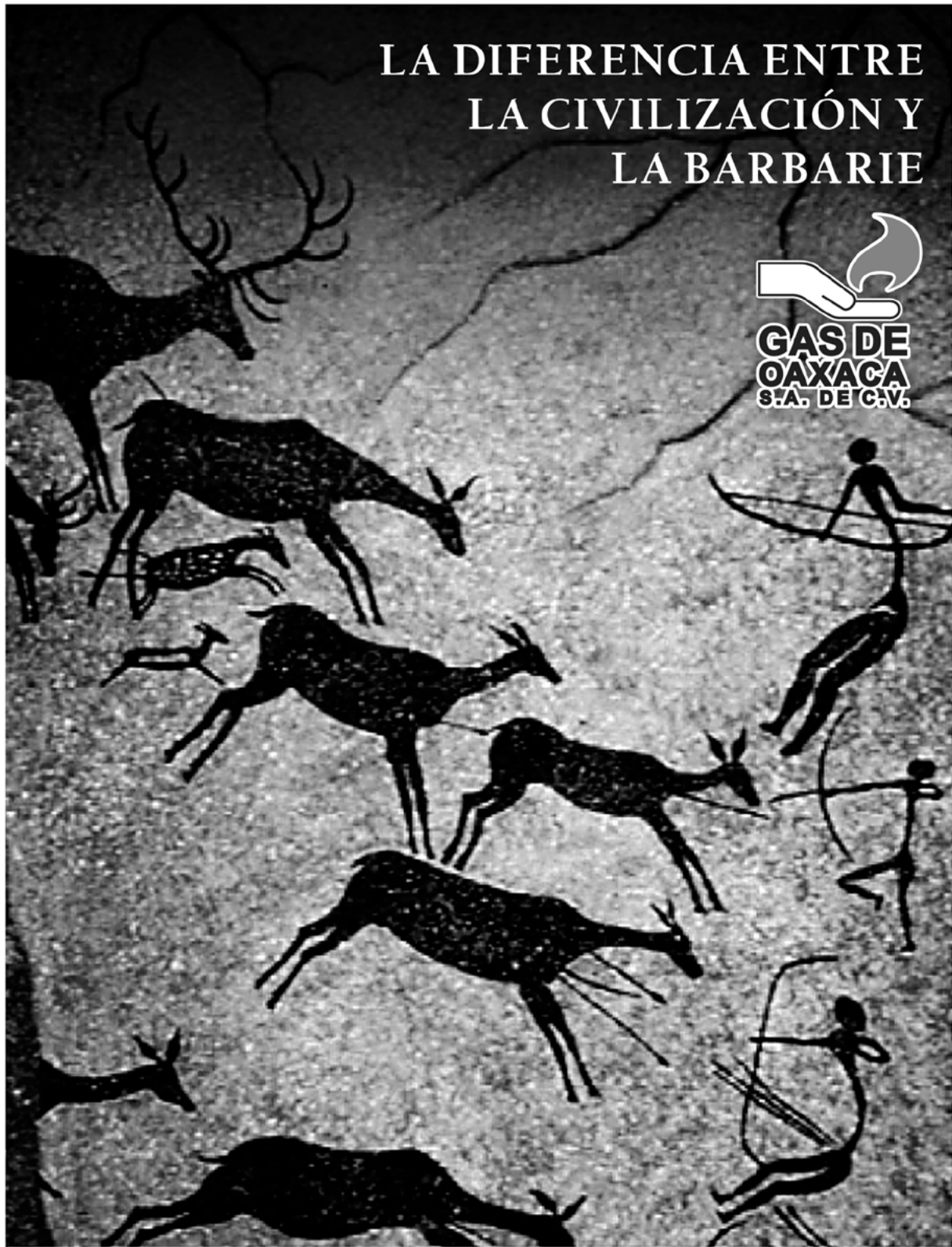
(2010) "El aforismo, género y concepto". *Revue Romance*, 45:2.

---

► HIRAM BARRIOS: México, D.F., 1983. Es escritor, traductor y crítico literario. Es autor de los libros *El monstruo y otras mariposas* (ensayo, 2013), *Apócrifo* (aforismo, 2014) y *Las otras vanguardias* (ensayo, en prensa). Estudia y cultiva los géneros de la brevedad. Ha sido incluido en antologías de México, España y Argentina. *Lapidario. Antología del aforismo mexicano* (2015) es su obra más reciente.



# LA DIFERENCIA ENTRE LA CIVILIZACIÓN Y LA BARBARIE





# CELDILLA

MISCELÁNEA



GUILLERMO LARA VILLARREAL

# EL EXILIO ESPAÑOL: LOS NATURALIZADOS DE LA FILOSOFÍA MEXICANA

[FILOSOFÍA]

El comienzo del siglo XX fue, para España, un período de singular esplendor cultural. A los nombres inmortales de Picasso, García Lorca, Buñuel y Dalí se sumó una prolija generación de filósofos que, de no haberse trágicamente disuelto por la Guerra Civil Española y el eventual ascenso del franquismo, hubiera hecho de la Península Ibérica uno de los corazones de la filosofía a nivel mundial. Unamuno falleció el último día del año en que comenzó la guerra (1936), mientras que Ortega y Gasset, principal maestro de los futuros expatriados, ya llevaba más de dos décadas escribiendo. *Meditaciones del Quijote*, su primera obra, es de 1914. Sin embargo, sus herederos, cercanos al ideal republicano, tuvieron que florecer en tierra ajena. Motivados,

ciertamente, por la comunidad lingüística y porque, en sus comienzos, el régimen de Franco tenía relativa afinidad con el de Hitler y el de Mussolini, entonces en plena ebullición (considérese que la Segunda Guerra Mundial comenzó cinco meses después del final de la Guerra Civil Española), muchos de aquellos incipientes filósofos partieron hacia Hispanoamérica, principalmente a países que habían expresado su apoyo a la II República, como México.

Así, mientras el español veía la fuga de su grandeza prometida, la filosofía mexicana, gracias a las facilidades brindadas por la presidencia de Lázaro Cárdenas, recibía del exilio lo que sería un momento capital de su historia. Pues, en efecto, personajes como José

Gaos, Joaquín Xirau, Luis Recaséns Siches, Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez, Eugenio Ímaz, entre otros, no obstante sus orígenes geográficos, representan un episodio medular para la filosofía *mexicana* del siglo XX: gestaron una revolución tan honda que, aún en la actualidad, siguen percibiéndose sus efectos.

Hablamos de españoles —naturalizados prácticamente de forma inmediata— que hicieron filosofía mexicana. Distinto es el caso de pensadores extranjeros cuya presencia en el país resulta más anecdótica: no se incluiría a Erich Fromm o a Apel en la historia de la filosofía mexicana, aunque hayan visitado e, incluso, trabajado aquí. Aquellos exiliados, sin embargo, se asimilaron a la cultura y dieron continuidad al pensamiento nacido en México. Lo cual, en primer lugar, fue posible por una afinidad encontrada con los jóvenes movimientos intelectuales del país, sorpresivamente actualizados en las temáticas, obras y autores que se trabajaban en Europa: el pensamiento de Justo Sierra se fundamentaba en tesis darwinistas de Herbert Spencer, José Vasconcelos estaba familiarizado con la obra de Spengler y de Bergson, Samuel Ramos escribió *El perfil del hombre y la cultura en México* a partir de las tesis de Adler, además de conocer, como Alfonso Reyes y muchos más, la obra de Ortega y Gasset (que se recibió como mensajera oportuna tras la Revolución). Igualmente, encontraron en ellos un movimiento conjunto de crítica hacia el positivismo, similar al comenzado en España, de manera eminente, por la Generación del 98,

a la que pertenecieron, por ejemplo, Pío Baroja, Antonio Machado y el mismo Unamuno.

Contra el utilitarismo y el materialismo positivista, emprendió una campaña el «Ateneo de la Juventud», cuyos miembros eran lo más selecto de la *élite* mexicana. Trataban de renovar el ambiente intelectual, introduciendo una nueva filosofía espiritualista que rehabilitara los altos valores de la vida, muy rebajados en México por influencia del positivismo. [...] La autoridad de Comte y Spencer fue sustituida por la de Bergson, James, Boutroux, etc., etc. [Ramos, 2005:82]

En la misma línea se encontraban el proto-existencialismo de Antonio Caso y el mismo Vasconcelos, quien invirtió el orden del progreso, llevando a la ciencia de vuelta hacia la metafísica: “basta comparar la metafísica sublime del Libro de los Muertos de los sacerdotes egipcios, con las chabacanerías del darwinismo spenceriano. El abismo que separa a Spencer de Hermes Trimegisto no lo franquea el dolicocéfalo rubio ni en otros mil años de adiestramiento y selección” [Vasconcelos, 2005:19]. Ellos mismos, además, con la ulterior incorporación de Leopoldo Zea (entre otros), se ocupaban ya de la pregunta sobre lo mexicano, su carácter y su circunstancia, lo cual, como podría suponerse, representó una fértil afinidad para los filósofos españoles que continuaban con la obra de Ortega, como fue el caso de José Gaos, uno de los principales teóricos de la filosofía sobre lo mexicano.

Tal fue el ambiente al que se incorporaron los exiliados. Exentos de comenzar una vida en oficios varios, alejados de su vocación académica, ingresaron directamente al medio intelectual, principalmente, gracias a la fundación de la Casa de España en México (el actual Colegio de México) en 1938, desde la cual se realizaron colaboraciones con el recientemente creado Fondo de Cultura Económica, que, hasta entonces, publicaba exclusivamente textos sobre economía (que es de donde le viene su nombre y no de sus precios). Además de libros de autoría propia, muchos de los exiliados elaboraron una monumental tarea de traducción, gracias a la cual, por primera vez en México, se tuvo acceso a versiones castellanas de la obra original de los grandes filósofos contemporáneos en Europa y que aún se leen en las universidades de toda Hispanoamérica: José Gaos realizó la traducción de los cinco tomos de la *Ontología* de Hartmann, las *Ideas* de Husserl y sus *Meditaciones cartesianas*, la

tan duramente criticada versión de *El ser y el tiempo* de Heidegger, el *Aristóteles* de Jaeger, entre otras; a Wenceslao Roces se le debe la *Fenomenología del espíritu* y las *Lecciones sobre historia de la filosofía* de Hegel, los cuatro tomos de *El problema del conocimiento* de





Ernst Cassirer y *El capital* de Karl Marx; Eduardo Nicol tradujo solamente *El mito del Estado* de Cassirer y el *Demóstenes* de Jaeger; Eugenio Ímaz trabajó las *Obras completas* de Dilthey, la *Antropología filosófica* y la *Filosofía de la*

*Ilustración* de Cassirer, y *¿Qué es el hombre?* de Buber, entre muchas más. En adición, en 1955 Eduardo García Máynez y Eduardo Nicol fundaron la revista *Diánoia*, quizás la publicación de filosofía más importante del país, mientras que en 1940, ellos mismos, en colaboración con otros académicos mexicanos y exiliados, como Antonio Caso, habían creado el Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras, el actual Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Juan Larrea, junto a Eugenio Ímaz, Jesús Silva Herzog, Juan Bergamín y otros más, lanzó las revistas *España peregrina* y los *Cuadernos americanos*. Además de las múltiples actividades docentes que formaron a la nueva generación filosófica de México.

Así, no obstante sus raíces natales, el ejercicio filosófico de los exiliados españoles es un momento esencial de la filosofía mexicana. De ahí nace el neologismo “transterrados” que usa Gaos para referirse a quienes, en tierras nuevas, prolongaban su vida anterior: descubrieron América por segunda ocasión, pero, ahora, con “cierto rubor por el retraso del hallazgo, y un

Además de libros de autoría propia, muchos de los exiliados elaboraron una monumental tarea de traducción.



cierto júbilo en reparar la culpa que pudo haber en la ignorancia anterior” [Nicol, 1998:119]. De tal modo que su filosofía no se originó únicamente por las capacidades individuales de cada pensador, sino también orteguianamente

por la nueva circunstancia que, para ello, los habilitó: México es una tierra fértil para filosofar. Los “transterrados”, extranjeros y naturalizados, son, entonces, expresión del espíritu nacional, pues de estas tierras se nutrieron y en estas tierras cultivaron: mexicanos no sólo ante ley, sino por el *ethos* profundo de su vida, de su obra y de su legado.

#### BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Abellán, José Luis, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, España, FCE, 1998.
- Nicol, Eduardo, *El problema de la filosofía hispánica*, México, FCE, 1998.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Colección Austral, 2005.
- Vasconcelos, José, *La raza cósmica*, México, Porrúa, 2005.

► GUILLERMO LARA VILLARREAL: México, D.F., 1988. Es licenciado en Filosofía y Maestro en Filosofía social por la Universidad La Salle. Ha colaborado en la preparación, a cargo del Dr. Luciano Barp Fontana, de la edición castellana de la *Physica Speculatio* de Fray Alonso de la Vera Cruz.



SLAYMEN BONILLA

# DIÁLOGO SOBRE LA FILOSOFÍA IBEROAMERICANA

[ENTREVISTA AL FILÓSOFO MAURICIO BEUCHOT]

**S**LAYMEN BONILLA: Me encuentro con el Doctor Mauricio Beuchot en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en Ciudad Universitaria. Muchas gracias por recibirnos Doctor.

DR. MAURICIO BEUCHOT: Gracias a usted.

S.B.: Aquí vamos. ¿Qué piensa de la actual filosofía española y mexicana?

DR. M.B.: Yo pienso que están muy hermanadas, que están como en una especie de diálogo que se puede señalar. Me parece, en primer lugar, que estamos en un mismo nivel. Hay varias corrientes, pero las dos primordiales

son la Filosofía Anglosajona, principalmente la Filosofía Analítica, y la Filosofía llamada Continental, que reúne la Fenomenología, la Hermenéutica, el Existencialismo o, simplemente, los seguidores de Heidegger. Y creo que en ambas corrientes, tanto en la Filosofía Anglosajona como en la Continental, estamos trabajando tanto los españoles como los mexicanos. Hay bastante intercambio, ya desde hace tiempo. A mí me tocó, por ejemplo, desde los 80, compartir Congresos o Coloquios que ha organizado la UNAM y alguna otra universidad de España. Lo principal que a mí me da gusto es que tenemos diálogo. Yo tengo bastante diálogo con filósofos españoles, con colegas que nos retroalimentan en nuestra investigación filosófica.

S.B.: Me mencionaba algo sobre esta categoría de “Filosofía Iberoamericana”.

DR. M.B.: ¡Ah, sí! Incluso he visto que para evitar fricciones, suelen hacer congresos de Filosofía Hispanoamericana o, incluso, Iberoamericana, para que también abarque a toda la Península Ibérica, incluyendo a Portugal y, en el caso nuestro, a Brasil, los que hablan en portugués. Por eso, de alguna forma, en España se toman en cuenta estas cosas divergentes, que se salen del camino trillado; por ejemplo, en el caso de Enrique Dussel con la Filosofía de la Liberación. Me imagino que también por eso les interesaba y lo llamaban continuamente. Y, en mi caso, por esto de la Hermenéutica Analógica, que les ha gustado tanto allá también, que se sale un poco de lo que ya están trabajando. Yo creo que tenemos excelentes filósofos analíticos, pero como me decía Mardones,<sup>1</sup> pues también tienen allá, tenemos aquí excelentes fenomenólogos, pero también en España los hay y, lo mismo, “posmos” muy “posmos”, muy de “rompe y rasga”. Yo los conozco, bueno a algunos de ellos. Pero yo creo que estamos al mismo nivel, tenemos muy buen nivel en todos estos campos en México al igual que en España.

S.B.: Ahora que habla de esto de hacer cosas distintas (como lo que están haciendo usted o el Dr. Dussel), el Dr. Michel Onfray menciona en el libro *La inocencia del devenir* que actualmente hay un mal en la filosofía: el “citacismo”, que es el citar y citar, filósofos que sólo repiten.

¿Cómo cree que esté la filosofía que usted llama Iberoamericana? ¿Realmente se está proponiendo algo distinto? Ya mencionábamos estos nombres, el de usted, el del Dr. Dussel; pero ¿se está haciendo algo distinto, incluso en la filosofía en general, o sólo nos hemos dedicado a repetir en las últimas décadas?

DR. M.B.: Bueno, mire, yo creo que también hay que matizar. Hay los que únicamente repiten o están en ese período (yo creo que todos lo estuvimos). Al principio, en mi clase, les digo a mis alumnos que yo tengo una teoría de hacer filosofía, que es “la tarea y el juego”. Primero tienes que hacer tarea, después puedes jugar. ¿Qué es lo que nos decía mamá cuando llegábamos de la escuela a la casa? “No sales a jugar hasta que hagas la tarea”. Pero hay muchos que juegan sin hacer tarea, y se les nota. Y hay otros que nada más hacen tarea, ¡y qué triste!, porque lo hacen toda la vida; pero hay que independizarse y pensar por cuenta propia. Yo creo que es la obligación que todos tenemos.

A mí me da mucha risa la frase de un muy querido amigo mío, Carlos Pereda,<sup>2</sup> que es, yo creo, de estos divergentes, que habla de una “filosofía sucursalera”: “yo soy el dueño aquí en México de Derrida”. Así he encontrado gente que se dice dueña de Gadamer, o dueña de Ricoeur, o dueña de quien sea, dueña de la Posmodernidad, por ejemplo: el filósofo más posmoderno, el dueño de la posmodernidad. Y a eso le llama, bastante fuerte lo que dice Carlos Pereda, la “filosofía sucursalera”. Se dedica a repetir y hasta representa a tal o cual corriente o filósofo. Yo me cansé de eso.



Al principio, en mi clase, les digo a mis alumnos que yo tengo una teoría de hacer filosofía, que es “la tarea y el juego”. Primero tienes que hacer tarea, después puedes jugar.

Yo creo que también influyó el que me tocaron los dos lados de la filosofía en el mundo, pero aquí en México. Primero los analíticos, que estuve doce años en Filosóficas y nadie se atrevía o no nos atrevíamos a proponer nada, sino a criticar, a tumbar lo último que dijo el último que se atrevió a proponer algo, por ejemplo Quine. Entonces, todos los artículos eran contra Quine, luego fue Davidson, todos los artículos eran contra Davidson. Y me daba mucha risa otra frase que para mí es célebre de otro muy querido amigo que ya murió, Héctor Neri Castañeda, un guatemalteco analítico, muy bueno, que estuvo en Bloomington; él decía: “la Filosofía Analítica es una filosofía parasitaria, vive de comerse al otro”. Nadie propone nada. Además éramos analíticos no sintéticos. El analítico es el que hace “pedacería”, incluso hace pedacitos a los que quieren hacer síntesis. No se valía hacer síntesis, era *piecemeal work*, trabajo de pedacito, pedazo pequeño; tenía uno que buscar lo que dice Wittgenstein sobre tal cosita y entrarle allí, y de ahí sacaba uno un artículo y ya quedaba tranquilo de que no lo corrieran ese año del Instituto. Pero era parasitaria, ahora sí que fagocitaba a los compañeros, a los colegas, y ahí era el “citadero” que usted menciona, en el que nada más se trabaja a los de la propia corriente. Incluso se sigue haciendo

a los puros amigos, porque lo mismo hacen los posmodernos y los continentales, únicamente citan a los que están en esa tradición y, de preferencia, a los que tienen cerquita, porque viven despellejándose los unos a los otros. Yo creo que la crítica ciertamente ayuda, pero hay que pasar un poquito más allá y ser creativos. Muchos han creado criticando; cuando uno critica tiene que separarse de lo corriente, pero también es muy triste la filosofía peleonera que nada más vive de poner objeciones. Otra frase célebre, ya que andamos con las frases, pero ésta de la escolástica, dice: “Una intuición vale diez silogismos”. Una inspiración, alguien que capta algo, vale más que diez que tumban o que ponen argumentos; porque ahí era siempre que los analíticos preguntaban (y, claro, lo obligaban a uno a ser riguroso): “¿Cuál es tu argumento?” Y, si puedes, formalízalo allí en el pizarrón. Entonces, yo creo que hay que evitar esos dos extremos: los que nada más hacen tarea sin poder jugar (y que la creatividad viene en el juego, lo dicen todas las teorías); pero hay otros que juegan sin hacer tarea. Entonces hay que buscar ese equilibrio. Yo creo que el meterse un tiempo al “citadero” (pero no al “citadero” excesivo) a trabajar un tema o a un autor a profundidad, después lo capacita a uno para poder crear; es Piaget, primero se repite

y luego se juega, la talacha y la diversión; él dice “la repetición y el juego”. Primero hay que repetir, el niño aprende repitiendo, pero después ya no te queda repetir, así lo pensé en mi caso. Por eso para poder trabajar Hermenéutica me vine aquí a Filológicas.<sup>4</sup> Yo fui al congreso de Paul Ricoeur, con Paul Ricoeur, allí lo conocí y me pareció fabuloso, otro divergente, muy creativo y me decían que era el “sociorollo”. También en clase a mis alumnos, que tuve algunos muy chicos, de segundo semestre, les decía: “Miren, hagan primero talacha, después van a poder jugar todo lo que quieren”. Hay que hacerse especialista en algo. Yo tengo el orgullo de decir que uno de mis compañeros, en Filosóficas, es el mejor especialista en Wittgenstein de toda América Latina; o sea, se puede, ya después de eso podrán contarme todo lo que han creado, y no así que, de repente, “se me ocurrió la *Nueva crítica de la razón pura*”, sin haber estudiado nada.

S.B.: Sabemos que en la UNAM hubo este movimiento de españoles que llegaron huyendo de la Guerra Civil, como Eduardo Nicol y otros. ¿Qué filósofo o filósofos españoles del siglo XX, sea por su formación o por sus lecturas, lo han marcado?

DR. M.B.: Yo pondría, en primer lugar, a Unamuno, pero también Ortega y Gasset, al que he leído muchísimo. Yo creo que eso es lo que me ha ayudado a bajarle a la parte analítica; son los vitalistas por excelencia. Posteriormente, en España, ha habido otros, no tanto por profesorado o por influencia de arriba,

sino compañeros: José María Mardones, Andrés Ortiz-Osés, Sixto Castro de Valladolid, Jesús Conill y Adela Cortina, de Valencia. Casi siempre me invitan o yo los traigo. Está María Martín en Salamanca, con Gómez-Heras, su profesor. Y así hay muchos con los que comparto, nos leemos unos a otros, en el afán, no tanto de hacer escuelitas o grupitos cerrados, sino de dialogar; yo necesito diálogo. Mencionaba usted a los “transterrados”, pues al que yo conocí y, hasta recibí clases de él, fue a Eduardo Nicol. Creo que a todos nos marcó. A Gaos ya no lo conocí, ya había muerto cuando yo entré a las cosas de filosofía acá en la UNAM; pero a Eduardo Nicol lo conocí, no lo traté porque era uno de los grandes profesores, y no hablaban con uno, pero creo que sí me llegó a tocar lo que él presentaba, sobre todo esa erudición que tenía, por ejemplo, en la Filosofía Griega. Llevé clases también con Sánchez Vázquez, y de los españoles creo que nada más con esos me tocó.

S.B.: ¿Y Zubiri?

DR. M.B.: ¡Ah! Mire, Zubiri menos. Él fue de los primeros que leí al hacer filosofía. Yo soy del 68. Me acuerdo que no entendía nada y el libro genial de él que por ahí me encontré en una biblioteca, *Naturaleza, Historia, Dios*, me salvó, porque explica lo que es la idea platónica, entre muchas otras cosas. Todavía leí las *Cinco lecciones de filosofía*; pero ya después las otras cosas eran muy complicadas. Tenía yo, más bien, amigos que eran especialistas en eso e iba y les preguntaba: “oye, ¿qué es el

‘de tuyo, el de suyo, el de mío?’” (todo lo que ponen para plantear el problema del Realismo). Pero no, no fue determinante la cuestión de Zubiri, aunque sí, siempre he tratado de leerlo y de seguir un poco las líneas que ha dejado, sobre todo en Teoría del Conocimiento, que es lo que más me ha parecido utilizable.

A lo mejor se me olvida alguno de los actuales, pero tengo diálogo incesante con los filósofos contemporáneos, sobre todo los de Hermenéutica.

S.B.: Ahora que habla de Hermenéutica, usted tiene esta categoría de “Hermenéutica Analógica”, y fuera de la grabación me decía que se está trabajando; estábamos hablando de cómo usted ha sido impactado por filósofos españoles y cuáles fueron éstos, pero también usted está impactando a filósofos españoles. Actualmente, en algunas Universidades, se está trabajando su teoría de la Hermenéutica Analógica, ¿puede platicarnos un poco, por favor?

DR. M.B.: Mire, yo creo que me tocó algo autobiográfico, para que surgiera lo de la “Hermenéutica Analógica”, porque yo estuve, como le dije, doce años en Filosóficas,<sup>3</sup> en donde se cultiva mucho la Filosofía Analítica, la cual a mí me gustó mucho, pero todavía había mucho “positivismo lógico” en mi tiempo, y eso es un univocismo como no se imagina usted. Allí es la Univocidad, nada de que esto tiene sus aseguines o matices, allí es o no es. Era pura Lógica Matemática. Yo fui profesor de Lógica Matemática, pura Filosofía de la Lógica y Filosofía del Lenguaje, muy duro, muy lógica, y

Filosofía de la Ciencia, pero también muy fuerte, casi nada de Ciencias Humanas, sino Ciencias Duras. Pero después aproveché que me invitaron aquí a Filológicas, donde llevo muchos más años, a coordinar el Centro de Estudios Clásicos, y me di cuenta, al ir con los del Seminario de Poética y en la Facultad de Filosofía y Letras, de que estaba la Posmodernidad, que a mí me daba escalofrío porque nos poníamos a discutir sobre Walter Benjamin, y uno decía: “sí, Benjamin es Apocalíptico” y otro: “no, yo lo leo como Antiapocalíptico”. “Ah, muy bien”. Y yo: “¡cómo que muy bien!” Si está diciendo —yo todavía con el cuadrado de las “oposiciones lógicas”— lo contrario, sino es que lo contradictorio de lo que tú dices. “No importa, ésa es su lectura, como la tuya es tu lectura y la mía es mi lectura”, o sea un relativismo extremo,



Yo creo que el meterse un tiempo al “citadero” (pero no al “citadero” excesivo) a trabajar un tema o a un autor a profundidad, después lo capacita a uno para poder crear; es Piaget, primero se repite y luego se juega, la talacha y la diversión.

S.B.: Equivocidad...

DR. M.B.: ...es la Equivocidad. Ahora ya ve por qué fue a base de puras angustias. Sí, porque angustia tanto el Univocismo como el Equivocismo, y yo no sé cuál sea el peor, ahí se van los dos. Entonces, aproveché, yo estuve en el *rigor mortis* de la univocidad, y ahora caí en el mar proceloso de la equivocidad, en donde también te puedes ahogar. Y me dijo una muy querida amiga (traductora, investigadora y profesora de griego): “Oye, tú que eres filósofo, danos método, enséñanos algo, porque cada quien traduce como puede”. Y en algunos es literal, que yo creo que es una cosa absurda y, en otros, de un verso les salen diez —bueno es que era Píndaro, que es el más difícil de traducir de los poetas griegos—. Entonces dije: “¿qué les enseño?”. La analítica no les va a servir, pero me acordé de que yo había trabajado a Ricoeur y algo, aunque menos, a Gadamer; “bueno, voy a darles hermenéutica”. Gadamer, gran hermeneuta, fue también gran filólogo clásico, junto con Heidegger, pero entonces dije, vamos a evitar tanto la Univocidad como la Equivocidad, pero está faltando algo... la Analogía, que desde Aristóteles hasta Quine hay tres modos de significar en semántica: el unívoco, el equívoco y el analógico, y curioso, fíjese, la Modernidad fue unívoca, la Posmodernidad ha sido equívoca y nadie quiere a la analogía. La Modernidad no la quiso, porque decía que era pre-científica; y ahora, con Pierce, dicen que la necesitamos para lanzar buenas hipótesis. Yo soy un enamorado de Charles Sanders Pierce, gran inventor de la semiótica, pero

también gran epistemólogo y ontólogo, quien dice que para tener lo que llama la “abducción”, las buenas hipótesis, se necesita sentido de la “iconicidad”, y la iconicidad es la analogía en sus términos. La Modernidad no quiso a la analogía porque la consideraba pre-científica, ya ve que hay un argumento por analogía en la ciencia. Ahora, en la Posmodernidad no la conocen; si la Modernidad despreció la Analogía, la Posmodernidad la está buscando y no se da cuenta. Todos buscan la Tierra Media; Derrida, por ejemplo, decía: “lo que a mí me interesa no es la de-construcción, sino la *différance*”, y la *différance* está en bajarle a la dichosa Metafísica, buscar la Analogía. Todos son anti-unívocos, como en la Modernidad todos eran anti-equívocos, pero yo creo que ahí es en donde tenemos un tesoro, en el concepto de Analogía, que se puede vertebrar en el de Hermenéutica. Esto es lo que busco, una hermenéutica que no tenga la pretensión de la Hermenéutica Unívoca de la Filosofía Analítica y, sobre todo, del Positivismo Lógico, de una interpretación única, exacta, rigurosa, rígida, pero tampoco el “tu lectura, mi lectura, su lectura”, que podríamos llamarle la “Interpretación Equívoca” de muchos —aunque no de todos— posmodernos.

Alguien que me ayudó mucho fue una gran filóloga que tuvimos (ya murió), Helena Beristáin, que hizo ese gran *Diccionario de Retórica y Poética*, leyendo a Octavio Paz, porque él amaba la Analogía, sobre la cual yo pude hablar un par de veces con él; nada más que él la entendió un poco diferente; más bien la Analogía de los Románticos, de la poesía. Él dice: “El núcleo de la poesía es la Analogía”. Así, encontré

en Octavio Paz, en un libro precioso que se llama *Los hijos del limo*, en donde dice que la Analogía tiene dos caras, que son la Metonimia y la Metáfora. Entonces fui con Helena Beristáin y me remitió a Jacobson, al cual, creo que Paz leía mucho o, al menos, se inspiraba mucho en él. Jacobson sostiene que la Analogía tiene dos caras, la Metonimia y la Metáfora, y que no solamente son la clave de la poesía, sino de todo el discurso humano; porque para hacer ciencia, aunque exagera un poco, usamos la Metonimia, y, para hacer poesía, la Metáfora. Un poco exagerado, porque se puede hacer poesía con Metonimia; ahí está Machado, al que no le gustaban la metáforas, pero decía que hay que hacer poesía sin usar metáforas, casi como hablando en la calle. Y también puede hacerse ciencia con Metáforas. Hay un libro de Max Black<sup>5</sup> que se llama *Modelos y Metáforas*, donde, según él, demuestra que los mejores modelos científicos han sido metáforas afortunadas. Vea todo lo que me da la Analogía, es un despliegue fabuloso y, sobre todo, para el Símbolo.

Fui a Granada en el año 86 a un congreso sobre Paul Ricoeur con Paul Ricoeur, y llevé una conferencia sobre el Símbolo y, al acabar, me dijo Ricoeur: “Oiga, tenemos que tomarnos un café”. Platicué con él padrísimo y me dijo: “Mire, para el Símbolo usted necesita el concepto de Analogía; revise mi *Simbólica del mal* al final y mi libro *La metáfora viva*, también al final, en donde se habla de cómo la Analogía es lo que sustenta a las Metáforas; entonces para interpretar al Símbolo, que es lo más propio de la Hermenéutica, se necesita la Analogía”. Me quedó trabajando eso en el subconsciente. Y ya en el año 93, fue cuando después de





Un grupo de nosotros, con Guillermo Hurtado, de aquí de Filósoficas, y con Gabriel Vargas de la UAM, tenemos lo que se llama El Observatorio Filosófico, que fue pura lucha para impedir que se quitara la filosofía del Bachillerato, y se logró un edicto, una cosa oficial que parece que no la han respetado del todo.



muchas búsquedas y vueltas, en el Congreso Nacional de Filosofía en Cuernavaca, lancé la idea de una Hermenéutica Analógica. Lo de siempre, muchos a favor y muchos en contra, pero eso es lo que anima la investigación: las objeciones.

S.B.: ¿En qué Universidades o qué investigadores o qué personas que conozca lo están trabajando en España?

DR. M.B.: En España, por ejemplo, en la Universidad de Valladolid, está el profesor Juan Coca, que tiene todo un grupo que hace Hermenéutica Analógica. Tienen una página que se llama Hermes Analógica, por si la

quiere visitar, ahí tiene mucha información. Y, también, en la Universidad de Valencia hay un profesor que se llama Francisco Arenas-Dolz, que trabaja con un grupo la Hermenéutica Analógica. Están haciendo tesis, una de doctorado en Granada, sobre aplicar la Hermenéutica Analógica a la Educación, y también en Sevilla hay un profesor, José Barrientos, que tiene un grupo y ya han hecho varias tesis sobre Hermenéutica Analógica. De hecho, me cuentan —pero no tengo el dato preciso— que se trabaja en Barcelona, que debe de haber alguna tesis también. En Madrid, en la UNED, Teresa Oñate, en clase, enseñaba un módulo sobre Hermenéutica Analógica, porque la consideran Iberoamericana, no nada más mexicana, sino algo que compartimos con ellos.

S.B.: Las últimas dos preguntas, ¿cuál o cuáles serían, según su criterio, los derroteros que debe seguir una nueva Filosofía en Hispanoamérica, en Iberoamérica?

DR. M.B.: Yo creo que tiene uno que fijarse más en hacer una filosofía propia. Le voy a decir por qué. En la Facultad y en varias partes, España entre ellas, me dicen que desprecian olímpicamente, por ejemplo, la asignatura de Filosofía en México o Filosofía Latinoamericana. Hay un autor que trabaja mucho a los españoles, Jesús Conill, el esposo de Adela Cortina, al que yo siempre le pregunto: “Oye, ¿por qué siempre aterrizas en Zubiri?”. Es del grupo de los que editan a Zubiri allá en Madrid. Hay un gran grupo que es como una Sociedad Zubiri, con Diego

Gracia, que creo que es quien la maneja. Y él [Jesús Conill] me dice: “yo me propuse siempre utilizar autores españoles”; porque para todo mete a Zubiri. Tiene un libro precioso sobre Nietzsche y acaba, los últimos capítulos, “¿qué respondería Zubiri a lo que dice Nietzsche?”. Y lo mismo con Ortega, Zambrano —a la cual yo he trabajado mucho— y Unamuno. Bueno, aquí es igual; usted hable de dar Filosofía Mexicana y le van a decir que para qué. A lo mejor me estoy arriesgando mucho, pero hay una cosa que a mí me encantaría poder hacer, y es algo que veo tanto en la filosofía española como en la mexicana, que es tratar de conjuntar la Razón y la Emoción, [o] el Sentimiento; no están tan separados. En la Analítica sería impensable, y en los Posmos es pura viscera y odian la razón; eso es “violencia teórica”, hablar de la razón es violencia teórica.

Y, además, lo que le decía de la Analogía, que conjunta Metonimia y Metáfora; lo último que yo estoy trabajando de Hermenéutica Analógica es que en la Analogía hay una dialéctica. Pero aquí también me van a atacar, porque es una dialéctica diferente, no es la dialéctica hegeliano-marxista, como la “analéctica” de mi amigo Enrique Dussel y mi otro amigo Juan Carlos Scannone.<sup>6</sup> Ésta es diferente, es la dialéctica que se encuentra en Kierkegaard, Nietzsche y Freud. Ahí me va a criticar mucho, pero ni modo, es otra dialéctica. En Kierkegaard es la “paradoja”, pero es dialéctica. Ahora, no tiene síntesis, no mata a los contrarios, porque ya ve que en el *Aufhebung* de la superación de Hegel, usted mata a los dos y sale algo nuevo, pero ya mató a los otros. Y en ésta no; y en Nietzsche

es Apolo y Dioniso, que hacen también dialéctica pero sin síntesis, no engendran nada, son varones los dos y, además, son hermanos, y hay que hermanarlos porque son hermanos peleados. Y, finalmente, en Freud es la “dialéctica abierta”, así la llama Ricardo Blanco,<sup>7</sup> un gran amigo mío, filósofo y psicoanalista, que me dice: “Oye, sí, es una dialéctica diferente, en Freud es la ‘dialéctica abierta’, la que se da entre la ‘pulsión de vida’ y la ‘pulsión de muerte’, entre Eros y Thanatos, o la que se da entre el Ello y el Súper-Yo y el pobre yo, en medio, angustiado”, es dialéctica; hay grupos que lo están trabajando conmigo, y con este amigo psicoanalista y filósofo, el Dr. Ricardo Blanco, hay un grupo trabajando esto como una dialéctica diferente que puede ayudar al ser humano.

S.B.: Doctor, una pregunta que me surgió por lo que está diciendo. En mi trabajo, en mi tarea, he intuido algo que llamo Pesimismo Utópico, que igual es como una paradoja (el propio nombre), y veo mucho que en la línea pesimista (ahora mencionó a Nietzsche, a Freud, que vienen un poco de Schopenhauer, pero también otros menos conocidos, como Mainländer)<sup>8</sup> se trabaja más esta noción de opuestos; también está Adorno, quien no es pesimista, con la “dialéctica negativa” o Mainländer, que sí pertenece a esta línea, con el “humorista”. Yo, en el Pesimismo Utópico, hablo justo de cómo el sentimiento que quiere crear, que quiere resolver los problemas de la humanidad, que busca la esperanza, el “principio de la esperanza”, se enfrenta contra la razón, lo que nos muestra que el mundo es

destrucción y guerras. Entonces, el hombre siempre está en este sufrimiento o angustia del yo, una angustia existencial; el pesimismo lleva esa añoranza, esa angustia existencial. ¿Podría ir por ahí? Porque veo que en Hispanoamérica el Pesimismo ha sido poco trabajado; por ahí el Dr. Fernando Savater, en sus inicios, era como el heredero, por llamarle así.

DR. M.B.: Yo ahí le mencionaría a otro que a mí me influyó mucho y se me estaba olvidando, mi gran amigo Eugenio Trías,<sup>9</sup> él sabe conjuntar el Pesimismo y la Utopía, que es lo que usted está buscando. Yo se lo recomendaría para trabajarlo. Que, además, esto que está haciendo usted es muy Analógico, es esa dialéctica que no tiene síntesis, es decir, no tiene lo que buscaba Hegel, “la perfecta reconciliación”, porque nunca va a lograr esa Utopía. Pero el Pesimismo es lo que nos dinamiza para poder buscarla. Entonces entiendo por qué habla usted de esperanza, siguiendo a Bloch;<sup>10</sup> es vivir en esa paradoja. Usted mencionaba a Adorno, recuerde que él tiene la “dialéctica negativa” —a mí me han dicho que mi Hermenéutica Analógica se parece mucho a la “dialéctica negativa” de Adorno—. Pues claro, su tesis doctoral fue sobre Kierkegaard, la Estética en Kierkegaard. Pero, entonces, lo que yo veo (y también lo veo en el Pragmatismo de Pierce), que es disminuir las dicotomías, no siempre se puede hacer síntesis y, además, ni conviene. Yo veo que el dinamismo aquí, en lo que usted está planteando, vive de la tensión, ¿no es cierto?

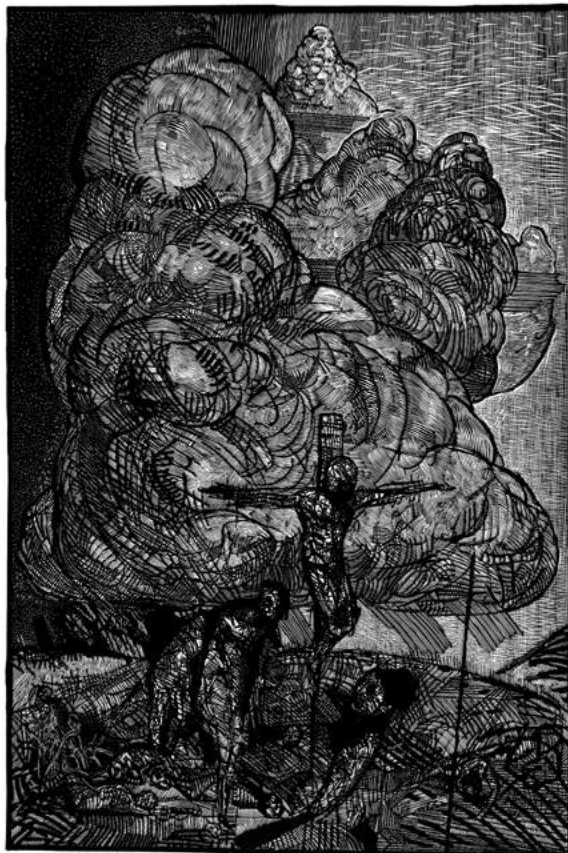
S.B.: Sí.

DR. M.B.: Entonces eso es una dialéctica, no me diga que no.

S.B.: Sí, sí.<sup>11</sup>

DR. M.B.: Yo recuerdo que me llamaba muchísimo la atención un filósofo posmoderno que a mí me gusta mucho, que es Gilles Deleuze, fue un gran historiador de la filosofía, él sí que hizo tarea para poder jugar. Pero él dice, en su libro sobre Nietzsche, que Nietzsche era anti-dialéctico, claro, anti-hegeliano, que es otra cosa. Pero no se da cuenta... Dice que a Nietzsche lo que le interesaba era la diferencia, ya ve que todos los Posmos son de la diferencia. Claro, era una dialéctica diferente, Apolo y Dioniso. Los ponía a convivir, a coexistir y a coadyuvarse. Se acuerda, el último Nietzsche, ya el maduro, porque no vivió mucho, no llegó a viejo, dice que más bien hay que hermanar, conjuntar a Apolo y Dioniso. Si Apolo es la Univocidad y Dioniso es la Equivocidad, es la Hermenéutica Analógica. Está por el mismo camino que yo he explorado.

S.B.: Usted sabe que para mi tesis de maestría trabajé a Lucian Blaga, este filósofo rumano que traje de allá, que traduje, y que habla del Conocimiento Paradisiaco y del Conocimiento Luciferino. Dice que el Conocimiento Paradisiaco es lo que casi siempre la filosofía ha hecho: univocidad, ciencia; disminuir el misterio del Universo; y el Luciferino va más hacia la permanentización o potenciación del



misterio. Y ahí, en ese proceso, hay una tensión que Blaga llama “antinomía transfigurada”, que es esto que acaba de decir.

DR. M.B.: Sí, sí, sí. También vi algo de eso en un librito que me regalaron sobre Mircea Eliade. Hay una profesora rumana que está en la Anáhuac del Norte, esposa de Rafael García Pavón, ahorita no recuerdo el nombre, pero usted debería contactarla. Ella tiene un libro sobre Cioran, que le quita a uno la idea del Cioran loco que venden acá en la Facultad, de

un Cioran reventado. Realmente fue un hombre que sufrió muchísimo, muy profundo, no es el Cioran que venden acá en mi Facultad de Filosofía y Letras. Pero sobre todo me gustó un libro que me regaló, sobre lo que ella trabaja, que son filósofos rumanos, y que los quiere dar a conocer acá. Un librito que sacó sobre Mircea Eliade, ¡qué barbaridad!, lo del mito que se reactualiza; el mito es una ontología. El mito para Mircea Eliade es como la anticipación de lo que va a suceder, y fíjese que a mí me pareció cierto; mucho del futuro





de la Antropología Filosófica lo encontramos en los mitos. O gente que trabajó mucho la mitología o se embebió mucho de ella, como Leonardo da Vinci, predicen un montón de cosas que después son realidad, o las novelas de ciencia ficción, por ejemplo, novelas de ciencia ficción de los 50, antes de las computadoras, que ya hablaban del dominio de las computadoras, Stanislaw Lem,<sup>12</sup> por mencionar un caso.

S.B.: La última pregunta, Doctor. ¿Qué piensa de lo que dice el Dr. Leonardo da Jandra sobre incluir, de manera obligatoria, la Filosofía y la Ética en la enseñanza secundaria de nuestro país?

DR. M.B.: Se me hace muy importante. Se lo digo porque un grupo de nosotros, con Guillermo Hurtado,<sup>13</sup> de aquí de Filosóficas, y con Gabriel Vargas<sup>14</sup> de la UAM, tenemos lo que se llama El Observatorio Filosófico, que fue pura lucha para impedir que se quitara la filosofía del Bachillerato, y se logró un edicto, una cosa oficial que parece que no la han respetado del todo; pero para no quitarla, porque querían quitar todo. Entonces, me parece una propuesta importante. Ahora sí que “pesimista-utópica”.

S.B.: Bueno, eso sería todo. Agradezco su tiempo. La revista *Avispero* le agradece su tiempo y por aquí seguiremos en contacto con usted. Muchas gracias.

DR. M.B.: Gracias a ustedes. 

Transcripción: Jeremy Coleman Romero y Slaymen Bonilla

## NOTAS

1. José María Mardones (1943), filósofo español.
2. Carlos Pereda Failache (1944), filósofo uruguayo/mexicano.
3. Instituto de Investigaciones Filosóficas.
4. Instituto de Investigaciones Filológicas.
5. Max Black (1909-1988), filósofo estadounidense.
6. Juan Carlos Scannone (1931), filósofo argentino.
7. Ricardo Blanco Beledo (1945), filósofo y psicoanalista uruguayo/mexicano.
8. Philipp Mainländer (1841-1876), filósofo alemán.
9. Eugenio Trias Sagnier (1942-2013), filósofo español.
10. Ernst Bloch (1885-1977), filósofo alemán.
11. De hecho, aunque ya no tuve la oportunidad de comentarlo con el Doctor, en el Pesimismo Utópico a este tipo de dialéctica le llamo: “desgarramiento dialéctico”.
12. Stanislaw Lem (1921-2006), escritor polaco.
13. Guillermo Hurtado Pérez (1962), filósofo mexicano.
14. Gabriel Vargas Lozano (1947), filósofo mexicano.

---

► MAURICIO BEUCHOT: Torreón, Coahuila, 1950. Es doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Cd. de México. Es profesor en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Allí fundó el Seminario de Hermenéutica. Ha escrito varios libros y artículos sobre historia de la filosofía y hermenéutica. Su propuesta es la Hermenéutica Analógica.

---

► SLAYMEN BONILLA: México, 1988. Licenciado en Filosofía por la Universidad La Salle y en Ciencias Políticas en la UNAM, Maestro en Filosofía por el CIDHEM. Cuenta con más de veinticinco publicaciones. Es autor del sello Ediciones y Punto y fundador del Colectivo de los Filósofos Malditos. Su propuesta es el Pesimismo Utópico.





ALEJANDRO BETETA

# ¿EL OCASO DE LAS HUMANIDADES?

[ENTREVISTA A JOSÉ MARÍA FILGUEIRAS NODAR, CATEDRÁTICO DE LA UMAR, CAMPUS HUATULCO]

**A**LEJANDRO BETETA: Estudiaste la licenciatura en Filosofía en España y el doctorado en Filosofía en México, cuéntanos tu experiencia académica en ambos mundos, y el papel que juega la filosofía en dichos contextos.

JOSÉ MARÍA FILGUEIRAS NODAR: Esquemáticamente diría que lo sentí como un paso de la hermenéutica y la filosofía continental hacia la filosofía analítica y, sobre todo, el pragmatismo. En la carrera estudié con un montón de buenos profesores, como Andrés Torres Queiruga, José Luis Pintos o Carlos Baliñas, entre muchos otros. A pesar de ser, por entonces, un alumno algo desastroso, que prefería pasar el tiempo en fiestas o leyendo libros de ciencia ficción en mi carro,

y que cuando iba a la Facultad, me la pasaba, generalmente, en la cafetería, creo que adquirí una buena base, especialmente en lo que se refiere a la Historia de la Filosofía. En México, después de un tiempo fuera de la filosofía, colaboré con el Proyecto Categorización de Juan Carlos González González; lo que significó una introducción al estilo analítico de hacer filosofía, así como un aprendizaje acelerado sobre diversas cuestiones de ciencias cognitivas. Más tarde, con la dirección de José Miguel Esteban, hice mi doctorado sobre Richard Rorty, y eso me obligó a estudiar intensamente la tradición pragmatista.

Con respecto al papel de la filosofía, comenzaré hablando de su imagen. En ambos países me pareció, en general, una gran desconocida,

una disciplina bastante ignorada por el “público en general”. La gente tiende a considerar a la filosofía como algo entre una secta con extraños rituales, un grupo de fodongos que se juntan para consumir drogas y orates que andan por el mundo hablando de cosas que nadie entiende, cuando no las tres cosas en conjunto. Se trata de estereotipos muy extendidos, y que son, evidentemente, muy negativos. El asunto de la imagen puede parecer trivial, pero creo que compromete muchas cosas sobre el papel que juega, y más aún, el que debería jugar la filosofía.

A.B.: Eres partidario del pensamiento del filósofo Richard Rorty, quien entabló un diálogo entre ciencia, filosofía y literatura, y resaltó el papel de la solidaridad como uno de los dinámicos para mejorar el mundo sin imponer dogmáticamente nuestras creencias. ¿Cómo ves la solidaridad en México y en España, países con crisis económicas constantes?

J.M.F.N.: No me atrevería a considerarme partidario de Rorty al cien por cien. Si su filosofía fuera un carro, miraría con mucho cuidado el motor, la suspensión, etcétera. Pero sí estoy convencido de que la defensa rortiana de la solidaridad, especialmente cuando la entendemos en el contexto de la llamada “utopía pragmática”, es una de sus ideas más interesantes. Hay que recuperar la utopía, y el mecanismo que Rorty propone para ello, ligado a los cambios en lo que denomina “Lenguaje” (un concepto por otra parte muy amplio), puede resultar un camino viable para lograr esa recuperación.

Su apuesta por la literatura y por la “educación sentimental” para alcanzar objetivos políticos me parece muy sugestiva. Sé que algunos dirán, después del desastre que fue el Brexit y estando tan presente la amenaza de tener a un personaje como Donald Trump en la presidencia de los Estados Unidos, que los sentimientos no son demasiado confiables, que a través de la demagogia pueden llevar a resultados catastróficos cuando se dejan estar libres y en ausencia de juicios racionales; pero a ellos les diría que Rorty sí habla mucho de sentimientos, pero siempre en el marco de lo que llama la “educación sentimental”. No se trata, entonces, de cualquier sentimentalismo, sino de uno especialmente cultivado. Ese tipo de sentimentalismo puede colaborar en el logro de importantes cambios políticos, que tanta falta hacen.

Me preguntas cómo veo la solidaridad en México y en España. Con respecto a España, hace casi diecisiete años que no voy por allá, por lo cual ando bastante desconectado. Seguí con mucha atención el movimiento de los indignados, y también el ascenso de Podemos como alternativa política; y también el establecimiento de redes solidarias como forma de reaccionar a la crisis económica. Con respecto a México, y también a muchos lugares de Latinoamérica, coincidí con quienes dicen que es uno de los laboratorios sociales más importantes de nuestro tiempo. En Latinoamérica han aparecido elementos que pueden funcionar como semillas para configurar un nuevo mundo social y político, desde el neozapatismo o los múltiples movimientos solidarios surgidos en medios urbanos hasta una concepción del mundo tan

netamente oaxaqueña como la comunalidad. No me atrevo a especular sobre sus probabilidades de éxito, habida cuenta del cinismo y la agresividad de las oligarquías que detentan el poder. Pero lo que sí está claro es que se están desarrollando experimentos sociales muy interesantes, muchos de los cuales inciden, precisamente, en la órbita de la solidaridad.

A.B.: ¿Qué piensas de la especulación financiera, del enriquecimiento legal de unos cuantos que empobrece a la mayoría, como está sucediendo en México y España (en México, en menos de una década, incrementó de manera espeluznante la cantidad de multimillonarios, asimismo hubo un incremento de pobreza y marginación)?

J.M.F.N.: ¡Me faltan adjetivos para calificar la situación como se merece! La riqueza y la pobreza extrema, las mansiones al lado de barrios enteros de ranchitos, son las dos caras de una misma moneda dialéctica. Y sabemos que están impulsadas por la corrupción y por todo tipo de abusos: me parece muy diferente que alguien se haga millonario porque realmente ofrece algo útil y positivo para la gente (que sí existen casos), a alguien que acumula su fortuna lavando dinero, especulando con información confidencial, obteniendo sobornos o fungiendo como prestanombres de algún político.

La situación enoja y asusta. El enojo debería impulsarnos a pelear contra esas estructuras que están destruyendo lo que se había ganado en términos de bienestar desde la Segunda

Guerra Mundial. Debería impulsarnos a exigirle al Estado que haga su chamba y se deje de cuentos. Porque los gobiernos, desde hace mucho, han vuelto la espalda a quienes presuntamente representan, y están trabajando para cada vez menos personas. Protegen los intereses de los bancos y las grandes empresas y, sobre todo, los suyos; jamás los intereses de los ciudadanos. Este cinismo por parte de los gobernantes, del cual tenemos sobrados ejemplos en la vida política de México y de España (y de muchos otros países), es totalmente lamentable. Es como si el Leviatán de Hobbes sólo conservase su faceta monstruosa y



En ese sentido,  
o rompemos  
definitivamente con el  
Estado como forma de  
configuración política,  
o debemos plantearnos  
profundas reformas. De  
entrada, creo que sería  
un excelente primer  
paso reintroducir el  
elemento moral tanto en  
la economía como  
en la política.

Está claro que habrá pocos puestos de trabajo para quien quiera desempeñarse como “guardián” de la tradición filosófica, a través de la enseñanza y la investigación. De hecho, parece que la tendencia es que cada vez haya menos. Eso nos obliga a todos los miembros del gremio filosófico a buscar nuevas alternativas.



nada más; nada que merezca la pena: si suponemos que la base de la organización política es ceder algo de nuestras libertades a cambio de los beneficios de vivir en sociedad, ahora ese intercambio tiene cada vez menos sentido. Cada vez nos exigen más, pero cada vez nos aportan menos. Lo vemos de manera muy marcada en la economía; pero está presente en todas las dimensiones clásicas del funcionamiento estatal.

En ese sentido, o rompemos definitivamente con el Estado como forma de configuración política, o debemos plantearnos profundas reformas. De entrada, creo que sería un excelente primer paso reintroducir el elemento moral tanto en la economía como en la política, porque su ausencia, a la vista de los resultados que se han obtenido, sólo puede calificarse como profundamente negativa.

Pero la situación, como decía, no sólo es para enojarse, sino también para espantarse. Da miedo cuando pensamos en las consecuencias

a nivel global, porque el desequilibrio no se da únicamente dentro de una ciudad o de una nación, sino que también se manifiesta entre los pocos países “ricos” y la mayoría de países pobres. Y cuando nos damos cuenta de que si no existe o no funciona la lucha cultural y política, la única alternativa son los trancazos. Cuando escucho que el 1% (hay quien dice que de hecho es el 0.1%) de la población posee la mayor parte de la riqueza del planeta, eso me hace pensar, por ejemplo, en la Revolución Francesa. Antes de ésta, el desequilibrio en Francia era también muy grande; no conozco los datos con exactitud, aunque quizá fuese menos salvaje que ahora. Eso podría indicar que nos hallamos al borde de un movimiento semejante, una ruptura epocal de similares dimensiones, sólo que ahora a escala planetaria y, además, en un mundo que se marchita cada vez más rápidamente. Asusta pensar en la magnitud del baño de sangre que podría acarrear tal ruptura.

A.B.: Rorty criticó el academicismo, a las instituciones que no generan ideas y cambios importantes en la sociedad, ¿qué piensas del papel de la academia, de su hiperespecialización, de la educación con una sola dirección para pensar?

J.M.F.N.: Con respecto al papel de la filosofía, ahora mismo en España se está debatiendo una vez más el papel de nuestra disciplina en los estudios de preparatoria e incluso su lugar dentro de la Universidad. No es la primera vez, creo que ya van como otras seis o siete. Al respecto, estoy preocupado de lo que parecen ser intentos por parte del gobierno de marginar a la filosofía de la educación formal. Las consecuencias me parecen todas muy negativas. Para responder un poco a tu pregunta, siento que la especialización no es mala en ciertos ámbitos. Incluso aunque se trate de un grado de especialización un tanto hiperbólico: si tengo un problema en el dedo meñique, pues está perfecto que haya un cirujano meñicólogo, y si el problema es en el pulgar, que me opere un pulgarólogo. Eso no me parece nada malo, pero no creo que la misma línea de pensamiento funcione para el caso de la filosofía o las humanidades, cuyo ámbito de aplicación está mucho menos definido que la cirugía (o las finanzas o la ingeniería civil). En ese sentido, me parece que en la academia debe haber espacios que hagan gala de su inespecialización, e incluso de su promiscuidad. Espacios de total apertura, donde ésta permita que se realicen experimentos inéditos con las ideas. Por ello, me siento mal cuando en alguna instancia académica se nos pide que definamos

una línea de investigación y nos apeguemos a ella de manera estricta, o cosas por el estilo. Pienso que existen disciplinas, y la filosofía es una de ellas, a las que tales ansias burocráticas les dañan mucho más de lo que podrían favorecerles.

A.B.: Se dice, comúnmente, que en México no hay filósofos (entendiendo a los filósofos como aquellos individuos que dedican su vida a buscar la verdad y crean un método y un sistema para encapsular el conocimiento y así poder guiarnos paso a paso en el infinito camino de la incertidumbre), que lo que hay son académicos, hermeneutas, filólogos, en fin, personas interesadas en la interpretación de lo ya hecho y no en la creación de nuevas formas de ver el mundo. ¿Qué debe hacer un filósofo en un contexto como en el que vivimos, donde pareciera que lo más importante no es el conocimiento, sino la apariencia de conocimiento?

J.M.F.N.: Confieso que no me considero un filósofo, el título me queda demasiado grande. Cuando daba clases de filosofía, tenía muy claro que debía transmitir nuestra tradición de pensamiento de manera fiel, eso era lo primero. Lo segundo, todavía más importante, era tratar de transmitir una determinada manera de abordar los problemas, una manera crítica y atenta siempre a la argumentación racional (para no entrar en polémicas, aclaro que hablo de la racionalidad en un sentido no técnico, acercando lo racional a lo razonable). Con respecto a lo que comentas en tu pregunta, como a cualquier persona que haya leído

un poco, me asombra lo bajo que puede llegar a caer el nivel cultural de algunas sociedades. Por poner un único ejemplo, porque habría un montón más, conozco personas que piensan que la Metafísica de la que hablaba Aristóteles es una especie de engendro *New Age*, que tiene que ver con los colores del aura y cosas por el estilo. Por todas partes hay un gran número de personas que se contentan con la primera respuesta, o viven de manera prácticamente autista, enclavados en sus propios prejuicios y concepciones, sin preocuparse lo más mínimo por lo que pueda haber fuera.

Esta clase de ignorancia parece ser un fenómeno global, y una de las primeras tareas debe ser luchar por revertir tal movimiento. Los medios de lucha dependerán de las capacidades y esfuerzos de cada uno de nosotros. Habrá quien escriba artículos o dé conferencias, algunos se dedicarán a dar discursos políticos o a pegar carteles, otros saldrán a la calle a hacer *performances*, muchos se dedicarán a dar *likes* y compartir información en sus redes sociales... El caso es hacer algo, no quedarnos quietos. Inquietud mental: debemos pensar más y mejor. Y también inquietud por llevar esas ideas a la práctica, al mundo real. Cuando veo un proyecto como Avispero, sabiendo que está desarrollado por jóvenes, siento que todavía hay esperanza.

A.B.: Desde la segunda mitad del siglo pasado, las humanidades han tenido un papel secundario en la vida de las personas, ¿cómo ves lo que propone Richard Rorty: que la filosofía debe salir de la academia a las calles, debe

tener un contacto directo para poner freno a las injusticias y al sufrimiento por medio de la persuasión, la tolerancia y la solidaridad?

J.M.F.N.: Debemos hacerlo como estudiosos de la filosofía, pero también como ciudadanos, y aún más, como seres humanos. Esa es una tarea a la que debe dedicarse cualquiera que sea un poco consciente de la situación del mundo. Cada uno desde su “trinchera”, como suele decirse, y con las fuerzas de que disponga; pero es una tarea ineludible. Ahora, ¿qué podemos hacer desde las trincheras de la filosofía, del pensamiento, de las humanidades? Rorty proponía cambiar el lenguaje; los ejemplos que pone de estos cambios son cosas como el paso de la Ilustración al Romanticismo, o la creación de filosofías tan novedosas como fue la de Heidegger en su tiempo. No sé qué tanto seamos capaces de lograr esos cambios titánicos en la sociedad cada uno de nosotros. Es obvio que inventar el cubismo o escribir el *Tractatus* no está al alcance de cualquiera. En ese sentido, tal vez esos cambios tan enérgicos haya que dejárselos a los genios, de los que aparecen dos o tres veces por siglo, o al empuje de nuevos movimientos sociales que vayan apareciendo. Pero también es cierto que hay muchas cosas que podemos hacer para que esos nuevos lenguajes triunfen; cada uno con las posibilidades que tiene a la mano. El mismo Rorty reconoce la labor de quienes limpian el camino para que a esos nuevos lenguajes les sea más fácil avanzar, sea puliendo y perfeccionando la propuesta original, o debatiendo con los partidarios de lenguajes anteriores. Vuelvo a lo que decía

en la pregunta anterior: hay que hacer todo lo que podamos. Los académicos, en particular, tenemos muchas opciones al respecto, por esa influencia, aunque sea mínima, que podemos ejercer sobre las futuras generaciones.

A.B.: En España, como en México (y como en muchos otros países), los profesionistas que salen de las academias, muy pocos van a encontrar trabajo de lo que estudiaron. En un panorama así, estudiar para ser filósofo resulta un riesgo no rentable. Si ya de por sí las humanidades, la filosofía, tienen poca demanda, ¿qué nos espera los próximos años en un mundo tecnocrático?

J.M.F.N.: Puedo hacer un comentario muy negativo y otro que no lo es tanto. El primero es que me parece lamentable esa falta de perspectiva. Los filósofos y humanistas son útiles a la sociedad, tanto en un sentido abstracto como en un sentido muy concreto y “práctico”, del estilo que puede

interesar a las empresas, por ejemplo. Relegar a un filósofo o a un filólogo al mundo de los trabajos basura habla muy mal de una sociedad. Probablemente las sociedades que actúan así estén perdiendo más oportunidades que los





propios humanistas. Desde luego, en esto influye la miopía de los dueños de los medios de producción, de esas oligarquías que realmente mueven los hilos de la política y la economía.

Por otro lado, también deberíamos acostumbrarnos a ver este funesto panorama laboral como una coyuntura para actualizar nuestra disciplina y a nosotros mismos. Está claro que habrá pocos puestos de trabajo para quien quiera desempeñarse como “guardián” de la tradición filosófica, a través de la enseñanza y la investigación. De hecho, parece que la tendencia es que cada vez haya menos. Eso nos obliga a todos los miembros del gremio filosófico a



Por último, sólo me resta decir que el conocimiento no está confinado a los libros. A quienes nos dedicamos a la filosofía, esa relación entre conocimiento y bibliotecas nos parece de lo más natural. Pero se aprende mucho, quizá más, saliendo al mundo y hablando con las personas.

buscar nuevas alternativas. Evidentemente, no sé dónde puedan hallarse esas alternativas, pero estoy seguro de que cada nuevo egresado de una licenciatura en cualquier área de las Humanidades tiene buenas ideas al respecto. También puedo contar mi propia experiencia: estudié un Master en Dirección y Administración de Empresas y ahora mismo doy clases de Mercadotecnia. He tenido buenos resultados en este terreno, y jamás dudaría de que todo lo que estudié de Filosofía me sirve, y mucho, para mi trabajo actual.

De todos modos, haciendo balance, creo que me quedo con la respuesta negativa: sin duda debería haber más oportunidades laborales para los humanistas. Esa carencia es para ponerle un gran tache en rojo a cualquier país. Y las consecuencias están a la vista: a menos filosofía, más Trumps, más fanatismo y más terrorismo del signo que sea, y más ciudadanos inconscientes y desconectados de sus raíces culturales. Alienados, en el peor sentido de la palabra.

A.B.: ¿Qué filósofos vivos consideras importante atender hoy en día (de México y España, o de algún otro país)?

J.M.F.N.: Para contestar a esta pregunta del modo que se merece, debería tener una cultura filosófica de la que carezco. Lo que sí puedo hacer es señalar algunos de los filósofos que me interesan a mí hoy, los dos pensadores que estoy trabajando ahora mismo, aunque desgraciadamente ninguno de ellos vive ya, como son Jean-Paul Sartre y el propio Rorty. Del mismo



Algo tan aparentemente simple como escuchar a alguien es una de las mejores maneras de enfrentarse a nuevas ideas.

modo me interesan, y éstos aún andan vivos por el mundo, quienes proponen teorías naturalistas de la moral, como Richard Joyce o Jesse J. Prinz. La propuesta de ética experimental de Kwame Anthony Appiah, y la Neurofilosofía de, por ejemplo, Patricia y Paul Churchland, también me parecen ideas muy atractivas.

Asimismo, soy un firme creyente en la necesidad de salir de nuestra disciplina y buscar aportaciones en otros lugares. Al respecto, siempre me han interesado las apreciaciones de los antropólogos y sociólogos (un ejemplo muy en boga es Zygmunt Bauman). Y las ciencias naturales: aprovechando mi período sabático, es decir, una temporada para que los profesores leamos y hagamos lo que nos viene en gana, llevo varios meses poniéndome al día en temas como la teoría de cuerdas y la genética. Por supuesto, mi falta de conocimientos científicos me limita a textos muy introductorios o de divulgación (afortunadamente, existen excelentes libros de estas características). Más allá de ello, creo que siempre merece la pena estar actualizado con respecto a algo tan relevante

para nuestro mundo como es la ciencia, y que nos ayuda tanto a entender cómo funcionan las cosas.

Por último, sólo me resta decir que el conocimiento no está confinado a los libros. A quienes nos dedicamos a la filosofía, esa relación entre conocimiento y bibliotecas nos parece de lo más natural. Pero se aprende mucho, quizá más, saliendo al mundo y hablando con las personas. Algo tan aparentemente simple como escuchar a alguien es una de las mejores maneras de enfrentarse a nuevas ideas. De todo el mundo se puede aprender mucho; jamás tenemos que olvidar eso; lo cual, además, tiene importantes implicaciones sociales y políticas. Yo mismo he hecho trabajo de campo desde 2008, en Huatulco y en San Mateo del Mar (en esta comunidad, con los huaves o *mero ikoots*) y, más allá de los objetivos académicos que pudiera perseguir con mis proyectos de investigación, creo que han sido experiencias profundamente enriquecedoras.

---

► JOSÉ MARÍA FILGUEIRAS NODAR: Ferrol, España, 1971. Es Licenciado y Doctor en Filosofía. Posee, además, un Master MBA. Trabaja como profesor-investigador de tiempo completo "Titular B" en la Universidad del Mar (campus Huatulco), donde imparte clases de Mercadotecnia. Ha sido director del Instituto de la Comunicación y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Su obra más reciente es *La rebelión pragmatista. La reconstrucción rortiana de la historia de la filosofía*.

---

► ALEJANDRO BETETA: Oaxaca, 1990. Estudió Humanidades en IHUABJO. Es editor de la revista *Avispero*.



J. M. LECUMBERRI

# MANUEL DE DIÉGUEZ, MITÓSOFO

[FILOSOFÍA]

Manuel de Diéguez —guatemalteco (1922), hispanoparlante de nacimiento— renunció a su lengua paterna y optó por el francés (que en opinión de algunos, es una lengua desahuciada) para llevar a cabo su obra literaria y filosófica.

Con el título *El mito racional de Occidente. Esbozos de una espectrografía* (1997), la editorial española Pre-Textos nos entrega su único libro traducido al castellano.

Dice Cioran, el gran apátrida: “No se habita un país, se habita una lengua. Una patria es eso y nada más”. De Diéguez rechaza la hispanidad como símbolo, pero no como actitud reflexiva. Así, se puede decir de su obra que es sincrética en cuanto a estilo y francesa por lo que al método se refiere. De Diéguez propone un desengaño fortuito, una especie de falta de

delicadeza sublime que nos condene a la más pasmosa liberación: la de un mundo sin racionalidad, donde las cosas serían todo, menos lo que son, como impedimento a la voluntad divina y a su lógica que nace de un oscuro pacto entre el lenguaje y el ser.

Por eso De Diéguez nos confiesa, orgulloso: “Mi razón es el Orfeo fracasado de la causa”. Se lamenta por el hecho de haber acogido el ídolo solar, el fetiche civilizador que enajena en una fascinación espectral y guía nuestra voluntad hacia la consecución de una Babel de las evidencias, como progreso siempre estancado. A este proceso de alienación metódica, De Diéguez lo llama “la Certeza”, eso que “hace pasar las abstracciones por los cuernos de las idealidades teóricas, esos pirotécnicos de una ética del universo”.

Nuestra ciencia se construye en generalizaciones disminuidas por su mismo valor explicativo; y es a partir de esas generalizaciones que el científico desea, busca pruebas y seguridades, olvidando que “la regularidad no hace la ley”; se convierte así en un explorador de repeticiones inútiles.

El científico es el mitómano por excelencia; el filósofo no lo es menos. Se trata de los embaucadores de la razón totémica de lo “supremo”, que basan sus trabajos en los pobrísimos esquemas de las abstracciones, de la palabra ciega que detenta y esgrime lo racional a manera de dogmáticos arsenales.

Así, tanto científicos como filósofos sucumben a la tentación de un mundo cuantificable por una ética algorítmica como proposición límite; donde las causas instituyen el encadenamiento lógico y natural de las relaciones necesarias.

Es en este punto donde De Diéguez nos confiesa que la lógica está habitada por la angustia que “nace de las relaciones ambiguas del hombre consigo mismo”. Y esta lógica, como todo presidio, tiene su implacable carcelero: el *principio de identidad*, que, según De Diéguez, desde Aristóteles ha ido aportando al trágico paso de la nada al ser y del ser a la nada el ubicuo

monstruo que llamamos Génesis: un penumbroso *fiat lux*, que en el flujo continuo de todas las cosas perecederas produce exorcismos intelectuales como baratijas de la cultura para paliar los signos de su propio desastre espiritual.

El hombre occidental es el hombre convencido, el de pensamiento imparcial, objetivo, el que se sabe destinado a la luz o, cuando menos, ungido con una misión vital. Tanto la razón como la fe son sistemas de crédito, garantizados por referentes ficticios. Como lo propusiera Goya en sus caprichos: “El sueño de la razón produce monstruos”. Es, pues, este hombre-monstruo-racional el que objetiva y totemiza entes de razón en los altares de la lógica, para concluir que el universo, como todo ser vivo, debe consumir, y para tales efectos, justifica el sacrificio que permite sostener la vitalidad e inteligibilidad inerte de lo racional: como una máquina de financiamiento ideal, generadora de sistemas de flujos de endeudamiento mental.

De este modo, los nuevos sacrificadores acreditan los signos visibles de sus hazañas como proezas del género humano, en las cuales los brujos del espíritu de la posmodernidad, los académicos, intelectuales y científicos, dispensan la liberación por la lucidez.



¿No es acaso la mente un espejo que sólo refleja  
lo que queremos ver?



De Diéguez nos confiesa  
que la lógica está habitada  
por la angustia que  
“nace de las relaciones  
ambiguas del hombre  
consigo mismo”.

Así, las estructuras silentes de la naturaleza repugnan y desconocen nuestras matemáticas, que están hechas para conocer sin comprender. De aquí devienen las ideologías charlatanas y los grupúsculos de poder que las erigen como entidades legendarias de la inteligencia de una sociedad con “buena salud” y “madurez conceptual”.

Para De Diéguez nuestra inteligencia ha abandonado ya los lugares de sus victorias y se dirige a la más onda de las negaciones: la misericordia. Una negación que tiene su locura propia y cuyo *ethos* es el vacío y la nada. Quizás una advertencia heracliteana.

No cabe duda que la pequeña parte de la obra de De Diéguez que ha sido traducida a nuestro idioma, nos muestra la potencia crítica de los moralistas franceses como La Rochefoucauld y, a la vez, la aguda ironía, la temible honestidad de su compatriota Miguel Ángel Asturias, quien nos dice esto sobre la condición racional del hombre: “Los espejos son como la conciencia. Uno se ve allí como es, y como no es, pues quien se ve en lo profundo

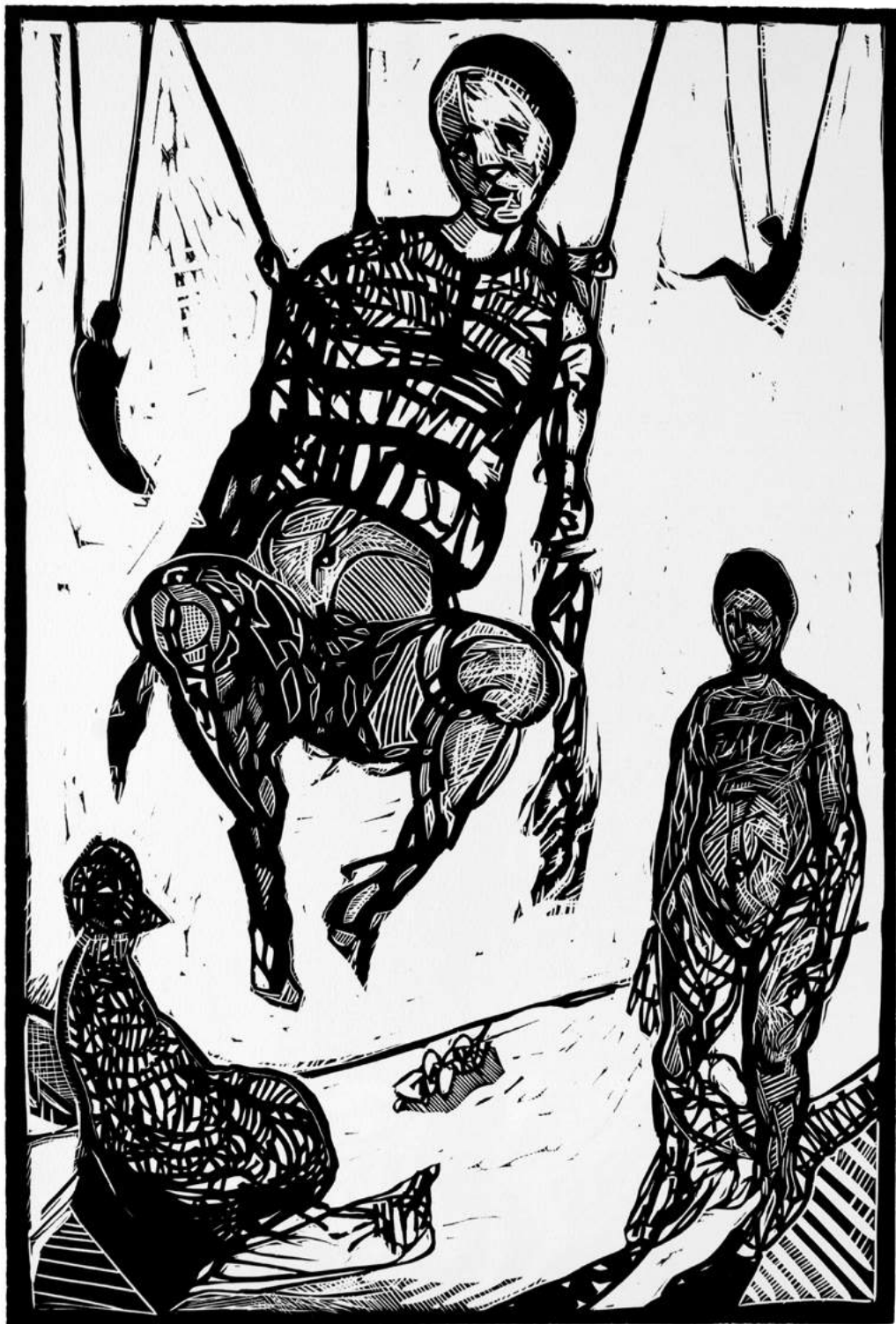
del espejo trata de disimular sus fealdades y arreglarlas para parecer a gusto”.

¿No es acaso la mente un espejo que sólo refleja lo que queremos ver? De ahí parte la crítica de De Diéguez hacia los sistemas probatorios y de crédito del *principio de identidad* sobre el que fundamos la razón, ese tótem embaucador que hace pasar a la imagen por el trance explicativo de los patrones sistematizados, con el fin de organizar verdades cerradas de exclusividad y privilegios; y luego, a golpes hermenéuticos, como lo hiciere un *clochard* a golpes de vino tinto, impone esas verdades como objetos de razón universalmente válidos.

He ahí la gran caricatura del logos; la momia de un dios mutilado que no muere sino que vive una diáspora cosmológica, en la que el ser humano deambula, como una hoja seca, a los caprichos del viento. La voluntad humana es el chantre de esa causalidad artificiosa y superflua que se ha instaurado hito y medida de todas las cosas, en la que congregamos una realidad integral falsificada.

---

► J.M. LECUMBERRI: Berriozar, 1981. Escritor y filósofo. Fundador de la casa editorial Ediciones y Punto, y miembro del colectivo Los Filósofos Malditos. Su más reciente publicación es *Esquizófrasis*, un libro de aforismos.





DIEGO EDUARDO MERINO LAZARÍN

# AULLIDO

[FILOSOFÍA]

Gonzalo Muñoz Barallobre gesta desde la raíz un paradigma filosófico que lucha por dejar de serlo a toda costa; el arma de la que se ase: el vitalismo. Su pensamiento no es una afronta existencial —como una lectura superflua podría conceptualizar—, antes bien, dicha espada viva implica tomar la vida como acontecimiento, desde las entrañas, no por los cuernos ni de frente, sino desde las vísceras, que calientes palpitan en el interior de nuestra condición de seres inmanentes. Sirva al lector esta suerte de prefacio para establecer las condiciones del análisis que viene. Así, “tomar la vida” no deberá ser asimilada bajo el criterio de superación personal, de ningún modo. Semejante exhortación es entender la vida como estado que se explota y asume, no como situación que pasa frente a la núbil mirada.

Si bien es cierto que cualquier sistema vitalista remite a una contradicción de términos, será necesario trasgredir esto para dar figura a una forma que deviene.

“Pensar la muerte” no sólo es el título del primer ensayo que se analizará de Muñoz Barallobre, sino la orientación preliminar del umbral. Gonzalo Muñoz Barallobre entiende que epicúreos y estoicos se ilusionaban con no preocuparse de la muerte en tanto es inevitable y porque cuando llega ya no estamos más. Sin embargo, se intuye una falla, “¿Qué con la *antesala*?”, se pregunta el filósofo español. Esto es, el sufrimiento previo cuando alguien ha muerto: “Y los hemos visto sufrir no sólo por los dolores físicos, sino también por el dolor que su partida va a dejar en sus seres queridos”<sup>1</sup>. Siendo de este modo, la muerte se escinde en dos dimensiones; primero, la ya

nombrada *antesala*, y segundo, que la muerte no sólo tiene que ver con quien muere sino también con quienes le rodean: “y lo hace con una herida incurable, con un vacío con el que tendremos que aprender a convivir”.<sup>2</sup> La dimensión conceptual de cómo acontece la vida se logra en un nivel diferente. La consciencia que experimenta inteligiblemente la muerte entiende la vida, como se ha dicho ya, como acontecimiento, es decir, una constitución metafísica que obliga a los entes a desenvolverse dentro de ella. La vida como acontecimiento es la inmanencia ontológica de seres susceptibles a la angustia, la pasión, el amor y el odio, el desgano, pero también los bríos y el arrebato. Así, tanto epicúreos como estoicos posan la muerte al lugar, o ámbito, al que tenemos que llegar irremediablemente; pero esto no es lo meramente perturbador, sino “la muerte como una permanente posibilidad”.<sup>3</sup> Es decir, la muerte no es un final hacia al que se tiende, sino que es una posibilidad “que nos acompaña a cada paso, y semejante presencia, por mucho que

la tratemos de olvidar, nos marca de manera íntima”.<sup>4</sup> La muerte ya ha ocurrido.

Para Muñoz Barallobre que la muerte haya ocurrido ya implica que el tiempo vivido es un tiempo irrecuperable; un tiempo muerto en tanto no es presente más y nunca más lo estará: “y esta idea, usada de una manera positiva, y no al servicio de una muda desesperación, nos invita a preguntarnos sobre el sentido que a ese tiempo perdido hemos dado, es decir, nos invita a que pensemos en que hemos invertido la vida que ya hemos vivido”.<sup>5</sup>

Pero la cavilación propuesta no deja de saborearse imposible. Cómo no sucumbir a la desesperación de semejante constitución de la existencia. Si todos los seres vivientes, en especial el ser del ser humano, están condenados a vivir muriendo o viceversa (tal vez y viceversa), ¿cómo podríamos no angustiarnos?, ¿cómo no fenecer en la idea de que todo es vano y ramplón?, ¿qué más da meditar en la inversión del tiempo que de inmediato es póstumo si su mera presencia hecha consciente es ya cadáver? Al parecer todo sentido se pierde y todo aquello que se valore no posee más que un valor ilusorio.

No comprender ni entender esta situación es suficiente; asumir y sublimar semejante postulado no puede más que arrojarlos a un nihilismo recalcitrante, doloroso, funesto, aciago y desgarrador. Pero el pensador español, embargado de ímpetu nietzscheano se ase de la empresa por transformar el nihilismo. Séase atento, la misión filosófica, de haber alguna, o mejor dicho la significación filosófica de Muñoz Barallobre, no es la de su maestro



“Pensar la muerte” no sólo es el título del primer ensayo que se analizará de Muñoz Barallobre, sino la orientación preliminar del umbral.

dionisiaco, Nietzsche. Para este último el cometido es superar el nihilismo; para Muñoz es la transformación del nihilismo. La diferencia no puede ser más contundente. La superación del nihilismo implica caer en él para dar el salto; en Muñoz Barallobre la intención es hacerse y asirse del nihilismo para la creación. Pero será necesario ser cauteloso y escudriñar con más vehemencia sobre este punto.

De este modo, la situación nos inunda a pensar “Sobre un extraño acontecimiento que vuelve extraños a los hombres”. Este extraño acontecimiento es el nihilismo: “la perturbadora ausencia de un para qué”.<sup>6</sup> Muñoz advierte que Descartes plantea un peligro infinito: la *res extensa* como realidad palpable resumida conceptualmente a la mera extensión “se torna materia pasiva, algo que el hombre puede manipular a su antojo, pero al mismo tiempo, el universo entero se convierte en un gran cadáver ajeno a la pregunta por el sentido”.<sup>7</sup> Esta vida de tiempos muertos empuja a la ausencia de un “para qué”; esta existencia como cadáver pierde sentido. Pero como paladín con piel de vino, Nietzsche surgirá avante generando una sabiduría de la inmanencia. Muñoz Barallobre entiende que en *La gaya ciencia* existe una apuesta por recuperar el “más acá” con tal de liberar la existencia de “fantasmas metafísicos”.<sup>8</sup> La lectura del filósofo español que atrapa la atención de este escrito es que semejante postura en Nietzsche resuelve la creación de valores para dar sentido a este cuerpo putrefacto, que es lo que acontece. Sin embargo, advierte, “esta llamada al hombre creador de valores es el gesto más antropocéntrico que jamás hayamos

Para Muñoz Barallobre  
que la muerte haya  
ocurrido ya implica que  
el tiempo vivido es un  
tiempo irrecuperable; un  
tiempo muerto en tanto  
no es presente más y  
nunca más lo estará.



realizado”.<sup>9</sup> Este sentido es quimérico en tanto cada elucubración como horizonte yace en un universo vacío: “deberíamos empezar a temer que pronto nuestro perro intelectual nos morde la mano”.<sup>10</sup>

Los procesos filosóficos que forjan el frenesí por la creación de valores, observa Muñoz Barallobre, corren el riesgo de morir asfixiados: “la inmanencia pronto ahoga, pronto nos regala una profunda sensación de claustrofobia”.<sup>11</sup>

Si la vida como muerte constante y el impetu creativo de sentido no es sino sofocación, la asimilación del nihilismo para sublimar parece un cometido fútil y desatinado. Así, la apuesta no es la asimilación con miras a la sublimación del nihilismo para crear sentido; de lo que se trata es de forjar significado. Para ello, conviértase el sediento de existencia en alquimista.

En “El infierno de El Bosco, una bestia con piel de anfibio o la lógica de la dominación”,<sup>12</sup>

Muñoz Barallobre comienza su blandir de espada más acérrimo en contra de esta pusilanimidad nihilista.

El análisis estético de la obra funge como primer momento. No es baladí centrarse en el infierno, éste, sostiene, posee la técnica, pero también la *techné*, toda vez que el mundo de la técnica, ahí donde acontece el arte, es el mundo de lo propiamente humano. No deja de ser sordido, pero tampoco carece de una complicidad bella; retruécano de la existencia. La existencia arrojada en la que la humanidad deviene es terrible, angustiante, pero no carente de las condiciones de posibilidad para asimilarla con fruición extraña. Frente a todo lo anteriormente expuesto, será necesario un recreo, pero no uno que implique sentidos idóneos para salvaguardar la ilusión de que no hay abismo, sino un recreo autónomo rebosante de significados. Esto es: “La voluntad, es esa facultad con lo que nos proyectamos al futuro al trazar con ella lo que deseamos de nosotros mismos, gesto que necesariamente define aquello que le vamos a exigir al mundo y aquello que le vamos a dar.

La voluntad así entendida, no es otra cosa que el motor de aquello que se conoce como escultura de sí, esto es, el núcleo de una acción que tiene como fin conquistar nuestra individualidad, pero también, mantenerla”.<sup>13</sup>

La escultura de sí responde a la ontología de Barallobre en una metafísica susceptible de fantasmagorías y ejecuciones. No se esculpa, pues, con utensilios sutiles; trabájese el duro mármol con espada de fuego.

¿Por qué? ¿Por qué y para qué? ¿Cómo supera esto el nihilismo? El agente autónomo con furia se enfrenta a la constitución de la existencia, que implica a la muerte y a los sentidos antepuestos por la cultura; así, su voluntad no puede más que verse amedrentada; si este individuo decide vivir conforme a dichos parámetros, el hocico del abismo lo tragará para convertirlo en un muerto viviente. El sentido es ilusión; la vida es paso de tiempo muerto; pero el escultor de sí, como guerrero, da significado a lo que asume de esta tragedia. Todas aquellas fantasmagorías humanas son la canción oscura que canta:



Los procesos filosóficos que forjan el frenesí por la creación de valores, observa Muñoz Barallobre, corren el riesgo de morir asfixiados: “la inmanencia pronto ahoga, pronto nos regala una profunda sensación de claustrofobia”.

“eres débil, mereces lo que te pasa; y porque eres débil, mejor que tu vida la gobierne otro, ya que tú, ¡mírate!, serías incapaz”. Aquí entra la ontología, donde el individuo apropiado deviene en escultor.

Es tiempo de convertirse en lobo.

El escultor de sí no es revolucionario sino rebelde. “Somos prisiones en llamas”,<sup>14</sup> por lo que no se trata de un escultor mesiánico; la salvación social no tiene cabida.

Este lobo escultor no supera, ni busca superar el nihilismo, quiere comérselo con las fauces a sabiendas de que cada mordida crea más tentáculos nihilistas. El lobo sabe que se enfrenta a hidra. Cada ataque es acrobacia, cadencia silvestre, armonía salvaje: “Necesitamos de la acrobacia para saltar el aro de fuego, apostar por la intensidad, convertir la acuarela en óleo” (G. Muñoz, comunicación vía red social, 2016).

Este escultor de sí, es cosmógono, hace génesis y asume la constitución metafísica de esta categoría.

En “Génesis”<sup>15</sup> Muñoz Barallobre entiende esta categoría “como una acción en la que dos fuerzas se combinan, una que afirma y otra que niega. La primera, nos habla del esfuerzo por mantener esa parte de nosotros a la que decimos que sí. Esfuerzo (*conatus*) por mantenerla, por seguir afirmándola, pero también, por llevarla a su máximo desarrollo, a su zenit, en un empeño en el que debe regir la erótica del no-límite: una tensión incendiaria contra cualquier ‘*Non Terrae Plus Ultra*’”.<sup>16</sup>

Esto no puede exentarse de la negación, porque está inserta la destrucción, la capacidad

## La Génesis de una cosmogonía rebelde es la ética como carácter; combate diario y arrebatado.



de destrozar. Destrozar el límite, la canción oscura: “en definitiva, motores marcados por el signo de lo tanático. Frente al *conatus* que la afirmación invoca, la negación reclama el logos del combate, del agón. Lucha contra nosotros mismos, entendida siempre como el esfuerzo por arrancar aquello que nos niega y, que por eso mismo, negamos”.<sup>17</sup>

Aquí deberá tenerse mucho cuidado, no se trata del *yin* y *yang* oriental, porque el significado no es armónico: es guerra y empuje. Es la obligación de actuar conforme a todo aquello a lo que se ha dicho: “Sí: Hacer y repetir, y repetir hasta que el hábito se fija en nosotros. Esta es la lógica del *conatus*. Y negar, será precisamente, no hacer, no hacer hasta que a base de repetir la parada la mala tendencia vaya perdiendo fuerza hasta eliminarse. Esta es la lógica del agón”.<sup>18</sup>

La Génesis de una cosmogonía rebelde es la ética como carácter; combate diario y arrebatado; no es chirriar de dientes abnegado y sumiso; es pelar los colmillos para amar con cada garra, para afianzarse fuerte a

esta existencia a sabiendas de que cada atisbo de vida obtenido es un momento muerto más: “por un lado, el exigente recordatorio de que cualquier cosa no vale, y, por otro, la certeza de que estamos ante un arte sutil en el que los pasos en falso, las malas indicaciones o las omisiones se suelen pagar de forma cruel”.<sup>19</sup>

Como palabras de un anciano que se ha batido en mil batallas, al joven guerrero al momento de la iniciación, Gonzalo Muñoz Barallobre sostiene: “Aparecerán malas levaduras, fórmulas estériles, la promesa de lo fácil... pero entre tanto ruido, brillando al fondo de la negra nube, laten también diamantes de luz, piezas cuyos reflejos proyectan una sabiduría, que no es otra cosa que el arte de habitar y habitar el mundo. Aprender a mirar, dejarnos impactar por ellas, debe ser tarea obliga”.<sup>20</sup>

¿Será acaso que esta vida vale la pena ser vivida? Pregunta que ofusca y alienta la estulticia de los estúpidos; no hay tiempo de preguntar cuando la hidra ruge fuerte; el cosmógono lupino, artista de su vida, poeta de lienzos cárnicos, no tiene tiempo de elucubraciones a modo de pregunta. Este nuevo filósofo ha transvalorado el lugar común de la filosofía, que dicta que ella consiste no en responder sino en saber preguntar; sea la filosofía en tiempos de limbo, respuesta actuante, flamígera: “Génesis diaria, creación como norma, para evitar que el ruido del mundo tienda a borrarlos, a volverlos ciegos. Es decir, génesis, como el esfuerzo y la lucha para lograr ‘saltar a través del aro ardiente del mundo’”.<sup>21</sup>

## NOTAS

1. Muñoz Barallobre Gonzalo, “Pensar la muerte”, 6 de febrero del año 2012, URL: <http://www.culturamas.es/blog/2012/02/06/pensar-la-muerte/>
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. Muñoz Barallobre Gonzalo, “Sobre un extraño acontecimiento que vuelve extraños a los hombres”, 22 de enero del año 2013, URL: <http://cultura.travelarte.com/libros/2907-sobre-un-extrano-acontecimiento-que-vuelve-extranos-a-los-hombres>
7. *Ibid.*
8. *Ibid.*
9. *Ibid.*
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*
12. Muñoz Barallobre Gonzalo, “El infierno de El Bosco, una bestia con piel de anfibio o la lógica de la dominación”, 10 de diciembre del año 2014, URL: <http://revistatarantula.com/el-infierno-de-el-bosco-una-bestia-con-piel-de-anfibio-o-la-logica-de-la-dominacion/>
13. *Ibid.*
14. Cfr. Muñoz Barallobre Gonzalo, “El infierno de El Bosco, una bestia con piel de anfibio o la lógica de la dominación”, 10 de diciembre del año 2014, URL: <http://revistatarantula.com/el-infierno-de-el-bosco-una-bestia-con-piel-de-anfibio-o-la-logica-de-la-dominacion/>
15. Muñoz Barallobre Gonzalo, “Génesis”, 7 de abril del año 2016, URL: <http://revistatarantula.com/genesis/>
16. *Ibid.*
17. *Ibid.*
18. *Ibid.*
19. *Ibid.*
20. *Ibid.*
21. *Ibid.*

---

► DIEGO EDUARDO MERINO LAZARÍN: Ciudad de México, 1985. Docente de Estética, Filosofía oriental y occidental. Colaborador con Ediciones y Punto, *Tarántula*, *Revista Cultural y Mórbito Film Fest*. Su obra más reciente es *Necrófrasis*.

ANDRÉS COTA HIRIART

# EL GUERRERO LABRADO Y EL MONJE TRADUCTOR

[HISTORIA]

El primer encuentro entre culturas no siempre es afín al devenir de sus protagonistas. El roce más temprano del que se tenga registro entre la España medieval y las huestes del imperio maya, fue diametralmente opuesto a lo que el porvenir tenía en puerta para ambas naciones. Sucedió hacia finales de 1511 y fue producto de las inclemencias del tiempo. Esta es la historia de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, los primeros españoles en poner pie sobre territorio mexicano. O, al menos, los primeros que sobrevivieron para formar parte activa en la saga de La Conquista, transformándose con el tiempo en piezas fundamentales de la misma; Gonzalo Guerrero como padre de los primeros mestizos y Jerónimo de Aguilar como traductor, junto con la Malinche, de Hernán Cortés.

Gonzalo Guerrero nació en 1485 en Niebla, un puerto localizado a unos pocos kilómetros de Palos, en la frontera del Río Tinto, provincia de Huelva. Se enroló en el Ejército, donde llegó a ser un arcabucero destacado durante la campaña contra los moros en Granada. Jerónimo de Aguilar, por su parte, nació en Écija, Sevilla, en 1489. Recibió educación religiosa y desde temprana edad ingresó en la orden eclesiástica, donde obtuvo el grado de fraile. Años más tarde, ya en el Nuevo Mundo, ambos se encontraban a bordo de la nao Santa María de Barca, armada de Almería, capitaneada por Juan de Valdivia, que partió el 15 de agosto de 1511 del Puerto del Darién —en la frontera entre Panamá y Colombia— con ruta hacia la Española, hoy Santo Domingo. Durante tres días navegaron sin novedad, pero



al cuarto fueron presa de la tempestad. El viento arreció, las aguas se picaron y comenzó a llover con la fuerza que sólo se ve en los trópicos. Las olas incrementaron su tamaño, el huracán se desató y la situación se salió completamente de control. Hasta que el navío encalló en las rocas de las Viboras, parte de los bajos de los Alacranes, frente a las costas de la actual Jamaica. El impacto despedazó la nave por la mitad, llevándose consigo a la mayoría de la tripulación. Sin embargo, unos cuantos consiguieron escapar del naufragio a bordo de un batel sin velas; entre ellos el capitán Valdivia, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, que flotaron a la deriva sobre la precaria barcaza durante largas jornadas. Prácticamente no tenían víveres ni agua y, según relató Jerónimo de Aguilar a Bernal Díaz del Castillo, las aguas estaban infestadas por tiburones y el calor era tal que los obligó a beber sus propios orines. Con el pasar de los días, algunos náufragos murieron por inanición y el resto de los sobrevivientes se vieron forzados a comérselos para no “correr con la misma desgracia”.

Finalmente, tras doce días a la deriva, las corrientes los arrastraron hasta una tierra verde y plana, depositándolos en las costas de la actual Península de Yucatán (posiblemente Campeche) y transformándolos en los primeros españoles en llegar al mundo maya. Lo que aconteció entonces varía según las fuentes; hay cronistas que aseguran que los náufragos fueron capturados por los Cocomes, un clan que practicaba el canibalismo ritual (idea llevada hasta sus máximas consecuencias, tal vez pecando un poco de “demasiada imaginación”, en las



El primer encuentro entre culturas no siempre es afín al devenir de sus protagonistas. El roce más temprano del que se tenga registro entre la España medieval y las huestes del imperio maya, fue diametralmente opuesto a lo que el porvenir tenía en puerta para ambas naciones.

novelas *Gonzalo Guerrero*, de Eugenio Aguirre, y *Caminarás con el sol*, de Alfonso Mateo-Sagasta); mientras que otros escolares se inclinan por que la antropofagia en realidad no era una actividad común entre los mesoamericanos, y que la inscripción que dejó Jerónimo de Aguilar en sus memorias —“Cerré los ojos cuando vi que Valdivia moría como mueren las reses en mi tierra, anclado por el pecho”— se refiere quizás a un intento de defensa del capitán ante la primera embestida de los mayas para capturarlos.

Lo que es seguro es que, al menos Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar (del resto no quedaron registros), llegaron como cautivos al señorío de los Tutul xiúes, en la ciudad-Estado de Maní —que pertenecía a Xaman Há,

actual Playa del Carmen— donde el cacique Taxmar los entregó como esclavos a Teohom, su sacerdote. Durante un período largo ambos corrieron con una suerte similar, pero, conforme pasó el tiempo, las cualidades de cada uno fueron diferenciando su existencia. Por un lado estaba Aguilar: religioso, fiel a su doctrina,

discreto, sumiso y capaz de resistir a todas las vejaciones como si se trataran de una prueba divina. Por el otro, Guerrero: soldado acostumbrado a la vida en campaña, reacio y de fuerza física notable. Aguilar, viendo que quizás era su única oportunidad de sobrevivir, se esforzó por transformarse en un esclavo ejemplar;



se mantuvo casto y, durante los más de ocho años que duró su esclavitud, jamás perdió la fe en su dios y en que tarde o temprano llegarían más conquistadores que los rescatarían. Gonzalo, en cambio, poco a poco comenzó a culturizarse y a adoptar las costumbres locales.

Durante aquel tiempo los dos cautivos presenciaron varios enfrentamientos entre el pueblo que los retenía como esclavos y sus clanes rivales. De alguna manera, quizá para salvarse ellos mismos, se vieron forzados a participar en alguna de aquellas batallas. Guerrero tuvo así la oportunidad de mostrar sus dotes en combate a sus captores, que, acostumbrados a un tipo de guerra florida, se sorprendieron con sus habilidades. En ese momento la suerte de los dos cautivos cambió, y sus historias se separaron; Aguilar continuó como esclavo ejemplar al lado de Taxmar, mientras que Guerrero fue regalado como posesión sumamente valiosa al gran señor Na Chan Can, cacique de los cheles en la ciudad Ichpaatún, al norte de la bahía de Chetumal. Guerrero les enseñó distintos modos de defensa y ataque, diversas formaciones en líneas y columnas; les mostró que no todos tenían que pelear al mismo tiempo, que podían hacer relevos, que unos podían descansar mientras que la primera línea peleaba, y que eso les procuraba una gran ventaja, pues se agotaban mucho después que sus enemigos. Incluso llegó a formar una rudimentaria y peculiar falange macedónica.

Guerrero siguió peleando al lado de Balam conforme se integraba cada vez más dentro de la vida del clan. Adquirió las creencias locales y poco a poco abandonó su posición de

extranjero. Hasta que el soldado español terminó de culturizarse, recibió las marcas rituales correspondientes a su incremento de rango: tatuaron su cuerpo y rostro y perforaron sus orejas expandiendo sus lóbulos. Siguió acumulando aciertos y escaló posiciones en la jerarquía militar y social, hasta que ascendió al grado de Nacom (máximo líder militar). Su nombre fue tan afamado que el gran jefe Na Cham Can le ofreció la mano de su hija en matrimonio, la princesa Zazil Há; de esta relación nacieron los primeros mestizos iberomexicanos.

Fue por entonces, 1519, que tras un par de expediciones previas —como la de Francisco Hernández de Córdoba y posteriormente Grijalba, en ambas participó Bernal Díaz del Castillo, quien, junto con Fray Bartolomé de las Casas, es la primera fuente de los hechos aquí narrados—, llegó Hernán Cortés a Cozumel. Desde la primera noticia que tuviera Cortés de la posibilidad de que algunos españoles estuvieran viviendo entre los mayas, dedicó tremendo esfuerzo a localizarlos, y cuando finalmente lo consiguió, les escribió: “Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envió un navío con soldados, si los hubieses de menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío el plazo de ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potochan”.

Así fue como finalmente las plegarias de Jerónimo de Aguilar encontraron respuesta; la comitiva pagó la libertad del esclavo y el cacique lo dejó ir. Pero Aguilar, antes de regresar con los suyos, decidió ir en busca de Gonzalo Guerrero y compartir con él la noticia; pensó que quizá que con estos eventos podría hacerlo entrar en razón y llevarlo consigo. Aguilar caminó hasta el pueblo donde Gonzalo era Nacom, le enseñó las cartas y le suplicó acompañarlo; pero, para su sorpresa, Gonzalo le contestó: “Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y me tienen por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirían de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra”.

Así pues, Gonzalo eligió permanecer al lado de los mayas y Aguilar volvió con los suyos; se convirtió en la mano derecha de Cortés y en el traductor principal durante su estancia en el sureste. Posteriormente, durante el resto de La Conquista, Aguilar traduciría del español al maya, y después la Malinche, del maya al náhuatl. De esa manera Jerónimo de Aguilar se convirtió en pieza fundamental de La Conquista de México, y fue por ello que, muy a su pesar, nunca pudo regresar a su tierra natal.

No fue hasta 1527 que los españoles se dieron a la tarea de conquistar la península de Yucatán. El general Francisco Montejo, con cuatro navíos y más de trescientos ochenta

soldados, encontró a su llegada una feroz resistencia. En numerosas batallas, los mayas junto con Gonzalo Guerrero, derrotaron a sus hombres y a los de su hijo. Reportaron que los locales estaban altamente organizados; que contaban con bastiones y conocimiento de sus armas; que no temían a los caballos como en el resto de la Nueva España; que estaban al tanto de los puntos débiles de sus armaduras; que utilizaban lanzas largas para rechazar a la caballería y que incluso algunos portaban petos y protecciones —poco convencionales— elaboradas con cuero y piedra. Los ejércitos mayas con los que se enfrentaron, se defendieron utilizando estrategias de guerra propias de las huestes europeas, con lo cual fueron capaces de rechazar la primera ofensiva española.

En la batalla de Puerto de Caballos, valle inferior del río Ulúa en Honduras, cuando los españoles atacaron las tierras del cacique



No podemos pasar por alto que, aún hoy en día, el sistema educativo español orilla a sus estudiantes a elegir entre dos caminos, que de cierta manera remiten a los arquetipos germinales de esta narración.

Cicimba de Ticamaya, más de cincuenta canoas repletas de guerreros provenientes de los territorios norte del imperio, arribaron por el mar. Eran las tropas que capitaneaba Gonzalo Guerrero, y se habían abierto paso hasta ahí tras derrotar a los españoles en sus territorios, para auxiliar al cacique en la guerra que se le avecinaba. Se contó que la batalla fue encarnizada; muchos españoles murieron y miles de mayas quedaron tendidos sobre el suelo.

En una carta del gobernador de Honduras, Andrés de Cerezeda, escrita el 14 de agosto de 1536, un día después de la batalla, quedó relatado lo siguiente: “Y arcabuceros y otras personas combatiendo la entrada o salida del albarrada al río y en la proa de la canoa una pica de artillería, que con lo uno y lo otro hizo tanto daño a los indios hasta que ellos, de su voluntad, se vinieron a dar a la obediencia y servicio de vuestra majestad. Dijo el cacique Cicimba como, antes que se diesen, con un tiro de arcabuz se había muerto un cristiano español que se llamaba Gonzalo Aroza que el que andaba entre los indios en la provincia de Yucatán veinte años y más, que es éste el que dicen destruyó al adelantado Montejo. Y como lo de allá se despobló de cristianos, vino a ayudar a los de acá con una flota de cincuenta canoas para matar a los que aquí estábamos antes de la venida del adelantado... Y andaba este español, que fue muerto, labrado el cuerpo y en hábito de indio”.

Sin duda resulta tentador cerrar este breve recuento con algún tipo de conjetura respecto a la postura de ambos protagonistas: quizás algo en torno a la profundidad de enraizamiento de

las convicciones personales en relación con la posibilidad de empatía frente a cosmovisiones ajenas a nuestro entendimiento; o utilizar a los personajes históricos como vara de medición para realizar un juicio de valor sobre las formas de proceder actuales. Incluso sería difícil contener el impulso de engrandecer la figura de Gonzalo Guerrero y de criticar la de Jerónimo de Aguilar —al menos desde la perspectiva mexicana y laica—. Pero tampoco hay que exagerar; en la vida no existen las moralejas. Si acaso, podríamos aventurar proponer que el héroe de unos siempre será el villano de otros. No podemos pasar por alto que, aún hoy en día, el sistema educativo español orilla a sus estudiantes a elegir entre dos caminos, que de cierta manera remiten a los arquetipos germinales de esta narración. Desde temprana edad, en los colegios públicos ibéricos, los jóvenes ciudadanos son forzados a optar entre dos materias: ética y religión. 

---

► ANDRÉS COTA HIRIART: D.F., 1982. Biólogo que, tras un breve romance con el cine, aterrizó en las letras. Su aproximación literaria a la ciencia se publica en *VICE*, *Mutante*, *Limulus*, *Pijama Surf*, *¿Cómo ves?* y *El ideógrafo*.

HUMBERTO BEZARES ARANGO

# EL DESASTRE NEOLIBERAL

[ECONOMÍA]

**A** casi dos siglos de la publicación de *El capital*, los antagonismos ideológicos—esa envoltura mística a la que según Karl Marx “hacía falta dar la vuelta” para develar el núcleo racional que le subyace— siguen desgarrando al mundo en una dicotomía que lleva a los opuestos a extremos de intolerancia, que ocultan la semejanza entre los llamados dos sistemas del mundo y también a la supuesta tercera vía. El determinismo económico cede ante la Historia.

Comunismo y capitalismo, izquierda y derecha, liberales y conservadores; sin importar las palabras que busquemos para acentuar el carácter conflictivo de los términos, una tras otra revelan en su realización material que los extremos ideales son menos contrastantes en la praxis —a pesar de que las condiciones

objetivas polarizan al mundo—: la terrible pobreza contrastando con el derroche obsceno de la opulencia. Tal como sucede en 1984 de Orwell, donde la doctrina política de tres superpotencias rivales no difería en la práctica, la fragmentación política del mundo, y aun al interior de los Estados, es más un acto de descalificaciones y retórica que de prácticas concretas: los actores políticos carecen de un proyecto social, sea de diestra o de siniestra. ¿Existe alguna opción real para salvar el desastre financiero de España, que es también el desastre de México y del mundo?

## ESPAÑA

España entró al 2016 en medio de una encrucijada: por un lado el proyecto reformador (neo) liberal del Partido Popular (derecha y



## Más criticables que el maestro, los alumnos cargan con la doble culpa: por continuar el legado de corrupción de la dictadura y por hacer mella de la esperanza del cambio.



conservador), avalado por el Banco Central Europeo y Angela Merkel; por el otro, el recién llegado Podemos, liberal pero de signo contrario, ciudadano y (neo)keynesiano. En medio, un arcoíris de matices. De derecha a izquierda, de ida y de vuelta, una España bifurcada por el paro contempla un episodio más del devenir dialéctico del pensamiento económico: Keynes vs Hayek, Galbraith vs Friedman; el debate condenado a resurgir tras cada nueva crisis: discurso surgido de la irracionalidad.

Habla por los conservadores el Consejero del Gobierno Alemán, Dr. Jürgen Donges —alemán nacido en Sevilla y profesor emérito de economía política—: “Vosotros sois unos discípulos ejemplares”, dice refiriéndose a los españoles en una entrevista para el periódico ABC, en la misma en la que condenó a España a decidir entre dos posibles desastres: precariedad o paro. El gobierno español, buen alumno, opta por la primera: la austeridad que salve la tasa de ganancias; pero ha recibido ambas: ¡bondadoso mercado! Ni se mueven los parados, ni desaparece la precariedad. Llega el eco del lamento del Banco Mundial: *¡mea culpa!*

Nos hemos equivocado. Para Donges la culpa es de los españoles que se endeudaron más allá de sus capacidades. ¿Españoles apalancados o especulación disfrazada de hispanidad?

Pablo Iglesias (1978) es un académico, politólogo y político madrileño, fundador de Podemos. Se le ha relacionado con los regímenes socialistas de Sudamérica, y no es mentira que simpatiza con algunas de sus ideas. Tenaz detractor del neoliberalismo, se declara en contra de la austeridad y a favor de los subsidios a las rentas bajas, el aumento a la progresividad impositiva, frenar la práctica del *fracking*, apostar por las energías renovables, promover la equidad y regular la industria financiera; principal culpable de la especulación escudada en una libertad falaz, como en la Francia de Colbert y Voltaire, hoy exige: *Laissez nous faire!* ¿Libertad para quién?, ¿y para qué?

El Dr. Donges es heredero del pensamiento económico de inspiración católica y social, iniciado por el economista alemán Alfred Muller Armack, el cual propugna un Estado regulador de la economía que proteja la libre competencia.<sup>1</sup> ¿Liberalismo ingenuo o cínico? A diferencia



de los neoliberales que buscan desaparecer al Estado, al tiempo que lo engordan con gasto militar y burocracia, los llamados Ordoliberales le dan un papel primordial como vigilante del oxímoron de la economía regulada de libre mercado. La política moviendo la mano invisible porque la providencia ha abandonado a los mercados, y más a los bursátiles.

Para Iglesias el problema de España radica en la colusión de los sectores político y financiero. Más moderado de lo que sus detractores quisieran, su postura en cuestiones económicas yace más cerca de Thomas Piketty (*El capital en el siglo XXI*) que de Karl Marx (*El capital*). Como buen marxista, entiende que las condiciones materiales definen no sólo la conciencia colectiva, sino también las posibilidades de acción. Controlar al capital especulativo, no destruirlo, usando impuestos a las transacciones financieras; el impuesto que popularizara el keynesiano James Tobin. Impuestos y no lucha de clases. Acusado de querer nacionalizar la banca, su propuesta es más bien regulatoria. Irónicamente, los postulados de la escuela de Friburgo están más cerca de la propuesta económica de Podemos. De Donges tiene sólo una opinión: “me gustaría debatir con él”.

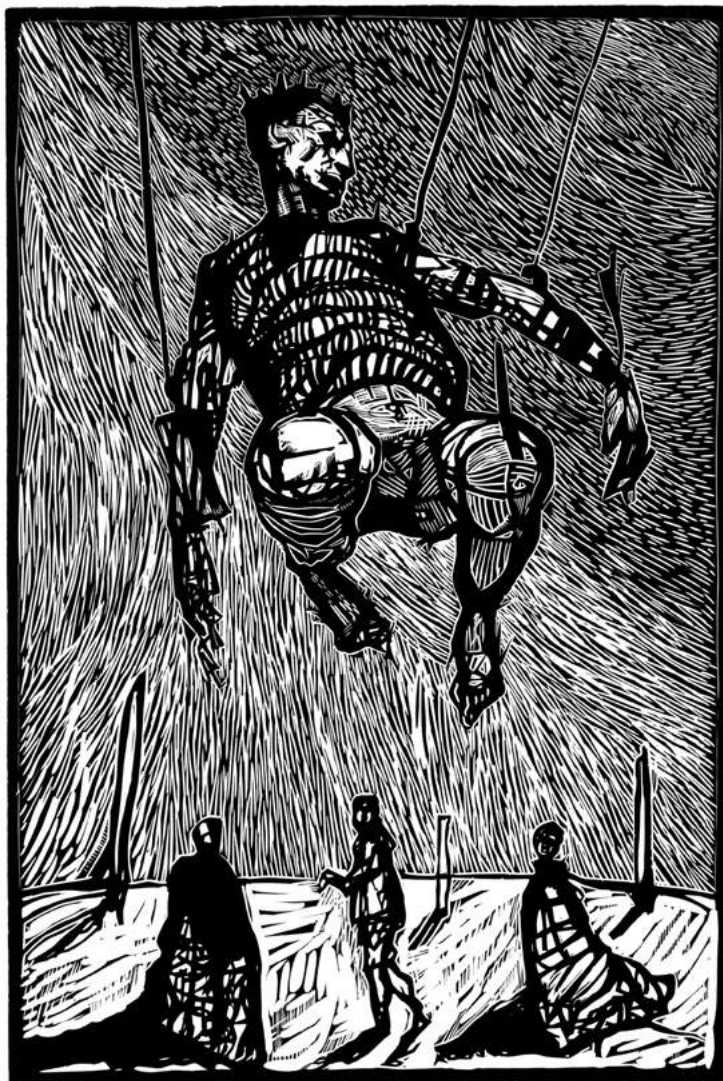
Donges ha llegado a comparar a Iglesias — de la manera menos afortunada — con Hitler. Lo acusa de aprovecharse del desasosiego social para encumbrarse en el poder con políticas populistas. Así dijo el *Führer*: “la dura realidad ha abierto los ojos de millones de alemanes a las estafas, mentiras y traiciones sin precedentes de los marxistas engañadores del pueblo”.<sup>2</sup> ¿Sutil anacronía o habría que reconocer a un

Hitler marxista? Ante la *Deutsche Welle* Donges dijo que “Podemos llevaría a España al desastre”. Se refiere, sin duda, al colapso bancario, el único desastre que parece importarles a los hacedores de política y a sus “sabios” economistas. Del arsenal de la hipocresía surge una nueva quimera del liberalismo paternalista: *too big to fail*. El *laissez faire* termina donde *Wall Street* comienza.

El proyecto de Podemos tiene como punto débil el sustentarse en la voluntad ciudadana, que puede ser muy apática, y en el comportamiento ético, que tan raro aparece en nuestros días. ¿No han ocupado acaso los políticos de todo signo el discurso de la ética y la voluntad? Los recortes salariales a los funcionarios del partido son una señal promisorio: acabar con la clase política desde la política; superación del lastre; la clase política en el redil del materialismo histórico. Otra debilidad es más bien relativa: sus políticas ponen en riesgo la rentabilidad bursátil y la opulencia presupuestaria. El poder no cede sin luchar; y cuando cede es para devorarse a sí mismo. Por último, está la pesada losa del fracaso político de la izquierda, la promesa de que “esta vez sí habrá un cambio de verdad”.

## MÉXICO

El desastre en México se hace menos visible a fuerza de costumbre. Si bien España recibió la peor parte de la crisis inmobiliaria de Estados Unidos, la historia de caídas es más longeva en México. De hecho, la historia de las crisis cíclicas del “neoliberalismo” empieza en 1982 en México: el *default* de la deuda, la nacionalización



de la banca, el colapso social. En 1994 el segundo golpe y el “Efecto Tequila”: devaluación, inflación, migración y crisis. La cicatriz más profunda es la desigualdad. El México profundo de Guillermo Bonfil Batalla se hunde bajo el peso de la especulación irracional.

Veinticinco años después de que España se librara de la sombra del generalísimo, México parecía escapar de su propia dictadura. Pero la caída del PRI no implicó la del priísmo. Las reglas de la política mexicana son las de —y para— la clase política, sin importar que se

declaren de izquierda o de derecha, todos actúan como hijos obedientes de un patriarca oculto en la cima de la pirámide. Más criticables que el maestro, los alumnos cargan con la doble culpa: por continuar el legado de corrupción de la dictadura y por hacer mella de la esperanza del cambio. ¿Qué camino le quedaba a México en este pantano de trepadores profesionales? Y así volvió el PRI al poder.

Con la primera crisis se abrió camino al neoliberalismo, se cumplió el pronóstico devastador de la doctrina del choque: la herida supurante del caos tornada en confusión elemental, confusión neoliberal. Privatización y desregulación son desde entonces el toque de bandera del crecimiento desequilibrado: dejad que los ricos se harten que las migajas alimentarán al resto. Pero más Ordoliberales que Donges, no podían esperar a que la riqueza se creara sola, tampoco podía crearla ya el Estado, entonces la herencia de Armack llegó a México en la infame figura de Carlos Salinas de Gortari y su “liberalismo social”: Juárez revolucionario trocado en

su negación total: fin al laicismo juarista, fin a la reforma agraria de Zapata. Ni ley, ni tierra, ni libertad, solamente privatización eficaz. La inversión extranjera, dicen, hará el resto.

Dos décadas después del desastre salinista, el neoliberalismo en México afina la que puede ser la última de sus batallas. Toca al heredero de Salinas, el ahora Presidente Enrique Peña Nieto, concluir la obra del padrino. Las reformas estructurales de los últimos años en México, buscan acabar con los últimos lastres que el partidismo mismo creó: sindicalismo y dependencia petrolera. Para el primero parecen bastar las balas de plata del Tirano Banderas de Valle-Inclán. Para el segundo sólo hace falta un poco más de privatización. La corrupción de los sindicatos ha dado sus frutos, pero la privatización del petróleo se frenó por la caída de sus precios. Nueva tragedia que acelera los remedios del “consenso de Washington” y enlaza el destino de México y España: sin renta petrolera aparece el déficit fiscal; para corregir el déficit sólo la austeridad (FMI *dixit*).

Austeridad a la mexicana: 7.000 millones de pesos para un nuevo avión presidencial, 132 millones de pesos de aguinaldo para senadores, 201 millones para los diputados, 10 millones para televisores para el populismo, etcétera. En el colmo del cinismo se anuncian “recortes salariales” del 0,0004% para altos funcionarios. Un salario que es más de cien veces el salario mínimo. Un mínimo que en tres décadas de invento neoliberal ha perdido más del 80% de su poder adquisitivo. Y ahora sobre la precariedad se cierne la sombra del paro: la austeridad tendrá que hacerse efectiva en algún lado, o



Las reformas estructurales de los últimos años en México, buscan acabar con los últimos lastres que el partidismo mismo creó: sindicalismo y dependencia petrolera.

mejor dicho, abajo; al fin que los de abajo son muchos y ya están acostumbrados.

En México ya pocos creen que podamos. Acostumbrados a sobrevivir antes que a vivir, las reservas son el último recurso ante la especulación rampante. En el borde de la esperanza nos queda que en el desequilibrio nacional, el del bajo pujante y el sur agotado, la fuerza de progreso se encuentre con la vitalidad arraigada. Y podrían, si no tuvieran que llevar a cuentas a una obesa clase política.

A principios de los 90, Albert Hirschman redactaba un ensayo en donde develaba las artimañas de la retórica conservadora: futilidad, perversidad y riesgo. Para los conservadores, toda política que tenga el más mínimo tufillo progresista tiende a fracasar, o a generar el efecto contrario al esperado, o a destruir el “progreso social” (ejemplo cumbre: la retórica es el *Camino de servidumbre* de Friedrich Hayek). Sin embargo, Hirschman se dio cuenta, también, de que la retórica a la que aludía se afianzaba y potenciaba en el discurso de los progresistas: la perversidad inmanente del empresario, la omnipotencia bondadosa del poder público, el determinismo social, etcétera. La retórica no es excluyente, la retórica vive de y para la intransigencia, de un lado y del otro.

Generalmente son los conservadores los que apelan con mayor facilidad a la perversidad y el riesgo de perder el *statu quo*. El miedo al cambio expande el sentimiento de aprensión, al menos entre aquellos que todavía tienen algo que perder. La futilidad es, acaso, la que más preocupa. El mismo Piketty recela de su impuesto al capital. La globalidad del capital

—única globalidad auténtica acaso— requiere de la cooperación internacional para frenar la especulación financiera. Los Estados nacionales ceden terreno a la corporación transnacional. Podemos optar por la senequiana grandeza de lo mínimo: dirigir los esfuerzos europeos a la creación de un impuesto ¡del 0,1%! sobre las transacciones bursátiles y la eliminación del secreto bancario de los paraísos fiscales —remantes de la barbaridad financiera que llevó a los franceses a financiar a Alemania durante la Primera Guerra Mundial—. El riesgo para este partido ciudadano aparece en la cerrazón al diálogo, en la que han caído a fuerza de rechazar la guerra sucia de la desacreditación mediática. México, en cambio, parece estar dispuesto a lo que sea con tal de atraer más capital.

¿Podrá el capitalismo financiero salvarse del desastre? Más que otra vía se necesita otro fin. Sin embargo, cualquier respuesta que esboce en estas páginas, cualquier debate ideológico, cualquier discurso sin praxis, será pura interpretación del mundo —el mundo del capital patrimonial—, de lo que se trata, sin embargo, es de cambiarlo.

## NOTAS

1. O, como lo definiera Armack, “todo sistema libre necesita de mecanismos de salvaguarda complementaria para darle la forma adecuada a las creencias morales de hoy”.
2. Shirer, William Lawrence (1960:136). *The rise and fall of the Third Reich; a history of Nazi Germany*. General Collection: Simon & Schuster.

► HUMBERTO BEZARES ARANGO: Oaxaca, 1986. Es profesor e investigador, escritor, economista y portero amateur.

PABLO RAPHAEL

# NO SE TRATA DE CONSTRUIR PUENTES, SINO DE CRUZARLOS

[POLÍTICA]

México es una potencia cultural. No hay mayor fortaleza para el futuro del país si pensamos en las posibilidades que nos brinda la amalgama de identidades que lo constituyen. Si a ello sumamos una geografía rica y de naturaleza megadiversa, los únicos límites seremos nosotros mismos. En términos de geopolítica, tenemos la frontera más transitada del planeta y somos la nación con mayor número de hispanoparlantes en el universo de los quinientos millones que componen el territorio del idioma español. Frente a la juventud de otras naciones del área, la mexicana es heredera de un linaje ancestral, cuyo peso es suficiente para mirarnos al espejo con la dignidad que nos pertenece y no con la aspiración de parecernos a todo lo que nos empeñamos, sin descanso, en imitar.

La cultura popular global se nutre de nosotros, y, sin embargo, no hacemos nada por salvar aquello que nos hace distintos. Si el idioma une a Hispanoamérica, la diversidad cultural nos convierte en una posibilidad de diálogo, cooperación y futuros de bienestar común.

Desde que nos inventamos como Estado-nación, hemos ido recogiendo lo mejor de la tradición política de Occidente, hemos adoptado las formas producidas por la Revolución industrial y, al mismo tiempo, hicimos una revolución agrícola. Simultáneamente excluimos valores propios, como la cultura de la restitución del daño o la vida ensamblaria que poseían muchas sociedades prehispánicas. Entre el siglo xx y el siglo xxi, pasamos de una sociedad productora a una sociedad de servicios. Sin embargo, y a pesar de las sucesivas reformas de Estado, la





México es una potencia cultural. No hay mayor fortaleza para el futuro del país si pensamos en las posibilidades que nos brinda la amalgama de identidades que lo constituyen.



marginación y la pobreza continúan ganando capas de grosor como caldo de cultivo ideal para la violencia, la corrupción y el resentimiento identitario. No hemos sido capaces de quitarnos de encima el trauma que nos producen nuestros vecinos y nuestros conquistadores. Aún no encontramos donde acomodarlos cuando los amodiamos y los amorrecemos. Mientras que hacia el interior del país nos debatimos entre construir instituciones o destruir la biblioteca, los sentimientos encontrados que nos producen España y los Estados Unidos, ciegan la posibilidad de mirarnos las piernas y los distintos caminos que tenemos enfrente.

Llamamos madre patria a un país al que seguimos acusando de las desgracias sucedidas hace quinientos años, y nos es imposible tolerar la imagen del conquistador Hernán Cortés, mientras que a los españoles les trae sin cuidado ese nombre, que les dice muy poco. Nosotros nombramos un mar; ellos apenas una pequeña calle.

Por razones distintas, a España le tiene sin cuidado haber sido conquistada por Roma. Mientras Carlos V decidió desterrar en su propio reino la memoria del conquistador, sin ninguna culpa la cultura española se siente heredera de la conquista de Roma y de Grecia y de la tradición judeocristiana y árabe. Tradiciones, por cierto, que a los mexicanos nos pertenecen por herencia, y que también llegaron con los barcos que trajeron la viruela, la literatura, la cartografía y las armas. Nosotros les regalamos el chocolate para el prestigio de los suizos, el tomate como base de la dieta mediterránea, los metales con los que se financió el mundo durante tres siglos y, además, gran parte de la herbolaria que reinventó la medicina.

Hay algo en la historia que no nos ha permitido digerir La Conquista como parte de un proceso por el que atraviesan todas las civilizaciones, y que, después de doscientos años de vida independiente, tendría que haber producido formas de corregir las heridas de la amalgama y limar las asperezas de esa extraña piedra que somos. Decía Antonio Tabucchi que el futuro tiene un corazón antiguo, y habría que agregar que ese futuro merece un estómago nuevo. En nuestro corazón y estómago se fermenta lentamente algo tan poderoso que nos destruirá o nos salvará.

No reconocer lo heredado por España sería cortarnos literalmente la lengua, la antesala de cualquier órgano vital. Cuando reclamamos los daños de la historia, lo hacemos en español: un idioma adquirido que se ha convertido en nuestro principal vehículo de comunicación,



No reconocer lo heredado por España sería cortarnos literalmente la lengua, la antesala de cualquier órgano vital. Cuando reclamamos los daños de la historia, lo hacemos en español: un idioma adquirido que se ha convertido en nuestro principal vehículo de comunicación.



y en el mejor instrumento de influencia cultural en el mundo. El idioma más hablado en México es también una identidad que enlaza nuestras identidades, que abre espacios de cohesión y que involuntariamente significa un modo de penetración en los centros nodales de los antiguos territorios mexicanos en los Estados Unidos. Lo que no nos da la planeación, nos lo regala nuestra naturaleza.

Como instrumento de cohesión social basta ver las prácticas del Teatro de sombras, que en Guanajuato se trabaja para la inclusión de los ciegos; el admirable trabajo que Arturo Morell realiza en las cárceles mexicanas para producir verdaderos fenómenos de readaptación a partir de la música y los textos de Cervantes; o lo que en las comunidades de Oaxaca está haciendo Leonardo da Jandra con la producción de pensamiento crítico y literatura a partir de las llamadas Jornadas Vasconcelianas.

Si en la década de los 90 dimos la espalda a América Latina para poner casi toda nuestra atención a los vecinos del norte, quizá el siglo XXI servirá para asumir nuevas formas de sumar bloques que permitan mirar de forma

panóptica hacia todos los puntos cardinales. El idioma español nos vuelve un centro dominante entre los países de habla hispana (el continente idiomático más grande del mundo), al mismo tiempo que vuelve coincidente a la lengua con la geografía cuando hablamos de la potencia de posibilidades llamada América Latina. En el mismo sentido, el español abre las puertas como segunda minoría no sólo en los antiguos territorios mexicanos, sino también en la mayoría de las principales ciudades estadounidenses. En el mismo sentido, el idioma es determinante en la vida cultural y económica de Brasil; extiende desde España una zona enorme de influencia en Francia y Marruecos; tiene una fuerte base en el continente africano, con más de diez millones de hispanoparlantes, y posee zonas de influencia en Asia (Turquía, Filipinas e Israel con grandes comunidades y lenguas herederas del castellano, como lo son el ladino y el chabacano), pero además con presencia en países tan distintos como Irán, India, Japón y China. Si en el corazón de este fenómeno idiomático ponemos la coincidencia geopolítica, la potencia de posibilidades llamada América

Latina se traduce en una fortaleza casi inigualable. Inevitablemente, México queda colocado en el centro de un plano cartesiano que enlaza al Norte y al Sur, al mismo tiempo que traza un eje que une a los hemisferios.

El instrumento geopolítico-cultural que tenemos en las manos es muy superior al de la francofonía o la *Commonwealth*, y, pensando que la impuntualidad no es siempre sinónimo del final, quizá es tiempo de hacer del idioma (eso que nos vuelve potencia cultural) también un instrumento económico, un proyecto de cohesión social y, aprovechando nuestro multiculturalismo, una herramienta más para la recomposición del tejido y el pacto social.

Más allá de los modelos geográficos (Unión Europea, Tigres Asiáticos, Norteamérica), más allá de los organismos internacionales (ONU, OEA, CEPAL, OCDE, SEGIB), más allá de los clubes económicos (G20, G8, OCDE, Davos), más allá del consorcio internacional del crimen y el tráfico de drogas, nuestro país puede ser el motor de un sistema internacional que se centre, precisamente, en el poder cultural y económico del idioma y las identidades que lo aglutinan. Si la tan temida China (cuyos cimientos y poder de influencia se nutren de una civilización milenaria) representa alrededor del 12% del PIB global, la suma de los países que hablamos español, más los hispanoparlantes en Brasil y Estados Unidos, representamos poco más del 10% del PIB global. Nada desdeñable si en México nos atrevemos a mirarnos como lo que somos: ese país que encarna el peso de una cultura milenaria, cuyas tradiciones se nutren de una diversidad de lenguas, civilizaciones y cosmogonías aún

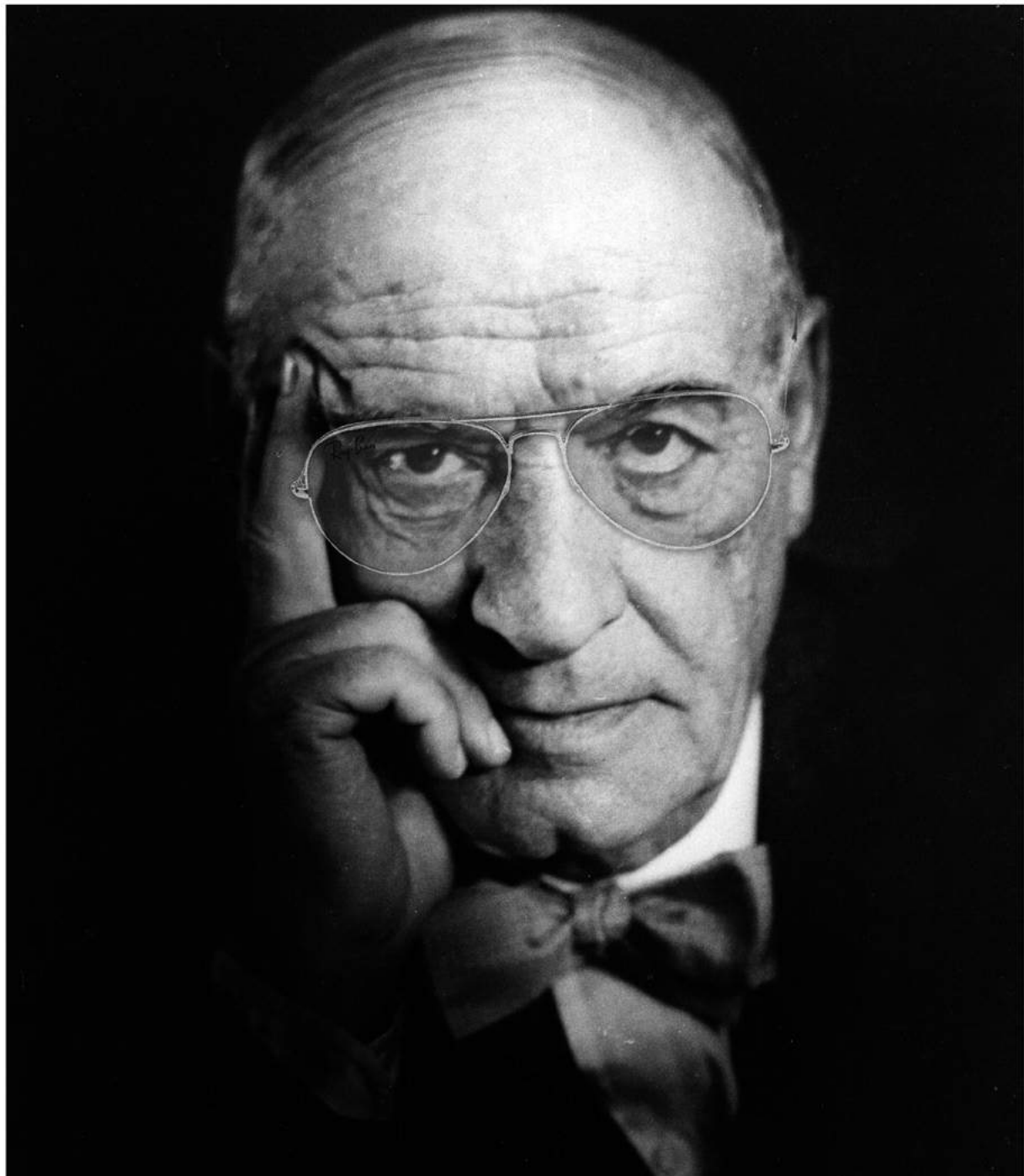
vivas y manifiestas, que al mismo tiempo se amalgaman en el Estado-nación que más hispanoparlantes tiene en el bloque cultural que Carlos Fuentes denominó como el Territorio de la Mancha.

Aquello que somos adentro puede volvernos estratégicos afuera, en la comunidad global. Hablo del idioma como símbolo de identidad, y la cultura como símbolo de la diversidad. Por nuestra condición geográfica, funcionar en bloque cultural a partir del idioma, facilita el entendimiento, potencia la cooperación para el desarrollo y abre las puertas para el desarrollo de instituciones compartidas.

Nuestra condición mestiza puede resultar clave en un mundo híbrido, donde la cultura hará la diferencia, y la comunicación (la lengua) el modo de construir comunidad.

---

► PABLO RAPHAEL: Ciudad de México, 1970. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad Iberoamericana y ha sido colaborador del diario *El Universal* y de *Revuelta*, *Confabulario* y *Quimera*. Su libro *Agenda del suicidio* recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen; es autor de la novela *Armadura para un hombre solo* y el ensayo *La fábrica del lenguaje*, S.A.



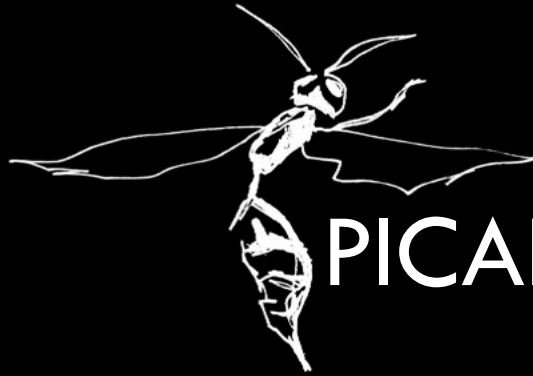
**OPTICAS<sup>®</sup>**  
**AMERICA**

[www.opticasamerica.com.mx](http://www.opticasamerica.com.mx)

*José Ortega y Gasset*

José Ortega y Gasset





PICADERO

RESEÑAS



ALEJANDRO BETETA

# VASOS COMUNICANTES

[LITERATURA]

*Libros, secretos*, Jacobo Siruela, Atalanta, 2015

**P**ara celebrar los diez años de la editorial Atalanta, Jacobo Siruela (1954) publicó *Libros, secretos*, seis ensayos que fue escribiendo con el fluir del tiempo; sus temas son diversos, pero hay en ellos un sutil hilo que los conduce: las obsesiones literarias de Jacobo Siruela. Como no es un libro pensado como una totalidad, sino formado misceláneamente, podemos tener de él opiniones diversas.

Jacobo Siruela fundó la editorial Siruela (1982) cuando era apenas un joven, y la vendió cuando los libros que publicaba ya no le producían el hedónico placer de leer; más tarde, con Inka Martí, fundó Atalanta (2005), y con este proyecto editorial se ha colocado como uno de los editores más visionarios en lengua castellana. Según él, sus temas de estudio son vistos como rarezas que sólo unos pocos lectores saben reconocer como esenciales. Ir a

contracorriente es hacer vanguardia. El estilo literario de este editor es fluido y preciso, ambientado por la erudición e ideas luminosas que se armonizan. Es también un editor consagrado a ofrecerle a su público libros que en su conjunto forman un universo, en donde cada parte embellece el todo. No obstante, hay libros que por su criptografía o lenguaje inexplicable no se dejan descifrar o traducir, como bien describe en su ensayo “Libros, secretos”, que da título al libro. Quizá estos libros no cambien la historia, como si lo han hecho otros, pero eso no les resta su importancia.

No hay nada humano que no tenga límites, sea racional o imaginativo; por lo tanto no hay otro camino más que complementar la imaginación con la racionalidad si queremos tener una visión más expansiva del hombre. Jacobo Siruela, como lector de mitos, de literatura

fantástica y tratados modernos sobre la conciencia humana, aboga por una conciencia integral. En su ensayo “La metáfora absoluta” propone que veamos el mundo no desde teorías cerradas y conclusivas, sino desde metáforas abiertas que enriquezcan el conocimiento antiguo con el moderno. No hay algo así como la verdad total, y por eso debemos ser más humildes y ver el mundo no como partes que pretenden imponerse, sino como manifestaciones del propio espíritu en desarrollo en el todo. Y dice: “Por su parte, los filósofos no hacen sino formular de manera conceptual los mismos postulados poéticamente en las figuras de los mitos”.

En este libro también se hallan curiosidades en las que podemos profundizar para analizar aquello que nombramos como modernidad o posmodernidad. En su búsqueda siempre abierta a nuevas formas de entender el pasado reivindicándolo con el presente y aventurándolo con el futuro, Jacobo Siruela insiste en algo nada baladí: somos el conjunto de visiones que a lo largo del tiempo se han ido transformando: “Ya no se trata de sumergirnos en ignotos mundos herméticos y descubrir otras perspectivas del mundo, sino de tomar conciencia de que esos territorios laterales siempre han formado parte de nuestra cultura, antigua y moderna, aunque hayan sido arrojados fuera del estrado”.

No hay una teoría que sea la teoría de la verdad, y por eso debemos ser más creativos y conscientes de que nuestras empresas son lo mejor o lo peor de nuestro desenvolvimiento en el mundo. A cada generación de hombres que nacen y que mueren les está encomendado mejorar el mundo que sus ancestros



No podemos escapar al enigma del mundo. La imaginación, al igual que la razón, ofrece metáforas que expanden la percepción de nuestra propia existencia.

construyeron, pero a veces, distanciados de sus costumbres, caen en una especie de mutismo o de extraordinaria invención. La imaginación no va reñida con la racionalidad, y hoy la racionalidad ha llegado a un regodeo frío que no ofrece mejores perspectivas para vivir la vida: “Sin embargo, cuánto le cuesta a la mentalidad moderna asimilar el hecho de que la imaginación pueda ser una fuente de conocimiento. El culto obligado a una sola forma de razón discursiva le impide acercarse a otras formas de consciencia. El hombre moderno está embelesado consigo mismo, que ha olvidado con cierta ligereza que todo su sistema lógico también se halla inmerso bajo el hechizo del mito”.

La vieja pugna de Platón contra los poetas es entendida como la primacía de la razón por encima de la imaginación. Los modernos llevaron el dilema racional a un grado tal que la imaginación fue vista como la loca de la casa. Pero fueron los románticos, y después los surrealistas, los que mejor expusieron que “los sueños de la razón producen mostros”. El espíritu humano guarda misterios que no sabe que



se hayan en él, y cuando uno de ellos se revela, la conciencia cambia, evoluciona. Y cuando Jacobo Siruela dice que “de alguna manera, todos los libros tienen secreto”, no hace sino exaltar lo que al crítico George Steiner le parece ineludible: que jamás el comentario podrá superar a la obra comentada. El epígrafe con el que abre el libro no puede ser más conclusivo para entender su labor como editor y lector: “Quisiera aprender a maravillarme de una forma distinta, aprender a ver las formas viejas con ojos nuevos, en lugar de mirar, como hasta ahora, las formas nuevas con ojos viejos, tal vez así adquieran la juventud eterna”. Esta cita proviene de la novela *El rostro verde* de Gustav Meyrink. Imaginamos lo que hemos vivido, lo que de alguna manera llevamos presente de la humanidad en la memoria; lo interesante sería imaginar cómo podría ser el futuro y aventurar ideas que hagan que este presente sea menos tedioso y sufriente.

No podemos escapar al enigma del mundo. La imaginación, al igual que la razón, ofrece

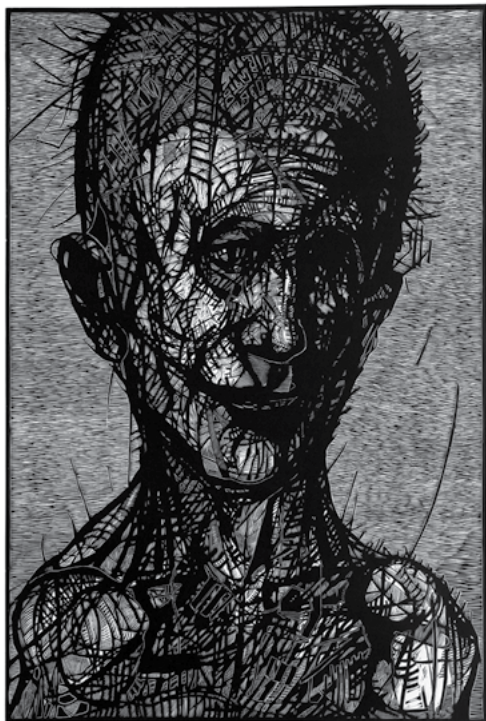
metáforas que expanden la percepción de nuestra propia existencia. Jacobo Siruela se ha dado a la tarea de escribir sobre aquello que más llama su atención. El libro *El mundo bajo los párpados* (2010) es una historia sobre los sueños, pero también es un símbolo de los que aún no han nacido y soñado con este mundo.

Los filósofos quieren encontrar la verdad en la especulación racional; pero las teorías no son más que intentos que se suman al laberinto del que queremos salir; los científicos quieren explicar conclusivamente el mundo y la naturaleza humana, pero al igual que las teorías filosóficas, sus teorías están custodiadas por una oscuridad que su luz no llega a difundir. Lo importante es ver que no podemos parar el tren de la evolución. “Lo que llamamos racionalidad no es otra cosa que pura creencia”, dice Jacobo Siruela. Pero más que creencia, podríamos decir que la cultura es un perpetuo latir de los anhelos idealistas que caen en decadencia y luego evolucionan; como sugiere Jean Gebser en *Origen y presente*: “El hombre es el todo de sus mutaciones”. Jacobo Siruela contrapone a la modernidad una especie de contramodernidad: la imaginación a la racionalización pura. Pero no como contrarios, sino como complementarios.

En “Valentine Penrose o la búsqueda de lo femenino” analiza el éxtasis del mal: la obsesión de Penrose por la Condesa Báthory y sus crímenes con los que conseguía los paroxismos que dotaban de sentido su fría y brutal existencia. La condesa que había cometido con ayuda de dos de sus sirvientes seiscientos veinte asesinatos de jovencitas y doncellas, se bañaba con



La vida del lector es una vida celosa, no permite la fuga del tiempo. Soñamos con leer una biblioteca y no logramos agotar un libro en una sola lectura.



la sangre de sus sacrificadas para mantener su belleza intacta. “¿Por qué la historia humana está tan irremediabilmente atada al mal?”, se pregunta Jacobo Siruela por el dilema de que nuestra naturaleza mantenga una inclinación más perfilada hacia el mal que hacia el bien. Y contesta a propósito de esa atracción de Penrose por la condesa Báthory: “Ni siquiera quienes más lo rechazan logran librarse de sus ataduras ya que estamos siempre emocionalmente unidos a lo que más odiamos”. En su ensayo “El vampiro. Un mito moderno” concluye que el símbolo que surge en una época es lo que pide a gritos la conciencia; cada símbolo es el reducto de las necesidades espirituales

donde desembocan los miedos y las pasiones. El vampiro es un mito moderno porque encarna nuestros miedos y deseos más profundos. En “Gilgamesh” nos ofrece una interpretación del mito desde el mito y la metáfora. Y dice: “Los dioses son la poetización metafórica de las pulsiones psíquicas que gobiernan los actos humanos”. En “El mensajero de la naturaleza” habla de la creatividad y el desapego del artista Masao Yamamoto con respecto a las ideas modernas del arte.

El mundo en sí mismo no ha sido revelado, es una construcción que requiere de su perfeccionamiento constante: racionalidad e imaginación. El espíritu, que hace mover a ambas, es, acaso, el misterio más grande jamás resuelto.

La vida del lector es una vida celosa, no permite la fuga del tiempo. Soñamos con leer una biblioteca y no logramos agotar un libro en una sola lectura. Un libro es un secreto que hay que abrir, y por eso los libros que leemos más que ser una fuga de nosotros mismos, son un encuentro con nuestro interior, con la capacidad individual de penetrar la oscuridad hacia la luz. A veces una metáfora puede descubrirnos el mundo. Los libros son metáforas abiertas a la interpretación del lector. *Libros, secretos y El mundo bajo los párpados* pertenecen a esa clase de libros.

---

► ALEJANDRO BETETA: Oaxaca, 1990. Estudió Humanidades en IHUABJO. Es editor de la revista *Avispero*.

RAÚL FIERRO

# LA LUZ EN LA CIENCIA Y EN LA ESPIRITUALIDAD

[LITERATURA]

*Capturar la luz*, Arthur Zajonc, Atalanta, 2015

Einstein nos dice sobre la luz: “Después de cincuenta años de pensar a fondo sobre la cuestión, no estoy más cerca de responder a la pregunta: ‘¿Qué son los cuantos de luz?’ Por supuesto, hoy cualquier mocoso cree saber la respuesta, pero se engaña”. La única forma que tenemos de describir un fenómeno, desde el aspecto de la física, es referirnos a éste como un movimiento ondulatorio o un movimiento corpuscular (partícula): la luz se comporta de ambas formas. Ese singular comportamiento de onda-partícula, que los científicos conocen tan bien y que es la base de toda la tecnología actual, sólo describe eso: su comportamiento. Por ello, preguntarse qué es la luz sólo desde el aspecto científico es absurdo, se necesita algo más para reflexionar sobre su naturaleza.

“Tenemos que dejar de concebirnos como seres equipados con ojos semejantes a videocámaras y con cerebros similares a ordenadores que producen el equivalente a la conciencia. Las flores de la percepción se desarrollan a partir de una unión mucho más rica y autorreflexiva entre la luz de la mente y la luz de la naturaleza”, dice el físico en óptica cuántica, Arthur Zajonc (Massachusetts, 1949) en su libro *Capturar la luz*. Zajonc no sólo busca a través de su libro describir la luz desde su comportamiento físico, también ambiciona una descripción más integral. Las ideas sobre la luz de la mente (imaginación-interpretación que incluye el aspecto artístico y espiritual) y la luz de la naturaleza (comportamiento que incluye el aspecto científico) se combinan con el relato histórico desde los antiguos griegos,

persas y orientales, pasando por Galileo y el divorcio de la ciencia y la espiritualidad, hasta Newton y Einstein como fundadores del concepto científico moderno de la luz. Zajonc, al describir la luz de la naturaleza, ocupa toda su experiencia como pensador de la educación de la ciencia y como divulgador, para proveernos de un entendimiento del comportamiento luminoso por medio de una de las formas más eficaces que conoce el ser humano para aprender lecciones: las narraciones y las anécdotas.

Cualquier científico ortodoxo no discutiría los conceptos científicos que esta obra describe sobre la luz. Sin embargo, más de un científico perspicaz y conservador replicaría sobre el aspecto mental de la luz; aún más cuando en este libro se presentan historias clínicas que llevan a Zajonc a una pregunta que parece fácil de responder: ¿qué significa ver? “Podía sentir el movimiento, e incluso, como les dijo, ‘oírlo’, pero le quedaba mucho trabajo por delante para aprender a verlo”.

La idea de sólo describir a la luz a través de los ojos de la ciencia parece aterradora. En los últimos quinientos años esos ojos nos han llevado por

diversos caminos que han resuelto problemas importantes de la humanidad. Sin embargo, la posibilidad que abre *Capturar la luz* a través de una ambiciosa misión de agrupar lo que una vez estuvo separado (ciencia-espíritu) es más que estimulante: a nuevas épocas, nuevas preguntas. ¿Cómo encontrar diferentes



Lo anterior me lleva a pensar que el trabajo de Zajonc, en *Capturar la luz*, reivindica el preguntarse sobre la luz desde el aspecto espiritual; nos explica la esencia del científico que busca contemplar el objeto y no modificarlo.



cuestionamientos sin aventurarse a una respuesta, aunque sea equivocada?

Zajonc logra hacer una historia de la luz que nos ofrece claridad en lo que antes no habíamos pensado. También hace referencia a aspectos históricos del debate científico y religioso sobre la luz. *Capturar la luz* es un libro sobre historia de la ciencia, un libro de divulgación científica y un ensayo literario.

El trabajo de Zajonc me recuerda al quehacer de la ciencia según Bachelard. En *La formación del espíritu científico*, Bachelard describe el trabajo alquímico como la búsqueda material (la transmutación de la materia en oro) a través de un trabajo espiritual (aquel que no era de espíritu puro no podría llegar a transmutar la materia en oro). Lo anterior me lleva a pensar que el trabajo de Zajonc, en *Capturar la luz*, reivindica el preguntarse sobre la luz desde el aspecto espiritual; nos explica la esencia del científico que busca contemplar el objeto y no modificarlo; un científico bachelardiano, es decir, uno que contempla al objeto desde todos los aspectos posibles. Por ello, la historia religiosa y espiritual de la luz que registra Zajonc en su obra, se combina con lo ya descubierto

por la ciencia para ofrecernos, como lo llama Bachelard, la “paciencia científica”: la contemplación del objeto a través de la meditación.

El historiador ve las ideas como hechos; el epistemólogo ve los hechos como ideas. Esa afirmación propuesta por Gaston Bachelard, en su libro *La formación del espíritu científico*, puede servir como método para describir objetos de gran complejidad como la luz. *Capturar la luz* es un hijo de ese método. Zajonc, con su obra, nos ofrece una idea más completa sobre la luz: un resplandor sobre las sombras que proyectan los hechos y las ideas materialistas.

---

► RAÚL FIERRO: Oaxaca, 1985. Estudió Física en la UNAM. Se diplomó en Divulgación de la Ciencia en la Dirección General de Divulgación de la Ciencia en la UNAM. Ha colaborado en *Tierra Adentro y Milenio*. Actualmente escribe la columna “Metáforas” en el periódico *Noticias*, de Oaxaca.





EMBAJADA DE MÉXICO

INSTITUTO DE MEXICO EN ESPAÑA



# VESPIDAE

CREACIÓN LITERARIA





LUCERO GARCÍA FLORES

# INCLUSO EN PRIMAVERA

[CUENTO]

**T**e sientas sobre la taza del baño. Tus rodillas tocan la pared de enfrente. Recargas tu codo en el lavabo de cerámica blanca. Tu pie roza la orilla de la regadera. Sí, así son los baños de los estudios en Madrid. Minúsculos. Los mosaicos están fríos. Lo sientes incluso a través de los dos pares de calcetas que cubren tus piernas. Tus manos hacen un ovillo apretado con la esperanza de calentarse. Nada. El radiador de aceite no funciona desde hace una semana. El viento chifla en el hueco de las escaleras del edificio. La mañana gris se anuncia con cara de pocos amigos. La cama está vacía desde anoche o la noche anterior a ésta. No puedes recordarlo.

Él se ha ido. Lo has llamado varias veces. Incluso saliste a buscarlo en la madrugada al parque del Retiro, a la puerta de Alcalá, a Lavapiés. Caminaste toda la Calle Mayor, la

Puerta del Sol, la Gran Vía. Llegaste hasta el barrio de Salamanca. Nada.

Los hilos de agua escurren por la pared detrás de ti. La humedad se condensa por el frío como los sollozos del alma se condensan por no saber su paradero. Las horas se van hilando como cuentas de un collar cuando se hace. Una tras otra tras otra. Tú, sentada en el baño. Escuchas la puerta de la vecina. Abre. Luego cierra. La cuerda del tendedero que atraviesa el patio del edificio rechina cuando pasa por las ruedas. Sabes que la ropa mojada va quedando suspendida en el cielo por las pinzas de madera.

Él no llega. La cortina de la ducha está empapada. El vaho de tu respiración silente durante la noche ha perlado de gotitas tornasoladas todo el baño. El espejo. La ventana.

Cuelga de la puerta una fotografía. Rachel Weisz. Esa blanca mujer que protagonizó *El*

*hombre que vino del mar*, aquella película basada en una historia de Conrad. Su delgado cuerpo de porcelana, desnudo, se presenta al ojo del espectador como una pieza de museo. Delicado, delicioso. Una boa gruesa y amenazante cubre sus senos y su entrepierna. El verde da la vuelta varias veces a su torso y, sobre su mano derecha levantada a la altura de su cara, descansa la pesada cabeza del reptil. Un fino traje para la dama.

Recuerdas el sonido claro y nítido de sus manos desprendiendo la fotografía de una revista. Las tijeras secas y toscas recortando las orillas. El eco del jalón a la cinta adhesiva para arrancar un pedazo. El murmullo del pegamento haciendo un aro entre sus dedos. Los tres pasos que lo separaban del baño y el deslizar de sus pantuflas sobre las losetas anaranjadas. El contacto del aire con sus brazos que se elevaron con la imagen... y luego el estallido. En el recuerdo, el estallido viene cuando la foto queda prendada en la madera de la puerta. El reflejo instintivo de agachar la cabeza y meterla entre los brazos. La bomba que se lleva la vida de los hombres, del hombre. De Matías.

Justo esta mañana se cumplen tres años y nueve meses. A dos cuadras de tu casa se halla, ahora intacta, la belleza de la estación de trenes. Atocha. Toda su grandeza restaurada.

Él salió aquel día, temprano, a comprarte unas flores antes de ir a la universidad. Era tu cumpleaños. Tomó el tren equivocado. Los números rojos que se iban devorando y el tiempo con su cuenta regresiva quedaron acomodados bajo sus pies. Él no lo sabía. Tú tampoco.

Él salió aquel día,  
temprano, a comprarte  
unas flores antes de ir  
a la universidad. Era tu  
cumpleaños. Tomó el  
tren equivocado.



Aquella lejana mañana del once de marzo te levantaste para ir al baño. Te sentaste sobre la taza. Tus rodillas tocaron la pared de enfrente. Recargaste tu codo en el lavabo de cerámica blanca. Tu pie rozó la orilla de la regadera. Mirabas a los ojos a la mujer que pendía de la puerta. Los mosaicos estaban fríos ese día, antes del estallido. Siguieron fríos todos los días que llegaron después. Quedaron fríos, incluso en primavera.

► LUCERO GARCÍA FLORES: México, 1988. Acuariana, narradora, poeta y correctora de estilo. Fundadora de la casa editorial Ediciones y Punto. Su más reciente libro de cuentos es *El vértigo y la asfixia*.

ÁNGEL ARISTARCO

# ASOMO A LA VIDA

[CUENTO]

El calor del mediodía le nublaba la vista y sudaba sin parar. Avanzaba sin perder tiempo. El ardor en su cuerpo lo obligaba a no detenerse; además no había sombra, la única que miraba era la que se reflejaba bajo sus pies. El camino se le hacía largo. Al respirar sólo llevaba a la nariz brisa caliente, porque el atisbo de aire se hervía con el sol. Se decía con indignación:

—Hasta el pinche aire va lento por tanto bochorno, huele a cansancio, como si llevara alguna pena encima. Aquí cuesta alimentar el pulmón.

Bajo el sol sentía que dentro de su cuerpo habitaban hormigas, y éstas le hacían asfixiar. Se esperaba al ver que la tarde se enrojecía por los rayos solares que menguaban poco a poco; sabía que la noche no tardaría en llegar. Eso lo ayudaría a caminar los kilómetros faltantes.

Su propósito era llegar a la montaña. Aceleró el paso cuando el crepúsculo vencía, poco a poco la oscuridad tragó su figura. Continuó en la vereda con la linterna de pilas en mano. Conforme avanzaba, el clima cambiaba; el calor bajaba a una temperatura fresca; soplaban un viento helado con olor a tierra mojada. Mientras caminaba recordó esos momentos..., cuando iba a la caza de iguanas por ese paraje hacía varios años. Paró un momento su caminata y volteó para dirigir la mirada al pueblo de donde salió, allí el sol absorbía la llovizna antes de caer a la tierra, por eso la gente sufría de sequía. Pensó: “allá no llueve, la nube sólo nos engaña”. En el llano donde vivía, el rocío llegaba por casualidad. Cuando goteaba el nubarrón, se desnudaba y se quedaba bajo la lluvia hasta calmar el ardor, imaginaba que las ronchas en el cuerpo eran provocadas adentro por pequeños

bichos; sentía que con el agua descendían y se deslizaban hasta convertirse en lodo.

Reincorporó la marcha después de oír algunos tronidos de relámpagos. El frío era más intenso en la ladera, desde allí ya se notaban las luces del siguiente poblado, eso le esperaba. Suspiró al saber que ya estaba cerca, pero su linterna descargada hizo que caminara en la oscuridad, por eso los rayos que partían en pedazos la sombra de la noche, hacían que Heraldo se viera como un espectro sin rumbo bajo la llovizna.

Avanzó sobre hojarascas húmedas hasta llegar a su destino, a la casa de Gregorio Santos. Los perros ladraron para avisar a su amo. El visitante habló cansado:

—¿Hay alguien en casa? ¿Amigo, estás allí? Soy Heraldo, necesito quedarme aquí.

La puerta de madera se abrió y alguien asomó la cabeza, era el dueño. Lo recibió con agrado; pero el recién llegado ya no era el mismo ante los ojos de su amigo; se veía desvanecido, la enfermedad lo tenía cautivado.

—¡Qué gusto verte de nuevo! —habló el amo con emoción—. Pasa a descansar y mañana hablamos con calma.

Al día siguiente se levantó, salió a contemplar el amanecer. Entre la frescura habló sorprendido:

—En este lugar he encontrado la calma, pronto regresaré saludable al llano. ¡Hasta las hormigas que habitan dentro de mí se han quedado quietas!

A la hora del almuerzo conversaron. Gregorio cuestionó la gravedad del malestar que acorralaba a su amigo:

—¿Hace cuánto tiempo que estás así?

—Más de ocho meses con ronchas y ardor en el cuerpo.

—¿Por qué dejaste que avanzara?

—Creí que los médicos encontrarían la cura para mi enfermedad, pero resultó que no. Me resigné, pensaba quedarme así hasta el día de mi muerte.

—¿Por qué te olvidaste de los sanadores?— preguntó. Le miró a los ojos y agregó:

—Ellos encuentran cómo solucionar tu problema.

—Hace poco los sueños me hablaron para buscar la cura y me acordé de don Fermín.

—Despreocúpate. Vamos a ver qué te puede hacer él.

—Me parece bien. Acepto.

En la noche fueron a la casa del anciano, lo encontraron en su consultorio en plena meditación. Heraldo se sorprendió al ver el lugar lleno de neblina y olor a copal que comunicaba al anciano con las fuerzas de los hongos sagrados.

El anciano atendió al enfermo; lo observó y le escuchó detenidamente. Le tomó el pulso, y al leerle la sangre supo que era necesario que el mismo paciente conversara con los hongos para saber por qué estaba enfermo.

Más tarde, don Fermín calculó y preparó la dosis de hongos para el viaje hacia el universo invisible. Bajo la guía del anciano, el paciente se encomendó al supremo creador. Después de varios minutos se encontró en su sueño de hongos, que había empezado como un pequeño punto de luz; sintió ligereza en un paraíso donde jamás había estado. Contempló la naturaleza. Vio de cerca algunas personas, luego

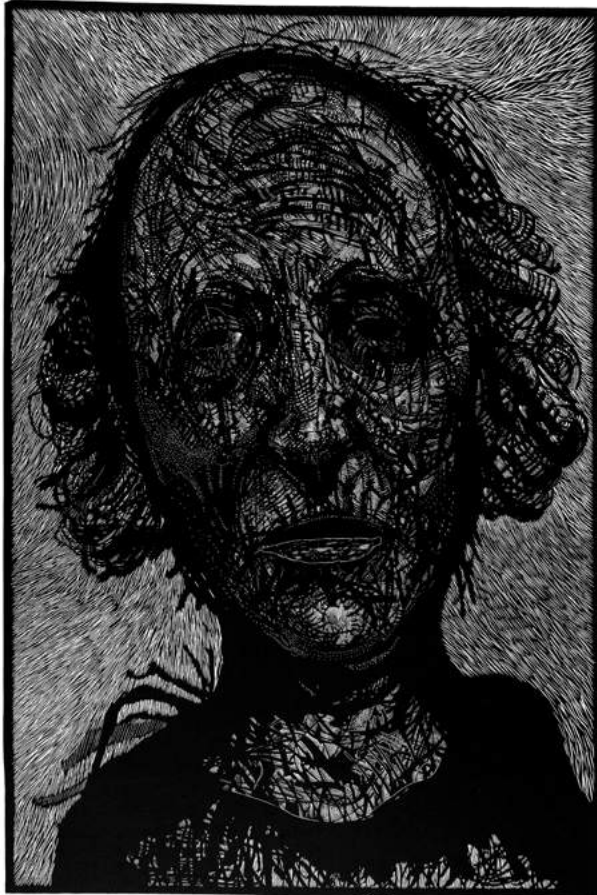
supo que también llegaron a ese sitio por alguna necesidad. De pronto, la luna de octubre, la más preciada del año, iluminó el aposento y entre espesa niebla el omnipresente habló:

—Me alegra tu presencia, hijo. ¿Por qué tardaste en venir?

—Muchas gracias, Señor. Quisiera saber las causas de mi enfermedad. ¿Por qué estoy mal de salud?

—Alguien vino a quejarse y mandó a desgraciarte la vida. Mírate, si te olvidabas de mí, eso te llevaría hasta la muerte—. Al momento desapareció y dejó al paciente comunicarse con su pasado.

Pronto apareció una especie de movimientos que poco a poco se convirtieron en personas. El enfermo se vio entre ellos. Miró cómo alguien escondido en una sombra le



maldecía la vida. Allí mismo reconoció el rostro de la persona que mandó atarlo a la maldición. Se consumía la escena: un anciano clavaba alfileres a un muñeco de trapo, y antes de arrojarlo al fuego mencionaba el nombre “Heraldo Pedro García”. Desde ese momento, de ahí provino el ardor infernal que padecía, y que sólo el supremo creador sabía su origen y su fin. El enfermo siguió observando cómo una especie de animales pequeños se internaba en su cuerpo; se regaron por todas partes y se reprodujeron conforme avanzaban los días. Empezó a sudar y se soltó a llorar cuando supo que su cuerpo estaba lleno de bichos raros, tan pequeños que no se lograban distinguir con algún aparato diseñado por el hombre. Esos animales provocaban ardor y ronchas en el cuerpo.

Sólo en dos horas el paciente revivió los ocho meses de sufrimiento. Después de saber cómo empezó y hasta dónde lo llevaría esa desgracia, el supremo creador volvió al encuentro y le reveló el nombre del que lo había dañado: “Fermín Carbajal”. Se sorprendió. Guardó silencio, sabía que el divino señor actuaba a su favor. Una voz surgió entre la humareda: “El anciano no conoce físicamente al hombre al que ató a la maldición, estate sin preocupación, tampoco se acuerda de tu nombre”. Pronto las fuerzas del hongo llamaron al anciano para destruir la maldad que creó; allí se encontraron los dos, mirándose frente a frente ante el creador. El paciente imploró:

—Si cometí algún error, pido perdón, Señor.

El omnipresente lo acostó en una cama y retiró la maldición:

—Mal, aléjese de este cuerpo —y le roció agua bendita—. El líquido al caer en el cuerpo quemó a los bichos que habitaban dentro; eran incontables, andaban en las venas de arriba abajo obstruyendo el camino a la sangre.

—Quedas libre de sufrimiento —sentenció el supremo creador.

—Te agradezco que hayas venido a liberarme.

Se sanó a través de la conversación con el hongo sagrado; desde el mundo espiritual curó su físico y alimentó su alma. Heraldo se asomó a la vida para leer el infinito que marcaba sus amaneceres y atardeceres. Observó con la mente lo que es imposible mirar con la vista; allí conoció la otra realidad que se complementaba con su mundo físico.

La luz que iluminaba el universo sagrado se diluía poco a poco, como se acaba la luz en el crepúsculo al atardecer, eso daba la señal de que la fuerza del hongo terminaba. Al limpiarse los párpados se encontró consigo mismo en la habitación llena de humo de copal.

---

► ÁNGEL ARISTARCO: Oaxaca, 1992. Es hablante del zapoteco de la Sierra Sur (di'stè). En el año 2014 ganó el premio de creación literaria en lengua zapoteca del Centro de las Artes de San Agustín.



ÁNGEL ARISTARCO

# NGWI' LE'N YANABAN

[CUENTO]

**N**akâ ngwi' taja nazu' tos roa wis na yata'pta lon lãdna'. Na' ngatõda tak ngen tõs lazo'n. Taja nchan lãdna' ndli za na' yatõda, ne'kta ne tib ya xkal ngenta nêd, be'nta le'ga xkâl or ngwi'n nda'b azyò xij nir. No'a tos ngola nêd lô xa'. Zi'n mzi be'nta bés nazu' mblà xí'n, tak zyarka ndoyak nazu' mbi taja nxio'b dib nax. Nchab nayi' ziaga:

—Nûta mbi so'u nda tãja nazu' bã, xaja na msana, ñaga ti jua'n natos naxtenúy sisne'i. Nche'ya nakta lud ní zì mén za ban mén.

Lo bé yé mxa'k na mché bix zo le'na' mbã-na re ma'yá kaptos ntatĩ lazo' or. Nale ngò lazo' xa' se' mbwi' bé nani ñã zo dib nax tâ ndlo' re ya' wis sou' sou' ndo ya'd, mnè na le' ya' tud ndo lia; lo ak mkòw za mkyal aziò nawexa naxóa mdexa.

Yaxo'b or yek yi' nak xgãb ndonúr. Naxóa mde tak zè ndolà ya'l, nakta nen ze ne ndo'tra ndo mkòw aziò. Mde nêd jib ndondên yib ngo xni lo'n. Taja ndate, mzie' nak aziò; zè ndalaké taja nazu' tozá mawe mbiãl aziò; nzo'b ti mbi nal juinka yóp nak na ndenú ti bés ndia' yò nako'p. Taja ndate na mte' lazo'n zia ze'n ta ndie go'd wach le'n wuan gox nche'ia ndate na'rka li'na. Ngotò tib til na' mdeda na mbiek za mda'blôn na mbui' yèz plo ta mbro'yá, tia le' wis na' ta'da di's lía yi za yâl azió, jua'na za le' rê mén ndiak win nit, nchab yekna': "Bà ne ndlãda yi, be'nta nkwi'nú xkow mén". Lo la's ta nzo xa', le' gòp ndlia xaja ti jua'n ndarida'. Za nchab mies yi ndrio' ga'p, ngochê xàbna' na nchatò xij yi za yata'b taja nchân lãdna' zo ma' bix, nda yek-na' na ma' bix ndli za ndrioxo'b rê bcha' ta ndo

díbnà' ya', ndiakna lo nita nchedla re ma' na ndrionchus taja ndayalal Bén.

Mdobtè mde tigob ze' ngolo mbin natos mdes mblà beati' lo be'. Ndia tud ga'pxa nde nal tos, na tia ndlo' nzo xni yèz ta nzî gax, jua'na mblò nalê lazo'n. Ndi' lazo'n mnè na gax ndo, mbàyna le' yib kî ta mbiu' xni le'na' ya mbli za mde xa' le'n ya'l kou, taza le' re beà ti' ndlîa le'n ya'l, ndlinû Heraldò xaja ña ti zén nèt plo ya xij yi xòl.

Mde sis la bis nako'p xata ngotú te'n ndablo zín, plo nak lis Gregorio Santos. Le' re mbak mxiu' taiza ñè xwa'ne'y. Le' xa' ngotú yò nagu's mbres tak mzan tòz:

—¿Chà nzo go' yò? ¿mde', chà bà ndoa? Nay Heraldò, na ncholàs ta'à lud yò bédna.

Le' yalâ mxia' na ti mén mbrota'b yekna tia, le' xa' nak liz mkâb. Nalê mbrotò mbwi' lo tàn; mbàyna le' xa' tá mzina' msie'ña mbrotò lo xa' nketà'n; nabia tos ña, le' yîs juinka nketatî lazo'n.

—¿Xa nalê nzo lazo'n ndowi'nlâ tigob! —mkâb xa' nak cha'n yò—. Bri'nda'b za rio'xkuenlâ za ye' so'u todî'sna'.

Che' tadi wis ngochê, mbrote xe ndowi' xa ndatuxni. Taja nabe's nala' agob mnî:

—Nche'ya ngosalna yanalê, tudra' zè nawe yó lazo'n beren lô la's. ¡Nûta re mché bix nzo ládna xé ngobê!

Za wa xnaren xa' mbreledi's rop xa'. Gregorio nabdi's kualíy taja natós natal ña na ndiak xa' nketà:

—¿Plopa' ndate tâla ndiaklâ bà?

—Ndatela tib xòn ka mbe' ta ndo bcha'n na nchân ládna.

—¿Kualí mbla'à za mbrioy?

—Mxa'kna na le' re mbol tij nkâb yîs ñè xamod yata'ba, mbàyna na' ndro'da jua'n mblixa'.

Mbla'ya' lazo'n, mblin xgâb tata ya'na axta wis luxna lô aziò re'ya.

—¿Kualí mbiây yeklâ re xa' ta nak ngwe's? —nabdi's—. Mbui' ga' lô na nchab tud: —re xa' ya mnè xomod ntoyakxa' re jua'n ndiaklâ.

—Ndobtèn mkua'na xá yata'b yatî ndiak-na, na' ngakta jua'n ndixa', laj natare'ia mblâ ti mka'l lôn za naxaxta mtelâsna mboa Fermín.

—Litla xgâb. Ndanûnlâ za wi'n ñe'n chokuan tēj jua'n ndiaklâ.

—Juín tós ngwi'ne —mxeyal.

Le' ya'l ngwatna ropxa'i lo xa' gox', lo mzin xa' msíaxa' Fermin ndòb mbíxa' le'n yò plo ngwi'xa' cha'n mén. Heraldò xâjta ngok za mbwi' le'n yò juinka zè nzo zén xkow na ndi'a jua'n nazí nkelirsi'n mén goxa za ndodi'snúxa mbéy yòn.

Le' xa' gox mbwi' kuan diak xa' yîs; juin mbwi' na ndòbza xa mxa'knú xa' ta ndéya. Mbwi' cho be' ngij ren le'n ya', na taga mblâ yib za mnè na naki'nka yûb xa' yîza tién mbéy yòn taiza ñè chokuan ntoú lo yabanan na plo mbro'i.

Zièxa tud, le' gox Fermín mdoxkua' na mbli-be' plopa' mbéy yòn tién xa yîs za yawi' plo ndo' xa nakpa' reta jua'n nawe na jua'n xkap. Ndokenap xa' gox tia, le' xa' yîz mnike' lo mdo' ró. Mdridnda'b titúd zè mzin plo taja nchatú re ngwe's ta ngi's xaja nak re yatí, le'i ndobtè xaja na ti miez lud kî, lo ngotú tia axta naxax mxa'k ndo tia plota narka ngotúya'. So'u so'u mbwi' dib nax zo ya nayé. Mnè na tia nzî bro mén, ziaga mnè na ndo xa' plo ta nayòna' za nawe yó lazo'n. Xâj, le' mbe' naro mbrotò, tib-ta nawetosña le'n li'n, mblò xni yèz yòn na le'n zén xkòw le' mdo' ro mnî:

—Nabe's nzo lazo'n ta zè mzín là, xi'na. ¿Kualí za nára' ndea?

—Dioxkix tós go', chud. Ndonke'n wi'n ñe'n chokuan taja ta ndli yíz ta nketatín. ¿Kualí za na' yata'bta yís ta ndiakna re'?

—Ti mén mbie'd mni xin na mbli za ak tià. Bui' xá ña, tes ngià yeklà na, jua'na axta lux-núa—. Ziaga mdio'n na mta'n tib xa' yíza mbui' kuan ngote ndalaya'.

Mbrotò tib yox jua'n ngwìn so'u so'u ngo-la mén, le'ga xa' yíza mbui' mbroto xija. Mbui' ti mén nanga's ndo lô xkál taja ni xin sis yanaban xa'ya. Tiága ngolô lô xa' ta mbli ya mxí. Ndari'dnda'b re jua'na: ti xa' gox mkê yagúx ti lād mún lar, ze' tera' kubi xa'i lô bèa mni xa' lè "Heraldo Pedro García". Xata zía mdobté, tia mbro' yanchân tín taja ndiaka', ta be'nta mdo' robà mnè plo ndiobtéi na plo nchaloí. Le' xa' yís taja ndowi' xa tib bióx ma' bix zo le'n bea' lād-na'; mbria's re ma' dib xa' na mbia'r ma' lo taja ndari'd nda'b wis. Xa' yís mdobté mbro'lon na mdobté mbi'n ze'n mbui' xañà lādna' mze zo ma' ne ncholoda mén, bix tos ña na' ndlo' tir-ta zī ne'kta kun yi'b ta mbdoxkuà mén. Le' re ma' ya ndli za ndoyakti xa' yíza lo yanchân na bcha' ta ndrio'xo'ba dib lādna'ya.

Be'nta tib tilta bere mbridnda'b xa' yíza mbui' chokuan nak xa'n yanajôs taja ta mdlí nalata lazo'n dib le' xòn mbe'. Za mníla mbién chokuan nak jua'n mdobté rei na plôja yatúnú yatí ya xa', le' mdo' ró mzin tigob plô ta ndô xa' yíz na mblo' lè mén ta taja mdòb yix yanabana' ya: "Fermín Carbajal". Xàj ngok. Ngen kuan mnì, lípa mnè na le' mdo' ró kalajna' lô yatí ta naxtenúya. Ti xa' mni plo ta ndaro' zén: "Le' xa' gox nañèda xomod ñiá xa' ta ngok ya mxí sisna' ya, na' ke'tlá xgàb, ne'kta ntela's xa' xamod ndalèa". Ziaga le' re mdan cha'n mbéy

yòn mbres za sīl yamxí ta nzo'b le'n yanaban, tia mbres mdo' ropxa' za bīl yanakapa', rop mbwi' lô tâ'n. Le' xa' yíza, mna'b:

—Tes zo kuan ne le'da mblīn, kun di's nagu's nagal ndian lôa mberè lazo'n, xa' gox.

Le' mdo' ró mdi'x mén yíz lô lo'n na tiaga mkib ya mxí ta zo lādna'ya: "Ya mxí, brote go' bxo'n go' le'n yanaban re'ya", mblile'y mdo' xa' yíz kun nit yòn. Le' nit lo ngoba lād xa' yís mto'la reta ma' bix taja zo le'n; bro tos ma', nkte le'n yib ga'p là, na taja natos ngij nketro'w ned lô ren.

—Mbli'à lo yatí tín —nchab mdo' ró.

—Dioxkix go' chudà mbie'dlā mkiblà na lo yatí tá mbua'snún.

Le' xa' mbli'a' lô yatí lo mdo'di's kun mdan do' mbrotò le'n mbéy yòn, plo nak yò yòn tia mtala' lazo'n na taga mkalaj la'z xbina'. Heraldo mbwi' le'n yanaban za mnè chokuan nak jua'n nketatí lazo'n tia mbialô xa nak reta jua'n le'n yanayé na yanabandib. Plo ta nayòna' mblàb le' yekna' reta jua'n tan a akta wi' kun tâta ngud lôn, tia mnè xa nakpa' tib nēd plo ndlo' chokuan nza'tà le'n yanaban lo aziò ta zīn lo xni re'ia.

Xni nakis ta ndlo' plo nayòn taja so'u so'wa ndayak lūda xaja na ndib xni wis tá ti ta ndalà ya'la', jua'n na ndlo' xa ndadib xki's mbéy tak tiája mne ngòtā xki's xa' yíza kun mdan do'. Lo mtombi yix ngud lôn mbwi' xa ñā ndo le'n yò plô ta nge'a zén jua'n nazí.

► ÁNGEL ARISTARCO: Oaxaca, 1992. Es hablante del zapoteco de la Sierra Sur (di'stè). En el año 2014 ganó el premio de creación literaria en lengua zapoteca del Centro de las Artes de San Agustín.



## Feria Internacional del Libro Estado de México

Una lectura de nuestra identidad  
**¡Espérala!**

Del 26 de agosto al 4 de septiembre de 2016  
Plaza de los Mártires | Toluca | Estado de México  
[filem.mx](http://filem.mx) /FilemMX @Filem\_Mx



# ZUMBIDO

ACERCA DEL ILUSTRADOR



ANGEL MORALES

# NI EN LUZ NI EN SOMBRA

[ARTE]

**A** la muerte de Posada los periódicos que hasta entonces no habían cambiado el grabado por la fotografía comenzaron a hacerlo. Herido gravemente, el grabado mexicano ha sobrevivido por grandes artistas como Capdevila, Leopoldo Méndez, Francisco Toledo, Víctor Hernández y otros que procuraron llevarle oxígeno. Entre ellos, sin duda, está colocado Iván Gardea (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1970), que estudió el grabado desde niño y actualmente vive en Morelos; desde ahí trabaja en su obra pictográfica y escultórica. Consciente de que no se puede renovar la técnica, pero sí mejorar el oficio, sus grabados nos presentan, más que un estilo, una maestría.

Prueba de ello es que ha realizado dieciséis exposiciones individuales en México y España. Además, ha participado en más de cuarenta exposiciones colectivas en España,

Macedonia, Polonia, Colombia, Brasil, Estados Unidos, Canadá, Portugal y Francia. Y en 2009 le fue otorgado en Francia el primer premio de la Bienal de Grabado d'Epargne d'Albi.

En sus cuadros el espacio no contiene, expresa. La superficie, en apariencia plana, revela su profundidad a través del espectador. Y éste no podrá llenar los vacíos, está condenado a seguir líneas, es parte ya del entorno: despierta, abre los ojos, afila la mirada y agudiza sus sentidos. Entonces se coloca entre el sueño y la pesadilla. La atmósfera se sufre de una manera dantesca, no hay paz ni en luz ni en sombra. Estamos bajo *el sol negro de la melancolía*, un sol que hiere. Por ello los personajes, condenados, más muertos que vivos, avanzan con la fe ciega de un paraíso perdido. Con una fe basada en mentiras, lo único que consiguen son cicatrices durante el viaje. En sus rostros



En sus cuadros el espacio no contiene, expresa. La superficie, en apariencia plana, revela su profundidad a través del espectador. Y éste no podrá llenar los vacíos, está condenado a seguir líneas, es parte ya del entorno.



de impotencia, el odio se ha vuelto tristeza. La enramada de árboles y el entramado de los dibujos los envuelven y los sostienen, así están conectados con el ambiente. Su relación se basa en la tensión de esas líneas. Están al límite de la desesperación. Pero no se habla de dolor, ellos saben que eso los mantiene con vida.

Tampoco hay suspiros o consuelo y se deduce que el aire es denso, quieto. Los personajes, pesados y poderosos, resisten, transpiran; sus pies no les bastan para recorrer el mundo: atraviesan ciudades y no saben a dónde llegar; en ocasiones se acercan al débil e incierto árbol que no protege. Entre naturaleza muerta, se recargan ciegos o sin ojos, sin espejos del alma. He ahí el problema, es sólo cuerpo ante el paisaje del tiempo, es vivir con los párpados cerrados, entonces una interrogación latente en sus rostros: ¿qué tan profunda es la soledad? Y Gardea responde tallando de manera obsesiva, continúa escarbando y cada línea es una vena en la narrativa del cuadro. La sangre subterránea describe cómo hemos llegado hasta estas ruinas.

Desnudos, entre sombras y desolación, cae

en ellos la soledad. Sin embargo, la soledad que plantea Gardea es diferente a la de los animales o los dioses, es humana: se sufre por la pasión, la esperanza y la búsqueda. Hay en su semblante un permanente cansancio, pero continúan avanzando, lentamente, pues sus extremidades lucen torpes, sus músculos están apretados, y tienen un nudo en vez de corazón que canta un nocturno hacia el cielo lejano, pero sin Dios no hay diálogo posible.

Gardea le da el mismo tratamiento a cuadros de gran dimensión y a formatos pequeños, entre más talla más dolor encuentra. En esta época posmoderna, un artista con talento y oficio como él debe de sentirse igual de desolado que sus personajes en campo yermo. Pero él sabe que al final se llevará la victoria. Mientras, hemos de contemplar el resultado de un millón de trazos realizados con la paciencia larga y silenciosa de alguien que está forjando su destino.

Transcribo aquí un fragmento de una entrevista entre el poeta Javier Sicilia e Iván Gardea, para mostrarle al lector la propia postura de este artista:





JAVIER SICILIA: Iván, eres de los pocos artistas en México que han mantenido viva la tradición del grabado, una tradición fundamental no sólo en la última parte del Medievo y el Renacimiento, sino en nuestro país: a lo largo del siglo XIX y parte del siglo XX, Manilla, Posada, Leopoldo Méndez, Mexiac y el Taller de la Gráfica Popular fueron fundamentales para el arte mexicano. ¿Cómo vives esta experiencia en un mundo que no ve esa tradición con buenos ojos y cómo enfrentas la problemática moderna de las artes visuales?

IVÁN GARDEA: Hay dos aspectos que han contribuido a la depreciación del grabado. Por un lado, la tremenda irrupción del arte conceptual que desprecia la materia y exalta la idea sobre su realización; por el otro, las técnicas de la reproducción de la imagen por medio de la computadora y de las técnicas modernas de impresión. Ambas han contribuido a volver anacrónico el proceso de la estampación, que está muy ligado con el desarrollo de la imprenta y del libro. Acuérdate que el grabado, además de ser una hermosa expresión artística con Rembrandt, Durero o Goya, funcionó también durante muchos siglos como complemento de los textos y fue una forma de la multirreproducción que desplazó a los manuscritos iluminados y creó esa tradición donde la gráfica y la tipografía se hermanaron. También se empleó en esa especie de postales que era el equivalente de la reproducción fotográfica de las grandes obras maestras.

Aunque en México ese arte, como dices bien, ha estado presente a lo largo de los siglos XIX y XX, desde Manilla y Posada, hasta Cuevas, Capdevilla, Felgueres, Toledo, Macotella, y los más contemporáneos como Quintanilla y Víctor Hernández, pasando por Leopoldo Méndez y todo el Taller de la Gráfica Popular, ha sido marginado por los críticos, que lo miran como una forma superada de la multirreproducción cuyo valor en el mercado es inferior a una obra original de pintura o de escultura. Y esto, a pesar de algunos repuntes que, al igual que con el dibujo, están tocados por el arte conceptual o se desarrollan en el marco de lo que podría llamarse el neopop o el neokitsch, este arte está amenazado de muerte.

En este sentido vivo mi oficio con mucha dificultad. Soy, como digo, un tipo de artista en vías de extinción y tengo que luchar constantemente contra la desmoralización. Este tipo de arte, que implica un esfuerzo, una concentración y un profundo temple espiritual, al salir a la luz se incorpora a una multiplicidad de imágenes que prácticamente se producen de forma instantánea; pierde así su fuerza y su sentido ante la mirada del espectador, se vuelve una imagen más en medio de un mundo donde la reproductibilidad banaliza todo.

---

► ANGEL MORALES: Oaxaca, 1988. Publica regularmente en periódicos y revistas locales y nacionales. Es director de la revista de psicología *Lapsus*.



**AVISPERO**

11

UN ESPACIO  
PARA EJERCER  
LA REFLEXIÓN  
LIBRE Y CRÍTICA



SÁBADOS  
DE 12:00  
A 2:00 PM

M. BRAVO 116,  
CENTRO, OAXACA, OAX.

COLECTIVO



AVISPERO





El deber de la educación es dar a cada alumno los secretos de la sabiduría.

JOSÉ VASCONCELOS

